

MÓNICA DE LA CRUZ PERERA PRINCESA VAMPÍRICA REENCARNADA



Contenido

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Capítulo XXVIII](#)

[Capítulo XXIX](#)

[Capítulo XXX](#)

[Capítulo XXXI](#)

[Capítulo XXXII](#)

[Capítulo XXXIII](#)

[Capítulo XXXIV](#)
[Capítulo XXXV](#)
[Capítulo XXXVI](#)
[Capítulo XXXVII](#)
[Capítulo XXXVIII](#)
[Capítulo XXXIX](#)
[Capítulo XL](#)
[Capítulo XLI](#)
[Capítulo XLII](#)
[Capítulo XLIII](#)
[Capítulo XLIV](#)
[Capítulo XLV](#)
[Capítulo XLVI](#)
[Capítulo XLVII](#)
[Capítulo XLVIII](#)
[Capítulo XLIX](#)
[Capítulo L](#)
[Capítulo LI](#)
[Capítulo LII](#)
[Capítulo LIII](#)
[Capítulo LIV](#)
[Capítulo LV](#)
[Capítulo LVI](#)
[Capítulo LVII](#)
[Capítulo LVIII](#)
[Capítulo LIX](#)
[Capítulo LX](#)
[Capítulo LXI](#)
[Capítulo LXII](#)
[Capítulo LXIII](#)

Princesa vampírica reencarnada

© Edición digital, 2019

© Mónica de la Cruz Perera, 2016
Diseño y maquetación © Editorial Titanium, 2019

© Editorial Titanium, 2019
www.editorialtitanium.com

Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Para mi familia, que ha estado apoyándome desde el principio.
Para Carlos Sánchez y Blanca Lavado. Ellos ya saben por qué.
Y para todos los lectores de esta historia.

Capítulo I

Había llegado el gran momento: Ericka por fin se iba a la universidad. Sus padres estaban muy emocionados, aunque les entristecía que su “pequeña” se fuera de casa. Sin embargo, la joven estaba muy feliz. Había trabajado muy duro todos aquellos años para poder llegar a donde estaba. Su madre trabajaba como enfermera en un hospital cercano y su padre iba de empleo en empleo, haciendo lo que podía para llevar algo de dinero a casa. El único sueldo fijo era el de su madre, por lo que le habría resultado terriblemente difícil, si no imposible, cursar estudios en la universidad de no ser por la matrícula de honor obtenida. No había sido fácil. Ericka se pasaba las tardes en casa, estudiando mientras sus compañeros salían de fiesta. Pero, al final, todo había valido la pena.

Y ahora estaba allí, en su habitación, mirándose en el espejo de su pequeño cuarto de baño. No pudo evitar sonreír al pensar en el futuro tan maravilloso que la esperaba allí fuera.

Miró el sencillo reloj de su muñeca y volvió la atención a la imagen que el espejo le daba de sí misma. Su pelo casi negro le caía bastante liso por su espalda hasta su cintura. Sus ojos eran grandes, rasgados y grises, muy grises. Su cara era alargada y de piel homogénea y suave. Sus cejas eran finas y estaban perfectamente arregladas, al igual que las largas uñas de sus manos. Su nariz era pequeña y sus labios rosados y carnosos. Su cuerpo tenía curvas, aunque no demasiadas.

Suspiró y se recogió el pelo en una cola de caballo bastante alta. Se delineó ligeramente los ojos con un delineador negro y puso un labial suave en sus labios. Llevaba unos pantalones beige bastante ajustados, una camisa de color marrón holgada y unos botines con un poco de tacón del mismo color que la blusa. Su bolso tenía ambos tonos, aunque destacaba más el beige, y lucía un sencillo colgante plateado que casi no se veía. Quería causar una primera buena impresión, por lo que había ido a comprar ropa nueva aquella misma semana.

Ya se había sacado el carnet de conducir, pero no le gustaba coger el coche si no era necesario. Sus padres la llevarían a su piso, que quedaba muy cerca de la universidad. Lo compartiría con dos chicas que no conocía, pero

habían hablado un par de veces y le habían parecido muy simpáticas.

Nerviosa, Ericka cogió sus dos maletas y bajó hacia el salón, donde sus padres la estaban esperando. Luis era su padre. Era un hombre fuerte de cuarenta y cinco años, de pelo oscuro y ojos marrones. Tenía barba y unas gafas pequeñas que le sentaban muy bien. Podía parecer muy tranquilo, pero cuando se metían con lo que él más quería era una fiera. Protegía a su pequeña familia con su vida.

Su madre (Naira, de cuarenta y un años) era mucho más calmada para esas cosas y no le importaba lo que dijeran los demás. Su pelo era rubio y rizado y sus ojos grises, al igual que los de Ericka. Su hija también había heredado su baja estatura, y de su padre, el cabello y su fuerte carácter.

—¿Ya estás lista, cariño? —le preguntó su madre.

Ericka suspiró y asintió, luchando porque la sonrisa no volviera a aparecer en sus labios, aunque la verdad es que no podía evitarlo. Estaba demasiado contenta.

Su padre cogió las maletas y las metió en el maletero mientras las dos mujeres subían al coche. Después subió él y miró a su hija por el espejo retrovisor del automóvil.

—¿Destino, señorita? —preguntó con una gran sonrisa.

—A Salamanca, caballero —rió ella mientras sentía cómo el coche arrancaba y se ponía en marcha.

El viaje fue tranquilo. Mientras sus padres charlaban animadamente, ella no podía dejar de pensar. Su vida estaba cambiando y presentía que algo iba a pasar, algo excitante. Lo que la ponía nerviosa era no saber si sería bueno... o malo.

Cuando llegaron a su destino, Ericka no podía contener la emoción. Cuando divisó la fachada de su edificio prácticamente se tiró del coche en marcha. Su padre sacó las maletas mientras su madre seguía a su hija con la mirada, preocupada y feliz al mismo tiempo.

Mientras, Ericka admiraba la simple fachada de color blanco con la pintura desprendida como si fuera lo más bonito que habían visto sus ojos. Sus padres llegaron junto a ella y la miraron orgullosos.

—¿Quieres que entremos contigo? —le preguntó su madre, pero ella negó con la cabeza.

—Ya no soy una niña —afirmó—. Estaré bien, lo sé. Intentaré llamaros todas las noches para que no os preocupéis y os mandaré las notas que vaya

recibiendo.

—Sabemos que serás igual o más responsable que cuando estabas en el pueblo. Sólo queremos que seas feliz y que no te pase nada. —Su padre le pasó el brazo por los hombros a su mujer—. ¿Nos mandarás fotos de tu habitación, tu universidad y tu nueva vida?

—Por supuesto.

Ericka abrazó a sus padres. Los iba a echar mucho de menos. Su padre siempre la hacía reír mientras que su madre era quien le daba útiles y sabios consejos.

—Os quiero muchísimo —susurró.

—Nosotros te queremos más a ti —respondieron ellos.

La joven agarró sus maletas y entró en el edificio. Le habían mandado las llaves por correo, así que no tendría problemas con eso.

El edificio tenía cuatro plantas y su piso se encontraba en la última. Tomó el ascensor y pulsó la tecla número cuatro.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Ericka encontró dos puertas: una a la izquierda y otra a la derecha. Se dirigió a la de la izquierda, metió la llave en la cerradura y la giró dos veces. Su corazón latía a mil por hora mientras abría la puerta y se asomaba al interior.

Lo primero que divisó fue un salón-comedor justo delante suya. A la derecha había un corto pasillo que conducía a la cocina, y detrás del salón-comedor había una puerta tras la que se encontraba un pasillo con las tres habitaciones y el baño.

Se tomó su tiempo para observarlo todo con detalle. Después entró y cerró la puerta detrás de ella.

—Disculpa, estaba en mi habitación terminando de ordenar mis pertenencias —dijo una suave voz desde el pasillo.

Al parecer la joven había salido de la habitación del medio y en ese mismo momento caminaba hacia Ericka con una agradable sonrisa. Tenía el pelo de color caramelo y los ojos de color miel. Su nariz era recta y sus labios finos pero bonitos. Vestía con unos pantalones vaqueros, una camisa negra y unos tacones del mismo color. A Ericka le pareció muy bella.

—Tú eres Ericka, ¿verdad? —le preguntó mientras llegaba junto a ella y le tendía la mano.

—Sí, soy yo. —Sonrió la joven mientras estrechaba su mano—. Y tú eres Soraya, ¿cierto?

—La misma. —La chica agrandó su sonrisa—. Yo ya he elegido habitación, pero aún puedes elegir entre las dos que quedan. Jessica no ha llegado todavía.

Pero justo cuando su compañera terminaba la frase, la puerta se abrió, dejando ver a su otra compañera de piso. Ericka y Soraya se hicieron a un lado, dispuestas a darle la bienvenida a su nueva amiga. Sin embargo, ambas hicieron una mueca y retrocedieron un paso.

Frente a ellas se encontraba una muchacha joven, rubia y demasiado delgada. Sus ojos marrones parecían no enfocar muy bien lo que estaba a su alrededor y los tenía rojos. Había tratado de tapar sus ojeras con maquillaje, pero estas eran demasiado profundas. No parecía guardar muy bien el equilibrio, por lo que tuvo que apoyarse en el marco de la puerta. Ericka y Soraya se miraron de reojo.

Jessica resopló, agarró como pudo su maleta y caminó, tratando de no chocar con nada, hasta la última habitación. Entró y cerró de un portazo.

—Bienvenida al piso, compañera. —Sonrió Soraya con ironía.

Ericka rió mientras Soraya agarraba una de sus maletas y caminaba con ella hasta la primera habitación.

—Siento mucho que no hayas podido elegir —le dijo su compañera cuando llegaron a la puerta de la habitación.

—No me importa, de verdad. —Sonrió Ericka—. Con una buena cama me conformo.

—En ese caso, te dejaré instalarte. Luego nos vemos.

Se despidió de la morena con la mano y se metió en su habitación, que era la que estaba al lado de la suya. Ericka suspiró y entró en su habitación. No era muy grande, pero era bonita y luminosa, muy sencilla. Desde la puerta se podía observar, al fondo, una amplia ventana de dos puertas corredizas tapada por unas cortinas azules muy claras. La cama ocupaba casi toda la pared derecha y, en el rincón más cercano a la puerta, detrás de la cama, había un gran armario de madera clara, pulida y brillante de dos puertas: una doble para guardar la ropa y otra que era un zapatero. La pared izquierda estaba vacía y pintada del mismo color que las cortinas mientras que las demás eran blancas. Justo debajo de la ventana había un gran escritorio del mismo estilo que el armario. La ropa de cama (la colcha era lo único que alcanzaba a ver) era blanca y azul. La habitación olía muy bien, era cálida y acogedora.

Cerró la puerta y colocó las maletas en el suelo, dispuesta a sacar sus

cosas para ordenarlas correctamente en los muebles. Mientras, Ericka pensaba en sus compañeras de piso. Soraya era una chica muy simpática y le había caído muy bien. Sin embargo, Jessica no era como esperaba. Sus ojos y su comportamiento le habían dado a entender que esa chica no iba precisamente a estudiar. Seguramente fumaba y tomaba drogas. La joven no estaba muy segura de si la falta de equilibrio se debía a dichas sustancias o al alcohol. Ericka jamás había probado ninguna de aquellas cosas a pesar de ser mayor de edad. Le asombraba lo tontas e irresponsables que podían ser las personas. Pero bueno, no era asunto suyo. Cada uno podía hacer con su vida y su cuerpo lo que quisiera.

Cuando terminó de colocarlo todo, Ericka se sentó en su nueva cama, comprobando que era tan blanda y cómoda como se la había imaginado. Había dejado la carpeta, los folios y el estuche en el escritorio junto con el bolso que iba a utilizar para las clases, que empezaban en unos días.

Unos golpes en la puerta la hicieron alejarse de sus pensamientos.

—Ericka, ¿has terminado ya? —preguntó Soraya desde el pasillo.

—Sí, ahora voy —contestó ella mientras se levantaba de la cama.

Abrió la puerta y le dedicó una sonrisa a Soraya, quien se la devolvió encantada.

—Se me olvidó decírtelo —le contó—. El baño está detrás de esa puerta, al final del pasillo.

—No te preocupes. Miré las fotos que enviasteis Jessica y tú.

—¡Genial entonces! Aunque, ¿te apetece dar una vuelta por el apartamento? —le preguntó.

—Claro, me encantaría.

Soraya sonrió y fue pegando pequeños saltos hacia su habitación seguida de Ericka, que la miraba divertida.

—Este es mi cuarto —aclaró mientras abría la puerta.

Su habitación también tenía una ventana al fondo al igual que la de Ericka. Se asemejaban bastante, pero no eran idénticas. Las cortinas eran de color morado oscuro. Debajo de la ventana se encontraba la cama nido, la cual tenía tres cajones: dos lilas y uno blanco. La colcha era blanca con detalles violetas, a juego con las cortinas que quedaban a unos palmos por encima de ella. Al lado de la cama, a la derecha, había una pequeña estantería que ya tenía algunos libros en sus estantes. Y al lado de la estantería estaba el escritorio, muy parecido al de Ericka pero de madera un poco más oscura. El

armario se encontraba justo al lado del escritorio y estaba fabricado con la misma madera que este. Tenía dos puertas y no parecía especialmente grande.

—Tiene más capacidad de almacenaje de lo que aparenta. —Soraya le guiñó un ojo y soltó una alegre carcajada—. Sigamos.

Las dos chicas salieron de la habitación y fueron directas al baño. Soraya abrió la puerta para que Ericka pudiera echarle un vistazo. No era nada especial. Muy pequeño, simple y todo de color blanco.

—Lo sé, es un poco soso. —Su compañera hizo una mueca de disgusto—. Al parecer es la única habitación que no se molestaron en decorar. ¡Ya verás la cocina! Es preciosa.

—¡Pues vayamos a verla! —exclamó Ericka, que se empezaba a contagiar del buen humor de su nueva amiga.

Cerraron la puerta y abandonaron el pasillo para ir al salón. Este tenía las paredes de color melocotón. En la pared de la derecha (mirando desde la puerta del pasillo) había una puerta de cristal que daba a un pequeño balcón. Unas gruesas cortinas en tonos beige y marrón impedían que entrara toda la luz natural. A la izquierda del balcón, en la pared que estaba delante de la puerta, había un sofá de color anaranjado de tres plazas y dos sillones individuales del mismo color. La mesa tenía un vestido de color marrón y se encontraba en el centro del mobiliario. Justo en la pared frontal a los sillones estaba la televisión en un mueble de madera muy oscura flanqueado por dos estanterías de un color más claro.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Me encanta. —Sonrió Ericka.

Las dos abandonaron el salón y cruzaron el cortísimo pasillo que conducía a la cocina. Era pequeñita y con todos los muebles de madera clara. La cocina propiamente dicha y los muebles estaban en la pared frontal de la puerta. Justo en la pared contraria a esta, había una pequeña mesa de cristal blanca y azulada con tres sillas blancas. Al fondo había una puerta que daba a un balcón interior más amplio que el del comedor donde se encontraban la lavadora y la secadora.

—Es pequeña, sencilla y bonita —comentó Ericka—. Me gusta mucho.

—Es un buen piso y muy barato —coincidió Soraya—. ¿Qué hora es?

Ericka consultó el reloj de su muñeca.

—Van a dar las cinco —respondió.

—Pues, ¿qué te parece si descansamos un rato y después vamos a

comprar? Necesitaremos comida y yo tengo que comprar algunas cosas.

—¡Me encanta la idea! —aseguró la joven pelinegra.

—Entonces, ¿a las seis y media?

—Por supuesto.

Pero cuando Ericka ya se disponía a marcharse, Soraya la agarró suavemente del brazo.

—¿Y qué hacemos con Jessica? —susurró.

Ericka se encogió de hombros.

—Le decimos que nos de su parte del dinero correspondiente —sugirió—. No es necesario que nos acompañe, aunque si quiere puede hacerlo.

—De acuerdo —asintió la castaña—. ¿Cuánto ponemos cada una?

—Yo creo que con veinte euros tendremos suficiente. Eso hacen un total de sesenta.

Y dicho esto, cada una se fue a su habitación. Ericka cogió su ordenador portátil y entró en la página web de la universidad. Buscó en ella algunas cosas y después apagó el ordenador, dispuesta a dormir un poco.

No había sabido nada de Jessica desde que entró en el piso y se encerró en su cuarto. No podía creer que la joven fuese así en la realidad cuando había pasado cerca de dos meses hablando con ella diariamente. Le había parecido simpática, divertida, alocada... pero no una drogadicta y una alcohólica que ni siquiera podía tenerse en pie. A lo mejor podía ayudarla. Quizás si hablaba con ella y entendía porqué hacía esas cosas...

No. Sacudió la cabeza. Era mejor no meterse en asuntos ajenos. Si Jessica quisiera ayuda, la habría pedido.

Ericka se tumbó en la cama y cerró los ojos, dispuesta a descansar antes de salir a comprar con Soraya. La joven era de una ciudad cercana a Salamanca y había ido allí muchas veces, mientras que Ericka era la primera vez que pisaba aquella enorme e histórica ciudad. Por eso, Soraya era la única que sabía moverse por allí, ya que Jessica era andaluza.

Decidió dejar de darle vueltas a las cosas y dormir un poco. Cogió su móvil y le mandó un mensaje a sus padres diciéndoles que todo estaba bien, que sus compañeras de piso eran muy simpáticas y que ya había deshecho la maleta. Después puso una alarma a las seis y cerró los ojos.

Capítulo II

La alarma sonó y Ericka se incorporó para silenciarla. Se levantó de la cama, no sin esfuerzo, y se acercó a la ventana para mirar el cielo. Estaba despejado y el sol brillaba con fuerza, lo que significaba que sería una tarde calurosa.

Caminó hasta su armario y lo abrió para cambiarse la camiseta por otra más fresca. Al final se decidió por una camiseta negra de tirantes holgada y unos zapatos abiertos del mismo color.

Después salió de su habitación y fue al baño para mirarse en el espejo. Nunca se había considerado guapa a pesar de que no tenía mal cuerpo y que sus ojos eran increíblemente atractivos, según sus amigos. Nunca le habían faltado pretendientes, pero ella nunca había tenido tiempo para eso. Ericka sólo se debía a sus estudios y a su sueño de poder ir a la universidad que ella eligiera. ¡Y vaya si lo había conseguido! Ahora se encontraba en la universidad más prestigiosa del país.

Se pasó los dedos por el cabello, comprobando que este no estuviera enredado en sí mismo, y salió. Esta vez fue ella quien llamó a la habitación de su amiga.

—¿Ya estás lista? —le preguntó Soraya al abrir la puerta.

—Sí. —Sonrió—. Sólo tengo que coger el bolso.

—Pues nos vemos en el salón en cinco minutos —decidió ella—. Le pediré su parte del dinero a Jessica y le preguntaré si quiere venir, aunque no creo que lo haga.

—Por intentarlo no pierdes nada. —Rió la morena.

Soraya asintió y Ericka fue a su habitación para coger el bolso beige con el que había salido de casa de sus padres. Se dirigió al salón y lo observó todo con curiosidad hasta que se decidió a sentarse en uno de los sillones individuales. Eran increíblemente cómodos y olían muy bien, como si los hubiesen limpiado recientemente.

Esperó pacientemente a su nueva amiga hasta que por fin apareció, agitando unos billetes delante de su cara con una enorme sonrisa.

—Ya los tengo —dijo—. ¡Podemos irnos!

Ericka no entendía de dónde sacaba su compañera aquella vitalidad, pero le estaba empezando a gustar. Podría acostumbrarse a eso.

Salieron y bajaron en el ascensor.

—Hay un supermercado muy cerca de aquí —le contó Soraya—. Está a solo unas calles de aquí.

—Este sitio cada vez me gusta más —declaró Ericka con una dulce sonrisa.

—¡Y eso que no has visto nada! —Rió la castaña—. Ya verás esta noche.

Y tras decir aquello, el ascensor paró y abrió sus puertas. Soraya salió rápidamente del edificio seguida de Ericka.

—Espera un momento —intervino la joven—. ¿A qué te refieres con “esta noche”?

Soraya se mordió el labio mientras seguían caminando por la calle.

—Verás, he pensado que podía presentarte a unos amigos míos —le explicó—. Son muy buenos chicos y están deseando conocerte. Les he hablado mucho de ti, aunque no les he mostrado ninguna fotografía, ya que no sabía si tú estarías de acuerdo. Hemos quedado esta noche con ellos para tomar unas copas y divertirnos un poco antes de que empiecen las clases.

—¿Cómo que “hemos” quedado? Yo no he quedado con nadie... Además, yo he venido a estudiar. No puedo desconcentrarme y...

—Para, para, para. —Soraya se volvió hacia ella y la cogió del brazo—. Ericka, no te preocupes, ¿vale? Aún no han empezado las clases y sólo será una salida sin importancia. ¿No quieres conocer a gente? Pues este es el momento. Tienes que aprender a disfrutar de la vida a la vez que estudias y todo lo demás. ¡Déjate llevar por una vez! ¿Has probado el alcohol?

Ericka negó con la cabeza un poco sonrojada.

—Está claro que necesitas desmadrarte un poco. —Sonrió su amiga—. Tienes dieciocho años, ¿tienes que vivir!

—Está bien, iré con vosotros —accedió Ericka mientras volvían a ponerse en camino—. Pero cuando empiecen las clases se acabó.

—No hay problema —le aseguró Soraya, aunque tenía una extraña sonrisa y una chispa en sus ojos de color miel.

Llegaron al supermercado y empezaron a comprar comida, bebida y demás cosas mientras hablaban de cosas sin importancia. Como habían hablado durante casi dos meses ya sabían muchas cosas la una de la otra. Soraya sabía que Ericka jamás había salido de fiesta, nunca había tenido novio y nunca se había sentido atraída por nadie, pero estaba decidida a cambiar todo eso para mostrarle a su nueva amiga lo que era vivir la vida y disfrutarla.

Ericka, en cambio, sabía que Soraya vivía sin límites. Iba a fiestas un día sí y otro también, ligaba con todos los chicos y se tiraba a los que podía, bebía (con moderación)... Era alocada, pero también responsable.

Terminaron de hacer sus compras y volvieron al piso. Las dos se dirigieron a la cocina entre risas y bromas y dejaron las bolsas sobre la mesa.

—¿Frigorífico o muebles? —le preguntó Soraya.

—Frigorífico. —Sonrió Ericka.

Abrieron las bolsas y Ericka fue colocando los alimentos fríos en el frigorífico mientras que Soraya metía los demás en sus respectivos muebles.

—¿Te acordarás de dónde está cada cosa? —inquirió la castaña con una carcajada.

—Bueno, sino tampoco tardaré mucho en encontrar lo que ande buscando en el momento —rió la morena—. ¿Cuándo has quedado con tus amigos?

—A las nueve en la plaza mayor —respondió Soraya—. Y son las ocho menos cuarto, así que démonos prisa.

—Y... ¿qué me pongo? —preguntó Ericka mientras se sonrojaba levemente y se retorció los dedos de las manos—. Es que no sé cómo vestirme en estas ocasiones... Ya sabes, nunca he salido de esa forma y...

—...y quieres causar buena impresión —asintió su compañera—. No te preocupes, elegiré algo para ti de tu armario. Estoy segura de que tienes ropa para la ocasión, y sino siempre te puedo prestar algo.

Soraya salió de la cocina, pero su cabeza se asomó unos segundos después por la puerta.

—Pero debes prometerme que te pondrás exactamente lo que yo te diga sin rechistar —le pidió—. ¿de acuerdo?

Ericka asintió, intentando no pensar en lo que suponía eso. Había llevado ropa cómoda, formal e informal, pero su madre también le había comprado algunas prendas para salir que a ella no le habían parecido adecuadas. Si Soraya encontraba esa ropa...

Se mordió el labio inferior y sacudió la cabeza. Era viernes y quería salir como una chica normal. No quería ser diferente y Soraya iba a ayudarla a integrarse. De modo que no diría nada y le haría caso, ya que su nueva compañera de piso tenía mucha más experiencia en ese tipo de cosas.

Aguardó unos minutos más en la cocina, cogió el espejo de cuerpo entero que había comprado para su cuarto y fue a su habitación, donde Soraya ya la estaba esperando.

—He sido muy, pero que muy buena —le aseguró, lo que sólo hizo que Ericka se pusiera aún más nerviosa—. Además, hoy no es un día muy importante que digamos, así que puedes llevar ropa más... normal, por así decirlo.

Y dicho esto, la castaña dejó que su nueva amiga le echara un vistazo a la ropa que tenía en la cama.

Se trataba de unos pantalones negros que parecían de cuero, muy ajustados; una camiseta de tirantes negra con vuelos en la parte delantera; unos zapatos blancos con algunos brillos y de tacón muy alto; algunos accesorios, como un colgante, varias pulseras, un bolso pequeño de mano y unos pendientes; y una americana de color blanco.

—¿Y esto es ropa normal según tú? —le preguntó Ericka intentando no reírse.

—Sabes que es verdad. —Sonrió Soraya—. Mañana será peor.

—¿¡Mañana!?! —exclamó su amiga—. ¿Cómo que mañana?

—Pues eso, mañana. —La castaña se encogió de hombros—. Unos alumnos dan una fiesta en su casa/mansión mañana por la noche y nosotras estamos invitadas.

—¿Yo? ¿Invitada? —inquirió Ericka—. ¿Qué has hecho?

—Bueno, no te conocen, pero a mí sí. —Sonrió enigmática.

—¿Con cuál de ellos te acostaste, Sor? —La sonrisa de la joven se amplió—. ¿¡Con todos!?! Dios mío, Soraya...

—Tranquila, sólo son tres. —Le restó importancia con un gesto de la mano—. Uno de ellos está buenísimo, por cierto. Los otros dos no tanto, pero en la cama...

—¡Ya, ya, ya, ya! —gritó Ericka tapándose los oídos—. No quiero saber nada de eso, ¿de acuerdo? Se me ponen los pelos de punta y todo.

—Oh, vamos Ricka. —rió su amiga—. No es para tanto.

—¿Ricka? —inquirió ella con una sonrisa.

—Bueno, tengo esa manía. Necesito acortar los nombres como sea, aunque sólo pueda quitarles una mísera letra. Porque no es lo mismo llamarte por tu nombre completo que una abreviación, ¿verdad? —Guiñó un ojo y salió de la habitación de su compañera.

Ericka sonrió sin querer. Toda su vida estaba cambiando, y le estaban empezando a gustar esos pequeños cambios que Soraya producía. Se sentía bien.

La voz de su amiga volvió a escucharse, esta vez desde su habitación.

—¡Métete tú en el baño primero! Seguro que tardas menos que yo.

Así que la joven colocó el espejo en la pared opuesta a la puerta, cogió su ropa interior, su neceser y la ropa que Soraya le había preparado y se fue al baño. Se desnudó y se metió en la bañera.

Después de lavarse el pelo con ahínco, salió y se secó con una suave toalla de color blanco. Se enrolló la toalla en el pelo y empezó a ponerse la ropa interior negra. Se quitó la toalla y se sacudió un poco su largo cabello. Se puso los pantalones, después la camiseta y luego los tacones. Salió del baño con las cosas que había llevado y la chaqueta en la mano. Entró en su habitación y se colocó los accesorios.

—¡Soraya, ya puedes entrar! —le gritó mientras se colocaba los pendientes.

Le dio la espalda a la puerta y se acercó al espejo para colocarse uno de los pendientes que se le resistía. Sonrió cuando consiguió meter la tuerca en su sitio y agarró el colgante plateado.

—¿Te ayudo? —preguntó una voz desconocida y varonil detrás suya.

Capítulo III

La reacción de todo el mundo habría sido darse la vuelta inmediatamente, pero Ericka se quedó helada y miró con urgencia el reflejo del espejo.

Detrás suya, muy cerca, se encontraba un chico de pelo castaño oscuro, ojos verdes y sonrisa pícaro vestido con un traje negro y camisa blanca.

—¿Quién eres? —Fue lo único que pudo decir Ericka.

El joven amplió su sonrisa y ella decidió que era hora de darse la vuelta y exigir explicaciones. Pero, para su sorpresa, cuando se giró para plantarle cara, él ya no estaba. Frunció el ceño mientras daba algunos pasos hacia delante y miraba a todos lados.

—Es imposible que se haya esfumado en el aire... —murmuró inquieta.

Pero después de haber buscado a fondo en su cuarto y haber comprobado que no había nadie en las demás estancias, tuvo que creérselo.

—Puede que me lo haya imaginado. —Pensó.

Pero ella sabía lo que había visto y no habían sido imaginaciones suyas. ¿Pero cómo explicar lo que había pasado? No podía. Así que respiró hondo, cogió su pequeño maletín de maquillaje y empezó a ponerse guapa para esa noche.

—Ericka, ¿estás lista? —le preguntó Soraya desde la habitación.

—Sí, creo que sí —respondió ella mientras cambiaba las cosas de un bolso a otro.

Soraya entró en la habitación de su amiga y negó con la cabeza. Iba vestida con una camisa blanca sin escote de manga larga con el cuello doblado hacia fuera; unos pantalones cortos, verdes y de talle alto con pequeñas lentejuelas que lo hacían brillar cuando les daba la luz; unas medias negras translúcidas, unos zapatos negros de pico con un tacón mediano y una chaqueta americana negra. Tenía agarrado en una mano un bolso negro que dejó en la cama de Ericka mientras la miraba con desaprobación.

—Vamos, acompáñame al baño —dijo mientras la agarraba por la muñeca y la llevaba casi a rastras por el pasillo—. Se te ha olvidado algo muy importante.

Su nueva compañera la soltó cuando llegaron al baño, cogió una plancha de pelo y la enchufó con una sonrisa.

—Pero eso estropea muchísimo el cabello. —Ericka hizo una mueca de desaprobación mientras miraba el aparato, pero Soraya negó con la cabeza.

—No si utilizas un producto antes. —Sonrió.

La castaña sacó un bote de espray y se lo tendió a su amiga.

—Empápate todo el pelo con esto —le pidió.

Y como la morena había prometido no rechistar, hizo lo que le pedía. Después Soraya cogió la plancha y la pasó por cada uno de los mechones de pelo de Ericka.

—¿Te he dicho ya que adoro tu pelo? —le preguntó ella con un brillo en los ojos—. Es precioso, largo, bien cuidado...

—Gracias —sonrió por el cumplido—. Por eso no suelo aplicarme calor en el cabello, para no dañarlo.

Cuando terminaron, se miraron al espejo. Las dos estaban muy guapas y a Soyara se le antojó hacerse una foto antes de salir.

—¿Qué crees que está haciendo Jessica? —preguntó Ericka preocupada.

—No está en su cuarto. —La joven se encogió de hombros—. Salió justo cuando tú te estabas duchando. Le pregunté que a dónde iba y me respondió muy cortante diciéndome que no era asunto mío. La invité a venir con nosotras, pero me dijo que tenía planes mucho más interesantes que andar con dos crías y sus amiguitos por la ciudad.

—No me lo creo... —murmuró la pelinegra, dolida—. ¿Cómo puede haber cambiado tanto?

—Ricka, nosotras no la conocíamos. —Soraya le puso una mano en el hombro a su amiga en señal de consuelo—. Nunca la conocimos. Simplemente se hizo pasar por una persona completamente diferente.

—¿Crees que es eso? —preguntó ella—. ¿Crees que sólo lo hizo para conseguir la habitación del piso?

—Piénsalo bien. ¿Quién, en su sano juicio, va a querer convivir con una persona así? Lo más lógico en un caso así es buscar piso con personas que no te conozcan y fingir un rato hasta que ya no puedan dar marcha atrás.

Ericka no quería pensar eso, pero no tenía otra opción. ¿Qué otra razón podía haber para semejante comportamiento? Pero sacudió la cabeza y sonrió. Esa noche quería divertirse e iba a hacerlo.

Las dos salieron del piso y Ericka se puso la americana, ya que por las noches refrescaba bastante. Caminaron hasta el coche de Soraya (un mercedes gris bastante elegante) y se subieron en él.

—Si no te lo he dicho antes, será mejor que te lo diga ahora. —Sonrió Soraya, divertida—. Me encanta la velocidad.

Y justo después de decir aquello, cambió la marcha con la palanca y el coche desapareció a toda velocidad de la calle mientras Ericka trataba de ponerse el cinturón como buenamente podía.

No iba a mentir. Le había encantado la forma de conducir de su nueva compañera, aunque fuera algo temeraria. Nunca se había sentido más viva, por lo que dedujo que estaba empezando a vivir como se suponía que debía hacerlo.

Tardaron unos quince minutos en llegar a la plaza. Soraya aparcó el coche lo más cerca que pudo y las dos caminaron hasta el lugar donde habían quedado con los demás.

—Bueno, puede parecer un poco raro, pero todos mis amigos son chicos —reía Soraya mientras llegaban—. Sólo hay una chica y casi nunca sale con nosotros. Si está te la presento y sino, mañana. No creo que vaya a perderse la fiesta.

A Ericka no le importó en absoluto. No solía juntarse con mucha gente, la verdad es que era bastante solitaria, pero quería cambiar.

Llegaron al sitio y allí las esperaban tres chicos. Ericka estaba un poco nerviosa, por lo que empezó a toquetearse los dedos de una mano con los de la otra mientras Soraya esbozaba su mejor sonrisa.

—¡Hola chicos! —exclamó.

Después de darle un gran abrazo a cada uno, Soraya se giró hacia su nueva amiga.

—Ella es Ericka, mi compañera de piso.

Los tres miraron a la joven con atención.

—Caray, Sor —dijo uno con una gran sonrisa—. Nos has mentido.

Ericka comenzaba a ponerse nerviosa. ¿Cómo que Soraya les había mentido? ¿Qué les había dicho sobre ella que no resultaba ser cierto?

—Sí, hermanita. —Sonrió otro apoyándose en el hombro del que había hablado antes—. Te quedaste corta.

—¡Mateo! —exclamó Soraya para después volverse hacia Ericka—. Perdona a mi hermano. Es el único con retraso mental en la familia.

—Ya quisieras, Sor. —Sonrió él para después mirar nuevamente a Ericka—. Me llamo Mateo, pero llámame Mat, me gusta más.

Su hermano era alto, de cabello castaño, ojos marrones y algo de barba.

Sus labios eran finos pero muy hermosos. Estaba bastante fuerte y tenía una sonrisa encantadora. Le tendió la mano a Ericka y ella se la estrechó suavemente, pero después él la atrajo un poco más y se llevó el dorso de la mano a los labios mientras clavaba sus hermosos ojos en los de ella.

—¡Deja un poco para los demás, cabrón! —rió su amigo mientras le pegaba un codazo.

Mateo le soltó la mano y se echó a reír con él mientras Ericka sentía que se moría de vergüenza. Sabía que se estaba sonrojando, pero hacía todo lo posible por disimular.

—Yo soy Ángel, el mejor amigo de este cretino. —Sonrió el otro chico mientras le tendía la mano.

Este era de la misma estatura que Mateo, pero con el cabello mucho más claro, revuelto y ojos azules. Su físico era casi el mismo que el de su amigo. Ambos vestían con pantalones vaqueros y una camisa. La de Ángel era blanca y la de Mat, negra.

—Perdona, yo soy Antonio, el único normal de los tres. —Se presentó el otro con una sonrisa.

—Entonces eres el que mejor va a caerme. —Rió Ericka.

Ni siquiera había pensado en decirlo. Simplemente le había salido solo. Aquel chico le transmitía confianza. Tenía el pelo y los ojos oscuros, era igual de alto que los demás y tenía una sonrisa encantadora y sincera que Ericka apreció mucho. Vestía con unos pantalones vaqueros más oscuros que los de sus amigos y una camisa gris.

—Sabes que en el fondo no puedes vivir sin mí —aseguró Mateo mientras le pasaba un brazo por los hombros.

Ericka se mordió el labio intentado retener una sonrisa, pero no fue capaz.

—Oye, ¿dónde están Alex y Lucas? —les preguntó Soraya.

—Justo detrás de ti, encanto —dijo una voz detrás de las dos chicas y de Mat, que seguía abrazando a Ericka.

Esa voz... La morena creía haberla escuchado en otro sitio, pero no sabía en donde. Sacudió casi imperceptiblemente la cabeza y se giró con una sonrisa mientras Mateo retiraba su brazo. Y entonces sus ojos se encontraron con unos verdes que ya conocía.

Aquel chico era el que se había colado en su piso y en su habitación. ¡Y encima le sonreía de lado! Vestía con unos pantalones negros y una camisa negra igual que la de Mateo. Su cuerpo estaba definido a la perfección y

Ericka podía percibirlo incluso a través de la camisa. Ese hombre desprendía... poder.

—¿Qué tal copiador de camisas? —lo saludó Mateo con una risotada mientras volvía a poner su brazo sobre los hombros de Ericka.

Ese gesto no pasó desapercibido para el recién llegado, quien desvió los ojos hacia el brazo de su amigo.

—Ericka, este es Lucas, aunque yo lo llamo Luc —le presentó Soraya—. Es el rompe corazones del grupo.

Lucas amplió su sonrisa mientras clavaba sus ojos en ella.

—Es un verdadero placer —dijo mientras bajaba la vista hacia su cuerpo.

—¿Has visto, Sor? —habló Mat—. Ángel y yo no somos los únicos que sabemos apreciar la belleza de esta preciosidad.

Ericka estaba roja, colorada como un tomate, y no podía evitarlo.

—Encantado, Ericka. —Sonrió el joven que había llegado con Lucas.

—Ah, se me olvidaba —dijo su amiga—. Este es Alejandro, pero le llamamos Alex. Y es el otro cachas rompe corazones, pero al menos es dulce cuando quiere.

El joven era muy apuesto, sin duda, pero a Ericka le resultaba demasiado familiar y estaba segurísima de que a él no lo había visto nunca. Su pelo era un poco más oscuro que el de Ángel, sus ojos grises, aunque no tanto como los de ella, y sus labios gruesos. Vestía con unos vaqueros y una camiseta de manga corta que dejaba ver perfectamente todos los músculos bien definidos de sus brazos.

—Bueno, ¿nos vamos? —preguntó Ángel—. ¿A qué bar os apetece ir hoy chicos?

—A cualquiera. —Sonrió Soraya—. ¡Es viernes!

Todos rieron o negaron con la cabeza mientras Ericka pensaba en Lucas. Aquel chico de ojos verdes se había colado en el piso y había entrado en su habitación para después desaparecer sin dejar rastro. ¿Pero cómo le explicaba eso a alguien? Era imposible. No tenía más remedio que aparentar que todo estaba perfectamente bien y disfrutar de aquella noche como pudiese. Pero tenía la extraña sensación de que los dos recién llegados no le quitaban la vista de encima...sobre todo Lucas.

Soraya agarró a Ericka por el brazo mientras todos caminaban por la plaza, salían de esta y se internaban por las calles de Salamanca. Ericka estaba completamente perdida, pero simplemente se dejaba guiar. Y cuando se

quiso dar cuenta estaba dentro de un local con muchos focos de distintos colores, música muy alta que hacía que el corazón le latiese a mil por hora y adolescentes en la barra y bailando al son de la música.

Soraya los hizo adentrarse aún más en el sitio y después se acercaron a la barra. La joven miró a Ericka.

—¿Quieres probar? —le preguntó mientras señalaba los estantes llenos de botellas con alcohol.

—Supongo que no tengo más remedio, ¿verdad? —Sonrió la morena.

—No —rió.

No escuchó lo que Soraya pedía y tampoco quería oírlo. Sólo quería divertirse, ser una chica normal. Se alejó un poco de su nueva amiga y observó el lugar con atención. No había nada especialmente interesante.

—Así que eres la típica chica lista y buena que nunca se ha cogido una borrachera, eh. —Sonrió Mat mientras se acercaba a ella y volvía a pasarle el brazo por los hombros. Aquello se estaba convirtiendo en una costumbre—. Todavía no sé cómo mi hermanita y tú podéis ser amigas. Sois tan distintas...

—Yo creo que es precisamente por eso —gritó ella para hacerse escuchar por encima de la música.— Nos complementamos: yo estudio y ella me saca de fiesta.

Mateo se echó a reír y Ericka esbozó una amplia sonrisa. Le estaba empezando a gustar aquello de salir por las noches.

—Tienes sentido del humor.

—¡Ricka! —gritó Soraya desde la barra mientras le mostraba un vaso que contenía un líquido amarillo.

—¿En serio has dejado que te acorte el nombre a ti también? —se carcajeó su hermano mientras negaba con la cabeza

—¿Qué otra opción tenía? —Se encogió de hombros y fue hacia donde estaba su amiga.

—Veo que te llevas muy bien con mi hermano —gritó con una sugerente sonrisa—. ¿Existe la posibilidad de tener cuñada?

—Podría ser, pero no sería yo —rió Ericka.

Cogió el vaso que su amiga le tendía y dio un sorbo. Quiso escupir al instante, pero se contuvo y tragó aquel líquido que quemó su garganta hasta perderse en su estómago.

—¿¡Qué leches es esto!?! —exclamó mientras hacía muecas con la boca—. ¡Está asqueroso!

—Hazme caso y sigue bebiendo poco a poco —le aconsejó la castaña—. Al final no sabrá tan mal, ya lo verás.

—Más te vale.

Soraya le sacó la lengua como una niña pequeña y arrastró a Ericka hacia la pista de baile donde estaban los demás.

—Y ahora enseñanos cómo te mueves —le gritó Ángel, que ya tenía un vaso en su mano con un líquido negro.

Capítulo IV

Ericka tuvo que beberse más de la mitad del contenido de su vaso para atreverse a bailar delante de todos. Al principio sólo se acercaba a Soraya, pero después Mateo la atrajo hacia sí y a los pocos segundos ambos estaban bailando muy pegados mientras Soraya se acurrucaba a Antonio y los dos empezaban a reírse y a comentar a voz en grito.

—Creo que ahora me toca a mí, ¿no? —Sonrió Ángel mientras se acercaba a Mateo y a la morena.

Ericka estalló en carcajadas mientras Mateo le cedía el puesto a su amigo y se iba detrás de una pelirroja. Pero cuando estaba bailando con Ángel, sus ojos se posaron en dos personas un poco más alejadas. Eran Lucas y Alex y parecían estar discutiendo por algo. Alex agarró del brazo a su amigo y lo miró, como advirtiéndole de algo, mientras el otro se zafaba de su agarre con un brusco tirón. Parecía muy enojado. Y justo en ese momento, su mirada se cruzó con la de la morena, quien tenía el ceño fruncido. Y con un gesto, Lucas caminó a paso rápido hasta la salida. Fue entonces cuando Alex dirigió su mirada al mismo sitio que Lucas antes y se encontró con la mirada de Ericka. Le dedicó una sonrisa y él también salió del bar.

Ella no dejó de bailar y reír en toda la noche, pero su cabeza siguió pensando en aquel extraño percance.

—Nos lo hemos pasado bien, ¿verdad? —preguntó Soraya mientras se encaminaban hacia el coche.— Y ni siquiera hemos bebido.

—¿Cuánto te has tomado tú? —le preguntó la morena a su amiga.

—Sólo dos vasos y poco cargados. —sonrió con orgullo—. Y tú creo que sólo uno, el que yo te di. ¿Me equivoco?

—Para nada. —Rió ella.

El viaje de vuelta no fue tan largo como el de ida. Entraron en el piso, se quitaron los zapatos y soltaron un suspiro de alivio al sentir sus pies descalzos y doloridos sentir el suelo de madera.

—Mañana podemos despertar a la hora que queramos, ¿no es genial? —comentó Soraya mientras iba a su habitación.

—Son las cinco de la mañana, así que dudo mucho que nos levantemos hasta la hora de comer. —Rió Ericka—. Buenas noches, Sor.

—Buenas noches, Ricka. —Sonrió—. Hasta mañana.

Erica cerró la puerta de su habitación, se desnudó, se puso el pijama y se tiró en la cama. Necesitaba descansar urgentemente, pues la noche siguiente Soraya la quería llevar a una fiesta... y de allí no saldría sobria.

Eran las tres y media de la tarde cuando Erica se despertó. Estaba tranquila, relajada e incluso animada. Había descansado muy bien. Preparó su ropa para aquel día (aunque se tuviera que cambiar para salir por la noche) y se dirigió hacia el baño. Se asomó con cuidado a la habitación de su amiga en el camino y vio que seguía durmiendo. Se metió en el baño, se desnudó y se metió en la bañera.

Cuando terminó ya se había quitado bien el maquillaje y el olor a alcohol y a humo de la noche anterior. Se vistió con unos pantalones negros de deporte y una camiseta de tirantes blanca. Se calzó unas deportivas del mismo color y salió del baño.

Dejó la ropa en la habitación y después salió para ir a desayunar.

—Buenos días dormilona —dijo Soraya reprimiendo un bostezo.

Estaba de pie en la puerta de su habitación con un pijama rosa.

—Me he despertado antes que tú.—Sonrió ella—. Voy a desayunar, ¿me acompañas?

Soraya asintió y las dos caminaron hasta la cocina. No era la hora del desayuno, pero no les apetecía otra cosa. Así que bebieron zumo y comieron galletas, bizcochos, tostadas... y todo lo que encontraron por ahí.

—¿Sabes algo de Jessica? —preguntó Erica cuando estaban terminando.

—No, y no deberías preocuparte por ella. Ya es mayorcita, Ricka.

La morena asintió.

—Por cierto, ¿por qué te has vestido? —preguntó su compañera.

—Manías mías. —Se encogió de hombros, pero se quedó estática al escuchar unas llaves en la cerradura de la puerta principal.

Las dos chicas se levantaron de un salto y corrieron hacia allí a tiempo para ver la cara de Mateo asomándose por la puerta.

—¿Ves por qué me visto? —inquirió Erica mientras se cruzaba de brazos y se apoyaba en la pared.

Mateo sonrió y abrió la puerta, dejando ver a Ángel que también estaba en el rellano.

—Buenos días, mis niñas —saludó Mateo mientras entraba en la casa—

Creo que mi hermanita se olvidó las llaves del piso ayer.

—¡Te pedí que me las guardaras, Mat, no que te presentases cuando te diese la gana! —exclamó Soraya.

—En mi defensa diré que todo ha sido idea suya — comentó Ángel con las manos en alto y una encantadora sonrisa de niño bueno—. Lo juro.

—¡Pero no te opusiste! —le recordó el hermano de la castaña.

Ángel se encogió de hombros y siguió sonriendo.

—¿A qué habéis venido, chicos? —preguntó Ericka tratando de no reírse ante el comportamiento del joven.

—Nos aburríamos y no sabíamos qué hacer —respondió Mateo mientras le pasaba un brazo por los hombros.

—Bueno, supongo que podéis quedaros hasta que tengamos que arreglarnos para salir —decidió Soraya—. De todos modos, nuestra tercera compañera de piso es como un fantasma. No habrá ningún inconveniente.

Soraya se dirigió al sofá y se acomodó sobre él mientras Ericka iba a su habitación. Mateo la siguió hasta ella.

—Es bonita —dijo el muchacho—. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé —suspiró—. ¿Se te ocurre algo?

Mateo la miró con picardía y ella se sonrojó ligeramente mientras intentaba fulminarlo con la mirada.

—¡Mateo! —exclamó.

—Tranquila, preciosa —rió.

Se acercó a la cama y se sentó a su lado.

—Oye, ¿por qué “Mat”? —inquirió ella frunciendo levemente el ceño.

—No te entiendo —respondió él.

—Mateo se puede acortar en Mat o en Teo, ¿no?

—Supongo que a mi hermanita le gustó Mat. —Sonrió—. Pero tú puedes llamarme como quieras.

—¿Sabes? Prefiero ser la única que te llame Teo —dijo para después soltar una carcajada que encantó a su amigo.

Mateo se la quedó mirando durante lo que le parecieron algunos segundos, aunque en realidad fue más tiempo. Ericka empezó a sentirse un poco incómoda.

—¿Qué miras? —le preguntó.

—A ti. —Sonrió de medio lado—. Me gusta tu sonrisa.

Ericka se sonrojó más aún y bajó la mirada de aquellos ojos marrones.

Mateo la tomó suavemente de la barbilla y le hizo volver a mirarlo a los ojos. Después colocó la mano sobre la de la muchacha. Ella sentía cómo sus caras se iban acercando y supo lo que iba a pasar. No quería pensar, simplemente quería dejarse llevar por una vez.

Pero entonces vio algo en la habitación, justo detrás de la puerta: una persona. Se giró bruscamente, asustada, pero no había nada.

—Ericka, ¿te encuentras bien? —le preguntó Teo con preocupación mientras ella volvía a centrar su atención en él.

—Yo... lo siento, me pareció ver... —Volvió a mirar hacia el lugar de antes, pero seguía sin haber nada.

—¡Ricka! ¡Mat! ¿Se puede saber qué hacéis? —preguntó Soraya desde el salón.

Mateo se echó a reír tapándose la boca para que su hermanita no pudiera escucharlo.

—Ahora mismo me encontraba en una posición muy cómoda encima de tu nueva amiga —respondió el joven mientras volvía a reírse.

—¡¡¡MAT!!! —se escuchó el grito de la castaña.

—Venga, vayamos nosotros antes de que venga ella —siguió riendo Mateo mientras tomaba de la mano a Ericka.

Los dos salieron riendo de la habitación y llegaron hasta el salón cogidos de la mano, donde Soraya y Ángel estaban sentados en el sofá. La primera tenía los brazos cruzados a la altura del pecho y el otro estaba completamente relajado en el sofá y con una sonrisa perezosa en el rostro.

—Ya te dije que tu hermano sólo bromeaba. —Ángel negó con la cabeza y los observó a los dos—. Aunque ya hasta se cogen de la mano.

Ericka se sonrojó levemente y soltó la mano de Mateo para ir a sentarse entre su amiga y Ángel, quien la siguió con la mirada. Realmente él parecía mayor de lo que Ericka suponía que era.

—No me habéis dicho cuántos años tenéis —comentó la morena mientras colocaba una pierna encima de la otra.

—¿No te han dicho nunca que esas cosas no se preguntan? —inquirió Ángel sonriente y alzando una ceja.

—Oh, vamos. —Rió Ericka—. No sois tan viejos...¿o sí?

Teo se acercó a ella y le tendió la mano. Ericka se la dio, divertida.

—Bella dama, soy Mateo y tengo aproximadamente treinta años —le dijo para después llevarse el dorso de la mano a sus labios.

—¡No exageres! —Se rió Ángel—. Le causarás un trauma a la chica.

—Está bien, está bien. —Cedió alzando las manos—. Tengo veintiuno.

—¿Y tú, Ángel? —preguntó ella.

—Qué pronto me olvidas —dijo Teo mientras se llevaba teatralmente una mano al pecho.

Ángel, Soraya y Ericka estallaron en carcajadas.

—Soy un año más pequeño que Mat. —Sonrió el rubio.

—Sí, nena. —Mateo se sentó entre Soraya y Ericka—. Soy el más grande de este grupo.

—Y el más inmaduro —aseguró su hermana.

Capítulo V

Pasaron el resto de la tarde entre risas y bromas. Ángel y Teo se turnaban para pasarle el brazo por los hombros a Ericka mientras la chica sentía cómo se retaban con la mirada de manera teatral. Le gustaba estar con ellos, aunque no dejaba de pensar que Mateo y ella casi llegaron a más... No estaba segura de lo que quería en esos momentos. Estaba descubriendo un mundo desconocido para ella.

Los chicos se fueron casi a las ocho de la tarde para que las dos amigas pudieran arreglarse.

—¿Vivís juntos? —les había preguntado Ericka antes de que salieran.

—Sí. No es tan malo como compañero de piso. — Ángel de había reído mientras señalaba a Mateo.

Después, Ericka se había dirigido al salón, donde Soraya la estaba esperando.

—Vamos, tenemos que decidir la ropa que llevaremos a la fiesta. — Sonrió como una niña pequeña.

Ericka la condujo a su habitación y le señaló el armario mientras ella se sentaba en la cama.

—Todo tuyo —le dijo.

Soraya asintió y se puso a revisar cada una de las prendas que tenía su amiga guardadas en aquel mueble de madera. Negaba con la cabeza con las cosas que no le parecían apropiadas y fruncía el ceño con las que quizás sirviesen (casi ninguna). Al final suspiró y cerró el armario de mala manera.

—Bueno, tendré que mirar entre mis cosas —dijo resignada—. Y ahora métete en el baño y te duchas tranquilamente, ¿de acuerdo?

—¿Tan temprano? —se extrañó Ericka—. ¿A qué hora es la fiesta?

—¿Qué hora crees tú que es? —inquirió su compañera.

Ericka frunció el ceño y miró su habitual reloj de muñeca.

—¡Dios mío, son las nueve! —exclamó sin poder creérselo—. ¿¡Has pasado una hora entera mirando mi ropa!?

—Tenía que ser meticulosa y pensar bien. —Soraya se encogió de hombros—. Ahora vete al baño, vamos.

—¿A qué hora empieza la fiesta?

—Cariño, la fiesta ya ha empezado —rió ella mientras se marchaba de la habitación.

¿Qué había querido decir con aquello de que la fiesta ya había empezado? No quería saberlo, no era algo de lo que tuviera que preocuparse en aquellos momentos. Así que cogió su toalla, su neceser y su ropa interior y se dirigió al cuarto de baño.

Hizo lo que Soraya le había pedido: se duchó con muchísima tranquilidad. Se metió en la bañera y se relajó bajo el agua tibia que caía sobre su piel. Cerró los ojos y pensó en qué era lo que estaría buscando su nueva amiga en su armario. Esperaba que no se pasase de la raya...

Al cabo de casi media hora, salió de la bañera y se secó con la toalla. Se colocó la ropa interior y caminó hacia la puerta del baño, pero esta se abrió antes de alcanzarla.

—No quiero que te quejes, ni que repliques, ni nada que se le parezca, ¿entendido? —le advirtió su amiga que asomaba la cabeza por la puerta.

Ericka no tuvo más remedio que aceptar y esperar a que Soraya le enseñara su vestimenta para aquella noche. Sin embargo, jamás se habría imaginado lo que iba a ponerse.

Se trataba de un vestido dorado y lleno de brillos, algunos de los cuales parecían plateados. Era como si hubiesen bañado el vestido en purpurina. Tenía dos tirantes gruesos y se ajustaba perfectamente a la figura de Ericka hasta la mitad (o incluso más arriba) de los muslos de la joven. Soraya le brindó unos zapatos negros con un gran tacón y un bolso pequeño y negro para guardar sus pertenencias.

—¿No te parece demasiado? —le preguntó cuando ya se había colocado todo.

—¡No, no, no! Nada de quejas, ¿recuerdas?

—No me estoy quejando, es sólo que...

Pero su amiga la calló con un gesto de la mano y se metió en su habitación. Ericka suspiró y vio como Soraya cogía su ropa y se metía en el baño.

—No tardaré mucho —prometió con una sonrisa justo antes de desaparecer tras la puerta.

Ericka se dirigió a su habitación, donde se miró detenidamente en el espejo. No iba a negarlo, estaba muy guapa. Su amiga sabía perfectamente escoger la ropa, aunque no iba a reconocerlo delante de ella. Sus piernas

estaban más estilizadas, sus curvas mucho más marcadas de lo que solían estar y el escote permitía ver más de lo que nunca había mostrado. Y eso que era un escote redondo muy sencillo...

Se sentó en la cama, cogió el maletín y empezó a maquillarse tal y como Soraya le había pedido que lo hiciera: ojos plateados y labios en un color suave. ¡Aquella noche sería su gran obra de arte!

Cuando terminó, volvió a mirarse al espejo. Después cambió sus cosas de un bolso a otro y esperó pacientemente a que Soraya saliese del baño. Ella también quería ver cómo iba vestida su amiga.

Soraya salió cuando ya daban las diez y cuarto de la noche. Iba con un vestido morado con pequeños círculos de un lila más claro. Era igual de corto y ajustado que el de Ericka y también tenía tirantes, pero el escote era de pico un poco más pronunciado. Los zapatos eran del mismo color que los detalles del vestido, abiertos y con un tacón enorme y fino. Se había hecho algunos rizos en el pelo, lo que le quedaba muy bien.

—Vamos, entra en el baño conmigo y, mientras yo me maquillo, tú te retocas el pelo —le dijo la castaña a la vez que la arrastraba hacia el baño.

—¿Retocarme el pelo? —inquirió ella.

Soraya le mostró las tenazas del pelo y sonrió.

—Tienes que estar perfecta hoy, ¿entiendes? No te lo volveré a pedir más —aseguró.

Pero Ericka estaba segura de que se lo volvería a pedir. Resignada, cogió las tenazas y se las pasó detenidamente por cada mechón de su largo cabello. Mientras, su compañera de piso se maquilló los ojos de color dorado y un poco de violeta, con los labios en color rosa suave.

—Bueno, creo que por fin estamos listas —dijo Soraya mientras se miraban las dos en el espejo— ¿Preparada?

—Vámonos antes de que empiece a arrepentirme —rió Ericka.

Soraya y ella caminaron hacia la puerta y salieron del piso. Bajaron y anduvieron por la calle hasta llegar al coche de la castaña.

—¿Está muy lejos? —preguntó Ericka mientras se abrochaba el cinturón.

—A las afueras de la ciudad —sonrió ella—. Tiene que estar alejado para que no se estropee, ¿no crees?

Y dicho esto, arrancó el coche y se pusieron en marcha a toda velocidad.

Tardaron casi veinticinco minutos en llegar, pero valió la pena. Un camino de asfalto conducía hasta una casa grande de dos pisos con ventanas. Estaba

muy oscuro, pero pequeñas luces alumbraban el camino y la fachada de la casa estaba muy bien iluminada, cosa que no se podía decir de su interior.

Soraya aparcó el coche donde pudo y las dos se bajaron de él.

—¿Dónde están los chicos? —le preguntó Ericka.

—Todos llegaron hace un rato —respondió la castaña por encima del ruido que provenía de la fiesta mientras caminaban hacia la casa.

—¿Todos? —inquirió la morena—. ¿También está la chica con la que salís?

—Sí, ella también ha venido —sonrió—. Nunca se perdería una fiesta como esta. Y sí, todos menos Lucas. No sé qué le pasa, creo que está enfermo. Sino, él tampoco se lo perdería.

Y dicho esto, entraron en la casa. La música, el calor y el olor a alcohol las embriagaron nada más poner un pie dentro. Tenían un buen equipo de música y la casa estaría completamente a oscuras de no ser por los focos de colores. Un chico con una gran sonrisa y señales de haber bebido se acercó a ellas y les dio dos besos a cada una, acercándose mucho a la comisura de la boca.

—Ericka, este es David —le presentó Soraya con una sonrisa—. Es el dueño de la casa y el rey de la fiesta.

El chico no era nada feo y poseía una gran sonrisa. Tenía el pelo revuelto, los labios algo hinchados y un poco de labial en la camisa.

—Buscad lo que queráis y servíos vosotras mismas —les dijo el chico—. Yo voy a ver si encuentro más hielo. ¡Para cualquier cosa no dudéis en avisarme!

Y dicho esto se marchó riéndose hasta que lo perdieron de vista. Soraya se volvió hacia Ericka, pero justo en ese momento alguien le tapó los ojos con las manos a la morena.

—¿Quién soy? —gritó una voz cerca de su oído.

—El diablo en persona, solo que con nombre de ángel —rió Ericka.

El rubio hizo una mueca graciosa, le destapó los ojos y se rió con ella.

—Habéis tardado, eh —comentó Mateo, quien se dirigía hacia ellas por la derecha—. ¿Aún no habéis bebido?

Las dos negaron con la cabeza. Los chicos las guiaron hasta una mesa grande repleta de comida, bebida y cubitos de hielo.

—Servíos vosotras mismas —les dijo Ángel mientras le entregaba un vaso a cada una.

Soraya le quitó el vaso de las manos a su amiga y se lo rellenó con lo que le pareció conveniente. Después se encogió de hombros y se lo tendió.

—El objetivo es pasarlo bien, ¿no? —sonrió.

Ericka le devolvió la sonrisa y negó con la cabeza mientras aceptaba el vaso y bebía un trago. Al principio le resultó casi insoportable, pero después poco a poco se fue acostumbrando.

Pasaron la noche bailando, cantando y riendo con los demás. A menudo bailaba con Mateo y Ángel, y algunas veces hasta con Alex, pero también con otros chicos que se le acercaban lo suficiente. Ericka perdió la cuenta de los vasos que Soraya le había dado, pero no le importaba si al día siguiente se levantaba medio muerta. Ella quería disfrutar, quería ser normal. ¿Y para qué mentir? ¡Se lo estaba pasando genial!

—Creo que Soraya se ha pasado de copas —le gritó Teo para hacerse escuchar por encima de la música.

—¡¿Y quién no?! —rió ella mientras le pasaba los brazos por el cuello.

Él la abrazó por la cintura y la atrajo todo lo posible hacia su cuerpo. Sus respiraciones se mezclaban y sus labios estaban muy cerca. Lo último que Ericka recordaría serían los labios del chico moviéndose sobre los suyos con ansia antes de que un destello verde hiciera que todo se volviera negro.

Capítulo VI

Incluso antes de abrir los ojos supo que tenía un grave problema: resaca. Y una de las grandes. Le dolía todo el cuerpo y la cabeza parecía que le iba a explotar en cualquier momento. Por eso se permitió mantener los ojos cerrados durante unos minutos mientras intentaba recordar todo lo que había pasado la noche anterior. Había bailado, había reído, había besado a Teo... ¡Había besado a Teo! Y qué bien besaba aquel chico. No pudo evitar que sus labios formaran una pequeña sonrisa.

Se giró en la cama aún sin abrir los ojos y buscó a tientas donde debería estar su teléfono móvil. Nada. Frunció el ceño y siguió buscando. La cama le parecía más grande en aquellos momentos, pero no era posible que fuera verdad. ¿O sí?

Abrió los ojos de golpe, lamentándose al instante por ello. La luz entró de lleno en sus ojos y la hizo cerrarlos de nuevo. Soltó un pequeño gruñido y se tapó con las sábanas hasta la cabeza. Abrió los ojos y fue acostumbrándose poco a poco a la luz mientras se destapaba cada vez un poco más. Y entonces comenzaron los problemas.

Aquella no era su habitación.

Se encontraba en un gigantesco dormitorio con un gran ventanal en la pared más cercana a la cama. Ésta era muy grande, con la colcha de color gris y varios cojines del mismo color. Tenía un extraño cabecero de un gris más claro y con adornos dorados. Detrás había unas dobles cortinas del mismo color que la ropa de cama y a ambos lados del cabecero había una mesilla negra con un candelabro de tres velas encima. Las paredes eran grises y el techo blanco. Una gran alfombra de un tono rosado se extendía desde la mitad de la cama hasta la mitad de la habitación. En la pared de la derecha había dos puertas. Ericka supuso que una conducía al baño y otra al armario. La habitación en sí era muy sofisticada y con un gusto muy refinado y exquisito. En la pared contraria a la cama había otra puerta, que daría seguramente hacia el pasillo. Justo a su lado había un gran espejo en el que Ericka se vio reflejada. No tenía tan mal aspecto después de todo.

Hizo un esfuerzo por levantarse de la cama, pero acabó sentada en el suelo. Llevaba el vestido de la noche anterior, lo que le hizo pensar que quizás

seguía dentro de aquella casa, en alguna de sus habitaciones. Pero algo le decía que no era así y que estaba metida en un gran lío.

Se cubrió la cara con las manos y se hizo un masaje en las sienes para tratar de recordar. Necesitaba acordarse de qué había pasado aquella noche y de dónde se encontraba en aquellos momentos, pero era inútil. Por más que lo intentaba lo último que recordaba era aquel beso.

Entonces escuchó pasos desde detrás de la puerta que estaba situada junto al espejo: alguien iba hacia su habitación. Buscó con la mirada un buen escondite, pero la puerta se abrió antes de que pudiera taparse tras las gruesas cortinas que había tras la cama. Temerosa, dirigió la mirada hacia la persona que la miraba desde la puerta.

—Lucas —susurró con alivio—. Gracias al cielo, ¿dónde estoy? ¿Qué pasó ayer?

Pero Lucas seguía con la mirada fija en sus ojos y no parecía dispuesto a moverse de allí ni a contestar a sus preguntas.

—Lucas —lo intentó de nuevo—, tú no estabas ayer en la fiesta. ¿Dónde estoy?

Aquella afirmación pareció hacerlo reaccionar, ya que cerró la puerta a sus espaldas y se apoyó en ella. Ericka se puso en pie con gran esfuerzo, pero tuvo que apoyarse en la cama.

—Lucas... ¿Qué narices te pasa?

La situación estaba empezando a cansarla.

—Oye, si esto es una broma...

—No pienses que nada de esto es una broma porque no lo es —habló por fin con dureza.

—Bien, ¿entonces? —preguntó mientras se cruzaba de brazos.

Nadie iba a intimidarla ni a hablarle de la forma en la que él lo estaba haciendo. Ericka era fuerte y tenía que demostrarlo.

—Mira, mejor acomódate e intenta pasar todo esto de la mejor manera posible —dijo—. Todavía te quedan algunos días aquí.

Ericka arqueó una ceja. ¿Cómo se atrevía a decirle lo que tenía que hacer o no? Apretó la mandíbula y alzó la cabeza.

—No —dijo con toda la frialdad de la que fue capaz—. Quiero saber dónde estoy y quiero irme a mi piso.

—Ahora mismo no estás en condiciones de exigir nada, princesa —sonrió de lado.

—No necesito tu permiso —aseguró mientras caminaba segura hacia la puerta—. Saldré de aquí, con o sin tu ayuda.

—No lo creo. O te quedas por las buenas o lo harás por las malas.

Y fue entonces cuando Ericka decidió que era suficiente. Se acercó a él mientras Lucas se posicionaba con la espalda justo en el pomo de la puerta. No supo de dónde sacó las fuerzas, la frialdad y la seguridad para hacer aquello, pero pegó su cara a la de Lucas y puso los ojos a la altura de los suyos. Pasó una de sus manos por detrás de la espalda del chico mientras él levantaba una ceja, divertido. Encontró el pomo de la puerta y lo giró, abriéndola así. Después sólo tuvo que rodear a Lucas y salió corriendo de la habitación si mirar atrás. Estaba descalza, pero no le importaba.

Pasó por un largo pasillo, bajó unas escaleras y se encontró en un elegante salón con una puerta al fondo que, suponía, era la salida. Pero antes de poder dar un paso más, algo la cogió por las piernas y se encontró bocabajo mirando la ancha y formada espalda de Lucas.

—¡Bájame ahora mismo! —gritó mientras pataleaba con todas sus fuerzas y le pegaba con sus puños en la espalda.

—Podrías haberte quedado arriba en esos aposentos tan hermosos, ¿sabes? —comentó mientras caminaba con ella a cuestas como si no pesara nada—. Pero ahora me obligas a llevarte a los calabozos.

—¿¡Qué!?! —Lucas, ¿estás loco?! —exclamó ella presa del pánico—. ¿¡A qué juegas!?

—Ese es el problema, princesa: no es ningún juego.

Ericka estaba asustada, pero no iba a admitirlo. Si Lucas quería encerrarla, que lo hiciera. Lograría escapar de allí. Probablemente Soraya estaría buscándola y Teo también. Quizás Lucas tuviera algún problema mental que no le habían contado. Pero el caso era que ella no creía eso realmente, aunque quería hacerlo con todas sus fuerzas. Sin embargo, algo le decía que aquello era mucho más.

Lucas la bajó y la tiró sin ningún cuidado al suelo. Luego cogió unas cadenas plateadas y le dedicó una sonrisa ladeada.

—¿Crees que hará falta que lleguemos a este extremo o te estarás quieta aquí? —le preguntó.

Ella no respondió. Simplemente alzó la cabeza con orgullo y le sostuvo la mirada con fiereza.

—Toda una guerrera. —Se encogió de hombros—. Dame las muñecas,

Ericka.

Pero ella no iba a hacer tal cosa. Se levantó y caminó hacia atrás sin perderlo de vista, pero con la cabeza bien alta, hasta que su espalda topó con la pared. Después escondió las manos detrás de la espalda.

—¿Quieres jugar?—preguntó alzando una ceja.

—Esto no es un juego, Lucas —aseguró con una media sonrisa—. Tú me lo has dejado claro.

El chico se mordió ligeramente el labio inferior, tratando de no reír al ver que ella le estaba pagando con su misma moneda. Y en menos de lo que se tarda en parpadear, Ericka ya tenía las muñecas atadas con las cadenas, las cuales estaban fuertemente sujetas a la pared. Lucas sonrió con suficiencia mientras Ericka abría mucho los ojos. ¿Cómo lo había hecho?

—Ya ves, encanto. —Se encogió de hombros—. Sé hacer más cosas de las que jamás imaginaste.

Lucas abandonó la estancia y Ericka se permitió por fin derrumbarse. Estaba segura de que todo aquello era real, muy real. Pero también sabía que encontraría la manera de salir de allí.

Lo primero que hizo fue tratar de romper las cadenas, pero no podía. Se acercó a la pared y observó con detenimiento el principio de las cadenas. No, definitivamente no podía. Después buscó cualquier cosa por aquella habitación, aunque todo su esfuerzo fue en vano. Y lo más importante: la única ventana que había estaba situada a tres metros del suelo en una pared completamente lisa y sin posibilidad de alcanzarla.

Finalmente, Ericka se sentó en el suelo, abatida. Decidió que le daba igual quedarse allí para el resto de su vida. No flaquearía delante de Lucas. No sabía de dónde había sacado aquel orgullo y esa dignidad, pero le gustaba. Ahora era fuerte, aún sin saber porqué.

De modo que se tumbó en el suelo y cerró los ojos, esperando que a su carcelero le diera por aparecer. Sin embargo, no tardó en quedarse dormida.

Antes de abrir los ojos supo que él estaba allí, mirándola, por lo que decidió quedarse quieta.

—Sé que estás despierta, Ricka —dijo él—. Los latidos de tu corazón te delatan.

—¿Cómo sabes tú el ritmo que tiene mi corazón? —preguntó ella tranquila y sin abrir los ojos.

—Simplemente lo sé.

Ericka no lo veía, pero sabía que se había encogido de hombros. Le daba miedo pensar que lo conocía tan bien.

—¿Cuánto tiempo voy a tener que pasar contigo? —preguntó.

—Eso depende, encanto. —Sonrió él.

—¿De qué?

—De lo que estés dispuesta a cooperar.

Una respuesta curiosa.

—Antes dijiste que me quedaban algunos días aquí —recordó ella—. ¿A qué te referías?

—A que pronto vendrán ciertos amigos míos para comprobar algunas cosas —respondió—. ¿No tienes hambre?

—No quiero comer.

—¿Piensas morir de hambre? —rió.

—Si eso me libra de ti, entonces sí —aseguró ella.

—No seas cría, princesa.

—Deja de llamarme así, ¿quieres? Bastante tengo con soportar todo esto.

—Encanto, puedo llamarte como me plazca. Después de todo, eres tú la que está encadenada a la pared.

Ericka no respondió. Le daba igual lo que Lucas dijera, hiciera o pensara. Ella sólo quería salir de allí y en aquellos momentos estaba pensando a toda velocidad para lograr su objetivo.

—Aquí tienes una bandeja con comida —le dijo después de unos minutos—. Tú eliges qué hacer con ella.

La morena no abrió los ojos hasta que estuvo absolutamente segura de que se había ido. Después se puso de pie y examinó la bandeja. Tenía un plato con pasta, otro con pollo, un vaso, una jarra de cristal llena de agua, cubiertos y pan. Se lo comió todo, ya que tenía mucha hambre, pero después sujetó los cubiertos con fuerza y miró las cadenas. Eran viejas y seguro que podía quitar el eslabón que las unía a los grilletes individuales de sus muñecas.

Le llevó muchísimo tiempo conseguirlo, pero lo hizo. Estaba sumida en la más absoluta oscuridad, por lo que dedujo que era de noche. Lucas no tardaría en llevarle la cena, así que debía estar atenta a su llegada. Si jugaba bien sus cartas, posiblemente pudiera salir de allí.

No pasó mucho tiempo cuando escuchó que alguien se acercaba. Se pegó a la pared, junto a la puerta y esperó a que Lucas entrara. Extrañamente, su

corazón latía a un ritmo normal. Estaba muy segura de sí misma.

Y entonces pasó. La puerta se abrió y Ericka no le dio tiempo a reaccionar. Le pegó una patada en la entrepierna con todas sus fuerzas y él cayó al suelo.

—¡Joder, Ericka!

Esa voz...

—¿¡Alex!?! —exclamó ella sin poder creérselo—. ¡Dios mío, Alex, lo siento! Lo siento muchísimo.

Ayudó al chico a incorporarse y lo miró como si esperase que se esfumase en el aire en cualquier momento.

—¿Qué haces aquí, Alex? —le preguntó.

Lo más lógico habría sido pensar que había venido a por ella, a alejarla del psicópata de Lucas. Sin embargo, Ericka tenía la amarga sensación de que no era así. Y la cara apenada del joven se lo confirmó.

—Ahora soy yo quien lo siento, Ricka —dijo.

Alex le cogió las manos y le dedicó una triste sonrisa. Fue entonces cuando se percató de los brazaletes plateados de sus muñecas, lo único que quedaba de los grilletes.

—Creí recordar que Lucas me dijo que te había atado. —Frunció el ceño—. Eres más lista de lo que creía.

¿Se lo dirás? —preguntó con dureza.

No, claro que no. —Sonrió y negó con la cabeza—. Sólo he venido a hablar contigo y a hacerte entender ciertas cosas... aunque dudo mucho que vayas a creerme. ¿Podrías no tomarme por un loco?

Ericka pensó en Lucas y en las extrañas facultades que parecía poseer. ¿Tendría algo que ver con aquello?

—No lo haré. Puedes estar seguro —le contestó al cabo de unos minutos.

Él la miró extrañado, pero no dijo nada. Sólo asintió y se sentó en el suelo. Ericka hizo lo mismo y quedaron uno frente al otro.

—La verdad es que no sé por dónde empezar... —suspiró—. No creía que sería yo quien tuviera que decirte esto. Seguro que en tu corta estancia aquí has notado cosas...anormales en Lucas.

Ericka asintió.

—Bien. ¿Y si te dijera que Lucas no es lo que parece ser? —inquirió—. ¿Y si te dijera que Lucas no es humano?

—Si eso me lo hubieras dicho ayer, te aseguro que te habría llevado a un

psiquiátrico, Alex, pero no hoy —le aseguró—. Por primera vez en mi vida soy fuerte y he visto cosas con mis propios ojos que no tienen ninguna explicación. ¿Cómo puede Lucas levantarme del suelo como si fuera una pluma? ¿Cómo puede moverse tan rápido como la misma luz?

—Veo que ya te ha mostrado algunos de sus muchos encantos —rió—. Lucas es un vampiro, Ricka.

Capítulo VII

Un vampiro. Un ser que para Ericka y para toda la humanidad sólo existía en los cuentos de hadas. ¿Cuántas cosas que se habían relatado de generación en generación serían ciertas sobre ellos? ¿Cuántas no?

—Sigue —pidió.

Su voz daba a entender que estaba tranquila, que aquella noticia no le había afectado en absoluto, pero el ritmo de su corazón lo negaba. No era el hecho de que fuese un vampiro lo que la hacía sentirse un tanto insegura, sino los muchos mitos que existían sobre ellos y la sangre.

Alex arqueó una ceja, sorprendido por aquella respuesta.

—¿Cómo son? —le preguntó Ericka—. Cuéntame más sobre ellos.

—Son increíblemente rápidos y fuertes. Se mantienen eternamente jóvenes. Tienen ciertos poderes mentales...

—¿Como cuáles? —inquirió.

—Pueden hacer que cualquier persona se olvide de ti, de que te ha visto, de que te ha conocido... de que eres su hija. —Alex fue bajando la mirada de aquellos profundos ojos grises.

—Es lo que ha hecho, ¿verdad? —preguntó Ericka con un nudo en la garganta—. Nadie va a buscarme.

—Lo siento...

—No finjas más, por favor —le pidió—. Sé que tú también eres un vampiro, Alex.

—¿Cómo? —preguntó frunciendo el ceño.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Simplemente lo sé. Es algo difícil de explicar. Lo siento dentro de mí.

—Interesante...

Se mantuvieron unos minutos en silencio.

—Y dime, ¿has tenido con alguien más esa sensación? —le preguntó el chico.

Ericka negó con la cabeza, a pesar de que tenía sus sospechas. Pero no quiso decir nada y Alex pareció advertirlo.

—Está bien —sonrió—. Creo que podré conducirte a tu habitación.

Alex cogió con cuidado una de las manos de Ericka, agarró el brazalete y

lo rompió con sus propias manos, pero aquello no impresionó a la morena, que seguía perdida en sus pensamientos. Repitió la misma operación con el otro grillete y se levantó.

—Venga, vamos —la animó mientras le tendía su mano.

Ericka miró la mano y después a él.

—¿Por qué estoy aquí, Alex?

Él suspiró y dejó de sonreír.

—Es algo que tengo que explicarte con calma —le hizo entender—. ¿Me permites volver a empezar? Sin secretos.

Ericka esbozó una pequeña sonrisa y cogió su mano. Los dos salieron de aquel calabozo y se internaron en un pasillo oscuro y húmedo. Pero después de avanzar unos metros, Alex se paró. Después miró a Ericka y sonrió de medio lado. La tomó en sus brazos y en unos segundos ya estaban en la habitación donde la joven se había despertado.

—Impresionante —admitió ella mientras Alex la dejaba con cuidado en el suelo—. Pero sé que lo has hecho por un motivo, no por placer. ¿Qué ha sido, Alex?

—Si me ve Lucas, me mata —dijo rascándose la nuca.

Ericka se echó a reír y se sentó en la cama.

—¿Me contarás ahora lo que quiero saber?

—Sólo cuando hayas cenado. —Sonrió y desapareció.

Ericka se mordió el labio para reprimir una sonrisa mientras esperaba a que Alex volviera a su habitación. Se tumbó en la cama y cerró los ojos. A los pocos segundos, la puerta se abrió y Ericka esbozó una sonrisa.

—Menos mal, ya pensé que tu velocidad de vampiro te estaba fallando —comentó con una ligera risa.

Pero al no obtener ninguna respuesta, abrió los ojos y miró hacia la puerta, preocupada.

Lucas estaba en la habitación. Parecía bastante enojado y esbozó una pequeña sonrisa que lo hizo ver aún peor.

—¿Preocupada por tu amiguito, Ricka? —preguntó.

—¿Dónde está Alex? —preguntó a su vez sin dejarse intimidar.

—Vaya, vaya. Así que con él eres toda una dulzura pero conmigo sacas las garras, gatita —comentó.

—Lucas, no tengo ganas de discutir ahora mismo. ¿Por qué no te vas y vuelves cuando quieras responder todas mis preguntas?

Y dicho esto, Ericka se dio la vuelta y se tumbó en la cama para esperar a Alex. Pero Lucas aprovechó la situación para sentarse a horcajadas sobre ella y apresarle las manos por encima de la cabeza.

—¿¡Qué crees que estás haciendo, Lucas!?! —exclamó Ericka furiosa.

—Es mejor que me odies a que te sea indiferente, ¿no crees? —dijo.

—Suéltame ahora mismo —le ordenó ella con voz fría.

—¿O qué? —la retó él.

Y poco a poco vio como los colmillos de Lucas se iban alargando hasta llegar casi a su labio inferior. Pero Ericka se mantuvo firme. No tenía miedo, no de él.

—¿Vas a morderme, Lucas? —preguntó divertida.

Eso pareció cabrear más al vampiro, quien mostró desafiante los colmillos e incrementó la fuerza con la que sujetaba sus muñecas. Pero a la morena ya no le importaba, no le dolía. En unas pocas horas se había hecho más fuerte de lo que jamás en su vida había sido.

Y cuando ella estaba segura de que le mordería el cuello, algo hizo volar a Lucas por los aires. Alex había entrado en la habitación y ahora estaba al lado de su cama en posición de ataque, defendiéndola. Sin embargo, no pudo evitar una punzada de dolor al ver a Lucas tumbado en el suelo, a pesar de que se levantó rápidamente. El golpe no lo había herido.

—¿Qué crees que estás haciendo, Alex? —le preguntó enfadado.

—¿Y tú, Lucas? —preguntó él a su vez— ¿Qué haces tú?

—Sabes que no debes entrometerte.

—¿Lo sé? —inquirió él—. Tenemos una misión conjunta, Lucas, y eso está por encima de tus intereses personales.

—¡Mierda, Alex! —exclamó el vampiro—. ¿Es que no ves lo mucho que me está afectando? ¡No puedo controlarme!

—Pues tendrás que hacerlo hasta que llegue el momento indicado, ¿de acuerdo? —trató de calmarlo su amigo—. Sólo necesitamos una cosa más, Lucas. Sólo una.

El vampiro bufó, pero sus colmillos se fueron acortando cada vez más hasta llegar a su longitud normal. Miró a Ericka a los ojos y la joven creyó ver en ellos una chispa de tristeza y deseo que se esfumó enseguida. Quizás lo había imaginado, como tantas otras cosas.

Lucas apretó la mandíbula y dirigió la mirada a su amigo.

—Procura controlarte tú también, ¿quieres? —le pidió—. No hagas que

me arrepienta de haber aceptado trabajar contigo.

—Tampoco es como si hubieses tenido otra opción —le recordó Alex con una sonrisa ladeada.

El vampiro gruñó, volvió a mirar a Ericka y salió de la habitación. Sólo entonces, la joven soltó todo el aire que había estado reteniendo en sus pulmones sin querer. Alex le dedicó una mirada dulce y una sonrisa.

—¿Dónde nos habíamos quedado? —preguntó Alex con fingida inocencia.

—En que tenía hambre e ibas a mantenerme alejada del vampiro malo. — Sonrió ella.

—Muy bien. La segunda parte sólo la he cumplido a medias, pero para la primera tengo... —Fue hacia la puerta y recogió una bandeja del suelo que después dejó en la mesita de noche—. ¡Tachán! Bocadillos, fruta, patatas fritas...

—Sí, creo que esto servirá —rió.

Alex ayudó a Ericka a comerse toda aquella comida y después se acomodaron en la cama.

—Bueno, creo que es hora de que sepas ciertas cosas —decidió el chico—. Para empezar, ¿cuántos vampiros crees que existen en la Tierra?

—No lo sé... ¿Miles? ¿Millones?

Él le dedicó una sonrisa triste.

—Sólo unos cientos, lo que más o menos significa que somos unos doscientos o trescientos vampiros —le contó—. Al principio éramos muchos más. ¡Muchísimos más! Miles, millones... Pero todo cambió hace unos siglos. La familia real de los vampiros estaba compuesta, por aquel entonces, del rey, la reina y dos niños preciosos. Uno de ellos era la princesa Karintia, una chica muy hermosa, joven y especial. El otro era su hermano mayor, el príncipe Tabak. El chico quería a su hermana por encima de todo. Era su joya, su más preciado tesoro.

Pero, un buen día, los lobos descubrieron que la princesa era distinta a los demás vampiros. Por su sangre corría también la sangre de los lobos. Era una híbrida. Lo que quería decir que su madre había tenido una aventura con uno de ellos. Y entonces una bruja les propuso crear una maldición contra los vampiros, pero que también les acarrearía consecuencias a ellos. Los lobos aceptaron, pues cualquier precio era poco con tal de deshacerse de sus enemigos naturales. Así fue como secuestraron a la reina y a la princesa y las llevaron a ambas a un bosque, donde se celebraría el ritual. Los ingredientes

eran básicos: los traidores a su sangre (la reina y el lobo que la había dejado embarazada) y su creación (la princesa). Mientras la bruja principal y otras que la ayudaban formulaban las palabras para el ritual, los lobos mataron primero al traidor y después a la traidora. Por último, finalizando las palabras del ritual, dieron muerte a la princesa.

—¿Qué maldición era esa? —preguntó Ericka.

—Nos hizo estériles a todos los vampiros: hombres y mujeres por igual e inutilizaron nuestro veneno natural para convertir a otros... salvo en un caso muy especial. Y por culpa de aquel ritual, los lobos quedaron atados para siempre a la Luna. Pero la bruja les advirtió que los tres sacrificios de aquella noche volverían a renacer y entonces tendrían que culminar la maldición. Si los lobos encontraban a las tres personas, debían volver a matar a los traidores y convertir a la princesa en una loba. De esa forma, nosotros seguiríamos sin poder procrear durante el resto de la eternidad, mientras que ellos serían libres por fin. Pero si los vampiros encontraban antes a esas tres personas y lograban convertir a la princesa en un vampiro, la maldición que recaía sobre ellos se anularía y, por el contrario, los lobos seguirían atados a la Luna para siempre. La princesa es la única persona a la que los vampiros pueden convertir.

—¿Qué pasó con el rey y el príncipe?

—El rey murió de pena —dijo—. El príncipe aún está esperando a su hermana.

—¿Y qué tengo que ver yo en todo esto? —preguntó Ericka, esperando que la respuesta no fuera la que estaba pensando.

Alex titubeó, pero finalmente se puso en pie y le dedicó una pequeña reverencia.

—Su hermano vendrá en una par de días, majestad —habló—. Aún no puede creerse que hayamos podido encontrarlos.

—No —murmuró ella.

—Tenemos al traidor, princesa —siguió diciendo—. Sólo nos falta la traidora y pronto podrás volver a casa.

Pero Ericka ya no lo escuchaba. Los latidos de su corazón sonaban por encima de cualquier otra cosa. Necesitaba salir de allí. Cuanto antes.

Así que, armándose de valor, cogió la bandeja que habían dejado encima de la mesa y golpeó a Alex en la nuca con todas sus fuerzas. Cuando el joven cayó al suelo, supo que no iba a tardar mucho en despertar, por lo que

rápidamente se dirigió a una de las puertas esperando que fuese el armario, y así fue. Sin embargo, toda la ropa que había allí era de época medieval. Cogió unas botas que encontró casualmente por ahí y una capa larga con capucha y salió de la habitación. Ahora sólo debía salir de la casa sin que Lucas se enterase.

Caminó sigilosamente por el pasillo hasta dar con las escaleras. Llegó al salón, donde se aseguró de que nadie la seguía, y echó a correr hacia la puerta. No podía creer su buena suerte cuando la abrió y la volvió a cerrar a sus espaldas. Había salido.

Capítulo VIII

Frente a ella se encontraba un bonito jardín con un camino de piedras que conducía hacia unas verjas muy altas de color negro. Corrió hacia allí, empujó la puerta y salió. No paró de correr hasta que divisó un bosque a unos kilómetros. Iría hacia allí, ya que era el mejor escondite que había a la vista y quizás alguien viviera por allá.

Estaba muy oscuro, hacía frío y el vestido no la dejaba moverse con facilidad. Pese a ello no se dio por vencida. Tenía que hacerlo. No iba a permitir que nadie la convirtiera en algo que no era por su propio beneficio. ¿Vampiros? ¿Hombres lobo? ¿Y quién se preocupaba por los humanos? Nadie. No, no lo permitiría.

No supo cuánto tiempo caminó hasta llegar por fin al bosque. Se detuvo unos minutos a descansar, pero no quiso esperar demasiado y empezó a correr otra vez. Esquivó árboles, raíces, arbustos... El frío la estaba matando. Estaba tiritando, la capa estaba húmeda y sus piernas estaban desnudas. Ya no podía más.

Se tumbó en la tierra y se frotó los muslos, tratando de entrar en calor.

—¿Ericka? —inquirió una voz delante suya.

Al principio se asustó y retrocedió hasta quedar pegada al tronco de un árbol, pero luego se relajó. El chico avanzó un poco y ella por fin pudo verle la cara.

—¡Oh, Dios mío, Ángel! —gritó mientras las lágrimas caían por sus mejillas—. ¡Te acuerdas de mí!

El joven soltó una carcajada y se acercó a ella para limpiarle las lágrimas.

—¿Cómo iba a olvidarte? —le preguntó.

Ella sólo negó con la cabeza y sonrió. Después lo abrazó con todas sus fuerzas y suspiró. Ángel le pasó el brazo por las piernas y la levantó en brazos.

—Te llevaré con los demás —le dijo.

—Ángel, ¿qué eres? —susurró ella.

Él la miró extrañado.

—Supe enseguida que Alex era un vampiro, ¿sabes? —le contó—. Puedo

sentir algo parecido contigo, pero no eres uno de ellos.

—Soy un licántropo, Ricka.

Y dicho esto comenzó a caminar con ella en brazos.

Ericka empezó a preguntarse si había hecho bien en escaparse. Al fin y al cabo, los lobos la querían para lo mismo que los vampiros. ¿A quién debía ayudar? ¿Con quién estaba a salvo?

Intentó relajarse y cerró los ojos.

Cuando se despertó, estaba en una especie de tienda de campaña. Le habían quitado la capa y le habían echado una manta por encima. Todavía estaba un poco cansada, pero se obligó a moverse y gatear hacia la entrada de la tienda. Se sentó como pudo y retiró un poco una de las cortinas.

Estaba en el mismo bosque al que había llegado corriendo y el sol comenzaba a salir por el horizonte. Había dormido pocas horas, pero no podía hacer más. Puedo ver algunos hombres fuera que no se percataron de que ella estaba allí, mirándolos. Pero hubo uno que sí lo hizo.

—¿Estás bien, Ricka? —le preguntó Mateo mientras se acercaba a la tienda.

—Sabía que había algo extraño en ti —esbozó una pequeña sonrisa—. ¿Qué hago aquí, Teo?

—Es difícil saberlo —respondió mientras se sentaba enfrente suya—. Debemos decidir si llevar a cabo el ritual o dejarte vivir como humana y protegerte de los vampiros. Pero debes entender que los demás no están dispuestos a quedarse de brazos cruzados teniendo dos de los ingredientes del ritual en su poder.

—¿Dos? —inquirió Ericka.

Mateo pareció dudar, pero finalmente habló:

—Tenemos a tu madre, princesa.

—Bueno, técnicamente esa no es mi madre —dijo.

—Bueno, técnicamente sí lo es —rió él—. Sino el ritual no funcionaría. Aunque no sientas nada por esa mujer, claro.

Ericka asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

—¿Cómo te está sentando todo esto, Ricka? —le preguntó Mateo.

—No lo sé —murmuró ella—. Es como un sueño, ¿sabes? Como si en realidad no fuera mi vida. Como si lo estuviera viendo todo a través de un cristal...

—Entiendo.

—¿Por qué tu hermana no es como tú? —le preguntó ella mirándolo a los ojos.

—Depende de las familias —explicó él—. En unas sólo se transmiten de hombre a hombre, en otras de mujer a mujer y en otras se transmiten seas lo que seas.

—Me alegro de que Soraya pueda llevar una vida normal —sonrió—. Me ha olvidado, ¿verdad?

Mateo la miró con tristeza.

—Todos lo han hecho —respondió con sinceridad—. Incluso tus padres. Yo... Lo siento mucho, Ricka. Si hubiese podido hacer algo...

—... lo habrías hecho —sonrió ella con tristeza—. Lo sé. No te preocupes, es mejor así.

—Intentaré por todos los medios que no te utilicen para el ritual —le dijo Teo mientras se levantaba.

Erica lo miró, pero antes de que se fuese le dijo:

—Vendrán a por mí.

Mateo la miró y frunció el ceño durante unos segundos, pero después entendió.

—Estaremos preparados. ¿A ti te han hecho algo?

—No hagáis daño a Alex —le pidió—. Él lamenta de verdad lo que me está pasando y me ha ayudado mucho.

—¿Y Lucas?

A Erica le dio un vuelco el corazón al escuchar su nombre. Pero era un vuelco alegre mezclado con preocupación. Frunció el ceño y bajó la mirada.

—Erica, ¿qué pasa? —Mateo se arrodilló delante de ella.

—No lo sé —susurró—. Es que es algo muy extraño. Hay algo raro en él. Sentí que es un vampiro, pero hay algo más...

El chico desvió la mirada hacia los demás hombres que andaban por allí. Erica supo que estaba pensando y que él sabía algo que ella desconocía.

—¿Qué pasa Mateo? —fue ella quien preguntó esa vez.

—Nada, no te preocupes. —Le dedicó una sonrisa—. Intenta descansar un poco, ¿de acuerdo? Yo voy a seguir hablando con los demás. Volveré en cuanto pueda.

Y dicho esto, Mateo se levantó y caminó deprisa hasta perderse de vista. Erica suspiró y se internó en la tienda. Se acomodó debajo de la manta y

cerró los ojos. Necesitaba descansar por si más adelante tenía que salir huyendo, o peor aún: luchar.

—Eh, dormilona —susurró una voz muy cerca de su oído—. Despierta.

Ericka abrió los ojos. Seguía estando cansada, pero ya no le dolía casi ninguna parte del cuerpo. A su lado se encontraba Ángel con una sonrisa cariñosa y un vaso en la mano.

—Toma, bebe —le dijo.

La chica se bebió todo el agua y le dio las gracias.

—¿Sabes algo? —le preguntó, pero él negó con la cabeza.

—No voy a mentirte, Ericka. La cosa no pinta nada bien —frunció el ceño—. Mateo hace todo lo que puede y yo intento ayudar, pero no está siendo fácil. Hace ya mucho tiempo que vivimos siendo esclavos de la Luna y la mayoría quiere deshacer la maldición y matar a los vampiros.

—Entonces no hay nada que hacer.

—Se ha aplazado el veredicto hasta mañana por la mañana —le contó el rubio.

—¿Qué hora es? —preguntó Ericka extrañada.

—Casi las nueve de la noche —rió—. Te has perdido el desayuno y la comida, pero Mat te traerá la cena dentro de poco. ¿Tienes hambre?

Y como si el estómago de Ericka hubiese escuchado la pregunta, rugió. Ella se sonrojó ligeramente y miró al chico, quien intentaba no echarse a reír.

—Mucha —respondió ella.

—En ese caso, le diré a Mateo que se dé prisa.

Ángel le sonrió con dulzura y salió de la tienda de campaña en donde estaba metida. Empezaba a hacer frío, así que se acurrucó en la manta y esperó a que Teo llegase con la comida.

Mientras tanto, Ericka iba pensando en qué debía hacer. ¿Quedarse allí hasta que los lobos decidieran qué hacer con ella? ¿Volver con los vampiros? ¿Huir? Sí, eso haría. No quería saber nada de vampiros ni hombres lobo. Ella todavía era humana, y seguiría siéndolo el mayor tiempo posible.

Mateo llegó al cabo de unos minutos con un cuenco de barro y una cuchara.

—Te vendrá bien para esta noche —le dijo—. Va a hacer mucho frío.

—En ese caso, me gustaría recuperar mi capa. —Sonrió Ericka mientras cogía el cuenco—. Así estaré más abrigada.

—Haremos algo mejor.

Y Mateo volvió a salir de la tienda. Ericka aprovechó la oportunidad para beberse todo el contenido del cuenco y esconderlo debajo de la manta junto con la cuchara. Seguro que iba a serle de ayuda.

El chico llegó a los pocos minutos de haberse terminado la sopa con algunas ropas en las manos.

—Toma. Esto es mucho mejor que esos trajes anticuados de vampiros —rió.

—Y mejor que un vestido ajustado de fiesta —sonrió ella.

Mat salió de la tienda para que ella pudiera cambiarse. Se puso unos pantalones anchos de camuflaje, una camiseta negra de tirantes gruesos y una cazadora del mismo tipo que los pantalones.

—¿Estás lista? —le preguntó Teo desde fuera.

—Sí, entra.

El joven le tendió unos calcetines gruesos y unas botas cortas de estilo militar negras.

—Muy de mi estilo —sonrió Ericka—. Creo que será mejor que me duerma. Aún estoy un poco cansada.

—¿Quieres que me quede o prefieres dormir sola? —le preguntó él.

—Prefiero estar sola, si no te importa. —Esbozó una pequeña sonrisa—. Me están pasando muchas cosas últimamente y puede que mañana ya no sea humana así que...

—No voy a permitirlo —le aseguró Mateo mientras le sujetaba con cariño la barbilla—. No me extraña que me sintiese atraído hacia ti. No sé cómo no me di cuenta antes de quién eras. La reencarnación de la princesa vampírica de Ákaton. La única híbrida del mundo.

—¿Ákaton? —inquirió ella.

—Es el reino de los vampiros —le explicó—. Ahora deberías descansar. Demasiadas emociones en tan poco tiempo, ¿no crees?

Ericka asintió con la cabeza y se tapó con la manta, teniendo especial cuidado de no tocar el cuenco y la cuchara para no hacer ruido.

—Habrá un licántropo sentado en la puerta de la tienda toda la noche —le dijo—. No seremos ni Ángel ni yo porque no se fían de nosotros. Creen que podríamos ayudarte a escapar —rió con amargura—. No te preocupes, no te pasará nada.

Se levantó, le dio un beso en la frente y salió de la tienda. El guardia

trastocaba un poco los planes de Ericka, pero no importaba. Saldría de allí fuera como fuese. De modo que rompió el cuenco en trozos con la cuchara antes de que el licántropo se presentase para hacer guardia.

Tuvo que esperar hasta casi medianoche para ponerse en marcha. Todo estaba muy oscuro y en silencio. Cogió un pedazo del cuenco roto y lo examinó: serviría.

Se arrastró sigilosamente hacia la parte trasera de la tienda y fue rasgando poco a poco la tela hasta hacer un agujero lo suficientemente grande para escabullirse por él. Pero justo cuando empezaba a sacar la cabeza, una voz la detuvo.

—¿La prisionera sigue dentro? —preguntó una voz desconocida al guardia.

Rápidamente Ericka tapó el agujero con la manta y se acomodó como pudo justo cuando el desconocido entraba. Cerró los ojos y controló su respiración y el ritmo de su corazón lo mejor que pudo. Cada vez se le daba mejor.

El hombre avanzó con seguridad hacia ella y la examinó con cautela.

—Te pareces mucho a ella —susurró—. La verdad es que no sé qué hacer. Debería salvar a los míos de la maldición, pero es cruel tener que utilizarte para dicho fin arrebatándote tu humanidad. Eso que muchos de nosotros quisiéramos recuperar.

Ericka no se movió. Fingió estar dormida hasta que el hombre salió de la tienda y sus pasos dejaron de escucharse. Sólo cuando estuvo absolutamente segura de que no había ningún peligro abrió los ojos.

Apartó la manta y salió como pudo de la tienda, mirando a diestro y siniestro, comprobando que no había nadie por allí.

A su espalda se encontraba el campamento de los hombres lobo. No parecía haber nadie, pero no podía estar segura. Así que se mantuvo agachada todo el tiempo a la vez que se alejaba para no volver. Lo sentía mucho por Ángel y Mateo ya que no había podido despedirse, pero seguro que lo entenderían.

No pasaron ni cinco minutos cuando escuchó un ruido a sus espaldas.

—Mierda —murmuró Ericka.

Ya nada importaba. Se puso de pie y salió corriendo de allí como alma que lleva el diablo, sin mirar atrás. Sin embargo, algo la paró en seco y la hizo

caer de espaldas al suelo. Miró a todos lados, pero no vio a nadie.

—Ericka, ven aquí —susurró una voz de mujer desde la espesura—. Puedo ayudarte.

La morena se levantó y caminó con cautela hacia donde procedía la voz. Una figura encapuchada le salió al paso. Era una mujer joven y guapa con una capa de color azul oscuro que le tapaba todo el cuerpo y la cabeza. Su pelo era negro, largo y rizado y sus ojos castaños.

—¿Quién eres? —le preguntó Ericka.

—La única que está de tu lado —le respondió—. Ni vampiros ni licántropos.

—¿Por qué?

Pero ella sacudió la cabeza.

—No tengo tiempo. Ellos están muy cerca —susurró—. Tienes que confiar en mí, Ericka. Volveremos a vernos.

—Espera, ni siquiera sé tu nombre —le dijo la joven mientras la agarraba fuertemente del brazo.

—Me llamo Kirash, aunque se me conoce más por la bruja principal —sonrió.

—Tú... —murmuró Ericka—. Tú eres quien lanzó la maldición.

—Y puedo ayudarte—le aseguró—. Ya no serás más un juguete de nadie. Ellos serán los tuyos.

Y dicho esto, desapareció. Desde luego si Ericka debía escoger, la elegía a ella. La bruja le inspiraba confianza y, en cierto modo, sabía que le había dicho la verdad. Pero no tuvo mucho tiempo para pensar porque enseguida se vio con la espalda en el tronco de un árbol cercano y unos ojos verdes mirándola con fiereza.

—¡Serás puta! —gruñó Lucas.

Capítulo IX

Ericka se quería morir en aquellos momentos. De todas las personas que había en el mundo, ¿por qué él? ¿Habría visto a Kirash? ¿Habría escuchado su conversación? Pero entonces cayó en la cuenta de que aquella mujer era una bruja muy poderosa, por lo que aquello era altamente improbable. Estaba segura de que su enfado era por haber agredido a Alex y haberse escapado de la mansión. De modo que levantó la cabeza y se enfrentó al vampiro de ojos esmeralda.

—¿Perdona? —inquirió ella con altivez.

—Ya hablaremos cuando llegemos a la mansión —la amenazó, y después se dirigió a Alex, quien miraba la escena con desaprobación—. Y tú, llévatela aunque tenga que ser a rastras, ¿entendido?

—Si es él quien viene conmigo, no necesitaré llevarme de ninguna manera —respondió ella—. Iré con gusto y sin armar jaleo.

Lucas le dirigió una mirada envenenada a la que ella le respondió con una enorme sonrisa. Después rodeó al vampiro y se puso frente a Alex.

—¿Nos vamos, caballero? —le preguntó como solía hacerlo con su padre.

—Desde luego, princesa. —Sonrió divertido.

Él le ofreció el brazo y ella lo tomó encantada. Le dirigió una mirada de suficiencia a Lucas y los dos empezaron a caminar por el bosque.

—¿A dónde va él? —le preguntó Ericka cuando ya estaban lo suficientemente lejos.

—Él y algunos más van a por tu madre, a por la traidora que nos hace falta para el ritual —le respondió.

—Y si la consiguen...

—No te preocupes. —Sonrió—. El ritual no puede llevarse a cabo hasta que se produzca una Luna de sangre, lo cual no es hasta dentro de un mes aproximadamente.

Ericka suspiró, aliviada.

—¿Sabes? Nunca he visto a Lucas tan enfadado —rió a carcajadas—. Tenías que haberlo visto cuando huiste. Por cierto, buen golpe.

Alex se tocó la nuca con la mano a la vez que hacía una mueca y Ericka recordó que lo había dejado inconsciente.

—Lo siento —se disculpó—. La verdad es que no sabía si iba a funcionar o no. Como eres un vampiro y eso...

Ese golpe habría matado a un humano normal.

La chica abrió mucho los ojos.

—¿Lo dices en serio? —preguntó.

Alex asintió.

—Tendré más cuidado la próxima vez.

Llegaron a la mansión cuando ya amanecía. Entraron y subieron al cuarto de Ericka.

—Será mejor que te duches y te quites esa ropa —le aconsejó—. Hueles a lobo y ahora mismo no es bueno cabrear más a Lucas. Podría hacer una locura...

—¿Una locura? —inquirió Ericka.

—Tiene que controlarse mucho estando tú aquí —le explicó él—. Ya lo entenderás.

—¿Cuándo?

—Cuando él quiera explicártelo o cuando tu hermano venga, lo que sea más rápido —sonrió.

—Entonces los dos sabemos la respuesta —dijo Ericka mientras iba hacia la mesilla.

Rebuscó en sus cajones, pero no encontró gran cosa. Se volvió hacia Alex, quien se mordía el labio inferior para no estallar en carcajadas, y arqueó una ceja.

—¿Con qué se supone que tengo que vestirme? —le preguntó.

—Con algo que te va a encantar —rió mientras caminaba hacia el armario.

—Oh, no.

Ericka sabía perfectamente lo que había tras aquella puerta: vestidos medievales. Con todo lo que ello conllevaba...

—¿Por qué me haces esto? —suspiró.

—Nosotros vestimos así, princesa —respondió desde dentro del armario—. Métete en el baño y dúchate, ¿quieres? Yo te pondré la ropa interior dentro y después saldrás para que te ayude a vestirme adecuadamente.

—¡Ni hablar!—exclamó a la vez que se sonrojaba levemente.

Alex se asomó por la puerta y suspiró.

—Escucha, si Lucas se entera de que estoy haciendo esto, va a matarme,

¿de acuerdo? —confesó—. Como se entere de que te he ayudado a vestirte, mi cabeza rodará por el suelo. Ahora bien, ¿prefieres que te vista él o que lo haga yo?

Ericka se mordió el labio y suspiró.

—No tardaré —respondió mientras caminaba hacia el baño.

Alex esbozó una sonrisa de suficiencia y volvió a internarse en el ropero.

El baño era casi igual de grande que la habitación. Al fondo a la izquierda estaba la bañera dorada con cortinas corredizas a ambos lados y una ducha en la pared. A su derecha había dos lavabos blancos con dos espejos con marcos dorados. Debajo había muebles de color blanco que, suponía, eran para guardar cosas para el aseo personal. Justo delante de ambos lavabos había una mesa baja y cuadrada de color verde y blanca encima de una alfombra de pelo suave y blanco. A su izquierda había un sillón blanco con detalles dorados. Dos hermosas lámparas colgaban del techo con adornos en cristal. Todo era muy elegante, algo a lo que Ericka no estaba acostumbrada.

Cerró la puerta y se desnudó para meterse en la bañera. Le incomodaba pensar que al otro lado de la puerta había un vampiro que debía vestirla, pero era mejor Alex que Lucas. El vampiro de ojos verdes tenía algo que atraía profundamente a la chica, aunque no lo quisiera reconocer. Algo en su mirada la hacía sentirse muy nerviosa, pero bien. Era algo sumamente extraño.

Sacudió la cabeza y se metió en la bañera, tratando de relajarse. Tenía la sensación de que aquel iba a ser un día muy largo. Se dio un masaje en el pelo con el champú y después se metió bajo el chorro de agua tibia. Había echado mucho de menos bañarse en condiciones.

Salió y comprobó que Alex había dejado sobre el sillón lo que debía ponerse antes de salir. Se secó con una toalla blanca perfumada y se la enrolló alrededor del cuerpo. Avanzó hacia el sillón y cogió las dos únicas prendas que había: unas braguitas blancas y un corsé del mismo color. Suspiró y se llevó una mano a la cara.

Comenzó a vestirse, pero descubrió que el corsé era realmente complicado de poner. Necesitaba que alguien le ajustase los cordones de atrás, así que inspiró profundamente, levantó la cabeza y salió del baño sujetándose el corsé en la posición adecuada.

Alex estaba tumbado en su cama, pero se incorporó en cuanto la vio aparecer. Se mordió el labio, tratando de contener la risa.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó con una sonrisa.

—Por favor —le pidió ella mientras se daba la vuelta.

—Será mejor que te pongas contra la pared —le dijo él mientras se acercaba a Ericka por detrás—. Podrías perder el equilibrio.

Ella hizo lo que le pedía y puso ambas manos en la superficie lisa de la pared. Sintió los dedos del vampiro rozando su espalda desnuda mientras cogía los cordones de la prenda.

—Intenta aguantar la respiración lo mejor posible, ¿de acuerdo? —le dijo. Después tiró con fuerza, asfixiando a Ericka en el proceso.

—¿¡Pretendes matarme!?! —exclamó ella llevándose una mano al pecho—. Porque te aseguro que hay formas más rápidas de hacerlo.

Alex rió y se dispuso a coger otros dos cordones.

—¿Cómo? ¿Aún no has acabado? —preguntó ella.

—No, ese sólo era uno. Aún quedan algunos más. Relájate, te acostumbrarás.

Ericka resopló y respiró hondo. Siete intentos de asesinato más tarde, habían acabado.

—Por fin —suspiró la chica—. Pensé que no se acabaría nunca.

—Te queda bien. —Sonrió el vampiro.

Ella se miró. Sus piernas desnudas, las braguitas blancas, el corsé blanco que le marcaba todas y cada una de sus curvas y se las resaltaba... y sus pechos sobresaliendo de la tela.

—Los vampiros sois unos pervertidos asquerosos —afirmó—. ¿Y ahora qué?

—Ahora toca lo más bonito —aseguró mientras se dirigía hacia el armario—. Espero que te guste el que he elegido para ti.

Alex sacó una falda muy voluminosa de color rojo. Se la colocó alrededor de la cintura y la ajustó. Tenía una flor roja en el centro, donde el corsé y la falda se unían, y a ambos lados iban apareciendo flores blancas. Alex le puso una especie de mangas laterales de color rojo y después le abrochó un collar de perlas blancas alrededor del cuello. Por último, sacó unos zapatos blancos de poco tacón. Ericka se los puso y se dirigió al espejo que estaba al lado de la puerta para mirarse.

—Estás preciosa —le dijo Alex a su espalda mientras ella contemplaba su reflejo en el espejo—. Lucas acaba de llegar. Será mejor que entres en el baño y te maquilles. Creo que es lo único que nos falta, ¿no?

La chica asintió y caminó con cuidado hasta el baño, cerrando la puerta

tras de sí. Buscó en los muebles bajos de los lavabos hasta encontrar un estuche con cosas de maquillaje. No tardó mucho, ya que no quería producirse demasiado. Sólo una capa fina de maquillaje, rimel, delineador negro y labios en un rojo muy suave. Se miró al espejo y sonrió un poco. Volvió a guardarlo todo en su sitio y se acercó a la puerta.

—Lucas, se acabó —escuchó decir a Alex—. Debes decírselo al príncipe o lo haré yo. Tiene que saberlo todo. Es su hermana, al fin y al cabo. Sabes que ha pasado todos estos años buscándola desesperadamente. Ella lo es todo para él.

Ericka se conmovió al pensar en su hermano. No lo recordaba y tampoco creía que fuera hacerlo, pero era bonito pensar que alguien la quería de una manera tan incondicional.

—Necesito tiempo, Alex —le rogó el vampiro de ojos verdes.

—No lo tienes —respondió él—. Es hora de que dejes de ser tan egoísta, Lucas. No eres al único al que le importa.

Ericka decidió que ya había escuchado bastante, por lo que abrió la puerta y salió del baño, mirando primero a Alex y después a Lucas. Este último la miró de arriba abajo con los labios entreabiertos y una expresión de sorpresa en su cara.

—Estás muy guapa, Ricka. —Sonrió Alex.

—Gracias. —Sonrió ella—. ¿Y ahora qué?

Alex se acercó a ella y le apartó un mechón de la cara. Después le ofreció su brazo.

—Ahora bajaremos a comer. ¿Qué te parece? —le preguntó.

—Genial —rió ella.

Ericka miró entonces a Lucas, cuya mirada volvía a ser dura.

—Yo creo que primero tendríamos que hablar, ¿no crees, Alex? —inquirió el vampiro.

—Cuando hayamos comido, Lucas. Algo me dice que Ericka no ha estado en un hotel de cinco estrellas, precisamente.

Y dicho esto, Alex condujo a la chica fuera de la habitación. Cruzaron el pasillo y bajaron las escaleras hasta el salón. Después siguieron por la izquierda hasta llegar a un comedor igualmente elegante.

Era una habitación rectangular de paredes blancas con una chimenea en el fondo. Una lámpara de araña con muchísimos cristales colgaba del techo, sobre el centro de la mesa. La mesa era de madera más bien oscura y con

muchas sillas a su alrededor fabricadas con la misma madera. Había muchos candelabros esparcidos por toda la sala.

Alex condujo a Ericka hacia una silla, se la retiró y ella se sentó, agradeciéndole.

—Voy a por la comida —le dijo—. Ahora mismo vuelvo.

—No tardes. —Sonrió ella.

Alex desapareció de la sala. Ericka suspiró y puso las manos sobre la mesa para observar sus uñas.

—No creas que vas a librarte de esta, princesa —le dijo una voz muy cerca de su oído que la sobresaltó.

Capítulo X

Lucas se separó de ella y se sentó justo enfrente.

—No he hecho nada malo —dijo ella aparentando tranquilidad.

—¿Nada malo? —inquirió él clavando sus ojos verdes en los de ella—. Te escapaste y casi haces que nos maten a todos.

—Soy libre de hacer lo que me plazca —repuso ella—. ¿Acaso no soy tu princesa, Lucas?

Él rió sin gracia.

—Aún no eres nada, encanto.

—En ese caso, supongo que tendré que decirle a mi hermano que hace días que estoy aquí, que me encerraste en un calabozo, que me dejasteis marchar cuando yo estaba muy confusa y que los licántropos me encontraron —sonrió con astucia.

Lucas fue palideciendo cada vez más.

—¡Llegó la comida! —gritó una voz desde la puerta.

Alex llevaba consigo dos bandejas llenas de comida.

— Lucas, la tuya aún está en la cocina —le dijo mientras ponía las que llevaba en la mesa—. Date prisa si no quieres que se enfríe.

Lucas se levantó de la silla y caminó a paso rápido hasta salir del comedor. Ericka se mordió el labio para contener la risa.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Alex alzando una ceja—. ¿Qué tiene tanta gracia?

—Digamos que ya sé cómo poner en su sitio a Lucas. —Sonrió enigmática.

Empezaron a comer sin esperar al vampiro, pero este no volvió a aparecer. Hablaban de cosas sin importancia o no hablaban, pero estaban bien.

—¿Qué te apetece hacer ahora? —le preguntó Alex cuando iban al salón.

—Alex —lo llamó Lucas desde las escaleras.

—¿Si?

—El príncipe vendrá hoy a cenar —anunció el vampiro.

—¿Aquí? —Alex parecía sorprendido.

—No quiere que ella se mueva, no se cree aún la noticia —le explicó—. Prefiere que se quede aquí. El ya está viniendo. Vendría corriendo, pero

quiere llevársela consigo en un par de días. O quizás menos.

Alex asintió un par de veces y después volvió a mirar a Lucas.

—Tienes que decírselo —dijo levantando ambas cejas—. Lo entenderá. Son cosas de vampiros.

En ese momento fue Lucas quien asintió y después se perdió por las escaleras.

—Ya has oído —comentó Alex mientras se sentaban—. Tu hermano vendrá hoy.

—Quiero darle una sorpresa. —Sonrió Ericka—. Sé lo mucho que significa para él y quiero compensar el no poder acordarme de los momentos que hemos vivido juntos.

—Entonces tendré que volver a ayudarte. —Sonrió de lado.

—Ya decía yo que ese vestido era demasiado complicado para una sola persona —comentó una voz a sus espaldas.

Ericka se volvió, asustada, pero Alex ni siquiera se inmutó.

—Pensé que estabas arriba, Lucas —dijo.

—Y yo pensé que habíamos dejado claras ciertas cosas. —Se tiró en el sofá que había frente a ellos.— Yo ayudaré a Ericka esta noche.

La joven iba a rechistar, pero Lucas le dirigió una de sus miradas. Resopló y miró a Alex, quien se encogió de hombros.

—¿No puedes ayudarme tú? —casi suplicó.

—Ya lo entenderás. —Le sonrió tiernamente mientras le colocaba un mechón de cabello detrás de la oreja—. ¿Quieres que te ayude a escoger un vestido?

—Me encantaría. —Sonrió.

Alex la cogió de la mano, se levantaron y fueron hacia el piso de arriba.

—Debería tener algo gris —sugirió el vampiro—. Haría juego con tus ojos.

Ericka se sonrojó levemente mientras Alex buscaba entre todos los vestidos.

Eran las ocho de la tarde y Alex y Ericka tenían tres vestidos encima de la cama. La joven no sabía por cuál decidirse y el vampiro le decía que estaría igual de bella con todos ellos.

—Yo tengo que irme ya —le dijo Alex—. Hay que preparar la cena y no me fio de Lucas. La última vez casi sale ardiendo la cocina.

Alex soltó una carcajada, le dio un beso en la mejilla a Ericka y salió de la habitación. La joven suspiró y volvió a mirar los vestidos. Todos tenían algo gris, con lo cual los tres hacían juego con sus ojos. Uno era rosa, otro azul oscuro y otro verde.

—El azul —dijo una voz desde la puerta.

—¿Podrías dejar de hacer eso? —inquirió ella mientras miraba fijamente aquellos ojos verdes.

Lucas esbozó una sonrisa perezosa y se encogió de hombros. Ericka suspiró y fue hacia el armario para escoger los zapatos. Después cogió el vestido, un nuevo corsé y la ropa interior y se fue al baño.

Respiró tranquila cuando la puerta estuvo cerrada a su espalda. Dejó la ropa en el sillón y comenzó a desnudarse, pero entonces se percató de que tenía puesto el corsé.

—Oh, no —murmuró mientras cerraba los ojos.

Pero no iba a pedirle ayuda a Lucas, de modo que se llevó las manos a la espalda y se desató el lazo que Alex le había hecho. Luego buscó unas tijeras y trató de cortarse los cordones, en lo que se entretuvo unos quince minutos. Después terminó de desnudarse y se metió en la bañera.

No entendía por qué le hacía tanta ilusión ver a su hermano ni por qué estaba contenta. Debería estar aterrada, intentando huir, luchando... Y, sin embargo, se sentía como en casa.

Salió de la ducha y se secó con la toalla. Después cogió el secador de pelo, lo enchufó y se lo pasó varias veces por el cabello para que no tuviera tanta humedad. Después se puso la ropa interior y abrió la puerta con el corsé situado en la posición correcta.

Lucas estaba de pie mirando por el ventanal de su cuarto. Cuando la vio, sonrió y se dirigió hacia ella. Ericka se puso de cara a la pared y se recogió el cabello hacia un lado.

—¿Por qué te pones así? —le preguntó mientras contenía la risa.

—Alex me pidió que lo hiciera así. —Se encogió de hombros—. Por si pierdo el equilibrio.

—Soy un vampiro, Ricka —dijo mientras la sujetaba suavemente por el brazo y la hacía girarse—. Apóyate en mí.

—Prefiero la pared —se sinceró ella.

Pero por la mirada de Lucas supo que no tenía elección. Así que puso con cuidado las manos en su pecho mientras el vampiro la acercaba más a su

cuerpo para tener mayor acceso a los cordones del corsé. Ericka notó los suaves dedos de Lucas recorriendo su espalda desnuda, su cabeza en el hueco de su cuello, su respiración en el hombro... Se estaba ahogando, y no era precisamente por el corsé.

—Odio esta cosa —dijo cuando Lucas ya le había apretado ocho de los dieciséis pares de cordones.

—Sólo queda la mitad —rió—. Aguanta, princesa.

Ericka resopló y apretó la camisa de Lucas entre sus dedos mientras éste daba otro fuerte tirón y ella se quedaba sin respiración momentánea.

Lucas terminó de apretarle el corsé y Ericka pudo respirar por fin cuando se alejó de él.

—¿Ha llegado ya mi hermano? —le preguntó.

—No, pero está muy cerca —frunció el ceño—. No tardará mucho, date prisa.

Ella asintió y corrió hacia el baño. Se puso el vestido y los zapatos y se miró en el espejo. El vestido era completamente azul oscuro menos por una franja central de la falda que era gris, el escote cuadrado y una de las mangas. El vestido tenía dos: unas eran azules y ajustadas y acababan en pico; y las otras se abrían en la parte interna del codo y caían hacia abajo, grises. La falda tenía vuelo, pero no tanto como el que se había puesto para comer.

Terminó de secarse el cabello y se maquilló. Quería dar una muy buena primera impresión, así que se esforzó todo lo que pudo. Sus ojos ahumados, sus labios con un bonito rosa pastel muy sencillo y un poco de rubor. Estaba lista.

—Ericka —la llamó Lucas desde fuera—. Tu hermano ha llegado. ¿Estás preparada?

—Sí, ahora salgo —gritó ella desde dentro.

Buscó un frasco de colonia y cuando lo encontró, se echó un poco en la nuca y las muñecas. Se miró una última vez en el espejo y sonrió. Todo iba a salir bien.

Salió del baño y Lucas la miró sorprendido.

—Estás preciosa.

—Gracias. —Sonrió.

Pero entonces Lucas apretó la mandíbula, aunque tuvo que abrirla poco después, mostrando unos colmillos que no cabían entre sus labios cerrados. Ericka frunció el ceño, pero no retrocedió. Alzó una mano, sin saber por qué,

pero Lucas retrocedió un poco y cerró los ojos, tratando de contenerse. Sin embargo, Ericka no se rindió.

De alguna forma, ella sabía lo que tenía que hacer. Se acercó a él, angustiada por lo que le estaba pasando, y colocó la mano derecha en su mejilla. Primero lo acarició con las yemas de los dedos y después con las uñas de manera suave. Lucas se fue calmando y sus colmillos recuperaron su forma normal. Sólo entonces abrió los ojos, clavándolos en los grises de Ericka.

Capítulo XI

—Gracias —le dijo con voz ronca mientras quitaba delicadamente la mano de ella hasta bajarla a su cintura.

Después carraspeó y le tendió su brazo, como otras veces Alex había hecho. Ella, nerviosa, lo aceptó. Respiró hondo y abandonaron juntos la habitación.

—Calma los latidos de tu corazón, princesa —le susurró él cuando ya llegaban a las escaleras—. No tienes por qué estar nerviosa.

—No sé lo que me pasa —le confesó ella.

Él le dedicó una sonrisa y asintió. Habían llegado a las escaleras. Ericka suspiró, cogió con la mano que le quedaba libre el vestido para no tropezar y bajaron.

En el salón se encontraba Alex, hablando con un chico rubio que se encontraba de espaldas a ellos. Vestía con unos pantalones negros y un abrigo largo del mismo color. Ericka bajó el último escalón y los ojos del desconocido se posaron sobre los de ella, igual de grises.

El chico corrió hacia ella, levantándola en el aire mientras gritaba su nombre antiguo: Karintia. Después la bajó y la abrazó, hundiendo la nariz en su cuello.

—Kar —murmuró con dulzura y alivio.

La alejó de sí un poco para mirarla a los ojos.

—No me puedo creer que estés aquí. —Sonrió y miró a Lucas—. Sabía que la encontrarías.

—No recuerda nada, majestad—le indicó el vampiro.

—Pero lo hará —asintió el rubio, y volvió a mirar a Ericka—. Yo sí me acuerdo de cuando jugábamos juntos. ¿Recuerdas a Karma? Esa mascota tuya sigue haciendo de las suyas. Está en una fuerte depresión desde que te fuiste. Dios mío, estás... preciosa.

—¿Mascota? —inquirió ella—. ¿Cómo ha podido sobrevivir tanto tiempo?

—Tú la convertiste. —Amplió su sonrisa—. Decías que las cosas que más querías tenían que vivir para siempre, que no querías tener que perder a nadie. ¡No te imaginas lo que me costó que no le hincaras los colmillos a tus

muñecas!

El príncipe estalló en carcajadas y volvió a abrazar a su hermana.

—Espera, ¿cuántos años tenía cuando...cuando morí? —le preguntó ella.

—Tenías ocho añitos, Karintia. —Sonrió tristemente.

—¿Y tú?

—Doce. Todavía recuerdo aquel día. Fui a tu habitación para ver cómo estabas. Mamá y papá siempre decían que tenía que cuidarte, que era tu hermano y que ser sobreprotector contigo era comprensible. —Sonrió al recordar—. Pero cuando llegué, no estabas. Te busqué por toda la casa y entonces te escuché. Tu voz estaba en mi cabeza. Eras demasiado pequeña para establecer un enlace telepático con otro vampiro, pero lo hiciste. Tenías un gran poder... Y lo sigues teniendo. Y en ese momento fuiste más madura de lo que se espera de una niña pequeña. Me dijiste que todo iba a salir bien, que sabías que yo te buscaría y que vengaría todo lo que te habían hecho y que siempre ibas a ser mi hermanita pequeña.

El príncipe Tabak tenía los ojos llorosos y había tomado de las manos a Ericka, quien estaba muy conmovida por lo que le había contado.

—Con tu muerte y la de nuestra madre, mi padre enfermó —prosiguió.— Murió a los pocos meses y yo me convertí en el rey, pero como era muy pequeño decidí que me seguirían llamando príncipe. No quería que me coronasen hasta que no hubiese dado con tu paradero y hubiera hecho desaparecer la maldición.

—Supongo que ese momento está próximo. —Ericka sonrió no muy convencida.

Después de aquella conversación todos se fueron al comedor, donde la cena estaba servida. Sin embargo, Lucas interceptó al príncipe y los dos se quedaron unos momentos a solas en el salón, hablando. Ericka y Alex se sentaron uno al lado del otro. Cuando llegó, Tabak tomó asiento frente a ella y Lucas a su lado, frente a Alex.

La cena transcurrió tranquilamente. Tabak intentaba no hablar mucho de todo lo que tuviera que ver con los vampiros para no abrumar a su hermanita pequeña, pero a veces no era capaz.

—¿Te apetece dar un paseo por los jardines? —le preguntó a Ericka cuando acabaron de cenar.

—Me encantaría —aceptó con una sonrisa.

Los dos se pusieron de pie y Ericka tomó el brazo de su hermano. Era una

noche preciosa. Una suave brisa refrescaba el lugar y las estrellas brillaban en el cielo.

—¿Dónde estamos? —le preguntó Ericka.

—Muy lejos de tu hogar —suspiró el príncipe.

Ericka asintió, pero no dijo nada.

—Siento mucho todo lo que te ha pasado, Karintia —sus palabras sonaron sinceras—. Tiene que ser duro no recordar nada, pero créeme cuando te digo que más duro es no ser recordado. Te aseguro que intento ser objetivo, pero eres mi hermana. Haría lo que fuera por ti. Ojalá pudieras recordar todo lo que hemos vivido juntos, pero entonces también recordarías la noche de tu muerte y no quiero que eso atormente tus noches. De todos modos, sólo hay una manera de hacerte recordar.

—La transformación —adivinó ella.

—Así es —suspiró—. ¿Qué opinas sobre todo esto, Karintia?

Ella dudó un poco al responder, pero entonces recordó a Kirash, la bruja principal. Ella estaba dispuesta a ayudarla, por lo que debía guardar las apariencias. Además, Tabak era su hermano: la única familia que le quedaba. No estaba dispuesta a perder a una persona que la quería y que la anteponeía a cualquier cosa.

—Haré lo que tenga que hacer —aseguró—. Quiero recordar, hermano. Quiero recordarte, recordar la vida que tenía, recordarlo todo. Y quiero estar con los míos.

—Me alegra oír eso. —Sonrió—. Lucas, mi mano derecha, consiguió atrapar anoche al último ingrediente: nuestra madre. Dentro de tres semanas todo volverá a ser como antes.

Ericka sonrió, y esa sonrisa era sincera.

—Por cierto, ¿qué tal con Alex y Lucas? —le preguntó—. ¿Te han tratado bien?

—Bueno... —Ericka hizo una mueca—. Alex ha sido un encanto conmigo todo este tiempo y me ha ayudado mucho. Es el que mejor me entiende. Pero Lucas...es...complicado. —suspiró.

Tabak soltó una carcajada y miró con ternura a su hermana.

—Ya lo entenderás —le dijo—. Podría decírtelo yo, pero me gustaría ver cómo se defiende Lucas en esto. —Sonrió ampliamente—. Lo he visto luchar contra cinco vampiros a la vez y vencer. Verlo tan...vulnerable con ciertas cosas es muy divertido.

Ericka no sabía de qué estaba hablando, pero le gustó ver a su hermano así. Le gustaba su sonrisa, le gustaban sus ojos, su pelo, su nariz, su encanto personal... Era como si lo conociera de toda la vida. Y, en realidad, así era.

Volvieron a la casa y encontraron a los dos vampiros echados en el sofá.

—Mañana nos iremos a Ákaton —anunció Tabak para sorpresa de Ericka—. Vosotros dos también.

—Como guste, majestad —sonrió Alex.

—Alex, ¿cuándo vas a llamarme por mi nombre? —le preguntó el príncipe.

—Cuando las ranas críen pelo —respondió él, orgulloso.

Su respuesta hizo reír a Ericka, quien se calló al instante al darse cuenta de que los tres la estaban mirando fijamente.

—¿Qué pasa? —preguntó frunciendo el ceño.

—No me acordaba de tu risa. —Sonrió Tabak. —Aunque ahora es diferente pero, sigue siendo hermosa.

Ericka bajó la mirada, sonrojada.

—Creo que, en ese caso, deberíamos descansar —sugirió Lucas mientras se levantaba—. Ericka estará cansada.

—¿Ese es tu nuevo nombre? —le preguntó el príncipe a su hermana—. Lo siento, pero es que sólo te conocía por Karintia así que...

—No te preocupes —sonrió ella—. Puedes llamarme así.

Tabak sonrió. Alex subió con los dos hermanos al piso de arriba, donde le asignó una habitación al príncipe.

—Está junto a la de vuestra hermana y enfrente de la mía —le dijo Alex—. Frente a la habitación de Ericka se encuentra la de Lucas, por si necesitáis algo durante la noche.

—Estaré bien —sonrió—. Gracias, Alex.

Le dio un beso en la frente a su hermana y entró en la habitación.

—Vamos, te ayudaré a quitarte el corsé —se ofreció Alex.

—Creí que eso era cosa de Lucas —rió ella mientras entraban en la habitación.

—Algún día entenderás por qué lo digo —rió él también.

Alex ayudó a Ericka a quitarse el corsé y después se marchó para que la princesa pudiera desvestirse tranquila. Ella buscó en el armario algo parecido a un pijama y le sorprendió encontrar uno moderno. Se trataba de unos pantalones oscuros y una camiseta blanca de manga larga muy sencilla, pero le

gustó.

Se metió en la cama y miró hacia el ventanal, el cual le ofrecía una vista preciosa del jardín. Toda su vida había dado un giro enorme. Había perdido a sus padres, ahora era una princesa humana a la que querían convertir en una cosa o en otra, había encontrado a su hermano, había luchado como nunca lo habría imaginado contra un destino que no le gustaba... Y ahora estaba allí, tumbada, sin hacer nada. Podría huir de nuevo, podría acabar con su vida para volver a reencarnarse en la misma persona, podría alertar a las autoridades... Pero ella esperaba a alguien. Algo le decía que Kirash era la única que podía ayudarla, la única que de verdad se preocupaba por su humanidad, o porque al menos saliera ganando. Y Ericka le haría caso, le dijera lo que le dijera. Era extraño intuir en qué personas podía confiar y en cuales no.

Capítulo XII

Algo la despertó de madrugada cuando aún el cielo estaba oscuro. Su habitación estaba en silencio, pero había alguien en la ventana, mirando hacia el jardín que se extendía hasta las verjas negras que delimitaban la mansión.

—Lucas —murmuró Ericka medio dormida—. ¿No puedes dormir?

Él no se movió. Era como si no le hubiese sorprendido que se despertara, aunque claro, él era un vampiro. Seguro que lo había sabido mucho antes de que ella abriera los ojos.

—No sabes por qué lo hiciste, ¿verdad? —le preguntó él mientras seguía mirando la oscuridad de la noche.

Al principio Ericka frunció el ceño, pero luego recordó lo ocurrido aquella noche, justo antes de bajar a ver a su hermano, y negó con la cabeza.

—No, no lo sé —respondió—. Tabak dice que debes contármelo tú.

Lucas sonrió y echó la cabeza hacia atrás mientras suspiraba.

—Soy un cobarde. Al menos para estas cosas... —Se separó del cristal y se acuclilló al lado de la cama, mirando a Ericka—. Pero te prometo que reuniré el valor para contártelo todo algún día si tú prometes esperarme y tener paciencia conmigo.

—No tengo otra opción. —Sonrió ella—. Nadie más va a contármelo. Igual que no pueden decirme por qué tienes que ser tú quien me ayude con todo y quien esté pendiente de mí... ¡Incluso para abrocharme un corsé! Tienes que ser tú, siempre vas a ser tú.

Lucas se echó a reír mientras negaba con la cabeza. Aquella chica iba a volverlo loco.

—Te lo contaré todo algún día —prometió.

—Intenta no tardar mucho, ¿quieres?

—Lo intentaré. —Sonrió—. Ahora duerme. Aún te quedan un par de horas de sueño.

El vampiro se acercó a ella y le besó la frente con dulzura.

—Lucas —lo llamó antes de que se alejara más de ella hacia la puerta—. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque no puedes tener una vida normal —respondió él—. Tú no eres una humana y no eres como ellos. Harían preguntas y nos pondrías en peligro a

todos... ¿Lo entiendes?

Ella asintió con la cabeza lentamente. Lucas vaciló.

—¿Estás molesta conmigo por eso? —le preguntó.

Ericka deseaba poder decirle que sí como lo haría una persona normal, pero por mucho que se empeñara en serlo, jamás podría. De modo que miró a Lucas a los ojos y respiró hondo.

—No —aseguró y frunció el ceño—. Debería estarlo. ¿Soy una mala hija por eso? ¿Cómo puede no afectarme que mis padres me hayan olvidado, Lucas?

Ericka sintió cómo su corazón se aceleraba por momentos y la angustia parecía consumir todo su cuerpo. Lucas se acercó rápidamente a ella, se tumbó a su lado y puso la cabeza de la chica en su pecho. Empezó a acariciarle con suavidad el cabello mientras notaba las lágrimas de la princesa en su camiseta. No soportaba verla de aquel modo y haría lo que fuese por verla sonreír.

—No eres una mala hija, Ricka —le dijo—. Es sólo que ellos no eran tus verdaderos padres y el cariño que creías tener hacia ellos no era tal.

Ella asintió y cerró los ojos. La presencia de Lucas y sus caricias la reconfortaban de una manera difícil de imaginar. Y poco a poco empezó a sentirse tranquila, calmada... Y pudo dormir.

—Karintia, despierta.

La chica abrió los ojos despacio y le dedicó una sonrisa a su hermano, que estaba sentado en la cama a su lado.

—Buenos días. —Sonrió.

—Buenos días —le saludó él—. Vamos, dúchate y baja a desayunar, ¿quieres?

—Claro, pero necesitaré que alguien me ayude a vestirme.

—Ya se me ocurrirá algo. —Sonrió.

Tabak se fue de la habitación y Ericka se dirigió al armario entre bostezos para elegir lo que iba a ponerse aquel día. Quería estar elegante ya que mucha gente la estaría esperando en la ciudad, según le había explicado su hermano durante la cena del día anterior.

Eligió un vestido de colores verde y blanco con mucho vuelo y de media manga. Cogió otro corsé blanco, la ropa interior, unos guantes blancos y se metió en el baño. No tardó demasiado, ya que debía darse prisa. Cuando salió,

Alex la estaba esperando.

—Lucas estaba ayudando al príncipe y no le ha quedado más remedio que cederme el honor de vestiros —dijo mientras hacía una exagerada reverencia.

Ericka rió por el comentario y se dio la vuelta para que el vampiro le apretara el corsé. Ya se estaba acostumbrando a los vestidos y le parecían realmente bonitos y muy femeninos.

—¿Te falta mucho? —le preguntó Alex desde fuera mientras ella terminaba de ponerse los zapatos.

—Sólo maquillarme —respondió—. Dame dos minutos y bajo.

La joven escuchó los pasos de Alex alejándose y después el sonido de la puerta de la habitación al cerrarse. Suspiró, se miró al espejo y comenzó a delinearse los ojos.

Cuando estuvo lista bajó las escaleras y entró en el comedor con una gran sonrisa. Se había recogido el pelo en un moño alto bastante elaborado. Algunos mechones rebeldes le caían por el cuello y la frente. Todos estaban allí sentados menos Alex, que estaba de pie.

—Buenos días, Kar. —Sonrió el príncipe—. Estás preciosa, como siempre. Muchas son las veces que te imaginé en tu adolescencia, pero reconozco que ni siquiera me acerqué.

Ericka se ruborizó antes aquellas palabras y fue a sentarse junto a Tabak. Alex se adelantó y le retiró la silla, cosa que la joven agradeció con una sonrisa. Lucas fulminó a su amigo con la mirada.

—Toma un buen desayuno —le aconsejó su hermano—. Nos espera un largo camino.

—¿Dónde se encuentra el reino de Ákaton? —preguntó ella mientras cogía una rebanada de pan tostado y le untaba mantequilla con el cuchillo.

—Está en Transilvania, Rumanía. —Sonrió él—. El conde Drácula, como lo llaman los humanos, fue nuestro abuelo.

—¿En serio? —inquirió Ericka sorprendida.

—Sí, pero no iba empalando a gente ni cortando cabezas —rió Alex.

—No, eso es cierto. —Tabak amplió su sonrisa—. Él sólo se alimentaba de los lugareños y disfrutaba de sus mujeres. Después las historias hicieron su función y gracias a eso el reino de Ákaton no es conocido por nadie.

—¿Nadie lo ha visto nunca?

—Princesa, nuestro reino está en el interior de una montaña —le explicó Lucas.

—¡Los famosos Cárpatos! —asintió su hermano—. Un lugar completamente mágico, por supuesto. A veces ni los horarios ni el clima se corresponden con los del país.

—¿Y cómo iremos hasta allí? —preguntó ella.

Alex sonrió.

—En avión —respondió Tabak—. En un avión privado.

A Ericka le hizo mucha ilusión. Nunca había viajado en avión y menos aún en uno privado.

—¿No vamos a llevarnos nada? —inquirió ella.

—Allí tienes todo lo que necesitas. —Sonrió su hermano.

De modo que terminaron de desayunar y se montaron en un coche negro bastante grande. Alex conducía, Lucas iba delante con él y los dos hermanos detrás.

—Te va a encantar Ákaton, ya lo verás —le decía Tabak.

—¿No hay luz en el reino? —preguntó ella.

—¿Por qué no iba a haberla? —se extrañó él.

—Ya sabes, como está en el interior de una montaña...

Tabak esbozó una sonrisa mientras Lucas y Alex intentaban por todos los medios no echarse a reír.

—Cuando Lucas te dijo que el reino estaba dentro de una montaña, no se refería exactamente a eso. —le explicó su hermano.— Los Cárpatos son una ilusión, Karintia. Esos montes no existen, sólo son una tapadera para ocultar Ákaton. Es como una cúpula transparente, ¿entiendes? Pero que, sin embargo, para los humanos es real, sólida y con color.

—Creo que ya lo voy entendiendo. —Sonrió ella—. Y dime, ¿cómo es? ¿Cómo son los vampiros?

—Hay tres clases sociales: la realeza, que son los componentes de la familia real; la nobleza, que son los nobles y las clases más adineradas pero que no entran en guerra; y los soldados, que son los que conforman el ejército vampírico.

—¿Para qué hace falta un ejército de vampiros? —preguntó ella—. Sois inmortales y todos sois igual de peligrosos, ¿no?

—Tenemos enemigos, Kar —dijo—. Los lobos son los más importantes. Además, en una guerra no sería adecuado que participasen ciertas personas.

—¿Como quiénes?

—Como, por ejemplo, las princesas, y no es porque seas mujer —aseguró

él—. Simplemente te advierto que no dejaré que te metas en líos, ¿de acuerdo? Eres muy importante para mí y no pienso perderte otra vez.

Ericka pudo leer la angustia en los ojos de Tabak y decidió no contradecirlo por el momento. Le dedicó una sonrisa, asintió y miró por la ventana: ya casi habían llegado.

El avión era enorme y con todas las comodidades que Ericka pudiera imaginar. Los asientos eran grandes y de color blanco. Los cuatro se sentaron donde quisieron. Lucas tomó asiento frente a Ericka, que se encontraba en el sillón de la ventana, Tabak estaba junto a Lucas, y Alex estaba al lado de la joven.

—¿Nerviosa? —le preguntó el vampiro con una sonrisa.

—Un poco, quizás —rió ella—. Jamás me he montado en un avión.

—No notarás nada —le aseguró Alex—. Puedes dormirte, si quieres. El viaje se te hará más corto.

Ella asintió y se acomodó lo mejor que pudo. Cerró los ojos y suspiró. Por un lado no quería dormirse, pero los nervios la estaban matando. No dejaba de preguntarse cómo sería su vida a partir de ese momento. Así que decidió que lo mejor era relajarse y pasar todo el viaje dormida.

Capítulo XIII

Un movimiento extraño la despertó horas más tarde. Turbulencias. —pensó—. Pero cuando abrió los ojos se encontró con los ojos verdes de Lucas.

—¿Qué haces? —murmuró al ver que la llevaba en brazos.

—Hemos salido del avión —le explicó él—. Vamos al coche. Llegaremos a Ákaton en unas horas.

—¿Y por qué no me has despertado? Puedo andar.

—No...No lo sé. —Lucas frunció el ceño—. Simplemente, no lo he hecho. No sé por qué, mejor no preguntes. No sabría responder.

Entonces fue Ericka quien frunció el ceño y el vampiro la miró con ternura.

—Me prometiste tener paciencia, ¿recuerdas? —Sonrió él.

—Yo no prometí nada —rió ella mientras se acomodaba sobre el pecho del chico.

Y volvió a dormirse.

Pero al poco tiempo se despertó. Estaba tumbada en el asiento trasero con la cabeza sobre el regazo de su hermano. Tabak le dedicó una sonrisa.

—Qué casualidad —dijo—. Acabamos de llegar.

—¿Ya estamos en Ákaton? —preguntó Ericka mientras se levantaba rápidamente y miraba por la ventana.

Pero lo único que pudo ver fue una extensa llanura verde.

—Aún no —rió su hermano—. Pero cambiamos de medio de transporte.

—¿Aquí? —se extrañó Ericka—. ¿Por qué? ¿No se puede seguir en coche?

—Nuestra especie no utiliza los coches ni los medios de transporte modernos a no ser que sea una necesidad, Karintia —le explicó su hermano.

—¿Caballos? —aventuró ella—. ¿Carrozas?

—Averígualo tú misma. —Sonrió Tabak.

Ella salió del coche y miró hacia todos lados hasta que divisó cinco hermosos caballos acompañados por un hombre joven, rubio y con barba.

—Alteza. —Se inclinó frente a ella.

Ericka se quedó estática. No sabía cómo debía comportarse y eso la ponía muy nerviosa.

—Tranquila —susurró Lucas en su oído.

Tabak llegó hasta ella y se puso a su lado. El hombre volvió a repetir la reverencia.

—Buenas tardes, Dalton.—saludó el príncipe.

—Majestad —respondió el otro—. Me alegra que hayáis regresado con la princesa.

—Yo también.

Después miró a su hermana y la cogió de la mano para conducirla hasta su montura. Se trataba de un caballo completamente negro con una larga y cepillada cola y unas crines igualmente largas. Estaba ensillado y parecía tranquilo, pero Tabak le advirtió que era un caballo difícil de domar.

—Me pareció perfecto para ti —rió.

Ericka se acercó y tocó con cuidado el hocico del animal.

—¿Cómo se llama? —preguntó con una sonrisa.

—Esperaba que me lo dijeras tú —respondió su hermano mientras se aproximaba a su montura: un caballo marrón chocolate con las crines y la cola más oscuras—. ¿Cómo quieres llamarlo?

Ella frunció el ceño. Nunca había tenido un caballo ni había montado ninguno, así que no sabía muy bien qué nombre era apropiado.

—No tienes por qué decidirlo ahora. —Sonrió Alex mientras se subía a su caballo blanco—. ¿Sabes montar?

La joven negó con la cabeza.

—No te preocupes, no es difícil —le aseguró Tabak—. Lo llevas en la sangre.

El hombre que se hacía llamar Dalton se subió a su caballo marrón y esperó pacientemente. El príncipe se acercó a su hermana y la ayudó a montar bajo la atenta mirada de Lucas, quien cogió las riendas de su caballo blanco y negro.

—¿Estás bien? —le preguntó Tabak a Ericka cuando ya estuvo sentada en la silla.

—Sí, estoy tranquila. —Frunció el ceño—. Es algo muy extraño.

Tabak sonrió y se subió a su caballo para después conducirlo al lado del de Ericka.

—Ya te lo he dicho, hermanita. —sonrió de lado—. Lo llevas en la sangre. Montábamos mucho cuando éramos pequeños, aunque tú lo hacía en potros.

Ericka sujetó fuertemente las riendas y espoléó a su caballo, que comenzó a galopar a toda velocidad. Se sentía maravillosamente bien. Era como si hubiera pasado una eternidad sin algo que la hacía sentirse viva, que la hacía sentirse bien. Parecía que hubiese estado montando a caballo toda su vida.

Los demás no tardaron en cogerla. El caballo de la princesa sabía perfectamente el camino que debía seguir. Tabak se puso a su derecha, riéndose sin parar al ver a su hermanita pequeña cabalgar tan feliz. Alex se situó a su otro lado mientras que Lucas iba detrás junto a Dalton.

No tardaron mucho en llegar hasta unas montañas llenas de vegetación: los Cárpatos. Tabak miró a su hermana.

—Bienvenida a casa, Karintia —le dijo con una sonrisa.

Ella le devolvió la sonrisa mientras su caballo bajaba la velocidad hasta ir al paso. Formaron una fila: Dalton primero, después Tabak, Ericka, Alex y, cerrando la fila, Lucas. Siguieron por un camino de tierra hacia las montañas, que luego dejaron de ser tales. A medida que se iban acercando, Ericka veía cómo la montaña iba desapareciendo poco a poco para dar paso a una enorme ciudad.

Se sorprendió mucho al comprobar que la gente que vivía allí no parecían asesinos ni nada por el estilo. Los vampiros paseaban por sus calles, hacían sus compras, charlaban los unos con los otros... Hasta que posaban sus miradas en los recién llegados.

Al principio se quedaron algo desconcertados al verla, pero después sonrieron y estallaron en vítores. Y así se fue corriendo la voz de que la princesa había llegado a su reino, por fin.

—No me extraña que se alegren de verte —comentó su hermano con una sonrisa—. Eras una niña preciosa, amable, buena con todos, graciosa... Lo tenías todo para ser una gran reina, ¿sabes? Te preocupaban tus súbditos realmente.

—Creo que eso no ha cambiado, hermanito. —Sonrió.

Avanzaron por distintas calles mientras los vampiros se apartaban y gritaban a su paso. Y al cabo de unos quince minutos llegaron a lo que parecía el final de la ciudad. Ericka frunció el ceño.

—¿A dónde vamos? —preguntó—. ¿Hay más?

—Nuestro castillo está a las afueras de la ciudad —le explicó Tabak—. Así estamos más tranquilos, pero a la vez cerca de nuestro pueblo.

Y tras avanzar medio kilómetro por un camino de tierra, llegaron a un

impresionante castillo con altas torres de color beige y azul. Para Ericka era como estar en un sueño, en uno muy hermoso y extraño.

Cuando se acercaron a la puerta, tres hombres salieron y se posicionaron junto a ellos.

—Espera, te ayudaré a bajar —le dijo Tabak a su hermana.

Después de descabalgár, Ericka le dio las riendas a uno de los hombres, que le dedicó una sonrisa e hizo una reverencia.

—Vamos dentro —le dijo su hermano—. Hay mucho que hacer y muy poco día por delante.

—¿Qué hora es? —le preguntó mientras caminaban hacia la puerta.

—Casi las ocho de la tarde —respondió.

Y entonces cruzaron la inmensa puerta, descubriendo una enorme sala. Atravesándola, había una gran alfombra de color rojo que daba, muy al fondo, a unos escalones donde estaban situados dos tronos dorados. Tabak animó a su hermana a caminar y llegaron hasta el final de la sala, donde Ericka se percató de que existía una escalera de caracol dorada en la esquina de la izquierda.

—Esta es la sala del trono, como habrás imaginado —le explicó Tabak—. ¿Te gusta?

—Es muy bonita y, quizás, demasiado ostentosa —asintió ella sin dejar de observarlo todo.

—Los reyes tienen que mostrar su poder y sus riquezas. —Sonrió él—. Eso es algo que padre me enseñó muy bien. Escucha, ahora vendrán los sabios de la comunidad que forman el consejo. ¿Qué te parece si mañana te enseño todo esto, Kar?

—Me encantaría. —Sonrió ella.

—Muy bien, pues entonces sentémonos y esperemos a que lleguen —decidió Tabak—. No deberían retrasarse mucho.

Y dicho esto, le ofreció el brazo a su hermana y ambos subieron los escalones hasta llegar a los dos tronos, donde tomaron asiento. Alex y Lucas se quedaron de pie: el castaño al lado derecho del rey y Alex al lado izquierdo de Ericka.

La puerta se abrió a los pocos minutos, dejando ver a un grupo de hombres entre el que estaban un par de mujeres. Todos avanzaron entre murmullos hasta alcanzar los tronos, donde se arrodillaron.

—Princesa —dijo uno de los que estaban allí—. No os imagináis cuánto me alegro de veros.

Era alto y bastante delgado. Su cabello castaño estaba echado hacia atrás, despejando sus ojos marrones. Tenía barba, aunque no muy poblada.

Tabak sonrió y miró a su hermana.

—Él es Mirs, y era tu protector —le explicó—. Y seguirá ejerciendo su trabajo ahora que has regresado.

—¿Protector? —inquirió ella.

—Sí, alguien que cuide de ti, que esté contigo en todo momento.

—¿No crees que es demasiado?

Su hermano la miró con dulzura.

—El único día que Mirs faltó a su trabajo te mataron, Karintia —le dijo—. Es necesario. No volveré a perderte.

—No me perderás —aseguró ella—. No moriré, sólo me convertiré en loba o en vampiresa, pero no moriré en ninguno de los casos.

—Antes muerto que verte convertida en uno de ellos —gruñó su hermano.

Ericka no lo exteriorizó, pero aquella verdad le dolió en lo más profundo de su alma. Sin embargo, asintió y mantuvo la boca cerrada.

Su hermano estuvo hablando durante varios minutos con Mirs sobre los horarios que iba a mantener con ella, pero Ericka ya no prestaba atención.

Capítulo XIV

—Muy bien. Creo que hemos terminado.

Las palabras de Tabak la sacaron del trance en el que parecía estar y la devolvieron a la realidad. El consejo se retiró y Lucas carraspeó.

—Majestad, yo podría proteger a vuestra hermana —dijo.

Tabak miró al vampiro.

—Sé que cuidarás de ella, pero Mirs es muy bueno en su trabajo y tú no podrás estar siempre —explicó—. Además, es bueno que Karintia esté con otras personas. Quizás le ayude a recordar.

Lucas asintió, no muy convencido. Tabak miró entonces a Ericka.

—Vamos. —Sonrió—. Hay alguien que quiere verte y lleva esperando mucho tiempo.

Ericka frunció el ceño, pero siguió a su hermano hasta las escaleras de caracol y subieron con cuidado. Se encontraron en un salón ricamente adornado con diversos tapices de colores dorados, rojos, marrones, cobrizos... Una auténtica maravilla. Estaba iluminado por muchos candelabros de distintas formas y tamaños y tenía muchas ventanas que dejaban ver el cielo estrellado. A su derecha había un pasillo muy oscuro.

Alex agarró un candelabro de cuatro velas y caminó por el pasillo. Lucas hizo lo mismo y esperó a que los príncipes siguieran a Alex para cerrar la marcha. Unos metros después se encontraban en un cruce donde el pasillo continuaba hacia delante y hacia ambos lados.

—A la izquierda se encuentran dos habitaciones para invitados —le explicó Tabak—. Ahí dormirán Alex y Lucas hasta que quieran marcharse. Ellos saben que siempre son bienvenidos a mi casa.

Alex le dedicó una sonrisa a su príncipe y Lucas simplemente se quedó detrás de Ericka.

—El pasillo de la derecha conduce a la biblioteca pública, al comedor y, al final, a la cocina y el espacio para la servidumbre.

Ericka frunció el ceño.

—¿Servidumbre? —inquirió.

—Esclavos —explicó el príncipe—. Humanos que desean servirnos. Nosotros nunca obligamos a nadie a serlo.

—¿Bebéis de ellos? —preguntó ella, dudosa.

Alex y Tabak estallaron en pequeñas carcajadas y el primero la miró con ternura.

—No te preocupes por eso, Ricka —le aconsejó Alex—. Nosotros no bebemos sangre humana a no ser que sea totalmente necesario.

—¿Necesario? ¿Cuándo es necesario?

—Calma, hermanita —rió Tabak—. Mañana responderé a todas tus dudas, ¿de acuerdo? Ahora sigamos.

Y dicho esto, continuaron avanzando por el pasillo que tenían por delante. A los pocos metros, encontraron un espacio hueco en la pared izquierda, dentro del cual había unas escaleras de caracol hechas de piedra.

—Esta es una de las torres —explicó el príncipe—. Esta en especial es la utilizada por los guardias del castillo.

Ericka asintió y prosiguieron su camino. Le ponía de los nervios saber que Lucas estaba detrás suya, pero supo ocultarlo bien.

El pasillo torció a la derecha y dos metros después encontraron otras dos escaleras iguales a la anterior, una frente a otra, dentro de las paredes del pasillo. Éstas estaban muy bien iluminadas con velas en la pared.

—La de la izquierda conduce a mis aposentos y la de la derecha, a los tuyos —indicó su hermano con una sonrisa. —Deberías subir. Hay alguien esperándote arriba y te aseguro que lleva esperando una eternidad.

Ericka abrazó a su hermano y se despidió de Alex con un beso en la mejilla. La verdad es que no sabía cómo actuar con Lucas, así que simplemente le dedicó una sonrisa. Sin embargo, el vampiro no se la devolvió, lo que decepcionó profundamente a la princesa.

—Ah, casi se me olvida —la detuvo el príncipe—. A final de este pasillo se encuentra la escalera que conduce a la biblioteca privada. Te encantaba ir allí de vez en cuando.

Ella asintió y siguió subiendo las escaleras. ¿Quién la estaba esperando allí arriba? ¿Cómo sería su habitación? ¿Qué le pasaba a Lucas? ¿Había hecho algo malo?

Sacudió la cabeza. No, ella no había hecho nada y no tenía por qué estar pensando en él día sí y día también. Tenía cosas más importantes por las que preocuparse.

Ensimismada en aquellos pensamientos llegó hasta una puerta de madera oscura. Suspiró y la abrió, dejando al descubierto una enorme habitación

semicircular.

La pared de la izquierda era totalmente recta mientras que la de la derecha describía una curva perfecta. Al fondo había una cama de color morado con un dosel en color crema y dos mesillas, una a cada lado, con un candelabro encendido en cada una. A la derecha había una ventana con un rincón de lectura que consistía en dos estanterías de madera, una a cada lado, y una especie de escalón blanco en el centro con cojines. Aquel detalle le encantó y no pudo evitar esbozar una sonrisa. A la izquierda había un armario enorme de color morado y, a su lado, una puerta de madera que, suponía, conducía al baño.

La habitación era preciosa y del estilo de Ericka. Sentía que aquel lugar estaba hecho específicamente para ella. Y mientras admiraba nuevamente la habitación, algo salió de debajo de la cama. Era una especie de felino, pero jamás había visto a un animal como ese. Habría jurado que era una pantera negra, pero no lo sabía con seguridad. El felino se acercó a ella poco a poco, con desconfianza. Ericka frunció el ceño.

—¿Karma? —preguntó.

Y al escuchar su voz, el animal corrió hacia ella y se le echó encima, tirándola al suelo. Después comenzó a lamerle las mejillas mientras Ericka estallaba en carcajadas.

—Para, para —le rogaba entre risas—. Sí que me has echado de menos.

La pantera se quitó de encima, permitiendo que la princesa se sentara en el suelo. Ericka la observó mejor. Era de color negro, toda ella ¡Incluso sus ojos! A excepción de los iris de éstos, que eran de un color gris plateado.

La joven alzó una mano y acarició a su mascota. Sabía que la pantera la había echado de menos y se sintió mal por no poder recordarla.

Suspiró y se levantó. Empezó a deshacerse el moño que aún llevaba y dejó que los mechones de cabello fueran cayendo libres por su espalda. Y justo en el momento en que quitaba la última horquilla, llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo ella mientras se giraba y la pantera se situaba delante de ella en posición de ataque.

Alex apareció por la puerta con su habitual sonrisa y miró a Karma con desconfianza.

—¿Me atacará? —preguntó.

—No lo sé —Ericka se encogió de hombros—. Puedes arriesgarte.

—Tendré que hacerlo —rió y entró en la habitación.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella mientras acariciaba a su nueva mascota para tranquilizarla.

—He venido a ayudarte a quitarte el corsé.

Ericka se desilusionó interiormente, pero sonrió. Había deseado que fuera Lucas quien fuese aquella noche. Así al menos sabría que no había pasado nada, que todo eran imaginaciones suyas y entre ellos todo estaba bien. Pero que Alex estuviera allí en su lugar confirmaba sus peores sospechas.

Alex se dio media vuelta, aunque era algo ridículo ya que la iba a ver en peores condiciones cuando tuviera que quitarle la prenda interior. Cuando Ericka se deshizo del vestido, el vampiro se acercó a ella y fue aflojando los cordones.

—¿Necesitas algo más? —le preguntó Alex antes de irse.

—Un pijama —rió ella.

El vampiro sonrió y sacó un camisón blanco con un escote en pico pronunciado y se lo tendió a la morena.

—Gracias.

—Buenas noches, princesa. —Sonrió él.

—Buenas noches —dijo cuando ya cerraba la puerta.

Se quitó el corsé y se colocó el camisón. Suspiró y se tiró en la cama. Apagó las velas y se metió bajo las sábanas. Karma no tardó en acomodarse a su lado.

Aquella noche debía dormir bien porque al día siguiente tendría que aguantar muchas respuestas y cosas que, estaba segura, no iban a gustarle. Por lo que cerró los ojos y se sumió en un profundo sueño.

Capítulo XV

Algo áspero y húmedo en su mejilla la despertó a la mañana siguiente. Al principio se sintió un poco confusa, pero después recordó dónde estaba: en Ákaton. De modo que se incorporó y lo primero que vio fue a Karma sentada a su lado, mirándola expectante.

—Buenos días, bonita —la saludó con una sonrisa a la vez que le acariciaba las orejas.

Ni siquiera tuvo tiempo para salir de la cama cuando alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo extrañada.

Una mujer de unos cuarenta años con canas y entrada en carnes apareció por la puerta. Hizo una reverencia y miró a Ericka.

—¿Desea su majestad que la ayude a vestirse? —le preguntó.

—¿Quién eres? —fue lo único que pudo articular la morena.

—Soy vuestra sirvienta, mi señora.

—No me digas señora, por favor. —Ericka hizo una mueca—. Parece que soy una anciana.

—Como gustéis, señorita.

Ericka estaba un tanto incómoda en presencia de aquella mujer pues no sabía muy bien cómo debía actuar. ¿Debía dejar que ella la ayudara? ¿O debía ir a buscar a Alex?

—Me gustaría que me ayudarais a ponerme el corsé, al menos —comentó ella algo dudosa.

—Por supuesto, señorita. —Se inclinó en una corta reverencia—. ¿Deseáis que os elija la ropa o preferís hacerlo vos misma?

—Elige tú lo que más adecuado te parezca. —Sonrió—. Yo iré a darme una ducha. No tardaré.

La mujer volvió a inclinarse. La princesa salió de la cama y se fue al baño, el cual era enorme y con una decoración exquisita. Una tina descansaba al fondo de la estancia de color plata. Los muebles eran blancos y el suelo negro. Se despojó del camisón y llenó la bañera para darse un relajante baño antes de lidiar con todo lo que le esperaba aquel día. La sirvienta había sido toda una sorpresa.

Pero, siendo sincera consigo misma, lo que más le preocupaba a Ericka era Lucas. Su comportamiento con ella, más bien. No entendía qué había pasado para que de un momento a otro cambiara tan drásticamente. Estaba segura de que ella no había hecho nada mal, pero, entonces, ¿por qué estaba tan distante? Un misterio más que tendría que resolver a su debido tiempo.

Salió de la bañera y se secó sin prisas, disfrutando del suave aroma que desprendía la toalla. Después se colocó la ropa interior y salió del baño para que la mujer pudiera ajustarle el corsé.

Encima de la cama yacía muy bien colocado un vestido pomposo de color rosa pastel con algunos detalles blancos, como los gruesos tirantes, el borde del escote en corazón y una cinta que ajustaba la falda a su cintura. Era realmente bonito y muy femenino.

—Aún no me has dicho cómo te llamas —comentó Ericka mientras la mujer morena le apretaba los cordones.

—Perdone mi despiste, majestad —le pidió ella—. Mi nombre es Romilda.

—De acuerdo, Romilda. Es un nombre muy bonito.

La sirvienta le dio las gracias e hizo una reverencia. Después terminó de ajustarle los cordones del corsé y la ayudó a colocarse adecuadamente el precioso vestido.

—Gracias por tu ayuda, Romilda —le dijo justo antes de entrar al baño—. Puedes retirarte.

—Gracias, majestad.

Ericka escuchó cómo se cerraba la puerta de su dormitorio y respiró tranquila. No le gustaba que la ayudaran en todo, aunque era evidente que el corsé no podía ponérselo ella sola. Sin embargo, esa no era excusa para tener una criada personal.

Se maquilló suavemente, se cepilló el cabello y bajó las escaleras de sus aposentos. Romilda la estaba esperando abajo.

—Creí conveniente esperarla para conducirla al comedor, alteza —le explicó con otra de sus reverencias.

Ericka tuvo que contenerse para no gritar que dejara de hacer aquello, que ella era humana también. Una simple humana entre vampiros, hombres lobo y brujas.

Romilda la guió hasta el comedor y después se fue. Ericka entró y se encontró a su hermano frente a una mesa enorme repleta de manjares y velas.

—Estás preciosa. —Sonrió Tabak.

—Tú también estás muy guapo.

Y era cierto. Su hermano lucía una camisa de color blanco roto, unos pantalones vaqueros y unos zapatos marrones.

Ambos tomaron asiento uno enfrente del otro y dieron buena cuenta del desayuno.

—¿Se alegró Karma de verte? —le preguntó Tabak con una sonrisa.

—Mucho. Debe ser duro esperar tanto tiempo por una persona.

—Sí, es terriblemente doloroso. —Tabak frunció el ceño.

—Aunque la verdad es que sus ojos son un poco inquietantes. —Trató de cambiar de tema—. Tan negros pero a la vez tan grises...

—Consecuencia de que la convirtieras tú —aclaró.

Ericka lo miró con curiosidad.

—El color de los ojos es algo que se transmite cuando conviertes a alguien —le explicó—. Sólo la familia real tenemos los ojos plateados.

—Pero Alex...

—A Alex lo convertí yo.

Ericka notó que su hermano se había tensado, por lo que decidió no preguntar más.

—¿Y Romilda? —intentó cambiar de tema—. ¿Quién es? ¿Por qué ha venido a mis aposentos?

—¿No te lo ha dicho ella? —Sonrió—. Es tu criada y es humana, como tú. Te servirá en todo lo que le sea posible para que no te falte de nada. Si necesitas ayuda, ella no andará lejos.

Ericka asintió y terminó de desayunar. Alex entró cuando acababan.

—Mi querido amigo ha intercedido para que pases la mañana con él en lugar de con Mirs. —le explicó su hermano—. ¿Te gusta la idea?

—¡Me encanta! —exclamó ella dedicándole una amplia sonrisa al recién llegado.

Alex rió y Ericka se acercó a él. El vampiro le ofreció el brazo y ella lo aceptó, gustosa. Juntos salieron del castillo y caminaron tranquilamente por los alrededores. Mientras, Ericka iba ordenando en su mente todas las cosas que quería preguntarle. Necesitaba muchas respuestas.

—Alex, necesito que me hables de ciertas cosas —le dijo—. Tabak se ofreció a darme respuestas, pero creo que también podrías dárme las tú.

Alex asintió y le indicó que procediera con su primera pregunta. Ericka

contuvo el aliento.

—Tabak me dijo que sólo bebéis sangre humana cuando es necesario —empezó—. ¿A qué se refería?

El vampiro suspiró y compuso una pequeña sonrisa.

—Verás, antes que nada tengo que advertirte que hay ciertas cosas de las que no se me permite hablar —aclaró—. No es que estén prohibidas ni nada de eso. Simplemente, no soy quien debe darte determinadas explicaciones. ¿Entiendes?

Ericka asintió y Alex frunció el ceño mientras pensaba cómo responder aquella pregunta sin irse de la lengua.

—Podemos vivir sólo de la sangre de animales durante cierto tiempo, pero siempre acabamos necesitando la sangre humana —contó—. Es la que nos mantiene fuertes, al fin y al cabo.

—Pero podéis comer cualquier otro tipo de comida —dijo ella—. Desayunáis, coméis y cenáis igual que cualquier otro humano.

—Digamos que eso son costumbres mundanas que seguimos respetando. —Sonrió de lado—. En realidad, nosotros no necesitamos esa comida, pero nos hace sentirnos más humanos. Además, el sabor no cambia. Un buen helado seguirá siendo un buen helado antes y después de la transformación.

Un escalofrío le recorrió la espalda al escuchar aquella última palabra. Miró al vampiro, temerosa.

—¿Cómo se convierte un humano en vampiro?

Alex volvió a suspirar y rió sin gracia, por lo que Ericka entendió que lo estaba poniendo en apuros con aquellas preguntas.

—Verás, sólo es necesario que el vampiro adecuado te muerda, inyectándote nuestro veneno vampírico.

—¿El vampiro adecuado? —inquirió ella.

Alex la miró entrecerrando los ojos, lo que hizo reír a Ericka.

—Está bien —suspiró—. Lo único que puedo decirte es que el vampiro que convierte y el humano que va a ser convertido deben tener una relación en concreto. ¡Y ni se te ocurra preguntarme cuál es!

El vampiro estaba acalorado, lo que lo hacía lucir más adorable a ojos de Ericka. Ella sonrió y asintió con la cabeza, indicándole que no iba a preguntarle por eso.

—¿Duele? —preguntó.

—Demasiado —se sinceró él—. Notas cómo cada una de tus células se

congela y el corazón deja de latir. Ya no necesitas aire y los pulmones son inútiles. Piensas que estás muerto, pero no es así. Aunque tampoco estás vivo.

Ericka se moría de ganas por preguntar, pero no sabía cómo hacerlo. Creía que si se metía donde no la llamaban, Alex podría enojarse con ella.

—Dilo. —Sonrió el vampiro.

—¿Por qué te convirtió mi hermano?

Alex asintió con la cabeza, tratando de encontrar, quizás, las palabras exactas.

—Tu hermano y yo no teníamos esa conexión de la que te he hablado antes, pero yo era un humano muy especial—contó—. Hay humanos que nacen con alma de vampiro, por lo que son realmente fáciles de convertir y no necesitan dicha conexión. Basta con el veneno. Pero esos humanos son muy escasos. Durante la maldición, los vampiros sólo podían convertirlos a ellos, a los humanos con alma de vampiro. Pero no era suficiente para que la raza sobreviviera.

>>Yo salí una noche de casa a escondidas para ver a una chica. Mis padres me habían prohibido salir de noche, pero yo no les hice caso. Tu hermano me encontró y, sin saber lo que yo era, se alimentó de mí. Yo... no podía hacer nada y... pensé que iba a morir. Pero él me salvó de la muerte.

—¿Te importó que te convirtiera? —inquirió ella—. ¿No te molestó?

—Es mejor que estar muerto. —Sonrió.

El vampiro se agachó y cogió una flor blanca para ponérsela a Ericka en el pelo, junto a la oreja. Después le recogió un mechón de cabello y la miró a los ojos.

—Me hablaba mucho de ti, ¿sabes? —Sonrió con dulzura—. Prácticamente me he criado con tus historias. Cuando convertiste a Karma, cuando quisiste hacer lo mismo con tus muñecas, cuando te escapabas de la eterna vigilancia de Mirs, cuando ibas al pueblo a escondidas, cuando desapareciste...

—¿En serio? —Ericka estaba realmente sorprendida.

—Tabak lo pasó realmente mal. Él y todo el reino de Ákaton. Eras su princesa, su alegría. Tenías a tus súbditos totalmente encandilados tanto por tu belleza como por tu alegría. Te encantaba hablar con todo el mundo y no parabas de sonreír. Nunca estabas triste.

Y en ese momento, Ericka deseó poder recordarlo todo. Poder acordarse de su hermano, de sus verdaderos padres, de todas las aventuras vividas...

Pero también recordaría la noche de su muerte.

Aunque, sin duda, lo que más le aterraba era convertirse en un vampiro.

Siguieron caminando durante un rato más hasta que decidieron regresar. Ya era la hora de comer, así que Tabak debía estar esperándolos. Y, efectivamente, Lucas y el príncipe ya se encontraban en el comedor.

—¿Cómo ha ido el paseo? —preguntó Tabak con una sonrisa.

Lucas no dejó de mirar a Ericka en ningún momento mientras avanzaba sonriente hacia los brazos de su hermano y ella lo notó.

—Muy bien. Me ha encantado —dijo mientras abrazaba al príncipe—. Además, me ha resuelto ciertas dudas.

—¿Ah, sí? —inquirió él mientras alzaba una ceja—. ¿Como cuáles?

—Por ejemplo, que necesitáis sangre humana cada cierto tiempo porque es lo que os mantiene fuertes —contó—. O que debes tener una especie de conexión con el vampiro que te transforma...

—¿Se lo has contado?! —gritó Lucas furioso—. ¿Cómo has podido?!

—Lucas, no es lo que parece yo no...

—¡Hijo de puta! —siguió gritando.

Ericka creyó que iba a matarlo, por lo que se interpuso entre Alex y Lucas, protegiendo al primero con los brazos extendidos y enfrentándose al vampiro de ojos verdes.

—¡No me ha dicho en qué consiste esa relación! —gritó ella para hacerse escuchar.

Lucas pareció relajarse, aunque no dejaba de fulminar a Alex con la mirada.

—Se me ha quitado el apetito —dijo, y se fue del comedor.

Alex suspiró y Tabak se llevó los dedos a las sienes, aparentemente tratando de mitigar un dolor de cabeza.

—No te preocupes —dijo Alex—. Se le pasará. Ya sabes cómo es...

—Precisamente, eso es lo que me preocupa —suspiró.

Los tres se sentaron y comieron con absoluta tranquilidad. Sin embargo, la calma duró poco.

Un hombre apareció en el comedor vestido como un militar. Tabak se puso serio de pronto y le pidió a Alex que escoltara a su hermana a sus aposentos y llamase a Mrs. Después los dos hombres desaparecieron, dejándola sola con el vampiro de ojos grises.

Capítulo XVI

—¿Qué está pasando? —preguntó mientras Alex la cogía del brazo y la arrastraba fuera del comedor.

Estaba muy asustada, aunque no le gustase demostrarlo. Pero algo en la mirada de su hermano le había dicho que aquello era algo muy malo y peligroso, y no le gustaba la idea de que la mantuvieran al margen.

Alex se detuvo en las escaleras que daban a los aposentos de Ericka y la miró a los ojos.

—Escúchame bien —le pidió—. No sé muy bien qué es lo que pasa, pero es muy grave. Ya has visto a tu hermano. No dejaré que te pase nada y Mirs tampoco, ¿entendido? No debes tener miedo. Y cuando todo esto acabe, vendré a buscarte.

Ericka asintió, ya que era lo único que se veía capaz de hacer. Alex le dedicó una sonrisa tranquilizadora que se transformó en una mueca y le dio un beso en la frente como despedida.

—Mueve el culo, Romeo —la voz de Lucas sonó detrás del vampiro.

Alex bufó y obligó a Ericka a subir los primeros escalones para después desaparecer con Lucas. Y en ese instante llegó Mirs, quien prácticamente la arrastró escaleras arriba hasta estar encerrados en su dormitorio.

—Por favor, dime que sabes lo que está sucediendo —le suplicó la morena.

—Me temo que se trata de licántropos, princesa. —Le dedicó una mirada llena de tristeza—. Y han venido a por usted.

Ericka no podía quedarse parada, de modo que empezó a pasear por la habitación. Mirs estaba pegado a la puerta, escuchando los ruidos que sólo un vampiro podía alcanzar a sentir. Karma estaba tumbada en la cama, mirando a su dueña con preocupación. Todo ocurrió muy deprisa.

En menos de lo que se tarda en pestañear, Mirs estaba tirado en el suelo, aparentemente muerto. Ericka se giró hacia la puerta, muerta de miedo, y Karma saltó hacia delante, interponiéndose entre su dueña y el peligro.

—¿Qué pronto me cambias por uno que tiene los colmillos más grandes. — Sonrió Teo desde la puerta.

—¡Teo! —exclamó Ericka para después tirarse a sus brazos—. ¿Qué estás

haciendo aquí?

—Traicionar a nuestra especie —declaró otra voz desde la escalera.

—¡Ángel!

El rubio tomó a Ericka por la cintura y la estrechó entre sus brazos.

—Vamos, no tenemos tiempo que perder —dijo Teo—. ¡Vámonos!

Ericka miró a Karma, quien decidió que nunca jamás volvería a perder a su dueña, por lo que la siguió escaleras abajo. Ericka ni siquiera puso atención a los pasillos hasta que se encontraron frente a una pared lisa.

—Os habéis equivocado de camino.

Pero Teo negó con la cabeza y buscó por los alrededores hasta encontrar lo que buscaba: un panel táctil. Tecleó cinco números y la pared desapareció, dejándolos salir.

—¿Cómo habéis...?

—¡No hay tiempo! —gritó Ángel—. ¡Llegarán en cualquier momento!

Teo gruñó por lo bajo y cogió a la princesa en brazos.

—¡Encárgate del gato! —le gritó a Ángel.

El rubio trató de coger a Karma en brazos, pero ésta se resistió. Al final decidió que lo mejor era que los siguiera corriendo, y así fue. Los tres empezaron a correr mientras Ericka se aferraba a Teo como podía.

No supo durante cuánto tiempo estuvieron así ni por dónde habían ido, pero le daba igual. Lo único que importaba es que estaba a salvo.

Cuando pararon se encontraban en un bosque bastante seco. Se sentaron a descansar y Ericka empezó a hacer preguntas.

—¿Cómo supisteis salir del castillo por ahí?

—Los vampiros entendieron que éramos su única posibilidad de que no te llevaran los nuestros —le explicó Teo—. Al principio se resistieron a la idea, pero Alex, que parece ser el más sensato de todos, nos dio la clave. Lucas se negó en rotundo e incluso intentó matarnos, pero Alex se lo impidió.

—¿Por qué estáis traicionando a vuestra raza?

—Porque nos importas. —Ángel frunció el ceño—. Nos importa tu humanidad. Es algo que todos hemos perdido y que nunca más vamos a recuperar. No queremos que te conviertas, Ricka. En ninguna de las dos cosas.

Y Ericka supo que lo decían en serio. Quizás fue por eso por lo que le dolió tanto tener que decir aquellas palabras.

—Voy a regresar.

Teo y Ángel se quedaron muy sorprendidos y confusos. No entendían nada.

—Hay alguien que está tratando de ayudarme y no puedo hacer sospechar a nadie —les explicó—. Todos saben que mi verdadera familia son los vampiros. Resultaría muy extraño si no quiero regresar, ¿no os parece? Tengo que hacer lo correcto.

—¿Quién quiere ayudarte? —le preguntó Teo.

—No creo que deba revelar esa información. —Sacudió la cabeza—. Lo único que puedo decirles es que confío en esa persona. No sé por qué y quizás no haya ninguna razón, pero es así.

—Me creo tus corazonadas. —Sonrió Ángel—. Pero nosotros no debemos volver... Los nuestros nos matarán si descubren lo que hemos hecho.

—Volveré sola. Sé apañármelas bien y tengo a Karma. —Miró a su mascota—. Ella me guiará hasta el castillo.

Los dos lobos asintieron y se levantaron para despedirse de ella.

—Esto no es un adiós definitivo —les aseguró.

Después, Karma comenzó a guiarla hacia el castillo, hacia su hogar vampírico.

Llegó cuando la Luna había salido por el horizonte y bañaba el reino de Ákaton con su luz. Ericka corrió hacia las puertas y dos guardias salieron a su encuentro.

—Mi señora, ¿se encuentra bien? —le preguntó uno de ellos mientras la sujetaba.

Estaba tan cansada que ni siquiera se quejó por lo de “señora”. Le dedicó una sonrisa cansada al vampiro y asintió.

—¡Llamen al príncipe de inmediato! —gritó el segundo guardia—. ¡Y que venga su cuidador!

—¿Dónde está Alex? —preguntó ella.

Los guardias intercambiaron una mirada que preocupó a la morena.

—Está descansando, mi señora —le dijo el segundo—. Lo han herido en la batalla y se encuentra en un estado grave.

A Ericka se le vino el mundo abajo. No supo de dónde sacó las fuerzas para salir corriendo hacia el castillo, pero llegó a la habitación de Alex antes de dar tiempo a los guardias a reaccionar.

El vampiro de ojos grises estaba tumbado en la cama con diversas agujas inyectadas en su antebrazo. Avanzó silenciosamente por la habitación y se detuvo junto a la cama.

—Me prometiste que vendrías a por mí —murmuró tratando de retener las lágrimas—. Me lo prometiste.

No obtuvo respuesta. Sorbió por la nariz y parpadeó varias veces. Después buscó una silla, la arrastró hasta el lado de la enorme cama matrimonial donde estaba tumbado su amigo y se sentó a su lado. Le cogió la mano y comenzó a acariciarle el dorso con suavidad.

—Karintia.

Su hermano entró en la habitación y la abrazó con fuerza.

—Pensé que te había perdido de nuevo.

Ericka sonrió y negó con la cabeza. Después volvió a mirar a Alex.

—Se pondrá bien—.le aseguró el príncipe, pero ella supo leer la duda en su voz.

—¿Qué le ha pasado?

Tabak vaciló, pero al final respondió a su pregunta.

—Envenenamiento por mercurio. Una gota más y habría muerto sin remedio.

—Por favor, dime que va a recuperarse...

—Lo hará —dijo otra voz desde la puerta—. Siempre lo hace.

Ericka no se giró. Sabía perfectamente que había sido Lucas y aún estaba muy molesta con él.

—Dormiré aquí esta noche —decidió ella—. No pienso dejarlo solo. Él nunca me dejaría.

Su hermano asintió.

—De acuerdo, pero Lucas se quedará contigo —dijo—. No permitiré que te aparten de mi lado otra vez.

—¿Y Mirs? —preguntó ella—. ¿Por qué no se ocupa él de mi seguridad?

—Aún está recuperándose.

Ericka suspiró. No le quedaba más remedio que aguantar con Lucas toda la noche.

Capítulo XVII

Su hermano hizo que le llevarsen una bandeja con comida, aunque ella apenas probó bocado. Quería ser lo primero que viese el vampiro al despertar, por lo que no se alejó de su lado en toda la noche.

Lucas permaneció sentado en uno de los sillones que se encontraban en el otro extremo de la estancia. No apartaba la mirada de Ericka bajo ninguna circunstancia. Ni siquiera cuando su amigo abrió los ojos. Eran más de las tres de la madrugada cuando aquello sucedió.

—Alex —susurró Ericka, aliviada.

—Hola, Ricka. —Sonrió débilmente—. ¿Qué ha pasado?

—Te envenenaron con mercurio —le explicó ella.

Alex hizo una mueca de desagrado.

—Una de las pocas cosas que puede matar a un vampiro —dijo.

—¿Hay más? —se interesó ella.

Arrancarle la cabeza es otra forma muy eficaz. —Rió—. ¿Estás interesada en matar algún vampiro?

—Puede. —Sonrió—. Al final he sido yo quien ha venido a buscarte.

—Lo siento mucho, princesa.

—Recupérate, ¿quieres? Tienes que cuidarme.

—Lo haré. —Sonrió—. Y entonces no volverás a librarte de mí. No con facilidad.

—Eso espero. —Rió ella.

Alex la miró a los ojos y le apartó un mechón de pelo de la cara, como siempre hacía.

—Vete a dormir, Ricka —le pidió—. Mañana puedes volver a visitarme, pero necesitas descansar, y yo también.

—De acuerdo —asintió.

Se despidió de él dándole un beso en la frente y pasó por delante de Lucas sin mirarlo siquiera. Estaba muy cansada, así que se dio prisa para llegar cuanto antes a su habitación.

Karma la esperaba tumbada en la cama, como siempre, pero antes de que pudiera ir a saludarla, Lucas entró en la habitación. Sus ojos verdes se clavaron en los de ella.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Ericka.

—No puedes hacer eso. —Lucas sacudió la cabeza—. Olvida a Alex.

—¿Perdona? —Ericka rió sin gracia—. ¿Quién te crees que eres para darme órdenes, Lucas? Puedo pasar mi tiempo con quien quiera.

—¡No!

Y en apenas unos segundos, Lucas aprisionaba a Ericka contra la pared, impidiendo que escapara y haciendo que sus ojos quedaran a escasos centímetros de distancia.

—Eres mía —sentenció.

Ericka frunció el ceño. No iba a dejar que un vampiro de pacotilla le hablara de ese modo y menos que la tratase como un simple objeto.

—No soy tuya —aseguró—. Yo no soy de nadie. Puedo estar con quien me dé la gana y tú no podrás impedírmelo. No hagas que le cuente ciertas cosas a mi hermano.

—No hagas que te encierre de por vida. Te aseguro que puedo hacerlo y tu hermano lo entendería.

—¡Jamás!

—Todavía no lo comprendes, ¿verdad? —Sonrió de lado—. No puedes dejar de pensar en mí, sientes cosas que no deberías sentir, tu corazón se acelera cada vez que estoy cerca... Eres mía, Ericka.

—¿Y tú, Lucas? —Sonrió ella—. ¿Por qué no soportas verme con tu mejor amigo? ¿Por qué te pones tan celoso si luego ni siquiera me diriges la palabra? ¿Por qué no puedes controlarte cuando me tienes a tan poca distancia? —Ericka fue acercando sus labios a los de él hasta rozarlos—. No soy tuya.

—¡Basta!

Lucas miró con fiereza aquellos extraños ojos grises que lo contemplaban sin miedo, sin temor hacia su persona, hacia lo que era. Ella no lo temía y se atrevía a plantarle cara. Notó cómo sus colmillos empezaban a rajar sus encías para poder salir... Pero él no iba a permitirlo. No podía.

De modo que salió de la habitación como alma que lleva el diablo, sin mirar atrás.

Ericka cerró los ojos y respiró profundamente. Por un segundo había creído que la mataría allí mismo, pero no. Karma parecía muy sorprendida desde la cama, como si no esperase que Lucas le hiciera daño a su dueña. Ericka se acercó y le acarició las orejas. Después pensó en llamar a Romilda

para que la ayudase con el corsé pero no sabía cómo hacerlo y estaba demasiado cansada para ir a buscarla. Así que se quitó el vestido y se puso el camisón por encima del corsé.

No tardó mucho en quedarse dormida acurrucada a su mascota.

Al día siguiente unos golpes en la puerta se encargaron de despertarla. De lo contrario, habría permanecido en la cama todo el día.

—Adelante —murmuró adormilada.

—Siento mucho haberla despertado, señorita —se disculpó Romilda—. ¿Desea bajar a desayunar o prefiere que le traiga el desayuno?

—No, ya bajo yo —bostezó.

—¿Desea que le prepare la ropa, majestad?

—Sí, será lo mejor.

Aún tardó varios minutos en levantarse de la cama y dirigirse al baño, pero entonces reparó en que seguía llevando el corsé.

—Romilda, ¿podrías ayudarme? —le preguntó desde el baño.

—Desde luego, alteza.

Una vez que se hubo quitado el corsé, se metió en la bañera. El agua tibia le sentó de maravilla a su piel y la relajó profundamente. Se mojó el cabello y permitió que este flotara sobre su cuerpo desnudo. No le llevaría demasiado tiempo cepillarlo después, ya que era bastante liso.

Cuando creyó que ya era suficiente, salió de la bañera y se enrolló en una toalla blanca. Se colocó la ropa interior y salió para que Romilda pudiera ayudarla nuevamente con el corsé. Ya se había acostumbrado a aquellas prendas.

Romilda le había preparado un hermoso vestido de color amarillo y blanco. Se lo puso y después regresó al baño para cepillarse el cabello. Aquella vez consideró que no era necesario que Romilda la acompañara al comedor, ya que sabía dónde se encontraba. Su hermano y Lucas la estaban esperando.

—Buenos días, hermanita —la saludó Tabak—. ¿Has dormido bien?

—De maravilla. —Sonrió—. Me gustaría pasar la mañana con Alex, si no hay inconveniente.

—No, no creo que lo haya. —Sonrió él—. Pero primero, desayunemos.

Ericka se sentó frente a su hermano, en diagonal a Lucas.

—Estamos iniciando los preparativos para el gran momento —comentó

Tabak mientras comían—. ¿Estás nerviosa?

—Mucho —suspiró—. Pero sé que todo va a salir bien.

—Desde luego.

Y ya no volvieron a tocar ese tema. Lucas seguía mirando a Ericka sin ningún disimulo y ella se sentía realmente incómoda. Sólo quería salir de allí. De modo que engulló rápidamente su desayuno y se despidió de su hermano. Lucas fue tras ella, ya que se suponía que debía cuidarla.

Ericka decidió ir a la biblioteca a por algún libro. Quizás a Alex le gustase leer. Subió las escaleras y se encontró en una sala circular enorme cuyas paredes estaban repletas de libros. Había algunas mesas con sillas, pero casi todo eran libros.

Impresionada, Ericka fue mirando algunos títulos, acariciando los lomos de los libros, admirando la belleza del lugar... Lucas la observaba recostado en la puerta hasta que por fin ella se decantó por un libro en particular que llamó su atención. Pasó por su lado sin mirarlo y bajó las escaleras. Caminó hasta la habitación del vampiro, que se encontraba sentado en la cama con cara de pocos amigos.

—¿Te diviertes? —sonrió ella mientras caminaba hasta la silla que estaba al lado de la cama del vampiro.

—Claro. ¿Acaso no has visto mi cara de felicidad? —preguntó con ironía.

Ericka rió y le mostró el libro, orgullosa.

—Pensé que podría hacerte el día más ameno —comentó.

—Si estoy contigo, el día habrá merecido la pena —aseguró con una sonrisa.

Ericka se ruborizó un poco, pero Alex no pareció darse cuenta. Le señaló el lado vacío de la cama y Ericka se sentó a su lado, teniendo mucho cuidado de no lastimarlo. Abrió el libro y comenzó a leer bajo la atenta mirada de los dos vampiros.

—Me pones incómoda —rió Ericka pasadas unas horas—. ¿Qué pasa?

—Nada —rió él—. Me gusta tu voz. Es muy dulce.

A Ericka ni siquiera le daba tiempo a asimilar los halagos de Alex. Simplemente lo miró con una pequeña sonrisa.

—Debemos irnos ya. —Lucas rompió la conexión de sus miradas—. Tu hermano te estará esperando para comer.

—Seguro que a mi hermano no le importará que no vaya a comer con él

hoy —aseguró ella.

—Ve.—sonrió Alex.— Después vuelves y me sigues leyendo el libro. Me estaba gustando.

—De acuerdo. —rió.

Alex le dio un beso en la mejilla y Ericka se fue de la habitación seguida de Lucas.

Su hermano ya se encontraba comiendo en el comedor y se sorprendió al verla entrar.

—Pensé que te quedarías con Alex —dijo—. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—No he cambiado de opinión —sentenció—. Me han obligado a venir, aunque desconozco el motivo.

—Testosterona —Tabak le restó importancia con un gesto de la mano.

Ericka tuvo que morderse muy fuerte el labio para no estallar en carcajadas.

Capítulo XVIII

Comieron en silencio, pero no resultaba tan incómodo como el desayuno. Ericka no tardó en salir de la sala. Había logrado convencer a su hermano para que Lucas no la acompañara aquella vez, alegando que Alex podría defenderla perfectamente. De modo que llegó a la habitación del vampiro y se sentó en su cama. Hablaron de diversos temas, nunca les faltaba conversación. Podían estar juntos durante horas y horas sin cansarse el uno del otro.

—¿Qué pasó exactamente cuando me fui? —le preguntó ella.

—Los lobos nos invadieron —empezó a contar—. Eran muchos y sabíamos que no íbamos a poder con todos. Fue entonces cuando aparecieron Teo y Ángel, asegurando que te protegerían, que no querían verte convertida en ninguna de las dos especies. Yo los creí, pero Lucas es más testarudo. Al final lo hice entrar en razón justo a tiempo para que te sacaran de aquí. Algunos lobos lograron subir hasta tus aposentos, pero tú ya no estabas.

—Menos mal... —suspiró.

Ericka y Alex hablaron durante algunas horas más hasta que Romilda entró en la habitación con dos bandejas.

—Su majestad el príncipe me pidió que les trajera la cena —dijo.

—Déjalas en la mesa, Romilda. —Sonrió Ericka.

—Como desee, señorita.

Y tras un par de reverencias, salió de la habitación. Los dos dieron buena cuenta de la comida y se tumbaron en la cama.

—¿Puedo dormir contigo? —preguntó ella con voz cansada.

Alex sonrió y sacudió la cabeza.

—¿No prefieres dormir en tu cama?

—No, esta noche no. —Ella cerró los ojos.

—Está bien, pero ve a ponerte el pijama —le aconsejó él.

—No tengo ganas... Tengo mucho sueño.

—No merece la pena estropear ese vestido tan bonito por tu pereza —rió él.

—Tienes razón.

Y dicho esto, se bajó de la cama, se quitó el vestido y se metió entre las sábanas junto a Alex. El vampiro tuvo que morderse el labio para no echarse a

reír mientras Ericka se acomodaba junto a él.

—¿Qué crees que haces? —preguntó divertido.

—Dormir. —Sonrió ella—. Tú también deberías hacerlo. Es muy bueno.
—Alex sacudió la cabeza y la atrajo hacia sí, colocando la cabeza de la princesa en su pecho y rodeándola con un brazo.

—Me vas a volver loco. —Sonrió.

Y después cayó profundamente dormido.

Un enorme estruendo despertó a Ericka a la mañana siguiente. La joven se sobresaltó y miró hacia todos lados, buscando al causante del ruido, sin reparar en que estaba medio desnuda.

La mesa que había estado entre los dos sillones se encontraba en aquel momento hecha pedazos al lado de la pared. Lucas estaba en la habitación, mirándolos con una rabia infinita. Ericka miró a Alex, quien también se había despertado a causa del ruido y miraba al vampiro como pidiendo disculpas.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó una voz desde la puerta.

Lucas sólo fulminó a Alex con la mirada y después se fue de la habitación. Tabak entró y miró a ambos muy sorprendido.

—Karintia, por favor, ¿puedes explicarme todo esto antes de que a tu pobre hermano le dé un ataque? —le pidió.

Ella frunció el ceño, extrañada, pero después se percató de que Alex y ella habían dormido en la misma cama y ella estaba prácticamente desnuda.

—¡Tabak! —exclamó mientras se cubría con las sábanas—. ¡Ni siquiera lo pienses! Tengo puesto el corsé.

—No es la parte de arriba la que me preocupa...

—¡Tabak! —se ruborizó.

—Sólo se quedó a dormir —aclaró Alex—. No pasó nada más, pero Lucas ha tergiversado las cosas, como siempre.

Tabak se masajeó las sienes con los dedos.

—Está bien. Tendremos que hacerle entender la situación y pedirle disculpas por...

—¿Por qué? —preguntó Ericka, quien ya estaba harta—. ¿Por qué debo darle explicaciones? Él no es nadie en mi vida para tener que explicarle los motivos para hacer o no hacer algo.

—Créeme, Karintia. Esta vez se las merece —aseguró su hermano—. Ya lo entenderás.

A Ericka ya no le importó estar casi desnuda. Se bajó de la cama y salió de la habitación hecha una furia.

—Tal para cual. —Escuchó que se reía su hermano.

—Yo que tú la escoltaría hasta su habitación. Si Lucas la ve así... —Alex no terminó la frase.

Temerosa, Ericka corrió hasta su habitación, sin pensar que Lucas ya estaría esperándola.

—Creí haberte dicho que te alejaras de Alex. —Fue lo primero que escuchó al entrar en su habitación.

Dio un respingo y miró con furia a Lucas, quien estaba perezosamente recostado en la pared.

—Ahora no quiero discutir, Lucas —dijo ella mientras se dirigía hacia el armario—. Tengo que vestirme, así que te agradecería que te fueras.

Pero el vampiro no iba a hacer tal cosa.

—¿Sabes? No pensé que serías tan guarra como para acostarte con mi mejor amigo—.siguió diciendo.

—Yo no he hecho nada, y ahora sal de mi cuarto, Lucas, antes de que se agote mi paciencia. Soy tu princesa y tu superior. —Ericka alzó la cabeza, desafiante.

Lucas se acercó a ella y rió sin gracia.

—¿Tú? Sólo eres una asquerosa humana a la que hay que convertir en uno de los nuestros: en un vampiro. Pero sino, no serías nada, no serías nadie. Serías como Romilda: una criada. No serías nada para el pueblo y mucho menos para mí —sonrió de lado.

Puede que Ericka no quisiera admitirlo, pero sus palabras le dolieron tanto que sintió que se le paraba el corazón. Quería llorar y ni siquiera sabía por qué. ¿Por qué le importaba tanto lo que aquel vampiro malnacido le dijera? Eran sólo palabras, al fin y al cabo...

Lucas pareció darse cuenta al ver su cara de las cosas tan horribles que le había dicho sin pensar y se arrepintió al instante, pero ya era demasiado tarde.

—No... Yo... Ericka...

—Vete. —Ericka apretó la mandíbula—. No vuelvas a mirarme, no vuelvas a hablarme y no vuelvas a entrar en mi habitación. Aléjate de mí.

Esperaba ver miedo o dolor en aquellos profundos ojos grises, pero lo único que vio fue fortaleza, valor y decisión. Y entonces supo que iba a tener que pelear muy duro para recuperarla, si es que alguna vez la había tenido.

Capítulo XIX

Cuando Lucas se fue, Ericka se sentó en la cama. Estaba mentalmente agotada, aunque físicamente se encontraba bien. Karma se acercó para consolarla, pero una voz la interrumpió.

—No eres una simple humana, Ericka.

Ericka se giró rápidamente, sobresaltada, encontrándose con unos almendrados ojos castaños.

—Kirash —murmuró.

La joven tenía puesto un vestido bastante sencillo de color celeste y sus rizos caían sueltos hasta su pecho.

—Bueno, puede que sí lo seas —prosiguió la bruja—, pero no por mucho tiempo. Eres más fuerte de lo que imaginas y no deberías subestimarte. De hecho, nadie debería hacerlo. Todas las veces que ha ocurrido, has salido ganando, ¿no es cierto?

—¿A qué te refieres? —inquirió ella frunciendo el ceño.

—¿Acaso has olvidado la patada en la entrepierna que le diste a Alex? —Alzó una ceja, divertida—. ¿Y cuando rompiste las cadenas que te aprisionaban con unos cubiertos? ¿O cuando dejaste inconsciente a Alex con una simple bandeja? ¡A él! Uno de los vampiros más experimentados de nuestro tiempo. ¿Y cuando escapaste del campamento de licántropos utilizando sólo un cuenco de barro? Han sido golpes muy bajos para ambas especies.

Ericka sonrió ante tales recuerdos.

—He sido fuerte cuando tenía que serlo —asintió—. Pero ya no sé qué más hacer. ¿Tienes algún plan, Kirash? Porque se me está agotando el tiempo...

—Tiempo. Eso es lo que necesito por encima de todo, Ericka —le dijo—. Todo el que puedas conseguirme es poco. Pero necesito que confíes en mí y que sepas que, aunque parezca que no voy a ir a por ti, lo haré. Estaré siempre a tu lado, de una forma u otra. ¿Entendido?

Ericka asintió.

—Ahora tengo que irme. —Sonrió—. Cuídate, Ericka.

Y la bruja desapareció delante de sus narices.

Ericka suspiró. Estaba muy cansada, pero debía vestirse y desayunar. Unos golpes en la puerta la sobresaltaron. Al principio pensó que era Lucas,

pero después recordó que él nunca llamaba antes de entrar.

—Adelante —dijo.

Romilda apareció por la puerta y realizó una reverencia.

—¿Desea que la ayude a vestirse hoy? —preguntó.

—Desde luego —asintió—. Voy a darme una ducha. ¿Me ayudas a quitarme el corsé?

—Enseguida, señorita.

Y tras una nueva reverencia, se acercó a la princesa y comenzó a aflojarle los cordones del corsé hasta que Ericka pudo quitárselo.

—Gracias. ¿Y podrías elegirme un vestido para hoy? —le pidió—. Tienes buen gusto.

—Desde luego, alteza. —Hizo otra reverencia.

Ericka casi corrió al baño para no tener que ver cómo se inclinaba de nuevo. Era extremadamente incómodo, pero sabía que Romilda no podía hacer otra cosa. La habían enseñado a ser así.

—¿Quién querría ser la sirvienta de un vampiro? — se preguntó en voz alta mientras llenaba la tina.

Le preguntaría a Alex cuando lo viera.

Cuando salió del baño, Romilda le había preparado un vestido sin vuelo alguno con la falda de color azul y la parte superior blanca. Le dio las gracias y la mujer la ayudó a vestirse. Aquella ya parecía su rutina de todos los días.

Bajó al comedor, donde Alex, Lucas y su hermano la estaban esperando. No miró al vampiro de ojos verdes y él tampoco se atrevió a hacerlo. Saludó a su hermano y le dirigió a Alex una mirada extrañada.

—¿Estás seguro de que ya estás mejor? —le preguntó.

—Mucho —aseguró con una sonrisa.

—Le ha cogido asco a la cama —rió Tabak.

—Naturalmente. —Sonrió Alex—. ¿Desayunamos?

Los cuatro se sentaron a la mesa y empezaron a comer mientras hablaban de temas muy diversos. Sin embargo, Lucas se mantuvo en silencio.

—¿Cómo van los preparativos? —preguntó Alex.

—Lucas se está encargando de todo —respondió Tabak, quien miró al vampiro—. ¿Cómo va todo, Lucas?

—Todo está listo —asintió él—. Las vestimentas de vuestra hermana ya están preparadas, el sitio está perfectamente dispuesto y todo está como debería. Dentro de dos semanas será la Luna de sangre y podremos realizar el

ritual.

Tabak asintió, satisfecho.

—En tal caso, deberé enseñarte los pasos del ritual y cómo se llevará a cabo —le dijo a Ericka.

—Cuando quieras, hermano. —Sonrió.

—¿Qué te parece si nos vemos esta tarde en el salón?

—Me parece perfecto, ¿pero por qué no ahora? —Frunció el ceño.

—Supuse que querías pasar la mañana con Alex. —Sonrió—. No estoy seguro de que pueda caminar bien.

—¡Estoy perfectamente! —se quejó el vampiro.

Terminaron de desayunar y el primero en irse fue Lucas, alegando que tenía asuntos de los que ocuparse. Alex y Tabak se miraron y el primero negó con la cabeza con desaprobación.

—Vamos —le dijo Alex a Ericka con una sonrisa—. Me apetece dar un paseo y estirar las piernas.

La joven aceptó, encantada, y acompañó al vampiro fuera del castillo.

—¿Ya no tienes mercurio en tu organismo? —le preguntó ella mientras caminaban agarrados por el brazo.

—No, casi nada. —Sonrió—. Y menos mal, porque no habría aguantado un día más en esa cama.

—Vamos, no es para tanto —rió ella.

Siguieron charlando, riendo y dirigiéndose miradas cómplices durante un par de horas. Ericka logró sonreír y olvidarse de su discusión con Lucas, pero muy en el fondo aún seguía dándole vueltas al asunto.

Aquel vampiro parecía tener un serio trastorno de bipolaridad. ¿Dónde estaba el hombre al que encontró por la noche mirando el cielo en su habitación? Ya no se sentía capaz de cumplir la promesa que le había hecho aquella noche.

Le quedaban apenas dos semanas como humana y pensaba aprovecharlas al máximo. No quería pensar en Kirash, pero la imagen de la joven bruja invadía su mente más de lo que le gustaría. Ella le había dicho que necesitaba tiempo. ¿Pero tiempo para qué, exactamente? ¿Qué estaba haciendo? ¿Cuál era su plan? ¿Qué papel jugaba ella en todo eso? Tenía muchas preguntas aún sin respuesta.

Alex y Ericka volvieron al castillo para la hora de comer. El vampiro estaba un poco cansado, así que fue directamente a su habitación. Ericka se

dirigió al comedor, donde esperaba encontrar a su hermano, pero Lucas la interceptó por el camino.

—Unos asuntos requerían la presencia de tu hermano —le dijo con voz neutra—. Te buscará esta tarde para hablar contigo, como acordasteis.

—De acuerdo.

Ericka se giró, dispuesta a caminar hasta su habitación, pero Lucas la retuvo cogiéndola del brazo.

—Ericka, yo...

—No. —Ella sacudió la cabeza y se atrevió a mirarle a los ojos—. No quiero excusas ni falsas disculpas. Quiero la verdad. Toda la verdad. ¿Estás preparado para dárme-la?

Lucas dudó, pero al final negó con la cabeza, apenado.

—¿Y una disculpa sincera? —Alzó una ceja—. No, mejor no. Quiero esa disculpa cuando me lo cuentes todo.

—Lo siento de verdad, Ericka —aseguró el vampiro—. Algún día entenderás que te digo la verdad y que no puede ser de otro modo.

—Pues ese día estaré más que encantada de escucharte. Pero, por ahora, lo dejaremos mejor así.

Se libró con delicadeza del agarre de Lucas y siguió su camino hasta su habitación. La había herido profundamente y lo mínimo que merecía era saber la verdad. Así que, hasta que no obtuviera las respuestas que estaba buscando no se lo pondría tan fácil.

Por otro lado, Lucas estaba perdido. Quería hablar con ella y decirle tantas cosas... ¿Pero cómo decir aquello para lo que nunca te enseñaron? Él era un guerrero, un hombre de acción y no de sentimientos. Pero algún día reuniría el coraje para contarle todo, para contarle la verdad... Para explicarle por qué era suya y de nadie más.

Capítulo XX

Cuando llegó a sus aposentos, lo primero que hizo fue tirarse en la cama, sobresaltando a Karma. La pantera, viendo la falta de ánimos de su dueña, decidió acercarse y comenzar a darle pequeños lametones en la mejilla. Este gesto hizo sonreír a Ericka.

Unos minutos después llamaron a la puerta.

—Pasa, Romilda —dijo, sabiendo quién era de antemano.

—Majestad, el señor Lucas me ha pedido que os traiga la comida, ya que supuso que no querríais comer en su compañía —dijo la mujer.

Sostenía una bandeja en la mano que contenía un cuenco de sopa, pescado, una manzana y un vaso con agua. No sabía por qué Lucas se había preocupado por ella o por qué no le había obligado a comer con él, pero lo agradeció interiormente. Le indicó a Romilda que dejara la bandeja en la mesa y la mujer se marchó de la habitación tras una reverencia.

Ericka dio buena cuenta de la comida, ya que se le había abierto el apetito gracias al paseo que había dado con Alex. Tras dejar la bandeja vacía en la mesa, sus nervios empezaron a incrementar peligrosamente conforme los minutos pasaban.

No podía evitar pensar que, de un momento a otro, su hermano abriría la puerta de su habitación y le ofrecería ir al salón, donde le explicaría todos los pasos del ritual y donde podría formular todas las preguntas relacionadas con los vampiros. Estaba muy emocionada, lo cual era comprensible.

No sabía qué hacer, de modo que pasó el rato acariciando a Karma y pensando todas y cada una de las preguntas que debería hacerle a su hermano.

Tabak no se hizo de rogar. Apenas un par de horas después de comer, llamó a la puerta de los aposentos de su hermana.

—¿Preparada? —Sonrió.

—Eso espero —suspiró, nerviosa.

Bajó de la cama y acompañó a Tabak hasta el salón donde se acomodaron sobre los sillones, uno enfrente del otro.

—Bien. ¿Qué te parece si empiezo a contarte los detalles del ritual y tú me preguntas cualquier duda que vayas teniendo? —le preguntó el vampiro.

—Me parece bien —asintió ella mientras se cruzaba de piernas.

—Los ingredientes del ritual es algo que ya debes saber de más y de sobra —dijo Tabak—. Los traidores y la niña que engendraron, osea tú. A parte, claro está, de que el ritual debe realizarse en una Luna de sangre y debe ser la bruja principal quien lo haga. Ya lo tenemos todo, pues por la bruja no debemos preocuparnos.

—¿Por qué no debe preocuparnos esa bruja, si puede saberse? —inquirió Ericka mientras pensaba en Kirash.

—Ella vendrá —le aseguró su hermano—. Ella siempre viene. Además, fue ella quien lanzó la maldición y es ella quien debe romperla.

—Entiendo.

—Bien. Mientras la bruja pronuncia las palabras del ritual, primero se les dará muerte a tus padres y luego te convertiremos a ti. Después todo será mucho más sencillo, pues la maldición quedará anulada.

—¿Qué pasará cuando me convierta? —preguntó ella.

—Hay tantas cosas que contar de nuestro mundo, Karintia, que no sabría por dónde empezar—.suspiró—. Te dolerá, si te interesa saberlo. Todo tu cuerpo se congelará. Sentirás miedo, frío, angustia, desesperación... Y después todo acabará. Abrirás los ojos y volverás a la vida.

—¿Qué pasará después?

—Que necesitarás alimentarte. —Ericka frunció el ceño—. Esto no quiere decir que debas matar a nadie. Sólo tendrás que ingerir un poco de sangre humana para completar la transformación, eso es todo. Lo realmente difícil, Kar, es lo que viene a continuación.

Tabak frunció el ceño y respiró profundamente. Parecía que le estaba costando encontrar las palabras adecuadas, por lo que Ericka lo dejó pensar tranquilo.

—Tendrás que aceptar algunas cosas que son propias de los vampiros, como beber sangre —explicó.— Lo peor es que, en su primer lustro, un vampiro debe alimentarse sólo y exclusivamente de sangre humana para poder sobrevivir al cambio que ha experimentado su cuerpo. Pero tranquila, no permitiré que mates a nadie. Cuidaré de ti y haré que te controles. Eso no será ningún problema, te lo garantizo.

—También deberás entrenarte y formarte como vampiresa. Deberás controlar tu fuerza y tu rapidez y saber utilizar adecuadamente los colmillos y tu veneno. Es vital que no vayas por ahí convirtiendo a gente cada vez que te alimentes, ¿no te parece?

Ericka rió un poco por el comentario, pero estaba realmente asustada.

—Cuando te hayas adaptado a tu nuevo cuerpo, se celebrará tu coronación oficial como princesa.—le anunció su hermano—. Y, supongo, que también querrán coronarme a mí como rey.

—Debes hacerlo —asintió ella—. Eres un buen príncipe, hermanito. Estoy segura de que serás un gran rey.

—Gracias. —Sonrió—. Pero sigamos. ¿Hay algo más que deba decirte? ¿Tienes alguna pregunta?

—¿Qué pueden hacer los vampiros?

Tabak frunció el ceño y permaneció en silencio durante algunos minutos.

—Tienen habilidades mentales —dijo—. Podemos conectar nuestras mentes mediante enlaces telepáticos y modificar otras mentes diferentes a las nuestras, pero siempre inferiores.

—¿Podrías modificar la memoria de un licántropo? —preguntó ella.

—No, ni la de una bruja tampoco. —Negó con la cabeza—. En realidad, sólo podemos manipular a los humanos.

—¿Qué otras criaturas existen?

—Pues existen los fantasmas, las brujas, las hadas, los elfos, las náyades, las sirenas, los trolls, los gigantes, los enanos y los híbridos de estas especies.

—¿Cualquiera puede aparearse con cualquiera?

—Terrestres con terrestres y acuáticos con acuáticos —le explicó él—. Es la única regla.

Ericka se quedó unos minutos pensando en todas las cosas que su hermano le había contado. Y entonces se le vino a la mente una pregunta, aunque no sabía si quería conocer la respuesta. Miró a Tabak.

—Dices que para que un humano sea convertido debe tener un vínculo con el vampiro que lo convierte, ¿cierto?

—Cierto —asintió él—. Menos ciertos humanos especiales, como Alex. Sé que él te contó su historia.

—Pero yo no soy como él.

Tabak creyó saber por dónde quería ir su hermana y no le estaba gustando. No obstante, respondió.

—No.

—¿Quién me convertirá? —Ericka tragó saliva.

Tabak suspiró. Ya sabía que esa pregunta llegaría y que, respondiéndola, llegarían más. Pero no podía mentirle al respecto. Ella debía saberlo. Aunque

sólo fuera aquel dato... De momento.
—Lucas.

Capítulo XXI

No lo entendía. No entendía nada. ¿Por qué él? ¿Por qué siempre él? ¿Qué relación, conexión o vínculo tenían ellos? Iban a volverla loca. Lucas estaba en todo, en todos lados. Pero, ¿qué podía hacer ella? Nada. Tenía que ser así y Lucas sería quien la convirtiera en vampiresa. Tenía tantas preguntas sin respuesta acerca de Lucas y tantas ganas de conocerlo todo...

—¿Por qué él? —fue lo único que pudo decir.

—Entiende que yo no puedo darte esas respuestas —le dijo su hermano.

—Pero antes sí podías —le recordó ella—. ¿Por qué ahora no? Alex me dijo que debíais ser o tú o Lucas.

—Porque Lucas me ha pedido que no lo haga. Quiere encontrar la fuerza necesaria para explicártelo todo él mismo. Hay cosas que aún no se atreve a revelarte...

—¿Y cuándo será eso?

—Vas a tener que aprender a ser paciente, Karintia. —Sonrió Tabak—. Dentro de poco tendrás toda la eternidad para ti y habrá cosas que necesiten mucho tiempo de espera.

—¿Estás insinuando que podrían pasar siglos hasta que Lucas se decidiera a contármelo todo? —inquirió ella entrecerrando los ojos.

—Esperemos que tarde un poco menos —rió él.

Tabak parecía estar guardándose algún tipo de información para sí, pero Ericka decidió no preguntar. A veces era mejor no saber ciertas cosas y ella tenía la sensación de que aquello que Tabak le ocultaba no iba a querer saberlo.

—¿Hay algo más sobre el ritual o los vampiros que desees saber?

—¿A qué hora se hará? —preguntó.

—Empezará a medianoche, pero nosotros saldremos del castillo quince minutos antes para poder ultimar algunos detalles.

—¿Y los lobos? —inquirió Ericka—. ¿No interferirán?

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos para evitarlo —le aseguró su hermano con porte serio—. Habrá muchos vampiros preparados para defendernos esa noche. No te preocupes, Karintia. Los lobos no llegarán a tocarte. No mientras yo esté ahí para protegerte.

Después de aquella conversación, Ericka fue en busca de Alex. Eran las seis y media de la tarde y el vampiro estaba muy aburrido.

—Tabak no me deja incorporarme al equipo todavía —decía—. Cree que no me he recuperado del todo.

—Puede que tenga razón —asintió Ericka, y el vampiro bufó—. ¿Te apetece montar a caballo?

—No es un mal plan. —Sonrió—. Le diré a los mozos que preparen los caballos. Te espero abajo en cinco minutos.

Ericka asintió y el vampiro salió del dormitorio a la velocidad de la luz. Ella sonrió y caminó lentamente y sin prisas hasta la sala del trono, donde su hermano estaba sentado.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella.

—Estoy esperando al consejo —respondió—. Y después me reuniré con los soldados que se encargarán de la protección del ritual. Quiero que todo salga perfecto.

—De acuerdo —le dio un beso en la mejilla— Yo voy a dar un paseo con Alex en los caballos.

—Ya me lo ha dicho —rió Tabak, dándose golpecitos en la cabeza—. Ventajas de vampiros.

Ericka sacudió la cabeza a la vez que sonreía. Después salió del castillo y se encontró con Alex, quien sujetaba a los dos caballos.

—¿Aún no le has dado un nombre? —le preguntó el vampiro.

—No.—se encogió de hombros mientras cogía las riendas de su caballo.
—La verdad es que no sé qué nombre ponerle. ¿Cuál le quedaría mejor?

—Eso es decisión tuya.—respondió Alex.— El caballo es tuyo, al fin y al cabo.

—¿Podría convertirlo como hice con Karma? —inquirió ella.

—Supongo que sí.

Alex ayudó a Ericka a subir. Lo habría hecho ella sola, pero aquel vestido le dificultaba la movilidad. Cuando ambos estuvieron acomodados sobre sus monturas, Alex espoleó a su caballo y comenzaron a galopar mientras Ericka trataba de seguirle el ritmo.

—¿Una carrera? —Rió el vampiro, quien iba unos metros por delante suya.

—¡Por supuesto!

—Debería haber dejado el caballo y correr por mi cuenta. —Rió Alex

cuando acabaron la carrera.— Te habría ganado.

Ericka sonrió y negó con la cabeza. Desmontaron y caminaron un poco con los caballos hasta llegar al castillo.

—¿Sabes? —dijo Ericka mientras le dejaba el caballo a uno de los mozos—. Creo que ya sé qué nombre ponerle.

—¿En cuál has pensado? —se interesó Alex.

—Galán. —Sonrió—. ¿Te gusta?

—No es a mí a quien tiene que gustarle. —Sacudió la cabeza—. Pero reconozco que no está mal.

—¿Y cómo se llama al tuyo?

—Zar.—respondió con una sonrisa orgullosa.

—Simple y bonito —rió ella.

—Como debe ser —sonrió él.

Subieron hasta el salón, donde se encontraron a Lucas y al príncipe hablando.

—¿Cómo ha ido todo? —le preguntó su hermano.

—Nos hemos divertido. —Sonrió ella—. ¿Qué hora es?

—La hora de la cena. —Sonrió Tabak—. O casi.

—Entonces iré a saludar a Karma y bajaré enseguida.

Se despidió de los presentes y caminó hasta sus aposentos, donde Karma seguía sentada en la cama.

—¿Por qué nunca sales de aquí? —le preguntó mientras se acercaba.

Karma no respondió, pero se estiró y acercó la cabeza a su dueña para que ésta pudiera acariciarla. Ericka sonrió.

—Mañana saldremos tú y yo a dar una vuelta —le prometió.

Y tras un par de caricias más, Ericka bajó al comedor. Alex y Tabak ya estaban sentados mientras que Lucas permanecía de pie. Se acercó a los dos primeros y se sentó frente a su hermano, al lado de Alex.

—No puedo evitar sentirme culpable por todo lo que estás pasando. —Tabak negó con la cabeza, apenado—. Te he quitado tu vida, a tu familia y a tus amigos, y ahora pretendo quitarte tu humanidad. ¿Y todo por qué? Porque soy un egoísta de narices.

—Esa no era mi verdadera familia —lo consoló Ericka.

—Resulta irónico que dentro de unos días vaya a matar a tus verdaderos padres —rió sin gracia—. ¿Cómo puedes estar tan tranquila?

Ericka frunció el ceño. Era cierto, estaba demasiado tranquila. Había

perdido todo por lo que había luchado en su corta vida, pero no le importaba.

—Es extraño —dijo—. No siento que haya perdido algo. Es, más bien, como si hubiese ganado miles de cosas. Tú eres mi familia, Tabak, aunque no pueda recordar todo lo que me gustaría. Siento que este es mi sitio. Es aquí a donde pertenezco.

Aquellas palabras conmovieron a su hermano, quien le dedicó una tierna sonrisa. Lucas se sentó, por fin, al lado de Tabak y juntos empezaron a degustar la cena.

No hablaron mucho, pero no hacía falta. Lucas y Ericka ya no estaban tan tensos como antes. El vampiro se había propuesto el firme propósito de cambiar, de conquistarla... Pero no iba a ser fácil. ¿Cómo puede cambiar uno su naturaleza? ¿Cómo puedes dejar de ser quien eres? ¿Cómo haces caer las barreras que por tantos siglos has construido a tu alrededor?

Por otro lado, Ericka ya no sabía qué pensar. Recientemente había descubierto que Lucas y ella tenían una conexión que ni siquiera sabía cuál era. Pero quizás por esa razón el vampiro se encontraba en su derecho de decir que ella era suya. ¡Era de locos! Ella no era un objeto.

Terminó de cenar y se despidió de los vampiros. Caminó en silencio hasta su habitación, pensando. Cuando llegó, acarició a Karma y esperó a que Romilda llegase para desvestirla.

Cuando ya tuvo puesto el camisón y Romilda se hubo marchado de sus aposentos, Ericka se tumbó en la cama. Pero no era capaz de conciliar el sueño. No dejaba de pensar en Lucas y sus continuos cambios de humor. ¿Cambiaría algún día? ¿Y por qué se preocupaba tanto por él? ¿Estaba viéndose atraída por un vampiro? Verse atraída por Alex sería algo totalmente comprensible, ya que era el único que la hacía sentirse realmente bien. Pero, ¿y por Lucas? ¿Tendría algo que ver con esa conexión humano-vampiro?

No quería darle más vueltas, así que cerró los ojos y se obligó a dormir.

Romilda la despertó a la mañana siguiente y la ayudó a prepararse. Tabak y Lucas no estaban en el comedor cuando llegó a desayunar.

—Se han ido —le explicó Alex—. Esta semana y los últimos días hasta el ritual van a estar muy ocupados. Debemos coordinarnos a la perfección para que no se cometan errores, ¿entiendes?

Ericka asintió. Terminó de desayunar y fue a buscar a Karma para pasear con ella por los alrededores. Alex decidió quedarse en el castillo, ya que aún

no se encontraba del todo bien, pero le pidió que tuviera mucho cuidado.

Era un día soleado y caluroso para ser octubre. Karma se movía con agilidad, manteniéndose siempre cerca de Ericka. Su silueta entre los árboles le recordó a Teo y Ángel, sus lobos favoritos. ¿Dónde estarían? ¿Qué estarían haciendo? Si su manada trataba de sabotear el ritual, ¿la ayudarían a escapar? Sí, demasiadas preguntas.

Sonrió y siguió caminando, disfrutando de aquel precioso día. Sin embargo, tenía una sensación extraña. Era como si la estuvieran observando, pero no sabía quién ni desde donde. Parecía una locura, pero Ericka sentía que estaba en peligro.

Y entonces aparecieron nubes extrañas que taparon el cielo. Empezó a hacer frío y Karma corrió hacia Ericka, intentando protegerla de aquello que la acechaba. La joven se agachó junto a su mascota, tratando de tranquilizarla, pero estaba asustada. ¿Qué estaba pasando?

—No dejes que te controle —susurró una voz de mujer.

Pero a su alrededor no había nadie.

Capítulo XXII

Ericka no se lo pensó dos veces y corrió hacia el castillo seguida de Karma. Al principio pensó que podría haber sido Kirash. Era bruja, al fin y al cabo, ¿no? Pero aquella voz no era la suya y tampoco recordaba haberla escuchado antes. Había alguien allí fuera que sabía quién era y que le había dado un mensaje corto y sin sentido.

Entró en el salón del trono y corrió escaleras arriba como alma que lleva el diablo. Y entonces se chocó contra algo que al principio, por lo duro que estaba, le pareció una pared. Pero se trataba de Alex, quien había escuchado su desbocado corazón y había ido corriendo a ver qué pasaba.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras la abrazaba.

Ericka asintió, enterrando la cara en el pecho del vampiro. Él dejó que se calmara por unos minutos y entonces Lucas y Tabak aparecieron en el comedor.

—¿Qué ha pasado? —Su hermano parecía fuera de sí—. ¿Qué le han hecho?

—No lo sé, aún no me ha contado nada y ya sabes que yo nunca leo su mente —les explicó él—. Prefiero que me lo cuente ella.

El príncipe asintió y se acercó a su hermana que seguía abrazada a Alex.

—¿Estás bien?

—Eso creo— respondió ella—. No sé qué ha pasado.

Alex condujo a la princesa hasta uno de los sillones. Primero se sentó él y después la acomodó sobre sus piernas. Lucas le dirigió una mirada envenenada, pero se mantuvo en silencio. Sabía que si decía algo que no debía sólo conseguiría alejar más a Ericka, y eso era algo que no quería.

—Cuéntanos, Kar —le pidió su hermano con voz dulce.

—Salí con Karma a dar un paseo. —Miró a su mascota, que se encontraba sentada en el suelo muy cerca de ella, observándola—. Al principio todo estaba bien. Era un día soleado, hacía un calor agradable... Y entonces el cielo comenzó a llenarse de nubes, pero no eran normales. Fue como si alguien las estuviese invocando. Y en cuestión de segundos hacía mucho frío y aire. Después escuché aquella voz...

—¿Qué voz? —inquirió Lucas con la mandíbula apretada.

Estaba realmente furioso, aunque no sabía con quién. ¿Conigo mismo por no haber estado cuando ella lo necesitaba? ¿Con Alex por haberla dejado sola? ¿Con quien le había hecho aquello a Ericka?

—Era una mujer —continuó ella—. Nunca antes había oído su voz, así que no sé...

—¿Qué te dijo? —le preguntó Alex, quien trataba de tranquilizarla acariciándole el pelo.

—Me pidió que no me dejara controlar. —Frunció el ceño—. ¿Qué significa eso? ¿Quién era esa mujer? ¿Qué quería de mí?

—Por más que intento entrar en tus pensamientos no escucho esa voz —dijo Lucas—. No puedo ver nada, a excepción de la nubes.

—¿Brujería? —inquirió Tabak—. ¿Nos las estamos viendo con una bruja?

—¿La bruja principal? —opinó Alex.

—No, ella no fue —aseguró Ericka.

Tabak la miró, sorprendido. Su hermana había formulado aquellas palabras con mucha convicción, lo que le hizo plantearse si habría cosas que ella le estaría ocultando.

Ericka, al darse cuenta de la situación, trató de explicarse mintiendo.

—Era una voz anciana —aclaró—. Según me dijisteis, la bruja principal es joven.

—¿Quién te dijo eso?

—No lo recuerdo. —Frunció el ceño, tratando de que nadie advirtiera que estaba mintiendo.

—Creo que será mejor que descanses —Suspiró Tabak—. Lucas se encargará de tu protección esta noche.

Ericka estaba tan cansada, asustada y confusa que no fue capaz de replicar. Simplemente asintió, le dio un beso en la mejilla a Alex y le dio las gracias. Después subió a su cuarto seguida de Karma, quien le lanzaba miradas amenazadoras a Lucas. El vampiro le sacó la lengua al animal y las siguió a las dos hasta los aposentos de la princesa.

—Esperaré fuera hasta que acabes de vestirte —le dijo él.

Ella no dijo nada. Cerró la puerta con Romilda ya en el interior de la estancia y permitió que ésta lo hiciera todo. ¡Incluso ponerle el camisón! No entendía por qué se sentía tan agotada.

Finalmente, Romilda se retiró y Lucas entró en la habitación. A Karma no pareció gustarle, pero no se quejó demasiado. Y mientras Ericka se metía en la

cama, el vampiro se apoyó en la pared sin apartar sus ojos de ella.

—Me voy a volver loco —murmuró pasado un rato.

—¿Por qué? —preguntó Ericka medio dormida.

Lucas esbozó una sonrisa cansada y se acercó a su cama, a pesar de las miradas de advertencia de Karma. Se sentó al lado de la joven y la miró a los ojos con lo que ella creyó que era, ¿qué? ¿Ternura?

—No sabes el susto que me has pegado hoy, Ricka —confesó—. He sentido tu miedo como si fuera mío. No, aún peor. —Sacudió la cabeza—. Era una profunda angustia en el pecho. Como si me lo estuvieran arrancando... En cierto modo, yo ya sabía que pasaba algo antes de que Alex nos avisara.

Lucas rió sin gracia y después miró a Ericka, quien mantenía el ceño fruncido. Al vampiro le pareció que estaba muy tierna así y muy graciosa, pero también entendió que ella no sabía de qué le estaba hablando.

—Da igual. —Sonrió—. Lo entenderás algún día.

—¿Por qué es tan difícil? —le preguntó Ericka—. ¿Tan malo es lo que debes contarme?

La mirada de Lucas se ensombreció y desvió la mirada de sus ojos grises.

—No es que sea malo en sí —dijo—. Tengo miedo a tu reacción. Yo... No te merezco.

Ericka quiso seguir hablando, intentando comprender un poco más a aquel vampiro que la tenía tan intrigada, que la atraía como ningún humano lo había hecho. Pero por la expresión de Lucas sabía que éste no estaba dispuesto a hablar más y no quería iniciar otra discusión.

No sabía por qué, pero algo le decía que lo necesitaba y que él lo necesitaba a ella. Pero después pensaba: “¿Qué vampiro necesitaría a una simple humana?”. No, había algo que no encajaba. Ella quería, necesitaba, que Lucas le contase ciertas cosas, pero sólo podía esperar. Sólo esperar.

Los días pasaban sin tregua. Lucas y ella seguían tan distantes como siempre mientras Alex trataba por todos los medios hacerla sonreír, y casi siempre lo conseguía. Tabak seguía enfrascado en la búsqueda de aquella misteriosa mujer, pero tenía muy poca información. Simplemente no había nada, pero el príncipe se negaba a aceptarlo. Estaba muy preocupado por su hermana y no sabía cómo tomarse las palabras de la bruja. ¿Era buena o era mala? Tal vez su advertencia cobrara sentido más adelante, pero cuando su hermana estaba involucrada en algo así, Tabak perdía la paciencia. En esos

momentos, Alex era el único que, más o menos, mantenía la cabeza fría.

Ericka estaba de los nervios. No sólo por lo sucedido, sino porque los días pasaban y el momento al que ella más temía se estaba acercando peligrosamente. Pero no era eso lo que más preocupaba a la morena, sino que Kirash no había dado aún señales de vida.

—¿Estás preparada? —le preguntó su hermano con una sonrisa de oreja a oreja—. Ya verás como todo sale bien.

Era la víspera del gran día. Se encontraban cenando en el comedor en un absoluto silencio, roto sólo por los comentarios del príncipe. Ericka estaba aterrada, dolida y asustada. Kirash le había fallado y había roto su promesa. Sólo le quedaba un día, ¡un día como humana! La noche anterior había estado llorando sin poder evitarlo. Todo aquello empezaba a superarla, pero ella tenía que ser fuerte.

Cuando terminó de cenar, subió a sus aposentos. Romilda había guardado el traje que debía usar en el ritual en el armario. Según su hermano, era un momento importante y ello conllevaba ir vestida adecuadamente. Además, el ritual era mejor si la protagonista llevaba objetos de plata encima, y Ericka llevaría varios.

Karma seguía tumbada en la cama y la miraba con preocupación. No le gustaba ver triste a su dueña, pero no podía hacer nada para evitarlo. Justo cuando Ericka se sentaba en su cama llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo, suponiendo que sería Romilda.

Sin embargo, sus ojos se encontraron admirando unos fuertes brazos, un abdomen bien definido oculto por una camisa gris y unos increíbles ojos verdes.

—Lucas —murmuró ella, pero después se aclaró la garganta—. ¿Qué haces aquí?

El vampiro avanzó por la habitación hasta llegar a donde ella se encontraba. Había algo diferente en su mirada, pero Ericka no supo decir qué era.

—No quiero hacerlo, Ericka —le confesó mientras se acuclillaba junto a ella—. No así.

—¿A qué te refieres? —Frunció el ceño.

—A lo de mañana. A tener que convertirte.

—Déjalo. —Sacudió la cabeza—. No te preocupes, sólo será un

mordisco.

—No, no será sólo un mordisco. —Lucas parecía apenado—. Quiero explicarte algo, pero no sé cómo empezar. Yo...

—Lucas, no hace falta —lo interrumpió—. No quiero que lo hagas por obligación, sino porque de verdad estés preparado.

Lucas la miró con dulzura y después le retiró el pelo de la cara.

—Esto es algo que necesito decirte —insistió—. Verás, cuando te muerda y te inyecte mi veneno, caerás en un profundo letargo. Será como un sueño en el que recordarás tu otra vida y los recuerdos se mezclarán con tu vida actual hasta formar una sola.

—Sí, ya me lo suponía.—asintió ella.

—Pero eso no es todo. —Ericka lo miró extrañada—. Cuando despiertes y bebas sangre para completar la transformación, ocurrirán ciertas cosas que debes saber.

Ericka lo miró, animándole a continuar, pero Lucas parecía no encontrar las palabras adecuadas.

—Cuando tu cuerpo haya cambiado por completo y tu mente haya recordado, tus sentimientos se potenciarán. No sé cómo explicártelo, es... Es extraño, ¿sabes? —Lucas parecía acalorado—. Digamos que sentirás algo muy fuerte por una persona en especial.

Ericka empezó a preocuparse.

—¿Quieres decir que me enamoraré de ti por haberme convertido tú?

—No. —Lucas apretó la mandíbula—. No vuelvas a pensar eso jamás. Nadie puede hacer eso y necesito que entiendas que si te enamoras de una persona, será por algo.

—No entiendo nada —suspiró.

—Lo siento... Yo... Necesito tiempo, Ericka. No puedo contártelo todo ahora.

—¿Pero qué has querido decir? —lo intentó ella de nuevo.

—Mira, sólo debes saber que tus sentidos van a incrementarse y puede que al principio puedan contigo. Debes hacer caso a tu corazón y a tu intuición. El instinto nunca va a fallarte.

Y después de aquellas palabras, Lucas salió de la habitación. ¿Qué debía hacer ella ahora? No había entendido del todo lo que le había dicho el vampiro, pero estaba demasiado cansada para darle vueltas. Así que se tumbó en la cama junto a su mascota y esperó a que Romilda llegase.

La mujer no tardó en aparecer y, tras haber ayudado a Ericka, se fue.

La joven no pudo conciliar el sueño. Estaba demasiado nerviosa y no podía dejar de pensar en Kirash. ¿Dónde estaría? ¿Por qué la había abandonado?

—Ericka —susurró una voz—. Ericka.

La princesa se despertó, sobresaltada, y lo que vio casi le provoca un ataque al corazón.

Capítulo XXIII

—¿¡Dónde se ha metido!/? —exclamó Tabak.

Llevaba prácticamente una hora andando de un lado a otro en el salón. Estaba histérico, preocupado y seriamente furioso. Su hermana había desaparecido por la noche y no sabía nada de ella. No habían encontrado ninguna pista en su habitación y Karma parecía extrañamente tranquila. Los lobos no habían sido porque no habían captado su olor. ¿Dónde leches estaba Ericka?

Lucas también estaba muy preocupado por ella. La buscó por todos lados e incluso intentó seguir su aroma, pero nada funcionó. Era como si se hubiera esfumado por arte de magia.

Magia... Esa era una aterradora posibilidad. ¿Podría la mujer de la voz misteriosa haberle hecho daño a Ericka? Si era así, él mismo la mataría con sus propias manos.

Miró la hora en el gran reloj que había en la biblioteca privada. Eran casi las siete de la tarde y la princesa seguía desaparecida. Escuchó un gran estrépito en el salón, por lo que se acercó a ver.

Uno de los sillones estaba destrozado, había un tapiz roto en el suelo y Tabak estaba a punto de romper la mesa.

—Para —le pidió Lucas sin moverse del sitio—. Eso no hará que vuelva.

—Ya lo sé —gruñó el príncipe, quien acabó destrozando la mesa igualmente—. Ya no sé qué más hacer. La he buscado por todas partes y los guardias siguen por ahí buscando. ¡Maldita sea! Si le pasa algo...

—Ella es fuerte —le aseguró.

—¡Es sólo una humana! —exclamó el príncipe.

—Una humana que dejó inconsciente a un gran vampiro —le recordó él—. Hablando de Alex —Frunció el ceño—. ¿dónde está?

— Buscándola con los demás guardias —respondió el vampiro de ojos grises mientras se dejaba caer, abatido, en uno de los pocos sillones que aún quedaban en pie—. ¿Qué he hecho mal, Lucas?

—Nada. —Desvió la mirada—. Soy yo quien ha fallado. Debería haberla protegido. Debí haberme quedado en su habitación, y no lo hice.

Tabak negó con la cabeza y suspiró.

—No, no es culpa tuya.

Se les acababa el tiempo. La medianoche se acercaba cada vez más y Ericka no daba señales de vida, lo que ponía aún más nerviosos a los tres vampiros. Alex no había encontrado nada, ninguna pista que pudieran seguir, y el tiempo parecía estar contra ellos.

—Debemos asegurarnos de que no la tienen los lobos y que no van a hacer el ritual —decidió Alex.— Enviaré a un grupo de guardias a seguirlos.

Tabak accedió. Probaría cualquier cosa para recuperar a su hermana. Lucas y él se sentaron en el salón sin decir una palabra y permanecieron allí. No sabían qué hacer.

—¿No deberíais estar ya preparados? —preguntó una voz desde el pasillo.

Si sus corazones hubieran estado vivos, estos habrían dado un brinco en sus pechos. Lucas la miró, sin poder creer lo que veían sus ojos. Tabak corrió hacia ella y la abrazó con fuerza.

—Karintia, ¿dónde diablos te habías metido? —le preguntó su hermano con alivio.

—Lo siento —se disculpó ella—. No volveré a hacerlo más. Es sólo que me asusté y necesitaba estar sola... Siento haberos preocupado.

Tabak parecía sorprendido, pues esperaba que algo malo le hubiese sucedido. Sin embargo, no creyó del todo a su hermana. Había algo raro en todo aquello, pero no sabía el qué.

Ericka ya llevaba el vestido y los complementos que habían elegido para ella. Se trataba de un vestido rojo sangre largo, bastante ajustado a la figura. En la cintura llevaba una pieza de plata que le ajustaba aún más el vestido y se había recogido el pelo en una cola de caballo alta. Lucía unos brazaletes de plata en sus muñecas y un collar y pendientes del mismo material. Estaba realmente espléndida y hasta daba un poco de miedo.

Lucas se levantó del sillón y fue hasta ellos. Pero entonces, unos brazos aferraron fuertemente a la morena y la estrujaron tan fuerte que pensó que vomitaría.

—¡No vuelvas a hacer eso! —le gritó Alex—. Me tenías preocupado. ¿En qué estabas pensando!?

—Perdóname, por favor —le pidió Ericka con ojos de cachorrito.

—Lo haría aunque hubieses hecho la peor cosa del mundo. —Le sonrió tiernamente—. Pero démonos prisa. No falta mucho para la medianoche.

—Estoy preparada —aseguró ella.

—Bien.

No tardaron mucho en salir del castillo montados en sus respectivos caballos. Lucas iba en cabeza y Alex cerraba la marcha. Ericka estaba más nerviosa a cada minuto que pasaba.

Se adentraron en un bosque y avanzaron hasta llegar a una zona donde los árboles estaban un poco más separados. Una estrella de cinco puntas estaba dibujada con sal en la tierra metida en un círculo que tocaba sus puntas. Kirash se encontraba en el interior de la estrella.

Bajaron de sus monturas y Tabak fue a comprobar que todos los vampiros se encontrasen en sus posiciones. Ericka miró a la bruja principal y le dedicó una pequeña y disimulada sonrisa.

—Ya traen a los prisioneros, capitán —le dijo un hombre a Alex.

—¿Capitán? —inquirió la princesa con una sonrisa ladeada.

—Así es. —Sonrió—. Soy el capitán del ejército (si es que se le puede llamar así) de los vampiros. Lucas es mi superior.

Ericka asintió justo cuando regresaba su hermano.

—Todo está en orden —dijo.

—Los prisioneros están llegando —le informó Alex—. Ya falta poco.

—¿Dónde están tus brujas? —le preguntó Tabak a Kirash.

—Llegarán cuando vaya a iniciarse el ritual —dijo con voz fría.

Cuatro personas aparecieron por su izquierda. Dos de ellas eran soldados y las otras dos estaban fuertemente atados de pies y manos. Uno de ellos era un hombre y el otro, una mujer. El primero era moreno, flacucho y de ojos hundidos y oscuros. Parecía no haber comido durante días, al igual que la mujer. Ella, por el contrario, era muy rubia, casi albina. Habría sido muy bella de no ser por las condiciones en las que se encontraba. Ambos prisioneros estaban muy sucios.

—Son humanos —murmuró Ericka—. Ellos no saben quiénes son en realidad ni lo que hicieron en su otra vida.

—Lo sé. —Tabak tenía los ojos húmedos, pero sus lágrimas jamás salieron—. Estoy a punto de perder a mi madre por segunda vez.

Ericka supo que su hermano no lo estaba llevando tan bien como les había hecho creer todos esos días atrás. Era su madre, al fin y al cabo. Aunque ella no lo recordara y no fuera la misma. Pero un hijo jamás olvida a una madre.

Se percató entonces de que había tres Lunas pintadas con sal rodeando la

estrella. Situaron a los dos traidores en dos de aquellas Lunas y Kirash le indicó a Ericka que se posicionara en la tercera y última. Cuando todos estuvieron en posición, Kirash miró el cielo: la Luna estaba justo sobre ellos. Había llegado la hora.

De la nada aparecieron cinco brujas más que se arrodillaron en cada una de las puntas de la estrella, mirando a la bruja principal. Kirash alzó las manos y comenzó a pronunciar palabras y frases en un idioma totalmente desconocido para ella. Estaba demasiado nerviosa y no conseguía calmar los latidos de su corazón, pero sabía que todo saldría bien. No tenía otra alternativa. Tenía que ser así.

La princesa esperó pacientemente a que llegara el momento cumbre del ritual, que llegó demasiado pronto. Su madre cayó la primera y después su padre. Tabak apartó la mirada, incapaz de observar cómo volvían a arrebatarse a la mujer que lo había criado y le había dado su mayor tesoro: su hermana.

En apenas unos minutos más de incesantes palabras extrañas por parte de la bruja principal, el momento llegó. Lucas se acercó a ella y tragó saliva. Con un cuchillo se rajó la cara interna de su mano derecha y después hizo lo mismo con la mano de Ericka. Ella estaba tan nerviosa que ni siquiera notó la sangre deslizándose por su piel. Lucas la miró con pesar y unió su mano herida con la de la princesa. Después se acercó a ella, rozando sus labios con la oreja de Ericka.

—No sabes las ganas que tengo de que la primera mordida no fuese así — le susurró—. Pero no puedo hacer otra cosa.

Se alejó lo justo para poder conectar la mirada con la de ella pidiéndole perdón y permiso para continuar. Ella asintió secamente con la cabeza, ya que no se veía con la suficiente fuerza para hacer nada más. Lucas no se lo pensó más y sacó sus colmillos, poniendo fin a la distancia entre la morena y él.

Sus blancos y afilados colmillos atravesaron con insultante facilidad la piel de Ericka, haciendo que ésta se quejara un poco por el dolor. Pero lo que vino después fue mucho peor. Lucas inyectó el veneno en su cuerpo y se separó de ella, sujetándola para que no cayera al suelo.

El dolor era insoportable. Le ardían los orificios que los colmillos de Lucas habían dejado, pero sentía mucho frío en el resto del cuerpo, por lo que empezó a tiritar. Lucas permitió que se sentara en el suelo y se alejó un poco, consciente de que necesitaba su espacio.

Algo le decía que debía cerrar los ojos, pero ella tenía que esperar un poco más. Sólo un poco más... Y entonces lo notó. Su corazón dio un vuelco seguido de otro más, y otro. Y cuando supo que el veneno estaba llegando a su órgano vital, miró hacia la oscuridad, hacia los árboles de su izquierda.

—¡Ahora, Teo! —gritó con las últimas fuerzas que le quedaban.

Los allí presentes no lo entendieron, pero Lucas pareció comprender. Y antes de que Mateo pudiera llegar hasta ella, el vampiro lo detuvo, inmovilizándolo en el suelo... Sin darse cuenta de que Ángel salía justo del lado contrario, también en sombras, y llegaba hasta la princesa a tiempo para clavar sus colmillos de hombre-lobo en la suave y delicada piel de su muñeca, haciendo gritar a Ericka. Después desapareció. Se esfumó en el aire al igual que Teo, como si jamás hubiesen estado allí.

Lo último que escuchó Ericka antes de caer en un profundo sueño fueron las últimas palabras del ritual, pronunciadas en español: “y su alma se dividió en dos, creando un enlace entre dos razas enemigas”.

Capítulo XXIV

Todo estaba muy oscuro y tenía mucho frío. No podía moverse, ni hablar, ni siquiera abrir los ojos. Estaba aterrorizada y se sentía tan sola, tan débil...

Un escalofrío recorrió su columna vertebral. Su cuerpo empezó a congelarse, empezando por los pies y avanzando lentamente hacia arriba. No podía sentir nada más que frío, pero era algo tan extraño... ¡Ni siquiera podía tiritar! Dejó de sentir los dedos de las manos a la vez que el estómago se le revolvía.

Simplemente aceptó que no podía hacer nada sino congelarse. ¿Estaba muerta? ¿Lo estaría? ¿Sobreviviría al mordisco de las dos especies? ¿Qué había pasado?

Y entonces recordó. Las imágenes se fueron sucediendo rápidamente en su cabeza sin darle tiempo a pensar. Su mente estaba a punto de estallar por toda la información. Se vio a sí misma jugando con la mujer que había muerto durante el ritual, riendo y llamándola “mamá”. Recordó a su hermano, tan protector como siempre. Nunca la dejaba sola y siempre era un perfecto caballero con ella. La protegía de cualquier cosa. Él era lo que más le importaba en ese mundo.

Y entonces vio a Mirs, el hombre que se encargaba de su seguridad por orden de sus padres. Ella trataba de librarse de él para irse al pueblo y poder convertirse en una más, para dejar de ser una princesa. Y ciertamente, lo conseguía. Después sus padres le reñían, pero valía la pena.

Recordó tantos momentos vividos, tantos momentos felices... Hasta que tuvo que recordar ese instante que le ponía los pelos de punta: su muerte.

Estaba aterrorizada. En esos momentos se encontraba sola en su habitación, acurrucada en la cama al lado de una Karma ya convertida. Miraba la puerta como esperando que alguien la abriera y sus peores pesadillas quedaran confirmadas. Lo que, por desgracia, no tardó en suceder.

Un hombre vestido de negro irrumpió en la habitación y, tapándole la boca, se la llevó a rastras del castillo. Karintia pataleaba, intentaba gritar, zafarse de aquel hombre, pero tan sólo era una niña.

Salieron del castillo. La noche era fría y oscura y la Luna parecía no querer presenciar aquel desastre. Llegaron a un bosque donde se encontró a su

madre, atada de pies y manos y amordazada junto a un hombre que se le antojaba familiar. Parecían muy débiles y ella supuso que los habían envenenado.

Gritó, mordió y pataleó hasta que consiguió que el hombre la dejara en el suelo y así poder acercarse a la mujer que la había criado. Ella trató de sonreír, pero sólo le salió una mueca.

—N-No permitiremos qu-que te hagan d-daño —tartamudeó el hombre, quien estaba intentando camuflar el dolor que sentía en aquellos momentos.

Su madre no fue capaz de decir nada. Dos gruesas lágrimas escaparon de sus ojos.

Otro hombre se acercó a ella y le ató las manos. Después la condujo hacia una Luna pintada en el suelo con sal. Un poco más allá había una mujer muy bella, con grande ojos castaños y pelo negro y rizado. Le sonrió con dulzura, pero Karintia no se sentía con ganas de corresponder a aquel gesto.

—No te preocupes, Karintia —le dijo Kirash—. Tu muerte no será en vano. Yo te ayudaré en tu próxima vida.

Aquellas palabras no fueron ningún consuelo para una niña de ocho años que no sabía que iba a morir. Simplemente se quedó allí, inmóvil, mientras la bruja pronunciaba alguna clase de hechizo. Pero lo peor fue, sin duda, ver morir a su madre, quien le dirigió una mirada apenada.

—Sé fuerte —le pidió justo antes de que separaran la cabeza de su cuerpo.

Karintia apartó la mirada, asqueada y dolida a la vez. Rezó a todos los dioses, al cielo y al infierno que el hombre no corriera la misma suerte, pero no la escucharon. Y después, ella misma vio cómo el hombre que había asesinado a sus padres se acercaba a ella. Y supo que iba a morir.

Pero ella necesitaba hablar con su hermano. Necesitaba decirle que no se preocupara, que todo iba a estar bien, que tenía que seguir adelante y que ella estaba segura de que vengaría su muerte. Y sin pretenderlo, estableció un enlace telepático con Tabak. Después, se sumió en la más profunda oscuridad.

—Ericka —la llamó una voz—. Ericka.

Se despertó. Se encontraba en su cama, en la cama que ella tenía en el castillo de su familia. Kirash se encontraba frente a ella. Era la víspera de la gran noche.

—¡Kirash! —exclamó mientras saltaba de la cama y corría a abrazarla—.

Ya pensé que no vendrías.

La joven bruja se encontraba sonriente en el centro de la estancia. Llevaba la capa azul que vestía la primera vez que se vieron en el bosque, más allá del campamento de los licántropos.

—Te prometí que lo haría. —Sonrió.

Kirash se separó de ella con delicadeza y le tendió la mano.

—Vamos. Tenemos mucho que hacer.

Ericka asintió y la agarró. Juntas desaparecieron de la habitación y del castillo.

Cuando abrió los ojos, Ericka se encontró en una sala de paredes muy oscuras que no tenía apenas ningún mobiliario. Se volvió hacia Kirash, quien parecía algo nerviosa.

—¿Qué hago aquí? —le preguntó.

—Te dije que te ayudaría—le recordó—. He encontrado la forma de que no te conviertas en vampiresa, Ericka. Al menos, no del todo...

—Explícate —le pidió.

—Serás lo que siempre has sido. —Sonrió—. Ni vampiresa ni loba, sino ambas especies.

—¿Quieres convertirme en híbrida? —estaba profundamente sorprendida.

—Sólo si tú estás de acuerdo.

—Cuéntame más sobre ellos.

Kirash pareció dudar.

—Ese es el caso —suspiró—. Eras la primera de tu especie y no llegaste a desarrollarte, por lo que tus habilidades nunca salieron a la luz. No sé qué es lo que puede hacer un híbrido de lobo y vampiro, pero sí puedo contarte cosas sobre las distintas especies.

—Ya lo sé todo sobre los vampiros —dijo Ericka—. Sólo necesito saber de los lobos.

—En eso puedo ayudarte —dijo una voz conocida a su espalda.

—¡Teo! —exclamó mientras se daba la vuelta para abrazarlo—. Te he echado de menos.

El lobo inspiró profundamente, llenándose con el olor de su amiga.

—Yo también a ti —suspiró—. Será mejor que nos sentemos.

La bruja hizo aparecer dos sillones y un sofá.

—Ángel llegará más tarde —le informó el licántropo a Kirash—. No es fácil alejarse de la manada.

—Está bien —asintió.

Teo se volvió hacia Ericka.

—¿Qué es lo que quieres saber? —le preguntó.

—Lo principal. Quiero saber todas las cosas que puedas contarme sobre vosotros que puedan ser relevantes para mi transformación.

—Ardes. —La cara de Mateo se ensombreció—. La transformación es terriblemente dolorosa. Sientes mucho calor, no puedes soportarlo. Sientes como si estuvieras quemándote vivo, como en una hoguera. Aunque, después, todo pasa.

—¿Qué ocurre cuando se ha completado la transformación?

—Al principio estás totalmente descontrolado —le explicó—. Tus hormonas están alteradas y no puedes controlar tus transformaciones de lobo. Te conviertes sin quererlo. Es frustrante y tedioso, pero es así. Los primeros meses ni siquiera puedes controlar tu fuerza o la intensidad de tus sentimientos. Tus sentidos se amplifican y te vuelves loco. Pero todo se entrena.

Nuestra alimentación es normal, como la de un humano cualquiera, salvo que necesitamos cazar animales por nuestro lobo interior. Vivimos muchos años, pero no somos completamente inmortales.

—¿Cuántos años podéis llegar a vivir? —le preguntó con curiosidad.

—Unos quinientos años —respondió—. Es un periodo de tiempo tan largo que nos podemos calificar como “inmortales”, aunque no sea del todo cierto.

—¿Tenéis alguna habilidad especial?

—Sólo nuestro increíble olfato, nuestro gran calor corporal, nuestros ojos amarillos, la rapidez sobrenatural, la fuerza sobrehumana y nuestra transformación en lobos —enumeró—. Además, está el hecho de que no necesitamos dormir tanto ni comer cada tan poco tiempo.

Ericka se quedó un buen rato en silencio, asimilando la información y tratando de pensar en las diferencias y semejanzas con respecto a los vampiros. Demasiadas diferencias, en su opinión. No podía saber con certeza qué habilidades poseería y cuáles no.

—Lo haré —decidió—. Pero necesito que me expliquéis las consecuencias de esa decisión.

—Cuando te conviertas, tendrás a las dos razas en tu poder —le explicó la bruja—. Lobos y vampiros deberán obedecerte por igual, ya que tú serás más poderosa que todos ellos. Nunca más volverás a ser débil.

—Me gusta esa idea. —Sonrió— Pero tengo miedo.

—Yo estaré contigo.—le aseguró—. Además, Ángel y Teo también deberán estar presentes en el ritual. Uno de los dos tendrá que morderte.

Ericka aceptó. Quería poder decidir algo en su vida, por más pequeño que fuese. Si su destino era ser un monstruo, ella elegiría qué tipo de monstruo quería ser.

—Hay algo que debes saber. —La bruja miró a Teo de reojo y condujo a Ericka a un lugar más apartado—. Es posible que lo que vayas a hacer perjudique tu relación con Lucas. Es algo que yo no debo explicarte, pero tienes que saberlo. No sé si Lucas soportará la idea de que seas medio loba, pero si de verdad estoy en lo cierto, tendrá que aceptarlo.

—No entiendo... —Frunció el ceño.

Pero Kirash sacudió la cabeza.

—No tienes por qué entenderlo ahora.

Ángel llegó unos minutos después y entre todos fueron ideando el plan. Era bastante sencillo. Teo y Ángel aparecerían gracias a la magia de la bruja en el lugar exacto del ritual. Después uno de los dos debía morderla, inyectando su veneno de hombre-lobo en ella. Pero Ericka debía decir cuándo sería el momento.

—Yo lo haré —se ofreció Mateo, pero la bruja negó con la cabeza.

—Me da igual quién lo haga, pero hacedlo —dijo—. No te obceques con que tienes que hacerlo sólo tú, porque si Ángel tiene una posibilidad, debe aprovecharla.

—¿Y vuestra manada? —inquirió Ericka—. ¿Qué hacemos para que no intervenga?

—Ya les hemos dado una pista falsa —explicó el rubio—. Les hemos dicho que el ritual va a celebrarse en otra parte. No nos culparán si no es cierto porque saben que todo esto es muy complicado y no es fácil enterarse de los planes de los vampiros.

—¿Sabes? Me gustaría haceros una pregunta. A los dos. —Miró primero a uno y después a otro.

—¿Y cuál es? —preguntó Teo.

—¿Qué hacíais juntos vampiros y licántropos cuando yo os conocí?

Ángel sólo sonrió, pero Teo se echó a reír.

—Creíamos haber inventado un líquido, como un perfume, que camuflaba nuestro olor —le explicó Ángel—. Pero después descubrimos que ellos

siempre supieron en todo momento lo que éramos, pero querían tener esa ventaja y no nos delataron. Nunca supimos que ellos ya lo sabían, así que iban un paso por delante.

Ericka asintió, conforme con la respuesta.

Después de repasar el plan una vez más, Ericka se despidió de los lobos y Kirash llevó a la joven de vuelta a su habitación.

—Ahora debes aparentar que todo va correctamente, ¿de acuerdo? — Ericka asintió—. Vístete y baja al salón. Ellos están allí.

—¿Cómo sabré cuál es el momento justo en el que uno de los lobos tiene que mordirme? —le preguntó ella.

—Simplemente, lo sabrás. Debes aguantar todo lo que puedas. Mientras más haya avanzado el veneno de vampiro, mejor.

Y ahora estaba sumida en una oscuridad profunda, con el cuerpo totalmente congelado y su corazón latiendo desbocado... Hasta que se detuvo.

Pero, entonces, algo cambió. Sus pies fueron descongelándose para después comenzar a arder. El fuego fue subiendo poco a poco por su cuerpo y ella quería gritar, quería suplicar que parase... Pero sus labios estaban inmóviles y su voz parecía haber desaparecido. Ni siquiera podía apretar los puños, o la mandíbula, ¡o hacer algo! Estaba completamente desquiciada por el dolor. Quería llorar, quería saber que podía abrir los ojos y ver que seguía viva... Más o menos.

El fuego llegó a su corazón, quemándolo, abrasándolo y haciendo que volviese a bombear sangre. Sus pulmones comenzaron a funcionar de nuevo y ya podía respirar. Sintió un hormigueo en los dedos y supo que podía moverlos. Al fin, estaba viva.

Capítulo XXV

Tenía miedo, mucho miedo. Estaba respirando, los latidos de su corazón se habían normalizado y estaba segura de que podía abrir los ojos cuando quisiera, pero no se atrevía.

Estaba en una cama que, juraría, era la suya. De vez en cuando notaba que algo se movía en ella. “Karma”, pensaba. ¿Pero y si no era real? ¿Y si no era más que un sueño? ¿Y si volvía el dolor? Ella ya no podía sufrir más.

—¿Tardará mucho más? —preguntó la voz de Lucas.

Pero era algo extraño porque Ericka sabía que él no estaba en su habitación y, sin embargo, había escuchado sus palabras con total claridad.

—Espero que no —suspiró Tabak.

Entonces era cierto. Estaba viva y no era humana. Pero, ¿había funcionado? ¿Se había convertido en una híbrida? Quizás sólo fuese una de las dos especies y uno de los venenos no hubiera dado resultado...

No pudo más y abrió los ojos, teniendo que cerrarlos al instante. La luz que entraba por la ventana le había dado directamente en los ojos y, al parecer, estos habían estado cerrados por más tiempo del que ella pensaba. ¿Cuántas horas habría durado su transformación?

Intentó abrir los ojos de nuevo, esta vez con más cuidado. Se encontraba en su habitación, en el castillo de su hermano Tabak. Karma la miraba muy contenta de que hubiese despertado y le dio un rápido lengüetazo en la mejilla a modo de saludo. Ericka sonrió.

—Yo también te he echado de menos —le dijo.

Un estruendo sonó abajo y sobresaltó a la princesa, quien rápidamente se arrimó al cabecero de la cama y se acurrucó allí. Alex, Lucas y Tabak irrumpieron en la habitación, mirándola con los ojos abiertos como platos.

—Has despertado —murmuró su hermano visiblemente aliviado.

Pero entonces, Ericka recordó lo que le había dicho su hermano cuando llegaron al castillo: “antes muerto que verte convertida en uno de ellos”. Y ahora, ella era uno de esos seres que su hermano y Lucas tanto aborrecían. ¿La seguirían queriendo? ¿La abandonarían a su suerte? ¿O, quizás, acabarían con su vida?

Tabak pareció entender la situación al ver la cara de susto y desconfianza

que su hermana le dirigía a él y al vampiro de ojos verdes. Alzó las manos en señal de paz y se acercó a ella lentamente.

—Eres mi hermana, Karintia —le dijo—. No pasa nada.

Ericka dejó que se sentase en la cama y entonces lo abrazó con todas sus fuerzas. Su hermano correspondió al abrazo con gusto, encantado de tener por fin a su querida hermana entre sus brazos.

—Ha sido horrible —murmuró con la voz quebrada.

—Pero ya ha pasado. —Su hermano le besó la cabeza.

Alex también se acercó a ella. No le importaba que Ericka fuese ahora una híbrida entre las dos especies. Para él seguiría siendo la misma.

—Lo recuerdo todo. —Estaba llorando—. Te recuerdo. Recuerdo a mis padres, a Mirs... Todo.

—Shh, tranquila —dijo Tabak mientras le acariciaba el pelo—. Ahora ya estás en casa.

Lucas estaba parado en la puerta, sin moverse. Todo era demasiado extraño para él. Su humana ahora se había convertido en una mezcla de las dos especies, pero, en realidad, ella siempre había sido así. Siempre había sido una híbrida incluso teniendo un cuerpo humano. La pregunta era: ¿seguiría sintiendo lo mismo?

—Tengo sed —dijo ella.

—Es normal —asintió Alex—. Debes beber para completar la transformación.

Tabak miró a Lucas, quien se fue de la habitación y regresó a los pocos minutos con una bolsa de sangre en la mano.

Ericka abrió los ojos y los fijó en la bolsa, siguiendo los movimientos de Lucas. Pero él quería divertirse un rato y Tabak y Alex vieron sus intenciones. El príncipe sonrió.

—No vengas a llorarme si te hace daño —se burló.

—Es inofensiva —aseguró Lucas y después miró a Ericka—. ¿La quieres?

Sacudió la bolsa de sangre muy cerca de su cara y ella no pudo aguantarlo más. Saltó de la cama con una rapidez sorprendente y trató de arrancarle la bolsa al vampiro de las manos, pero Lucas fue más rápido. Corrió escaleras abajo con Ericka pisándole los talones y salió del castillo. Sin embargo, ella lo alcanzó y lo hizo caer al suelo, soltando la bolsa en el camino.

Triunfante, la híbrida recogió la bolsa y comenzó a succionar la sangre que había en su interior. La sintió bajar por su garganta, fría y espesa, y se

decepcionó, aunque no sabía muy bien por qué.

—Vaya, vaya —dijo una voz a su derecha—. Parece que la loba te ha dejado en ridículo.

—¡Teo! —exclamó ella mientras se tiraba a sus brazos.

Sin embargo, no calculó ni la velocidad ni la fuerza, por lo que ambos acabaron tirados en el suelo, Ericka encima de él.

—Lo siento —se disculpó ella.

Ángel salió de entre los árboles y comenzó a reír con ganas a la vez que Mateo.

—Tienes que aprender a controlarte. —Sonrió el moreno—. Eres más fuerte que yo.

Acercó la mano al rostro de ella y le acarició la mejilla con suavidad. Ericka se dejó llevar y cerró los ojos, disfrutando del contacto del lobo. Era cálido y suave y sintió que aquella caricia la calmaba profundamente.

Abrió los ojos y observó a Teo como si fuese la primera vez que lo veía. Su cara, el pelo oscuro y alborotado, sus increíbles y profundos ojos marrones, sus labios finos pero bonitos, sus fuertes brazos y su abdomen marcado... Era como si ahora pudiera percibir todo con mayor claridad.

Teo vio cómo ella lo analizaba y sonrió. Ahora ella era un ser sobrenatural y eso conllevaba algunas cosas... Sobre todo si eras una híbrida. Pero ya intentaría explicárselo todo más tarde.

—Debemos irnos, Ericka.

Lucas estaba de pie con todos sus músculos en tensión. Ericka podía percibirlos a través de la ropa. Sus ojos verdes estaban fijos en ella.

—Necesitaré vuestra ayuda —le dijo a Teo y Ángel—. Aún no me ha pasado nada fuera de lo normal, pero cuando empiecen las transformaciones os llamaré. Quiero que me ayudéis a pasar por esto.

—Lo haremos —aseguraron.

Ericka se levantó del suelo y Teo igual. Los abrazó y caminó hasta Lucas, quien no apartaba su mirada de los dos lobos.

—Vámonos.

Y sin esperar a que él se moviera, Ericka comenzó a andar hacia el castillo. Se sentía fuerte, muy fuerte.

Llegó a la sala del trono y subió las escaleras hasta el salón, donde Tabak y Alex estaban sentados.

—¿Quién ha ganado? —preguntó Alex con una sonrisa.

—¿Quién crees? —sonrió ella.

Alex rió y Tabak sonrió a la vez que sacudía la cabeza.

—Eso le habrá dolido a Lucas en lo más profundo de su orgullo —aseguró el príncipe.

—No os podéis hacer una idea —afirmó el vampiro de ojos verdes que acababa de subir la escalera.

Ericka iba a soltar algún comentario, pero un profundo dolor en la barriga hizo que tuviera que apoyarse contra la pared. Los tres vampiros fueron enseguida hacia ella.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó su hermano, preocupado.

—N-No lo sé... —Hizo una mueca.

Se agachó en el suelo y sintió que iba a vomitar. Lo sabía.

Corrió hacia su habitación y llegó al baño justo a tiempo para echarlo todo. Era sangre...

Ericka se llevó una mano temblorosa a la boca y se dirigió al lavabo, donde intentó sacarse la sangre de las manos y la boca.

—¿Estás bien, Karintia? —le preguntó su hermano desde detrás de la puerta.

—Sí.—aseguró ella.— Enseguida salgo.

¿Por qué había vomitado la sangre? ¿Qué había hecho mal? Se miró al espejo. Sus ojos comenzaron a cambiar rápidamente de color, del plata al amarillo y del amarillo al plata. Cerró los ojos y respiró profundamente, tratando de calmarse. Cuando los abrió de nuevo se encontró con sus ojos normales. Suspiró y salió del baño.

—¿Cómo te encuentras? ¿Qué ha pasado? —le preguntó Alex.

—No lo sé —murmuró—. Bebí sangre. Hice todo lo que me dijeron y aún así...

—Puede que sólo necesite beber de una vena y no de una estúpida bolsa —comentó Lucas desde la puerta.

—No. —Alex tensó la mandíbula—. Si no está acostumbrada, matará al humano. Y no podrá soportar haber arrebatado una vida.

—¿Prefieres que ella muera? —Lucas se estaba enfadando—. ¡Es su vida lo que está en juego, maldita sea!

—¡Pero no puedes hacerle eso! ¡La matarás por dentro, Lucas!

—¡Basta ya! —gritó ella—. Lo haré, o por lo menos lo intentaré.

—Pero, Ericka... —Alex trató de hacerla entrar en razón.

— Es la única salida.

El vampiro asintió, no muy convencido, y mandó llamar a uno de los humanos que vivían allí con ellos como sus sirvientes. Un muchacho apareció por la puerta a los pocos minutos. Era joven, muy joven. Tendría unos diecinueve años. Era rubio con el pelo muy corto y liso y ojos marrones claros. Estaba muy delgado y sus huesos se notaban mucho en su pálida piel.

—Es su genética —le dijo Alex al oído—. Alimentamos bien a nuestros sirvientes.

—No quiero beber de él —murmuró ella.

Su mirada perdida y asustada la conmovía. Él no tenía culpa de nada y aún así, ella iba a tomar su sangre. No le parecía una buena idea. Prefería a una mujer, aunque no sabía del todo por qué.

—Sé lo que estás pensando —Sonrió Alex—. Si te traemos a una mujer, la matarás seguro. Tus sentimientos se potencian y digamos que no te caen muy bien las personas de tu mismo sexo una vez que te conviertes. La desangrarías y no sentirías ningún remordimiento, ¿entiendes?

Erica negó lentamente con la cabeza. No, no entendía absolutamente nada. ¿Qué era todo eso?

—Da igual —rió él—. El caso es que tienes que intentarlo con el muchacho y debes parar. Míralo a los ojos, Erica. Él no merece morir.

—Tengo miedo —le tembló la voz.

—No permitiré que te pase nada malo —susurró Alex en su oído.

Ella lo miró y respiró profundamente antes de avanzar hacia el chico.

—No voy a hacerte daño —le aseguró mientras lo miraba fijamente a los ojos.

Capítulo XXVI

—Espera, Karintia —la interrumpió su hermano—. Hay algo que tengo que explicarte antes de que lo hagas.

Ella se separó un poco del chico y fue a reunirse con Tabak en una esquina de la habitación.

—Los mordiscos de vampiro son muy especiales —le explicó—. Cuando muerdes, puedes transmitir muchas sensaciones a tu víctima. Amor, odio, dolor, tristeza, deseo, pasión...

—¿Y cómo lo hago? —Frunció el ceño.

— Debes haber pasado antes por ese sentimiento y concentrarte en una situación en la que hayas sentido eso.

—Está bien —asintió ella—. Lo intentaré.

Se veía bastante fácil, pero debía pensar en algún recuerdo feliz, algo que le hiciera sentirse bien para no hacer daño al pobre humano.

Suspiró y asintió para darse ánimos. Después caminó lentamente hacia el joven mientras iba pensando en algún recuerdo verdaderamente feliz. ¿Es que no había ninguno? Eso era imposible. Su vida no había sido mala.

Cerró los ojos mientras diversas escenas se sucedían en su mente. Cuando le dijeron que había sacado matrícula de honor y podría ir a la Universidad. Pero ese no era un recuerdo demasiado feliz. No. ¿Cuando conoció a Soraya? Tampoco era muy feliz... ¿Cuando se reencontró con su hermano? Tampoco...

Lucas vio su dificultad y se acercó a ella. Sabía que no debía hacerlo, pero si no la ayudaba, no lo conseguiría.

—No abras los ojos —le susurró cerca de su oído—. Haz lo que yo te diga y todo saldrá bien, ¿de acuerdo?

Ericka no sabía por qué, pero decidió hacer caso al vampiro. Él sabía mucho mejor lo que debía hacerse en esos casos, ¿no?

—Centra toda tu atención en mí, solamente en mí —le pidió.

La híbrida respiró hondo y asintió, resignada. Lucas esbozó una pequeña sonrisa y se colocó frente a ella, muy cerca.

—Estoy aquí —siguió susurrando—. Olvídate de los demás. Imagina que estamos solos, que sólo somos tú y yo. Tócame.

Ericka extendió sus manos hacia él, apenas consciente de lo que hacía.

Cuando sus manos tocaron las de él, se sintió extrañamente tranquila y reconfortada. Sin saberlo, comenzó a deslizar sus dedos sobre los brazos de Lucas, cada vez más arriba, realizando pequeñas caricias. Lucas contuvo la respiración y cerró los ojos. No debía dejarse llevar.

—Recuerda esta sensación —le pidió con voz ronca—. Absorbe mi olor e imagínate que soy él. No dejes de pensar en mí, Ericka. Estoy aquí.

Pero ella lo escuchaba como música de fondo. Ni siquiera era muy consciente de lo que estaba haciendo. Sólo se dejaba llevar por él, por el vampiro que la había secuestrado, por el que la había alejado de su familia, el vampiro que hacía que su corazón diese un vuelco en su pecho...

Lucas se alejó un poco y puso al joven sirviente delante de la princesa, quien siguió con su juego de caricias. Pero esa vez, el hambre estaba allí. Podía sentir los latidos del desbocado corazón del joven, aunque ella seguía pensando en Lucas. Dirigió su mano hasta su cuello, notando su dulce pulso. Acercó su rostro a esa zona y mordió, absorbiendo la sangre caliente que brotaba de la herida.

El joven se quejó, pero poco después se relajó e incluso le permitió a la híbrida un mayor acceso a su cuello. Pero se estaba debilitando, por lo que Ericka tuvo que sujetarlo y llevarlo hasta la pared, donde siguió bebiendo.

—Ericka, para —le dijo su hermano—. Creo que ya has bebido bastante.

El joven suspiró y después surgió de sus labios un pequeño gemido... Espera. ¿Gemido?

Ericka abrió los ojos de golpe y apartó su boca del cuello del humano. Se limpió la sangre con el dorso de la mano y corrió rápidamente hacia su habitación.

—No puede ser... —murmuró—. Le estaba transmitiendo mis sentimientos a través del mordisco y él gimió... Esto no puede estar pasando.

Se sentó en la cama y enterró la cara entre sus manos. Había estado pensando en Lucas, tal y como el vampiro le había dicho, y le había transmitido al humano... ¿Qué, exactamente? ¿Pasión? ¿Deseo? ¿Atracción?

—Para que se le escapara un gemido de entre los labios ha tenido que ser alguna de esas —suspiró—. Pero yo no... Es decir, no. Yo no siento nada hacia ese vampiro. ¡Me secuestró, por el amor de Dios! No, no.

Suspiró y se tumbó en la cama mientras su mascota se acurrucaba a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó una voz desde la puerta—. ¿Tienes ganas de

vomitara o algo así?

—No, Alex —suspiró—. Por ahora estoy bien.

Alex se sentó a su lado y la miró a los ojos con una sonrisa. Sabía que él no iba a sacar el tema... O eso esperaba.

—¿Por qué crees que no retengo la sangre en mi organismo? —le preguntó con el ceño fruncido.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Es la primera vez que pasa algo así y supongo que tendrá que ver con que seas una mezcla de las dos especies.

—¿Voy a morir? —se le quebró la voz.

El vampiro se tumbó a su lado y ella puso la cabeza en su pecho.

—Haré lo que sea necesario para impedirlo. —Apretó la mandíbula.

—¿Cuánto tiempo puedo pasar sin beber sangre? ¿Cuánto tiempo dura la transición? —le preguntó ella.

—Depende de las personas, pero yo calculo que para ti serían tres días, más o menos... Y has estado dos inconsciente.

—¿¡Qué!?! —Un pequeño mareo hizo que viera borroso, pero después se recuperó—. Sólo tengo un día... Un día...

—No te pasará nada —le aseguró mientras se alejaba un poco de ella para poder mirarla a los ojos.— No permitiré que nada malo te pase.

Ella asintió, aterrorizada y volvió a poner su cabeza sobre el pecho de su amigo mientras éste le acariciaba el pelo.

—Además —prosiguió—, aún no sabemos si la sangre del humano te ha hecho efecto o no. Por ahora te sientes bien, ¿no?

—Sí, creo que sí... —murmuró.

Pero Ericka no quería pensar más en eso. Sólo quería que todo fuera normal (tanto como fuera posible) y pudiera alimentarse de sangre. ¿Qué era lo que estaba haciendo mal? ¿Por qué Kirash no le advirtió de que aquello podría pasar?

—Cuando era pequeña, ¿me alimentaba con sangre? ¿Con sangre normal? —le preguntó a Alex.

—Creo que sí. —Frunció el ceño—. Al menos tu hermano no mencionó lo contrario. Nadie supo nunca que eras diferente, que eras una híbrida.

—No lo entiendo...

—Fue porque eras pequeña —dijo una voz desde la puerta.

Ericka se incorporó un poco para poder ver a su hermano.

—Cuando un vampiro nace del vientre de su madre, este no necesita beber

sangre —le explicó mientras se aproximaba a la cama—. Es a partir de los trece años cuando uno empieza a ingerirla en pequeñas cantidades hasta que te acostumbras a ella.

—¿Y por qué beberla si no te hace falta? —inquirió ella.

—Porque sino, tus poderes jamás se desarrollan. Y a los pocos años ya estarías muerta. Dependemos de la sangre, Karintia, aunque no nos guste.

—¿Y qué pasa conmigo?

Su hermano frunció el ceño y la miró preocupado.

—No lo sé —murmuró.

Y en ese momento, Ericka empezó a sentir las mismas náuseas que unas horas antes, por lo que rápidamente entró al baño y cerró la puerta con seguro. Se arrodilló frente al váter y se inclinó, vomitando toda la sangre que había tomado del joven sirviente. Y sin querer, también empezó a llorar. Iba a morir. Estaba segura de que iba a morir.

—¿Por qué? —sollozaba mientras veía sus manos cubiertas de sangre—. ¿Qué es lo que me pasa?

—¡Karintia! —escuchó la voz de su hermano—. ¡Karintia, abre la puerta!

—¡Estoy bien! —gritó ella.

Pero sabía que su hermano no la había creído. De modo que se levantó como pudo y se dirigió al lavabo, donde se restregó con furia las manos hasta que no quedó ni una gota de sangre en ellas. Se miró al espejo: sus ojos volvían a cambiar de color sin control.

—¿Qué me está pasando? —murmuró.

—Ericka, abre la puerta, por favor —le suplicó Alex desde fuera—. Si no lo haces, echaré la puerta abajo.

—Ahora salgo.

Tragó saliva y fue dando pequeños pasos hasta la puerta. Tabak la cogió en brazos en cuanto la hubo abierto y ella se recostó sobre su pecho, buscando refugio.

—Alex, reúne al consejo —ordenó—. Tenemos que encontrar una solución a esto. ¡Y quiero ver a la bruja principal ahora mismo! No permitiré que la aparten de mi lado... Otra vez no.

Capítulo XXVII

Alex se fue corriendo de la habitación y Tabak recostó a Ericka sobre su cama.

—Estarás bien —le aseguró— Lucas se quedará contigo. No te pasará nada.

Ella no tenía fuerzas para quejarse, así que asintió y cerró los ojos. Tabak salió de la habitación y a los pocos minutos Ericka sintió el embriagador aroma de Lucas inundar la habitación. Había llegado.

El vampiro se acercó a ella y se tumbó en la cama, a su lado.

—Tú tampoco sabes nada, ¿verdad? —le preguntó ella para romper el silencio pero sin abrir los ojos.

—No.

Ericka rió sin gracia y se acurrucó más sobre sí misma. Lucas la atrajo hacia sí, haciendo que sus cuerpos estuvieran pegados.

—Escúchame bien —le pidió—. No voy a dejar que mueras, ¿entendido? Tú no puedes morir.

—¿Por qué te importo tanto?

—Porque eres mía —dijo como si fuera algo obvio.

—Lucas...—dijo con voz cansada.

—No. —Sacudió la cabeza—. Ni se te ocurra decirme que no lo eres después de lo que ha pasado hoy.

Ericka se sonrojó levemente, pero no iba a dejar que la intimidara.

—¿Qué es lo que ha pasado hoy? —preguntó haciéndose la desentendida.

—No juegues —Rió él—. Sabes perfectamente lo que ha pasado. Ese chico ha gemido. Tú le has transmitido ese sentimiento, esas sensaciones.

—¿Y?

—¿En quién estabas pensando, Ericka?

Se quedó en silencio, ya que ella no iba a responder a eso. Lucas sonrió de lado, triunfante, pero tampoco dijo nada. Se mantuvo en esa posición, abrazando a la híbrida por la cintura mientras ella seguía con los ojos cerrados.

—¿Crees que hay alguna solución? —habló al cabo de un rato.

—¿Sinceramente? No lo sé. Pero espero que sí...

—¿Puedo preguntarte algo? —Abrió los ojos y los clavó en los de él.

Ericka contuvo la respiración. Sentía que era ahora o nunca. Necesitaba saber.

—Claro —respondió él.

—¿Por qué cambias tan repentinamente? A veces pareces bipolar, ¿sabes?

Lucas la miró y se perdió en aquellos ojos grises, preciosos y cautivadores a la vez que dulces y tiernos. Su nariz era simplemente perfecta y sus labios gruesos y carnosos. Sus mejillas estaban ligeramente sonrojadas, lo que la hacía verse aún más adorable. Su cabello le ocultaba la cara con facilidad, cosa que a ella parecía irle muy bien por su timidez. Se sentía protegida tras aquella mata de pelo negro y liso.

El vampiro sonrió y le apartó uno de aquellos molestos mechones de la cara. El pulso de Ericka se aceleró al sentir aquella caricia, lo que complació a Lucas. Ella sabía que era suya y haría que lo reconociese, fuera como fuese. Al igual que él era suyo...

—Tengo miedo —le confesó ella.

—Duérmete —le aconsejó él—. No puedes hacer nada y tu hermano y Alex no descansarán hasta solucionar esto.

Ericka asintió y cerró los ojos. Estaba muy cansada tanto mental como físicamente, pero el miedo a la muerte no la dejaba dormir. Se sentía débil y sola, aunque ella sabía que no era cierto.

Lucas la abrazó con fuerza, haciéndole saber que él estaba allí y que no la dejaría nunca. Ericka esbozó una pequeña sonrisa y al fin, consiguió dormirse.

Un golpe la despertó unas horas después seguido de otro. Miró a todos lados, pero sólo estaba Lucas en la habitación y todo estaba en orden.

—Es tu hermano —le explicó él.

Volvía a estar serio y con la mandíbula apretada, lo que no era buena señal. Eso significaba que había vuelto a encerrarse en sí mismo y Ericka no sabía con cuál de sus dos facetas se iba a encontrar. ¿Era el Lucas bueno o el Lucas malo en aquellos momentos?

—¿Y qué está haciendo? —se decidió a preguntar.

—Destrozar todo lo que se cruce en su camino. —Quiso sonreír, pero hizo una mueca—. Todos lo hacemos para desahogarnos, es cosa de vampiros.

—Parece que se te olvida que ahora soy uno —comentó.

—Sí, sí que se me olvida.

—¿Por qué está rompiendo cosas, Lucas?

Él cerró los ojos. Sabía que le haría esa pregunta y maldijo interiormente a Tabak por haber provocado semejante ruido.

—No han encontrado nada —entendió ella—. No saben qué me pasa y sólo me quedan... ¿Cuántas horas de vida? ¿Cinco hasta medianoche?

—Tres —susurró.

—Tres...

No pudo soportarlo más y las lágrimas salieron de sus ojos sin permiso. Tres horas. Tres míseras y horribles horas es lo que le quedaba de vida. ¡Se suponía que iba a ser inmortal! ¡Se suponía que todo había terminado y que todos habían salido ganando! Se suponía...

—No entiendo nada —sollozó—. Nada...

—Yo tampoco.

Lucas hizo amago de acercarse a ella, pero Ericka corrió hacia la esquina contraria de la habitación a velocidad vampírica. Se acurrucó en el suelo y enterró la cara entre sus brazos sin dejar de llorar. Sabía que no servía de nada y que debería estar disfrutando las pocas horas que le quedaban con vida, pero simplemente no podía...

Alex y Tabak entraron en la habitación en ese momento con caras tristes.

—Lo siento —se disculpó su hermano mientras se acercaba a ella—. Ya no sé qué más hacer... Lo he intentado todo...

—¿Y la bruja principal? —preguntó ella de repente—. ¿Dónde está Kirash?

Tabak se extrañó de que ella conociera su nombre, pero no dijo nada.

—No lo sabemos —respondió Alex por él—. No ha aparecido y creo que nunca lo hará. Es una bruja, al fin y al cabo.

—¿Qué quieres decir con eso? —Frunció el ceño.

—Las brujas son independientes y no pertenecen ni al mundo de los vampiros ni al de los lobos —le explicó Tabak—. Van por libre y no tienen por qué estar pendientes de lo que pasa a su alrededor.

—Entiendo...

Sí. Lo único que entendía es que Kirash la había abandonado en cuanto se hizo el ritual y no había vuelto a saber de ella. Ni siquiera para saber cómo estaba... ¿Cuáles habrían sido los motivos ocultos de esa bruja para haberla ayudado? Ericka sabía que no había sido por compasión. No, había algo más detrás de todo eso...

—Entonces moriré —dijo lo más tranquila posible.

Tabak iba a negarlo, a decirle que aún no se diera por vencida... ¿Pero qué le decía? Ya lo habían intentado todo y ni siquiera el consejo sabía qué hacer.

—No puedo perderte —dijo con la voz rota—. No otra vez.

—¿Podéis dejarme a solas con mi hermano? —preguntó ella mientras trataba de incorporarse.

Alex y Lucas salieron de la habitación, aunque el último algo reacio. Tabak ayudó a Ericka a levantarse. Estaba muy débil y todos sabían que no era buena señal. La llevó hasta la cama y la hizo sentarse.

—No vas a perderme —le dijo—. Sé que si mi destino es volver a nacer, tú me encontrarás. Sé que lo harás.

—Te lo prometo.

Tabak intentaba retener las lágrimas, pero era terriblemente difícil. No pudo aguantarlo más y cogió a su hermana en brazos, acunándola en su pecho mientras él ocupaba su lugar en la cama.

—No puedo esperar siglos. La espera se me hace eterna y no sé si podré vivir tanto tiempo. —Su hermana lo miró sin comprender—. Me debilito, Karintia.

—¿Por qué? —inquirió ella.

—No puedo. —Sonrió con tristeza.

—Lucas... —Entendió Ericka.

—Lucas —afirmó él.

—¿Ni siquiera estando moribunda piensa darme respuestas? —rió sin gracia.

—Menos aún estando así —le explicó—. Él quiere que tú te des cuenta de ciertas cosas antes de contártelo todo, ¿entiendes? Para que no lo tomes por un loco.

—No es un loco. Es un vampiro bipolar.

Tabak rió por el comentario de su hermanita pequeña.

—No quiero que estés despierta cuando todo pase —le dijo muy serio—. Me gustaría darte un sedante.

Ericka asintió. Había perdido toda esperanza de poder sobrevivir, así que tenía que afrontarlo como mejor pudiera. Se acurrucó aún más en el pecho de su hermano y cerró los ojos. Inspiró profundamente haciendo que el olor de Tabak entrara a raudales por sus fosas nasales. Tenía un olor muy peculiar que era sólo suyo. Era algo que no sabía cómo explicar. Ese olor le inspiraba protección. Era el olor que desprendía su hermano, la sensación que le

transmitía a ella.

No quería quedarse dormida, así que abrió los ojos y observó con detenimiento a su hermano. Su pelo rubio caía despeinado por su frente haciéndolo lucir más sexy. Sus ojos grises, muy parecidos a los de ella, la miraban con ternura y desesperación. Los rasgos de su cara eran duros y afilados y su piel era pálida y muy suave. Sus labios eran lo que más llamaba la atención. Eran muy gruesos, carnosos y de un apetecible color rosa. Su espalda era ancha y bien formada, al igual que sus brazos y sus trabajados abdominales, aunque no era corpulento.

—¿Puedes decirles a Alex y a Lucas que vengan? —preguntó—. Quiero aprovechar mis últimas horas.

—De acuerdo.

Capítulo XXVIII

Tabak les avisó telepáticamente y los dos vampiros entraron en la habitación. No sabían cómo lo iban a hacer, pero querían que Ericka sonriera todo el tiempo que fuese posible. La chica era muy importante para ellos y la sola idea de perderla los mataba a los tres.

—Creo que deberíamos dejar de pensar en todo esto —comentó Alex en voz alta—. Hagamos algo, cualquier cosa...

—No estoy de humor, Alex. —Sonrió tristemente Ericka—. Ahora mismo sólo quiero teneros aquí, a mi lado.

Los ojos de la joven analizaron al vampiro de ojos grises que se encontraba sentado frente a ella. Estaba igual de bien formado que los otros vampiros, pero ahora se percataba de que era de la misma estatura que su hermano y sus ojos eran del mismo gris puro. Su pelo estaba muy corto y era de color castaño oscuro. Lo que más destacaba de él era su sonrisa. Sus dientes eran blancos como perlas y estaban perfectamente colocados en su sitio. Sus labios eran bonitos, aunque no muy gruesos, y su mirada se iluminaba cada vez que sonreía.

—Lo comprendo —respondió el vampiro.

—¿Puedo pedirlos un último favor?

—Por supuesto —contestó rápidamente su hermano.

—Quiero que aviséis a Teo y Ángel de todo esto —pidió—. Quiero despedirme de ellos.

—Está bien. Te quedarás con Lucas mientras Alex y yo vamos a buscarlos.

—Hacedlo con discreción —les aconsejó—. Su manada no sabe que han estado protegiéndome.

—No los meteremos en ningún lío —prometió Alex.

Tabak le dio un beso en la frente a Ericka y después se levantó del suelo. Alex y él salieron de la habitación, dejando a la princesa sola con Lucas.

—No voy a contarte nada —aseguró el vampiro con una sonrisa.

—No voy a pedirte que lo hagas. —Sacudió la cabeza—. No sé por qué, pero sé que soy importante para ti. ¿Cuánto? Quién sabe. ¿De qué forma? Tampoco lo sé. Pero es algo que me da igual. Tabak está mal porque es mi

hermano, Alex porque es uno de mis mejores amigos y tú estoy casi segura de que es por esa conexión que parecemos tener. No me importa cuál sea, Lucas, pero no quiero que me veas morir. No quiero hacerte daño.

—Ericka, no sé qué es lo que te está pasando, pero me niego a rendirme. —La miró fijamente a los ojos—. Puede que no entiendas demasiadas cosas ya que yo no quiero explicártelas, pero sabrás que no me rindo fácilmente. Daré con la solución.

—Lucas... —suspiró—. Quedan... ¿Cuánto? ¿Dos horas, quizás?

—Una y media. —Apretó la mandíbula—. ¿Y qué quieres que haga? ¿Quedarme mirando cómo te mueres? No, no puedo... No puedo.

—¿Y qué piensas hacer? —Se cruzó de brazos—. Ya lo habéis intentado todo y nada ha dado resultado.

—Lo sé.

Abatido, Lucas decidió que lo único que quería en aquellos momentos era estar con ella. Así que en un abrir y cerrar de ojos, el vampiro la había sentado sobre sus piernas y Ericka tenía la cabeza apoyada en el hueco de su cuello.

—No me dejes sola —le pidió.

—Te lo prometo.

No quería echarse a llorar. No le iba a servir de nada, así que... Era un gasto innecesario de energía que no podía permitirse. Así que inspiró profundamente y se acurrucó en el cuerpo del vampiro. Ya no le importaba nada.

Karma, que había permanecido en la cama todo el tiempo, bajó y caminó hasta llegar a su dueña. Extrañamente se sentía bastante tranquila, aunque el animal no habría sabido decir por qué si hubiera podido hablar. Era como si, en realidad, supiese que su dueña iba a librarse de aquella muerte inminente. Y razón, precisamente, no le faltaba.

Ya quedaba poco, muy poco. Ericka se sentía cada vez más débil y tenía que hacer un terrible esfuerzo para no cerrar los ojos. Alex y Tabak no habían aparecido todavía, lo cual se le antojaba extraño. Pero decidió no alarmarse ya que ellos eran vampiros que no podían morir, al contrario que ella.

—Tiene gracia —rió débilmente—. Una híbrida, mezcla de vampiro y hombre-lobo. Una de las especies más poderosas y extrañas del Universo, según dicen, a punto de morir por no poder retener sangre humana en su

organismo.

—Sí, dicho así suena gracioso —Sonrió Lucas, pero después se puso serio—. No dejaré de buscarte.

—Pero la próxima vez no seas tan teatral. —Sonrió, recordando la primera vez que lo había visto.

—Me sorprendiste —reconoció con una sonrisa risueña—. No esperaba ser yo quien encontrara a la princesa perdida ni mucho menos que fuera alguien... tan especial para mí.

—Entiendo —suspiró—. Lucas, estoy cansada. Quiero dormir...

—No te juzgaré si lo haces —aseguró.

Erica cerró los ojos, sintiéndose segura en los brazos del vampiro. Todo se volvió oscuro y ella se dejó llevar por aquella oscuridad que la llamaba, que la invitaba a descansar... Hasta que llegó la luz. Era una luz tan brillante y potente que hizo que abriera los ojos. Y, para mayor sorpresa, se encontró a Kirash de pie en su habitación.

—No, no hagas preguntas —le pidió mientras la miraba con seriedad—. No tienes mucho tiempo, Erica. Debes despertarte. ¡Tienes que despertarte ahora!

—No, no entiendo... —frunció el ceño.

¿Acaso no estaba ya despierta? ¿Qué era aquello, entonces? ¿Un sueño?

—Estoy comunicándome contigo mediante tu subconsciente —le explicó ella—. Tienes que hacer un último esfuerzo, Erica.

—Estoy muriéndome, Kirash. Ya todo terminó.

—No, no. Hay una solución —le aseguró—. Tienes que beber de Lucas o de un licántropo especial que aún no sé quién es. ¡Bebe de Lucas, Erica! Bebe y vivirás.

—No puedo... Estoy tan cansada, Kirash... Cansada de todo esto.

—¡Arriba! —gritó la voz enfurecida de la bruja.

Y Erica abrió los ojos. La habitación seguía igual y no había señales de Alex o su hermano. Entonces recordó la conversación que había tenido con la bruja principal y abrió mucho los ojos. Miró a Lucas, quien tenía los ojos cerrados y no se había dado cuenta de su despertar.

—Lucas, tienes que ayudarme.

El vampiro se sobresaltó y la miró sin poder creerse lo que veían sus ojos.

—Sigues viva... —susurró.

—Sí, pero no por mucho tiempo. Debes darme tu sangre.

—¿Qué?

La híbrida rodó los ojos. “¡Al diablo con la delicadeza! Es ahora o nunca.”, pensó. Así que con las últimas fuerzas que le quedaban sacó sus colmillos y atravesó con ellos la piel del cuello de Lucas. La sangre no tardó en aparecer. Era dulce, espesa y caliente. Era igual de reconfortante que tomar un chocolate caliente en una fría tormenta de nieve en invierno. La sintió bajar por su garganta, produciéndole una sensación de bienestar que no entendió. Todo su cuerpo vibró y exigió más de aquel elixir de vida. Pero no sabía cuánta sangre podía tomar de un vampiro, así que se vio obligada a parar.

Sacó los colmillos y lamió la herida para no desperdiciar ni una sola gota.

—¿Qué has hecho? —le preguntó el vampiro.

—Kirash me dijo que lo hiciera —suspiró, dejándose caer sobre la pared —. Ahora sólo queda esperar.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó.

—No lo sé. Creo que debería dormir un poco... De todas formas, si no funciona, moriré.

Lucas asintió y volvió a cogerla en brazos.

—¿Por qué mi sangre? —le preguntó.

—Ella me dijo que sólo funcionaría tu sangre... o la de un licántropo especial —contestó Ericka antes de dormirse.

Capítulo XXIX

Para Lucas, aquel mordisco había sido increíble. No esperaba que ella hiciera algo así por su propio pie, pero así había sido. Y él se encontraba en la gloria mientras ella succionaba su sangre, alimentándose de él. Había tenido que contenerse mucho para no hacer lo mismo y tomar la sangre de Ericka. Sin embargo, ella había parado pronto, cortando su placer.

—¿Por qué mi sangre? —le había preguntado.

—Ella me dijo que sólo funcionaría tu sangre... o la de un licántropo especial.

Y ahí fue cuando sus esperanzas se vinieron abajo. Él ya sabía una de las cosas que conllevaba ser una híbrida, pero no quería decírselo aún. Y en ese preciso instante sus más terribles sospechas se veían confirmadas. Él no era el único; había otro. ¿Mateo? ¿Ángel, tal vez? No lo sabía, pero estaba dispuesto a averiguarlo. Ella era suya. Suya.

—¿Cómo está? —escuchó en su cabeza.

—Viva, que es lo que importa. ¿Habéis encontrado a los lobos? —respondió.

—Sí, ya estamos llegando.

Lucas no contestó y esperó pacientemente. A los pocos minutos escuchó pasos en las escaleras de la sala del trono, lo que significaba que ya habían llegado.

—Ericka —murmuró Teo al verla.

Se acercó más a ella. Estaba acurrucada sobre Lucas, lo que le molestó sobremanera, pero no lo demostró.

—Parece... viva —comentó Ángel.

—Porque lo está. —Sonrió de lado el vampiro—. Ya os contará ella toda la historia cuando despierte.

Tabak y Alex miraron a Lucas, interrogantes.

—Al parecer, la bruja principal ha visitado a Ericka en sus sueños —explicó—. Pero no sé mucho más. La bruja le dijo que hiciera algo que podría servir y lo ha hecho. Cuando despierte, ella misma os lo contará todo. Ahora necesita descansar.

—Si queréis, podéis esperarla en el salón. No nos importa —aseguró Tabak—. Habéis arriesgado mucho por mi hermana y, aunque no sé por qué, os lo agradezco mucho. Si preferís estar en el bosque que hay cerca de aquí, yo mismo os avisaré cuando despierte. Sé que no os gustan mucho los espacios de vampiros.

—Gracias. —Sonrió Ángel—. Esperaremos en el bosque, si no le importa. Avisadnos cuando haya noticias o alguna mejora... O cuando despierte. Ella es nuestra amiga y sólo queremos que esté bien.

Tabak asintió, conforme, y los dos lobos salieron de la habitación.

—Y... —dijo el príncipe cuando estuvo seguro de que no lo escuchaban—. ¿Seguro que no puedes contarnos nada más, Lucas? He notado algo extraño en ti desde que llegué, aunque no logro identificarlo.

—Creo que es alivio y alegría mezclado con preocupación y angustia, majestad. —Sonrió Alex—. Una extraña combinación. ¿A qué se debe, compañero?

—A que Ericka ha bebido mi sangre por voluntad propia, pero luego me ha explicado que se lo pidió la bruja —dijo él.

—Ahí tenemos la alegría por ser mordido y la angustia de saber que no ha sido por los motivos por los que quiere que lo haga —comentó Alex, sonriente.

—¿Y qué más? —inquirió Tabak.

—Ericka dijo que sólo mi sangre serviría... O la de “un licántropo especial”, fueron sus palabras exactas.

—Alivio porque has confirmado tu teoría sobre ella... Pero preocupación porque nuestras sospechas se han visto confirmadas.

—Teníais razón —admitió el vampiro.

—Espera, ¿a qué os referís? —preguntó el príncipe.

—A que, tal y como imaginábamos, hay otro, majestad. —Alex había perdido su sonrisa—. Lucas es el vampiro... Y ahora, hay un lobo.

—Porque es una híbrida —entendió Tabak.

—Porque es una híbrida —confirmó Lucas.

Ericka se despertó en su cama. Se sentía bien, increíblemente bien. Tenía fuerzas renovadas y sentía que todo había ido bien. Miró hacia la ventana: era de día.

—Lo logré. —Sonrió.

Habían pasado ya muchas horas desde la medianoche, no había vomitado la sangre de Lucas y seguía viva.

—¿Pero por qué su sangre? —se preguntó en voz alta.

Karma fue a darle los buenos días con un lengüetazo en el cachete, cosa que hizo sonreír a la princesa. Aunque la verdad es que estaba viva, y con eso le bastaba. Recordó entonces todo lo que había pasado y que debía darle las gracias a Kirash cuando volviera a verla. Después de todo, no la había abandonado.

Se miró de arriba a abajo. Llevaba el camisón, así que supuso que lo mejor era vestirse y después ir a buscar a los demás y pedir explicaciones.

—Romilda —la llamó.

Y a los pocos minutos, la mujer regordeta de cuarenta años estaba en la habitación.

—Me alegra saber que estáis mejor, alteza —dijo con una reverencia—. ¿Qué necesitáis?

—Me gustaría que me ayudases a vestirme, si no es molestia.

—Para nada, señorita. Puede darse una ducha si lo desea mientras yo escojo su ropa de hoy. ¿Algún color en especial que quiera lucir?

—Verde. —Sonrió—. El color de la esperanza.

—Muy bien. —Hizo una reverencia.

Ericka cogió la ropa interior y se metió en el baño, dispuesta a darse un merecido y relajante baño con mucha espuma.

Cuando terminó, Romilda le puso el corsé y se lo ajustó. Después le enseñó a la princesa el vestido que había elegido para ella. Era de un verde oscuro pero brillante. La tela era suave y tenía pequeños adornos en dorado. Las mangas eran anchas al terminar y la falda no tenía mucho vuelo.

—Es perfecto, gracias. —Sonrió.

Romilda agradeció el cumplido y se dispuso a colocarle el vestido a la princesa.

—¿Queréis que os ayude con el cabello? —le preguntó.

—No, creo que lo dejaré suelto —decidió.

—Está bien, alteza. —Hizo una reverencia.

—Ya puedes irte.

La mujer salió de la habitación y Ericka se miró detenidamente en el espejo. Lo único raro era el cambio de color de sus ojos que se producía en ciertos momentos, pero nada preocupante. Seguía siendo ella misma.

Ilusionada y agradecida por estar viva, salió de su habitación y bajó corriendo las escaleras. Caminó deprisa hacia el comedor y se detuvo unos pasos antes de llegar. Respiró profundamente y captó el olor de sus tres vampiros favoritos. Con una sonrisa, entró en el comedor.

—Buenos días —saludó.

Tabak alzó la vista rápidamente y a los dos segundos ya se encontraba abrazando a su hermana.

—No vas a dejar de darme sustos, ¿verdad? —rió, aliviado—. Creí que te perdía.

—No vas a perderme —.aseguró ella.

Después llegó el turno de Alex, quien la alzó del suelo y empezó a dar vueltas con ella mientras reía.

—No sabes lo mucho que me alegra que estés bien, Ricka. —Sonrió, abrazándola.

Respiró, absorbiendo la mayor cantidad posible de ese perfume que su amiga se echaba todos los días y que le maravillaba... Aunque no tanto como su olor personal. Olía a algo dulce, algo que no podía identificar.

—Hay alguien esperándote fuera —le dijo Alex al oído—. Bueno, más bien, dos personas.

Ericka entendió sus palabras al momento y salió corriendo del castillo, sujetándose el vestido para poder avanzar con mayor facilidad. Caminando a paso rápido llegó al bosque que había cerca de allí, lo que le trajo muchos recuerdos. Allí se había realizado el ritual. Allí se había transformado en lo que era.

Una sombra pasó junto a ella, entre los árboles. Sonrió y corrió hacia ella con ganas, sorteando árboles y arbustos. Un gran lobo de color negro se abalanzó sobre Ericka, haciéndola caer al suelo.

—¡Teo! —exclamó ella entre risas.

El lobo ladeó la cabeza, se quitó de encima de la princesa y desapareció entre los árboles para aparecer minutos después en forma humana. Iba con unos pantalones vaqueros, sin camisa y descalzo. Abrió sus brazos y Ericka corrió hacia ellos, fundiéndose en un abrazo.

—¿Cómo sabías que era yo? —Sonrió él.

—Por tu olor —rió ella—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti, Ricka —suspiró.

Un lobo blanco y grande de ojos azules y pelo largo apareció ante ellos.

Esos ojos eran inconfundibles.

—¡Ángel! —exclamó Ericka justo antes de abrazarlo con fuerza.

El lobo movió la cabeza por el pelo de la híbrida, despeinándola.

—Algún día, tú también podrás convertirte —le dijo Teo.

Ericka soltó al lobo, que se escondió entre los árboles para deshacer su transformación.

—¿Os transformáis con ropa o sin ella? —preguntó Ericka.

—Sin ella porque la destrozáramos —respondió Mateo—. Por eso nos vamos al sitio donde hemos dejado la ropa y nos cambiamos.

Ángel apareció con unos pantalones vaqueros desgastados y una camiseta blanca.

—¿Cómo está mi híbrida favorita? —preguntó con una gran sonrisa.

Ericka lo abrazó con fuerza.

—Me gustas como lobo, ¿sabes? —Sonrió—. Estás muy mono.

Se encontraban todos en el gran salón del castillo: los vampiros, los lobos y la híbrida. Ella estaba sentada en un sillón de color carmesí. A su lado derecho tenía a Tabak y al lado izquierdo, a Ángel. Lucas y Alex estaban en un sofá de dos plazas justo enfrente y Teo estaba de pie, sin querer sentarse.

—Tenemos que decírselo, Lucas —insistió Tabak—. ¿Prefieres contarlo tú o lo hago yo?

—Hazlo tú —suspiró y desvió la mirada.

—Está bien.

Ericka estaba muy nerviosa. ¿Acaso le iban a decir todo lo que Lucas debía haberle contado? ¿Había llegado el momento?

—¿Por qué retengo la sangre de Lucas? —preguntó.

—¿¡Qué!?! —exclamaron los dos lobos a la vez.

—Será mejor que primero expliques todo lo que ocurrió mientras no estábamos —dijo Alex.

—Me dormí —dijo ella—. Ya no aguantaba más, así que cerré los ojos. Al principio todo estaba muy oscuro, pero una luz blanca apareció. Pensé que estaba despierta porque estaba en mi habitación y Kirash estaba delante de mí, pero no era así. La bruja se estaba comunicando conmigo por medio de mi subconsciente. Me dijo que bebiera de Lucas si quería vivir, ya que no era capaz de retener la sangre humana en mi organismo. También me dijo que había un lobo que también me serviría para ese fin, pero aún no sabía quién

era. Así que me desperté y bebí la sangre de Lucas.

El vampiro de ojos verdes seguía mirando hacia otro sitio, pero estaba escuchando. Los demás estaban un poco sorprendidos, aunque no mucho. Los lobos estaban asombrados.

—Un vampiro y un lobo —dijo Ángel—. ¿Y sólo puedes beber de ellos dos?

—Eso parece —asintió Ericka—. Pero como aún no sé quién es el licántropo, sólo podré beber de Lucas.

—¿Por qué? —preguntó Teo, que hasta ese momento había permanecido en silencio.

—¿Por qué no retengo la sangre humana? —Mateo asintió—. No lo sé. Supongo que tendrá algo que ver con lo que soy.

Hubo un pequeño silencio.

—Quiero saber qué está pasando —dijo Ericka—. ¿Por qué tuve que beber la sangre de Lucas? ¿Por qué la de él o la del lobo ese?

—No te lo hemos contado todo sobre lobos y vampiros —se sinceró su hermano—. Ambas especies se parecen más de lo que queremos admitir.

Teo bufó, pero nadie le hizo caso. Todos estaban pendientes de Tabak.

—Verás, Karintia, los vampiros somos seres casi inmortales —comenzó a explicarle su hermano—. Podemos vivir miles de años, pero no para siempre. Sólo hay una forma de conseguir la inmortalidad, a la vez que dejamos de sentir sed por la sangre humana.

—¿Y cuál es esa manera? —inquirió Ericka.

—Nuestra compañera.

Ericka frunció el ceño a la vez que animaba con la mirada a su hermano para que prosiguiera. Tabak tragó saliva.

—Vampiros y lobos somos las únicas especies que están atados toda la eternidad a una misma persona —siguió diciendo—. Cada vampiro está incompleto hasta que encuentra a esa persona especial. Y cuando la encuentra, se vuelve extremadamente protector con ella, lo que es muy normal.

—¿Por qué tiene que ser con esa persona? —preguntó la princesa—. ¿Y si no lo quieres?

—Eso no lo sabemos. —Alex se encogió de hombros—. Pero siempre ha sido así y nadie jamás se ha sentido tan atraído hacia alguien como por su compañero.

—Karintia, Lucas es tu compañero —le dijo su hermano.

Capítulo XXX

Ericka no sabía cómo tomarse aquella noticia. Miró a Lucas, pero él miraba al suelo, cabizbajo. Se notaba a leguas que él no había querido decirle nada, pero que las circunstancias lo requerían.

—No te preocupes, ¿de acuerdo? —le dijo su hermano—. Eso sólo es un pequeño detalle. Ahora ya sabes por qué debes beber de Lucas.

—Pero hay más —adivinó Ericka.

—Así es —suspiró Tabak.

—Como sabrás —habló Teo, quien empezaba a entenderlo todo—, eres una híbrida. Eres una mezcla entre un vampiro y un lobo, lo que significa, Ericka, que tienes dos compañeros. Uno es un vampiro: Lucas. Y el otro es un hombre-lobo.

—Por eso la bruja te dijo que también podrías ingerir la sangre de un licántropo —dijo Ángel—. Pero aún no sabe quién es y creo que tú tampoco. ¿Me equivoco?

La mirada confundida de Ericka habló por ella.

—Por eso decías que yo era tuya —susurró mirando a Lucas.

—Aunque ahora sepa que no es del todo cierto —masculló el vampiro con la mandíbula apretada y sin mirarla.

—¿Y qué se supone que hago si tengo a dos? —preguntó.

—Puedes intentar establecer lazos de sangre con los dos, pero eso siempre va a derivar en algo más...personal —dijo su hermano—. O puedes elegir a uno de los dos y matar indirectamente al otro. Además de condenarle a seguir bebiendo sangre humana el resto de su vida en el caso de Lucas, por supuesto.

—¿¡Matarle!?! —exclamó ella.

—Claro. Ya te he dicho que lo único que nos hace inmortales es nuestra alma gemela, nuestra compañera. Si no la encontramos o si esta no nos acepta, morimos. No en ese mismo momento, pero sí que nos condena a morir a largo plazo.

—¿Los vampiros viven más que los hombres-lobo? —siguió preguntando.

—Sí —respondió Ángel—. Nosotros sólo podemos vivir varios siglos mientras que ellos pueden vivir miles de años.

—¿Y cómo sabré quién es el lobo?

—Lo sabrás —aseguró Lucas—. Y él también.

—Contigo no lo supe. —Frunció el ceño.

—Conmigo jamás habías sentido nada semejante —terció el vampiro—. Por eso con él te será mucho más fácil. Porque ya sabes qué buscas.

La sala quedó en silencio. Ericka seguía intentando asimilar toda la información al tiempo que luchaba por no pagar su frustración con los muebles del salón.

—¿Y qué hago? —preguntó—. Cuando encuentre a ese lobo, ¿qué tendría que hacer? ¿Qué sería lo correcto?

—Elegirlos a ambos. —El ambiente se tensó—. No permitir que ninguno muera. Pero dudo que puedas hacer eso sin que tú resultes herida.

—¿A qué te refieres? —Miró fijamente a su hermano.

—Nuestras compañeras son intocables para los demás, son sagradas —dijo—. No nos gusta compartir, somos muy posesivos y sobreprotectores. El vampiro no querría compartirte con el lobo y viceversa. Si te enamoras de los dos, sufrirás tú. ¿Entiendes?

—Estoy hecha un lío —suspiró y enterró la cara en sus manos—. Si elijo a uno, mato al otro. Y si no elijo a ninguno, nos mato a los tres. Pero, si los elijo a los dos, jamás podré ser feliz porque los celos estarían permanentemente atacando mi vida.

—¿Quieres mi consejo? —preguntó Alex.

—Por favor.

—No te preocupes por eso ahora —le dijo—. Preocúpate por el ahora y no por el futuro. Deja que todo siga su curso y a ver qué pasa. ¿Te parece bien?

Ericka asintió y se puso de pie.

—Mañana empezarás tu entrenamiento —le informó Tabak.

—¿Y en qué consistirá? —le preguntó ella.

—En que aprendas a ser un vampiro. —Se volvió hacia los lobos—. Me gustaría que vosotros dos le ayudarais a entrenar su parte lobuna. ¿Estaríais dispuestos?

—Por supuesto —respondió Ángel.

—Debemos irnos ya —comentó Teo—. La manada empezará a sospechar. Ericka fue hacia él y lo abrazó con fuerza.

—No tardéis mucho en volver, ¿vale? —le pidió.

—Nunca nos alejamos demasiado —sonrió él.

Se separaron y la híbrida abrazó a su otro lobo favorito.

—Cuídate —le dijo.

—Volveremos a vernos pronto —le aseguró Ángel.

—Eso espero. —Sonrió.

Ángel y Teo desaparecieron por las escaleras y dejaron a Ericka sola con los vampiros.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Alex.

—Ya no sé cómo tomarme esa pregunta —rió ella—. ¿Crees que podría intentar comer alimentos normales?

—Podemos probar —se encogió de hombros.

—Normalmente, un vampiro sólo puede alimentarse de sangre en sus primeros cinco años —dijo Tabak—. ¿Quién sabe? A lo mejor tú sí que puedes, ya que eres una híbrida.

—¿Qué les pasa a los vampiros que prueban la comida?

—Les sabe a ceniza. —Tabak hizo una mueca de desagrado.

—Esperemos que no me pase.

Caminaron hasta el comedor, donde la mesa ya estaba servida. Se sentaron y Alex empezó a cortar un trozo de filete. Lucas seguía en silencio y evitando mirar a la princesa.

—¿Preparada? —le preguntó Alex mientras le acercaba el trozo de filete a los labios—. Una, dos y... tres.

Capítulo XXXI

No estaba mal ni sabía a ceniza, pero había algo distinto, raro.

—No sabe del todo mal —dijo al tragar.

—Pues dale gracias a tu lado lobuno. —Alex sonrió de lado.

—Pero hay algo que no logro identificar... Algo amargo.

—No todo pueden ser comodidades.

Ericka siguió degustando el plato bajo la atenta mirada de Alex, quien parecía estar disfrutando de la situación. Lucas seguía callado y con la mirada perdida. La híbrida sabía que tarde o temprano tendrían que hablar, pero no sabía qué decirle. Todo era muy confuso. Además, primero quería averiguar quién era el lobo, su otro compañero.

Entonces pensó en Teo y Ángel. ¿Podría ser alguno de los dos? Por un lado, a ella le encantaba la idea, ya que los conocía bien y se había encariñado con ellos. Pero, por otro lado, se sentiría incómoda, ya que nunca los había visto como algo más que amigos. Exceptuando aquel beso con Mateo...

—Creo que voy a salir a dar un paseo —dijo—. Me gustaría saber qué puedo hacer.

—Te acompaño.

Alex se levantó y le ofreció su brazo, pero ella le sacó la lengua para después cogerse la falda del vestido y echar a correr a toda velocidad.

—¡Atrápame si puedes! —fue lo último que dijo.

Dado que era más veloz que un vampiro y que un lobo, Ericka tenía ventaja. Claro que ella aún era una novata, por lo que no controlaba ni su velocidad ni su fuerza. Si hubiera practicado un poco más, Alex no la hubiera alcanzado.

—Has tenido suerte —aseguraba la híbrida entre risas.

—No ha sido suerte. —Sonrió con suficiencia—. Te he cogido y he ganado. Así de simple.

Caminaron a paso tranquilo por los alrededores, disfrutando del día.

—Es divertido correr todo lo que quieras y no cansarte nunca. —Sonrió Ericka.

—Lo es. —Se puso serio—. Escucha, Ericka, Tabak y yo queremos hacerte algunas pruebas.

—¿Pruebas? —Frunció el ceño—. ¿Qué tipo de pruebas?

—Verás, hay cosas que dañan a los vampiros y otras que dañan a los lobos y queremos averiguar cómo te afectan a ti.

—A los vampiros los mata el mercurio —recordó—. ¿Alguna sustancia más que sea peligrosa para vosotros?

—Ninguna.

—¿Y qué daña a un hombre-lobo? —preguntó.

—La plata. Su contacto quema su piel.

—Y quieres saber cómo me afectan esas sustancias, ¿cierto?

—Cierto.

—Quiero hacerlo.

Alex sonrió y cogió su mano, tirando de ella hacia el castillo donde los esperaba el príncipe.

—Alex me ha avisado por telepatía —le dijo—. ¿Estás segura de que quieres hacerlo? Podría ser peligroso...

—Sé que no dejarías que me pasara nada. —Sonrió ella—. Estoy segura.

—Bien.

Tabak los condujo hacia el salón. Lucas estaba sentado en uno de los sillones. A su lado, en una mesa baja, se encontraba un frasco lleno de un líquido gris que parecía muy espeso y un anillo que parecía de plata. Tabak invitó a su hermana a sentarse y esta lo hizo sin mirar al vampiro de ojos verdes. Sabía que era inútil pretender que él actuara de otra forma, así que lo dejó estar. Pero hablarían, de eso no había ninguna duda.

—Empecemos —dijo Alex—. ¿Cuál te apetece probar primero?

Tabak se había sacado del bolsillo una jeringuilla y la había dejado en la mesa, al lado del frasco. Ericka miró el anillo. Era muy sencillo y no tenía apenas adornos, pero estaba claro que era de plata.

—El mercurio —respondió—. Me convertí en vampiresa antes que en loba, así que...

—Está bien.

Alex cogió la jeringuilla bajo la atenta mirada de los otros dos vampiros, abrió el frasco y tomó una pequeña cantidad de mercurio.

—Está caliente —la avisó—. Sino ahora mismo sería sólido.

Ella asintió y le tendió el brazo. El vampiro lo tomó con cuidado, miró a Ericka e inyectó el líquido directamente en la vena. Retiró la jeringuilla y esperó alerta por si debía actuar rápido.

Pero nada sucedió.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó su hermano—. ¿No notas nada raro?

—No, nada. —Se encogió de hombros—. Me siento bien.

—¡Maravilloso! —exclamó su hermano mientras daba una palmada—.

Probemos con la plata.

Y esa vez, Lucas se levantó del sillón en el que estaba sentado, cogió el anillo y se acercó a la princesa. Ericka no esperaba que hiciera nada en todo el día, pero Lucas no dejaba de sorprenderla. Se puso de cuclillas frente a ella y la miró a los ojos. Ericka sentía cómo aquellos profundos ojos verdes parecían penetrar hasta lo más profundo de su alma. Era como si pudiera leerla, como si pudiera leerlo todo en sus ojos.

Lucas rompió el contacto visual, le cogió la mano con cuidado y fue colocándole muy despacio el anillo en uno de sus dedos. Pero Ericka no sentía nada extraño. La piel no le quemaba, ni siquiera le molestaba.

—Toda la fuerza de las dos especies pero ninguna de sus debilidades. —Sonrió Alex—. Muy asombroso, sin duda.

—Me alegra saber que no tendré que protegerte de todo —rió su hermano.

—Tabak, cuando haya aprendido a ser lo que soy, no tendrás que volver a preocuparte de mí. —Sonrió—. Más bien seré yo quien tenga que protegerte, ¿no crees?

Alex y ella estallaron en carcajadas mientras Tabak negaba con la cabeza. De ninguna manera iba a dejar que cuidara de él su hermanita pequeña. ¡Quedaría ridículo!

—Hay otro tema del que tenemos que ocuparnos —dijo su hermano.

Ericka se quitó el anillo del dedo y lo dejó sobre la mesa. Lucas había vuelto a sentarse en su sitio y parecía estar perdido en sus pensamientos, otra vez.

—¿Y cuál es ese tema? —preguntó ella.

—Nuestra coronación.

—¿Cuándo será? ¿Qué tengo que hacer? ¿Cómo es? ¿Qué se hace? ¿Quiénes...?

—Alto, alto, alto —rió Alex mientras alzaba las manos—. Para un poco, Ricka. Son demasiadas preguntas, ¿no te parece? Todo a su tiempo.

Ericka entrecerró los ojos y volvió a sacarle la lengua.

—Dos veces en un día.— Sonrió de lado—. Voy a pensar que intentas ligar conmigo, princesa.

Tabak carraspeó para luego mirar hacia Lucas, pero este parecía no darse cuenta de lo que había dicho Alex. Aunque Ericka sabía perfectamente que estaba escuchándolo todo.

—Dime, ¿cuándo será la coronación? —preguntó ella, cambiando de tema.

—Me gustaría que fuera lo antes posible —respondió su hermano—. Dentro de dos días, para ser más exactos.

—¿Dará tiempo a prepararlo todo?

—Por supuesto. —Sonrió él—. Somos vampiros. Podemos organizarlo todo mucho más rápido que los humanos.

—Bien, entonces manos a la obra.

Capítulo XXXII

—¿En qué consiste la ceremonia? —preguntó Ericka mientras Tabak y ella caminaban hacia la sala del trono.

Su hermano quería reunir al consejo para que ellos se encargaran de buscar a las personas indicadas para que organizaran la coronación. Sería una doble coronación.

—Un día muy especial, sin duda —decía Tabak sin responder a su pregunta—. Nuevo rey y nueva princesa. ¡El pueblo estará encantado con la noticia!

—Hermanito, ¿podrías responderme? —rió ella.

Le encantaba que su hermano estuviera tan contento, pero ella también quería respuestas para sus preguntas.

—Oh, sí, sí. Claro, por supuesto —sonrió—. Verás, la coronación no es otra cosa que una fiesta a la que puede asistir todo el mundo. ¡Todos están invitados! Es una ocasión muy especial.

—¿Habrá música? —preguntó Ericka.

—¡Por supuesto! Habrá una orquesta para nosotros solos. Será divertido, ya lo verás. Tendremos que pensar en un hermoso vestido para ti. De color blanco y rojo, por supuesto.

—¿Por qué? —Tabak frunció el ceño—. ¿Por qué de esos colores?

—Es la tradición —le explicó su hermano—. Esos colores simbolizan la pureza y la sangre, aunque, en realidad, nosotros odiamos el blanco... pero bueno. Debemos ir vestidos con esos colores.

—Entiendo —asintió.

Tabak miró su reloj de pulsera y después hacia la gran puerta que se encontraba al fondo.

—No deberían tardar en llegar.

Y justo en ese momento, la puerta se abrió. Tabak y Ericka se sentaron en los tronos y aguardaron a que los miembros del consejo llegaran hasta ellos.

—Sus majestades —dijo uno de ellos mientras todos hacían una reverencia.

—La princesa Karintia y yo ya hemos decidido la fecha de la coronación —anunció el príncipe—. Será dentro de dos días, por lo que debemos

empezar a organizarlo todo cuanto antes. Avisad a Rose para que tome las medidas de mi hermana. Las mías ya las tiene.

—Imagino que querrán invitar a todo el mundo, ¿me equivoco? —preguntó otro de ellos.

—No, no se equivoca. Todos están invitados. Haced invitaciones formales y enviadlas a cada rincón del planeta. ¡Todos los vampiros deben quedar informados!

—Sí, señor —respondió una de las mujeres.

—Creo que eso es todo, por ahora —dijo el príncipe—. Pueden retirarse.

Volvieron a hacer una reverencia y salieron del castillo. Tabak miró a su hermana con una gran sonrisa que iluminaba todo su rostro.

—Creo que no podría ser más feliz, Karintia.

—Ni yo —le aseguró ella con otra sonrisa.

—Deberías descansar... Mañana será un día bastante ajetreado.

No quiso preguntar nada. Subió las escaleras y fue a su habitación. Karma la esperaba en su lugar de siempre. Se tiró en la cama junto a su mascota antes de avisar a Romilda para que la ayudara a desvestirse. Cerró los ojos, pero los abrió inmediatamente después: alguien había entrado en su habitación.

—¿Te parece un buen momento para hablar? —le preguntó Lucas.

El vampiro estaba recostado sobre la pared y la miraba con aquellos ojos que podían desnudarla con sólo mirarla.

—Sí, creo que sí —respondió incorporándose un poco.

—No quería que te enterases así —le dijo—. Quería darte tiempo para asimilarlo, para que tú misma te dieras cuenta de ello... Pero Tabak decidió que era mejor contártelo ya.

—Os entiendo a los dos —aseguró—. Ahora estoy más tranquila, ¿sabes? Todas las cosas que empezaba a sentir por ti y que no comprendía... Ahora sé por qué. Aunque no sé lo que quiero.

—Deberías alimentarte —le dijo él.

—¿Por qué?

—Porque un vampiro debe beber sangre al menos una vez al día, y más un novato —respondió—. Eso dejando de lado que has estado al borde de la muerte.

—No tengo hambre —mintió.

Pero la verdad es que se moría de ganas por volver a probar la sangre de Lucas. Su sabor dulce, pero a la vez salado seguía en sus papilas gustativas,

atormentándola, tentándola. Pero tenía miedo. Miedo de lo que Lucas le hacía sentir, miedo de perder el control...

El vampiro sonrió de lado. Sabía que estaba mintiendo.

—Vamos, Ericka —dijo mientras se acercaba a ella—. Hazlo.

—¿Por qué? —preguntó ella.

Lucas estaba casi en su cama. Lo miró y él se sacudió el pelo, despeinándolo, lo que le hacía lucir mucho mejor, más atractivo.

—Porque sé que quieres —aseguró—. Y yo también quiero. Dejemos de engañarnos, Ericka.

El vampiro se subió a su cama. Ericka fue retrocediendo poco a poco hasta chocar contra el cabecero de la cama. Lucas sonrió, triunfante. Acercó su cara a la de Ericka hasta que sus labios estuvieron a punto de rozarse. La joven no podía pensar con claridad. Lucas estaba demasiado cerca.

Miró sus ojos verdes, su nariz perfecta, sus labios carnosos que invitaban a morderlos, su boca entreabierta... Todo en él era pura tentación. Era el diablo en persona. Sabía perfectamente cómo le estaba afectando su cercanía y él disfrutaba demasiado por ello.

—Dime que no quieres y me iré —susurró—. Saldré de la habitación. Pero si noto que mientes, no me iré jamás.

Ericka tragó saliva. Su corazón la había traicionado y se había puesto a bombear sangre como un loco. En momentos como aquel le encantaría gritarle que no necesitaba sangre, que parase de hacer eso... Pero se contenía porque era estúpido hablar con su corazón.

Lucas ni siquiera prestó atención a sus latidos descontrolados. Estaba demasiado ocupado perdiéndose en aquellos increíbles ojos grises que lo habían cautivado desde la primera vez que se posaron en los suyos. Había estado buscándola durante siglos por orden de Tabak, pero nunca había tenido esperanzas de encontrarla. Podría estar en cualquier sitio... Pero algo lo había atraído hacia aquella ciudad en el momento justo. Ella lo había guiado, estaba seguro.

Y ahora, allí en su habitación, no le quedaba más remedio que reconocer que lo tenía loco. Haría lo que fuera por ella. Por verla sonreír una vez más, por ver cómo se le iluminaban los ojos al ver a alguien que quería... Y sobretodo, quería volver a sentir sus colmillos atravesando la delicada piel de su cuello. Nunca antes había experimentado una sensación tan deliciosa... Y daría lo que fuera por hacer que se repitiera.

Bajó la mirada hacia sus labios, aquellos labios suaves y tiernos que había querido besar desde el día que la vio, aunque nunca lo admitió en voz alta.

—¿No dices nada? —le preguntó en un susurro.

Erica negó con la cabeza. Tenía hambre, mucha hambre. Pero sólo podía beber de una persona y, ¿a quién quería engañar? Sólo quería beber de él.

Así que sin avisar, la híbrida colocó las manos alrededor del cuello del vampiro sin dejar de admirar su rostro. Acarició su nuca y la parte alta de su espalda, lo que provocó que un escalofrío lo recorriera de arriba abajo. Cerró los ojos intentando controlarse mientras ella acercaba la boca a su cuello. Primero besó la zona para después lamerla, haciendo que una electricidad desconocida para Lucas atravesara su cuerpo. Después, Erica mordió su cuello, bebiendo poco a poco la sangre de aquel vampiro.

Lucas no pudo contenerse más. En un movimiento rápido y certero hizo que Erica se colocara encima, quedando él tumbado bocarriba en la cama. La híbrida seguía alimentándose, bebiendo su sangre mientras el vampiro acariciaba su espalda. Después le subió un poco la falda del vestido, acariciando sus piernas. Erica gimió en su cuello, peligrosamente cerca de su oreja, lo que empeoró las cosas. “¡Al diablo con el control!”, pensó Lucas. “Ella es mía.”

Así que no se lo pensó dos veces y rompió el vestido de la princesa por la parte de arriba, teniendo acceso a su hombro. Besó con ternura su piel para después morder. Fue entonces cuando su cordura se fue volando por la ventana.

La sangre de la híbrida era su perdición. No había probado nada igual en su larga vida y estaba seguro de que no podría seguir viviendo sin ella. Erica era su compañera, su vida. Pero todo tiene un final.

Erica abrió los ojos de golpe al sentir los colmillos de Lucas atravesando su piel. Era lo más placentero que había sentido en su corta existencia y no quería que parase, pero la lógica se impuso. ¿Qué estaba haciendo? ¿No se suponía que iba a esperar al lobo? Aquello estaba mal, terriblemente mal... Y su conciencia apareció.

Salió de encima del vampiro y se limpió la sangre con el dorso de la mano. Su respiración era agitada y el corazón le iba a mil por hora. Lucas se asombró al principio, pero no iba a dejar que parara. Así que se puso en pie y acorraló a Erica contra la pared. Sus labios se rozaban.

—Ya no puedes huir de mí —murmuró—. Estamos unidos por un vínculo de sangre.

—Tienes que irte —le pidió Ericka—. Esto no está bien, Lucas. Quiero esperar.

—¿Por qué?

Ericka no pudo soportar la mirada dolida de aquellos ojos verdes, así que miró hacia otro lado. Sin embargo, el vampiro la sujetó dulcemente por el mentón, obligándola a sostenerle la mirada.

—Dijiste que querías darme tiempo —le recordó—. Necesito ese tiempo, Lucas. Esto es muy confuso para mí, yo...

—Shh. —Le puso un dedo sobre los labios—. No te preocupes. Te lo daré.

Se quedaron unos minutos más mirándose a los ojos, intentando ver a través del otro. Finalmente, Lucas le dedicó una pequeña sonrisa, le limpió una gota de sangre que tenía en la comisura del labio y caminó hacia la puerta.

—Pero volveré —prometió.

Capítulo XXXIII

En cuanto Lucas salió por la puerta, Ericka se dejó caer nuevamente en la cama. Karma, que se había metido debajo, salió de su escondite y se acurrucó junto a su dueña. Ericka comenzó a acariciarla mientras pensaba en todo lo que había pasado momentos antes.

Se había alimentado de Lucas, cosa que no había estado mal porque moriría si no lo hacía con la suficiente frecuencia. Pero se había descontrolado y Lucas había aprovechado esa situación, o eso pensaba ella. Había bebido su sangre para así poder crear un vínculo de sangre entre ellos. Pero Ericka quería esperar. Quería darle la misma oportunidad al lobo que a Lucas. ¿Pero dónde estaba? ¿Estaría buscándola? ¿Tendría que buscarlo ella?

Llamó a Romilda para que la ayudara y después se puso el camisón para dormir. No dejaba de darle vueltas a todo eso, pero había otro asunto que también requería su atención: la coronación. Ella no sabía bailar y eso era algo que le preocupaba bastante.

Se tumbó en la cama y se tapó con las mantas todo lo que pudo. Después cerró los ojos y decidió que debía intentar descansar todo lo posible, ya que el día siguiente sería duro.

—Arriba, hermanita. —La despertó Tabak—. ¡Tenemos mucho que hacer!

Abrió los ojos y vio a su hermano y a Romilda en su habitación. La mujer estaba metida en el armario y su hermano la miraba sonriente.

—¿Qué hora es? —preguntó Ericka medio dormida.

—Las siete de la mañana. Hace un día precioso para organizar una coronación, ¿no crees?

Bufó y se levantó de la cama a regañadientes para meterse en el baño.

—¡Rose vendrá a las nueve! —gritó Tabak desde fuera—. ¡Y antes de que llegue nos reuniremos con el grupo de personas que están organizando todo! Quiero que salga perfecto.

—¿Quién es Rose?

Ericka recordó que su hermano la había mencionado durante la reunión con el consejo, pero no recordaba que alguien hubiera dicho cuál era su función.

—Es la modista y también estilista —le explicó su hermano—. Será quien coja tus medidas para hacerte el vestido. Tiene muy buena mano. ¡Es la mejor en su trabajo!

Ella no dijo nada. Se metió en la ducha y trató de relajarse un poco bajo el agua tibia.

—¿Te alimentaste anoche? —le preguntó el príncipe.

—Sí —respondió mientras recordaba lo sucedido la noche anterior.

No podía quitarse de la cabeza la sensación que la había invadido al sentir los colmillos de Lucas atravesando la piel de su hombro. Y lo peor es que sabía lo que tendría que desayunar: su sangre.

Sacudió la cabeza y terminó de ducharse. Después se secó, salió del baño y dejó que fuera Tabak quien la ayudara con el corsé.

—Después de que Rose tome tus medidas iremos a la biblioteca —fue diciéndole su hermano—. Tengo entendido que no sabes bailar, ya que nunca has tomado lecciones de baile. ¿Me equivoco?

Ericka negó con la cabeza. Tabak terminó de colocarle el corsé y la ayudó a ponerse un precioso vestido de color naranja claro con detalles en color plata.

—¡Parezco una calabaza! —se quejó ella.

—No. —Tabak negó con la cabeza—. Estás genial.

—¿Qué haremos después de las lecciones de baile? —preguntó mientras se ponía los zapatos.

—Me gustaría ir a dar un paseo contigo antes de comer —dijo—. Últimamente he estado algo ocupado y siento que no estoy pasando suficiente tiempo contigo. Después iremos a comer y te irás con Alex hasta que Rose vuelva para probarte el vestido. Lucas y yo terminaremos todo esta tarde para que mañana sólo se tengan que centrar en prepararnos a nosotros. ¿Te parece bien?

Ericka asintió y bajó con su hermano las escaleras hasta llegar al comedor donde se encontraban los otros dos vampiros. Lucas la siguió con la mirada hasta que ella se sentó enfrente. Después le dedicó una sonrisa ladeada mientras Alex le sonreía abiertamente.

—Hoy te espera un día muy duro.—comentó Alex.— ¿Estás preparada?

—Eso espero —suspiró ella.

—En ese caso —dijo Lucas levantándose de su asiento y rodeando la mesa—, deberás desayunar bien.

Y dicho esto se dejó caer en una silla al lado de Ericka, se levantó un poco la manga de la camisa y le tendió el brazo a la híbrida.

—¿O acaso prefieres el cuello? —Sonrió de forma provocativa.

Ericka no se dio tiempo a cambiar de opinión. Tomó la muñeca del vampiro y la mordió. Enseguida su sangre comenzó a bajar por su garganta. Ericka disfrutó todo lo que pudo. Quería más, quería sentir ese cosquilleo que se adueñaba de su barriga, pero tenía que detenerse. Su hermano y Alex estaban presentes y no era momento para el descontrol. Además, aún tenía que esperar a su lobo.

¿Su lobo? ¿Desde cuándo pensaba así? Decidió no pensar más en eso. Seguro que tomar tanta sangre le estaba afectando. De modo que sacó los colmillos de la piel de Lucas y lamió la herida. Después se recompuso y se limpió la sangre con una servilleta que cogió de la mesa mientras Lucas se bajaba la manga de la camisa con una pequeña sonrisa.

Tabak había terminado de desayunar y Alex se había ido sin que ella se diera cuenta. Ni siquiera se había despedido o ella no lo había escuchado, lo cual era muy posible.

—¿Empezamos? —preguntó su hermano.

—Por supuesto. —Sonrió ella.

Se levantaron de la mesa y caminaron hasta llegar a la sala del trono. Uno de los guardias se acercó a Tabak y le hizo saber que el comité estaba esperando fuera.

—Haz que pasen —le pidió el príncipe.

—Por supuesto, majestad. —Se inclinó y se fue.

Ericka y él se sentaron en los tronos y aguardaron a que aquellas personas entrasen. No era un grupo muy numeroso y casi todos eran mujeres. Hicieron una reverencia y después Tabak habló.

—¿Qué habéis pensado para decorar el lugar? —les preguntó.

Y a partir de ese momento todo fue un ajetreo. Adornos, música, decoración, colores, tapices, texturas, olores, sabores,... Todo tenía que ser perfecto y cada uno tenía una idea de perfección distinta, por lo que les resultaba muy difícil decidir algo tan simple como el color de las mesas o la textura de los cojines. Ericka estaba ya mareada y apenas llevaban una hora.

—Princesa —la llamó una voz.

Una mujer joven y muy guapa se acercó a ella con una sonrisa para después hacer una reverencia. Era delgada con el pelo rubio hasta por debajo

de los hombros y lo llevaba cortado a capas. Sus ojos eran de un color muy extraño. Parecían una mezcla entre verde y amarillo que le sentaba a las mil maravillas. No llevaba apenas maquillaje, pero sus labios estaban pintados de un suave color rosa.

—Me llamo Rose —dijo.

—Me avisaron de que llegarías. —Sonrió—. ¿Vamos a mi dormitorio?

—Por supuesto.

Ericka guió a la mujer hasta sus aposentos. Cerraron la puerta y Rose se puso manos a la obra. Le midió la cadera, la cintura, el pecho, las muñecas, los brazos, el cuello... ¡Todo!

—Me apasiona mi trabajo —decía—. Por eso o hago las cosas bien o no las hago. Ya verás. ¡Estarás fabulosa!

Después de haber medido cada parte de su cuerpo, Rose se despidió de ella y le prometió que se pasaría de nuevo aquella tarde con un par de vestidos para que se los probara.

Ericka bajó entonces a la sala del trono, donde los preparativos ya estaban comenzando.

—Al final has conseguido que se pongan de acuerdo —rió ella.

—Sí, aunque me ha costado. —Su hermano hizo una mueca—. Bueno, creo que será mejor que vayamos a la biblioteca. Alex te enseñará a bailar mientras yo me ocupo de unos asuntos. Iré a buscarte después para dar nuestro pequeño paseo.

—Me parece bien.

De modo que Ericka volvió a subir y caminó hasta la biblioteca. Alex la estaba esperando con una de sus maravillosas sonrisas.

—Así que no sabes bailar —rió el vampiro.

—Para eso estás tú aquí. —Sonrió Ericka—. Para enseñarme.

—Te arrepentirás de haber dicho eso. —Sonrió con malicia.

Y lo hizo.

Cuando acabaron tres horas después, Ericka ya estaba harta. No estaba cansada físicamente, porque no podía estarlo siendo lo que era, pero mentalmente se sentía exhausta. Habían practicado hasta la saciedad diferentes tipos de bailes en pareja hasta que los supo bailar a la perfección. Al final habían acabado sentados en el suelo sin parar de reír.

—Me lo he pasado bien —comentó la híbrida.

—Yo también. Deberíamos hacer esto más a menudo. —Sonrió—. Tabak

está muy ilusionado con todo esto.

—Sí. Creo que hasta me ha contagiado su entusiasmo. Hago esto por él.

—Lo quieres mucho y él te quiere a ti.

La puerta de la biblioteca se abrió y ambos miraron hacia allá. Tabak estaba parado en la entrada.

—¿Nos vamos? —le preguntó a Ericka.

—Claro. —Miró a Alex—. Luego nos vemos.

—Por supuesto.

Tabak y Ericka salieron del castillo a paso tranquilo. No les hacía falta hablar. Sólo disfrutaban de la compañía del otro sumidos en un dulce silencio. El tiempo había empeorado y estaba bastante nublado, pero a Ericka no le disgustaba. La lluvia la relajaba y hacía que estuviese pensativa la mayor parte del tiempo.

—¿Alex te ha enseñado bien? —le preguntó su hermano al cabo de un rato.

—No es mal profesor —rió—. Pero ya ha sido superado por la alumna, me temo.

—Lo dudo. —Sonrió él—. Alex es el mejor bailarín de todo el reino de Ákaton.

—¿Y Lucas? —no pudo evitar preguntar.

—Jamás lo he visto bailar. —Se encogió de hombros—. Por cierto, ¿cómo llevas ese tema? ¿Preferirías que no te lo hubiese contado?

—Está bien. —Sonrió—. Es sólo que no quiero hacer las cosas mal y no quiero ser injusta. Es por eso que he decidido esperar. No sé qué pasará...

—No te preocupes —la consoló Tabak—. Ya verás como todo sale bien.

En realidad, Ericka no estaba tan segura de ello. Sabía que Lucas podía llegar a ser muy posesivo y más aún con su compañera. ¿Cómo reaccionaría si se enterase de que ella estaba esperando al lobo? ¿Y si descubriese que ella planeaba estar con los dos? Porque una cosa tenía bien clara: no iba a dejar que nadie muriese por su culpa.

Capítulo XXXIV

Regresaron al castillo justo a tiempo para comer. Alex y Lucas ya los estaban esperando.

—¿Cómo ha ido todo? —le preguntó Lucas.

—Creo que bien —respondió ella mientras tomaba asiento—. ¿Dónde has estado tú?

—Asegurándome de que todos los vampiros recibieran su invitación y de que todo fuera correctamente.

Ericka no dijo nada. Simplemente asintió y observó cómo los tres vampiros disfrutaban de su comida. Ella había decidido que no se alimentaría de otra cosa que no fuera sangre. La comida no le sabía exactamente igual y había algo que no acababa de gustarle, así que simplemente no la comería.

—Ya verás como cinco años pasan volando, Ricka —le dijo Alex—. Además, no es tan malo beber sangre. Después coges la comida con más ganas.

Tabak rió por lo bajo y ella le sacó la lengua con burla. Lucas se limpió la boca con una servilleta y la miró para después extenderle el brazo. Aquella vez había tomado la decisión de sentarse junto a la híbrida.

—Bebe —le ordenó.

—¿Por qué? —Ericka cruzó los brazos a la altura del pecho y frunció el ceño.

—Porque necesitas alimentarte.

—¿Cuántas veces al día necesito hacerlo?

—Como mínimo dos veces —respondió su hermano—. Lo más recomendable es que sean tres. Cuando pase el lustro ya sólo tendrás que beber sangre una vez al día o una vez cada dos días. Aunque creo que tú podrás aguantar quizás un poco más.

Ericka suspiró. Agarró el brazo de Lucas, le subió la manga con cuidado y clavó los colmillos en la carne de su muñeca. Aquello le sentaba a las mil maravillas y a Lucas le gustaba que ella lo necesitase y que, al alimentarse más y más de él, afianzara el vínculo de sangre que ya tenían.

Pero esa vez, la joven tuvo mucho cuidado de no dejarse llevar. Le costó mucha concentración y una increíble fuerza de voluntad, pero lo consiguió.

Bebió hasta saciarse y después lamió la herida. Se limpió y actuó como si nada hubiese pasado mientras el vampiro se bajaba la manga de la camisa con una sonrisa. Amaba esa sonrisa.

—¿Nos vamos? —preguntó Alex.

—Claro. —Sonrió ella.

El vampiro se levantó de la silla al mismo tiempo que la híbrida y salieron juntos del comedor. No sabían qué hacer, así que fueron a la biblioteca y se sentaron juntos a leer un rato. Pero ella no prestaba atención a la lectura. Sólo podía pensar en todo lo que le estaba sucediendo.

Era una híbrida. Pero no cualquier híbrida, no. Era una mezcla entre un vampiro y un hombre—lobo, dos de las especies más poderosas que existían. Y ella era la única en su especie. Existían otros híbridos, por supuesto, pero ninguno como ella. Tenía dos compañeros y ambos la necesitaban para sobrevivir. Uno de ellos era Lucas, un vampiro misterioso, oscuro y tentador por el que se sentía inevitablemente atraída. El otro era un lobo, aunque aún no lo había encontrado. Estaba casi completamente segura de que Teo y Ángel no eran, pero tenía que asegurarse. Así que la próxima vez que los viera, procuraría fijarse bien. Pero, ¿y si el lobo aún no había nacido? O peor aún: ¿y si llegaba demasiado tarde y moría por su culpa?

Se levantó de la mesa, ante la mirada sorprendida de Alex, y fue mirando una por una todas las estanterías de la biblioteca privada hasta dar con lo que necesitaba. Era un libro bastante antiguo, por lo visto. Su encuadernación era dura y parecía estar hecha con algún tipo de piel de color marrón oscuro. Sus páginas estaban amarillentas. Tenía un gran volumen y no menos de mil páginas.

—¿Lectura ligera? —inquirió Alex con una sonrisa de oreja a oreja.

—Eso parece —rió ella.

—¿Y qué es lo que buscas, exactamente?

—Cosas sobre vampiros. —Abrió el libro y leyó el índice—. Necesito saber ciertas cosas sobre mi naturaleza, sobre mí.

Alex asintió y siguió con su libro mientras Ericka leía. Casi al final del índice ponía: “Almas gemelas y cómo encontrarlas”. Ilusionada por haber encontrado algún tipo de información, la híbrida se dirigió a la página en la que comenzaba el capítulo y se dispuso a leer.

Veinte páginas después, Ericka seguía igual de perdida. Según el libro, el alma gemela de un vampiro puede guiarlo inconscientemente hacia ella, pero

no siempre. Las almas gemelas eran muy difíciles de encontrar y la mayoría de los vampiros y los hombres-lobo morían antes de poder dar con ellas. Sin embargo, lo que quería saber ella era cómo encontrar al lobo y cómo podía estar segura de que fuera él. Lamentablemente, el libro no le revelaba dicha información, a pesar de tener más páginas que la Biblia humana.

Frustrada y un poco decepcionada, Ericka cerró el libro y lo devolvió al estante.

—Veo que no has encontrado lo que buscabas —comentó Alex cerrando su libro—. ¿Podría ayudarte?

—¿Sabes cómo encontrar a tu alma gemela y estar seguro de que sea ella? —preguntó Ericka, malhumorada.

Alex frunció el ceño, desconcertado.

—No se lo digas a Lucas —le pidió la morena mientras se mordía el labio—. Sé que no lo aprobaría.

—Estás buscando al lobo —entendió el vampiro.

—Quiero buscar al lobo —lo corrigió ella—. El problema es que no sé cómo hacerlo. ¿Cómo sabré que es él? ¿No hay ningún libro? ¿Unas instrucciones, quizás?

—Si fuera tan fácil, todos habríamos encontrado ya a nuestras compañeras —rió Alex—. No, Ricka. Es terriblemente complicado. Deberías sentirte afortunada por haber encontrado a Lucas. Que encuentres a tu otro compañero sería una muy bonita casualidad, ¿sabes? Yo diría que jamás vas a encontrarlo. Pero lo último que se pierde es la esperanza, ¿no?

—¿Cómo me encontró Lucas?

—No lo sé. —Frunció el ceño—. Llevábamos años buscándote por orden de Tabak. Veníamos de vez en cuando a visitarlo, pero nunca con buenas noticias. Un día, Lucas se despertó y dijo que teníamos que ir a una ciudad de España. Ni siquiera él sabía por qué. Simplemente fuimos y allí te encontramos. No podíamos creer nuestra suerte... Aunque los lobos también habían dado contigo y eso nos mosqueó un poco. Pero al final todo ha salido bien.

—Y espero que al final, cuando todo esto termine, también acabe bien —deseó ella.

Estuvieron un rato más en la biblioteca hasta que Rose vino a buscar a la princesa.

—¿Subimos a sus aposentos, majestad? —le preguntó la mujer con una

reverencia.

—Por supuesto. —Sonrió.

Le dio un beso a Alex en la mejilla a modo de despedida y las dos subieron hasta la torre de Ericka. Rose llevaba dos bolsas grandes en las manos y la híbrida supuso que eran los vestidos.

—Sólo me ha dado tiempo de hacer dos, alteza —le explicó una vez que llegaron a su habitación—. Espero que al menos uno de ellos sea de su agrado.

—Seguro que lo será.

Finalmente, después de estar casi dos horas probándose los dos vestidos y viendo los pros y los contras de cada uno, salió de su habitación. Eran casi las seis y media de la tarde y no le apetecía hacer nada. Sin embargo, dos personas la hicieron cambiar de opinión.

—Me he enterado de que habrá una princesa en el reino de vampiros —comentó una voz detrás suya.

Ericka sonrió, dio media vuelta y corrió a los brazos de Ángel, quien la abrazó con fuerza.

—Me alegro de volver a verte —dijo ella.

—Yo también.

—¿Dónde está Teo? —preguntó mirando a su alrededor.

—Fuera. —Hizo una mueca—. No pude convencerlo de que entrara aquí. Insiste en que ya hemos incumplido demasiadas normas y que entrar aquí sería demasiado. Yo no opino igual, pero ya sabes cómo es.

—Sí, lo sé —rió.

—¿Te apetece venir a dar un paseo con nosotros? —le preguntó.

—Me encantaría.

Así que los dos salieron del castillo y buscaron a Teo, quien estaba muy cerca del bosque. Hablaron de diversos temas y Ericka no pudo evitar pensar que estaban intentando no sacar el tema de los compañeros, la sangre y todo lo demás. Lo agradeció demasiado interiormente. Lo que más necesitaba era distraerse, y con ellos lo conseguía.

Pasaron toda la tarde caminando o simplemente sentados a la sombra de un árbol mientras hablaban. Al parecer su manada ya sabía que la habían convertido en un vampiro, pero desconocían que era una híbrida. Era una ventaja, desde luego, aunque todo se descubriría cuando llegara la siguiente Luna llena y ellos no se convirtieran.

—La situación está muy calmada. No sé si eso es buena o mala señal —

decía Teo.

Pero Ericka no quería preocuparse. Creía que lo mejor era acabar con la enemistad entre vampiros y licántropos, pero los dos lobos insistían en que aquello era imposible. Era su naturaleza y no se podía cambiar aunque quisieran.

Llegó la noche y con ella, la despedida. Ericka quería que se quedaran un poco más, pero entendía que no debían sospechar de ellos. Así que se despidió y entró en el castillo. Su hermano y los otros dos vampiros ya estaban cenando.

—Supuse que no querías comer. —Sonrió Tabak.

—Con un poco de sangre estoy servida —aseguró ella.

De modo que esperó pacientemente a que Lucas terminara de cenar para que le ofreciera su brazo, cosa que no pasó. En lugar de eso, el vampiro sonrió, señaló con el dedo índice hacia el techo y desapareció.

—Creo que te espera en tu habitación. —Sonrió Alex.

—Ya me había dado cuenta —suspiró ella.

No quería, pero sí quería. De todos modos necesitaba sangre y tenía que ir a su habitación para dormir. No le quedaba otra que arriesgarse a que ambos se descontrolaran otra vez. Al menos esperaba que su cordura no la abandonara.

Subió los escalones que conducían a sus aposentos y entró lo más tranquilamente posible en su habitación. Lucas la estaba esperando, tal y como se temía.

Capítulo XXXV

El vampiro estaba tumbado en su cama mientras Karma lo miraba con cara de pocos amigos. Ericka avanzó con seguridad hasta él y se cruzó de brazos.

—¿Se puede saber qué haces en mi habitación? —le preguntó.

—Shh—la mandó callar y después la tumbó en la cama de un fuerte tirón—. Intento dormir.

Ericka levantó una ceja, incrédula. ¿Dormir? ¿La creía tonta? Pero Lucas parecía estar hablando en serio porque estaba tumbado bocarriba con las manos en el abdomen y los ojos cerrados. Parecía incluso bueno cuando ella sabía que no lo era en absoluto.

—Necesito beber, Lucas —suspiró.

—Sólo si me devuelves el favor. —Sonrió.

—¿Qué?

—Pues eso. —Se encogió de hombros sin abrir los ojos—. Yo también necesito beber de ti, Ricka. Tenemos un vínculo.

—¿Qué significa eso? —le preguntó.

—Tu sangre corre por mis venas y la mía por las tuyas —le explicó—. Ahora estamos unidos, pero tenemos que seguir afianzando ese vínculo, ¿entiendes?

—¿Y si no quiero? —preguntó despacio.

Lucas abrió los ojos y los clavó en los de ella.

—¿No quieres? —preguntó.

—Yo no he dicho eso. —Sacudió la cabeza—. Sólo digo que me gustaría esperar.

El vampiro alzó la mano y acarició la mejilla de la híbrida con suma ternura.

—He esperado una eternidad, ¿sabes? —le dijo—. Creo que puedo esperar un poco más, aunque no demasiado.

—Lo entiendo.

Lucas sonrió. Después se incorporó un poco y le ofreció su muñeca a Ericka, quien la mordió encantada. Lucas la pegó más a él mientras se alimentaba, disfrutando de tenerla a su lado. Dejó de pensar. Cerró los ojos y se concentró en los labios de su compañera bebiendo su sangre, rozando su

piel y haciendo que ardiera. Los abrió de inmediato. Tenía que controlarse o la espantaría. Ericka necesitaba tiempo.

La híbrida dejó de beber y suspiró. Sentía una especie de opresión en el pecho que no la dejaba estar tranquila. ¿Tendría que ver con la mirada dolida que Lucas le había dirigido minutos antes? Quería comprobarlo.

Miró a Lucas, que había vuelto a tumbarse y a cerrar los ojos. Ella también los cerró un momento para infundirse valor. Después, se llevó su propia muñeca a los labios y la mordió con todas sus fuerzas., haciendo que la sangre comenzara a salir a borbotones. Se tumbó junto a Lucas y le puso la sangrante muñeca en los labios. Algunas gotas de sangre cayeron en su boca, sobresaltándolo.

—¿¡Qué haces!?! —exclamó sorprendido.

—Bebe —susurró ella.

—¿Por qué? ¿No decías que necesitabas tiempo?

—Hazlo —le pidió ella.

Y Lucas no iba a hacerse de rogar. Así que tomó su muñeca y lamió la sangre derramada para luego inyectar sus colmillos en la carne de su compañera. No había probado nada más exquisito en toda su vida. Podría alimentarse únicamente de eso durante toda la eternidad. Pero debía ser cauteloso. Ericka había confiado en él tanto como para darle su sangre y no sería tan tonto como para estropear el momento. O eso pensó...

Poco a poco, Ericka sintió la necesidad de beber de Lucas, ya que este le estaba quitando la poca sangre que había tomado de él anteriormente. Así que cogió la muñeca del vampiro y la mordió. Lucas soltó un gruñido de satisfacción y soltó la muñeca de la híbrida para morder su cuello, ya que lo consideraba una zona muy íntima. Con sus manos acarició la espalda de Ericka y cuando se quiso dar cuenta se habían levantado y ella estaba de pie contra la pared. Él seguía bebiendo, pero ella ya había soltado su muñeca. Sintió sus manos recorriendo su abdomen y se estremeció. Jamás una mujer había sido capaz de producirle tal ingente cantidad de emociones desconocidas, y pensaba disfrutarlo al máximo.

Mientras, Ericka ni siquiera sabía lo que estaba haciendo. Por una vez había dejado la razón y la cordura a un lado y estaba haciendo lo que su corazón le decía, pero su piel le pedía más. Su cuerpo necesitaba la cercanía del de Lucas y eso era algo que ella no podía comprender. Sin embargo, decidió satisfacer sus deseos y colocó las manos sobre el abdomen de él, por

encima de la camisa. Pero aún así, ella podía notar todos sus músculos tensándose mientras ella subía hasta su pecho, provocando ligeros gruñidos en su compañero. Sus manos temblaban y Lucas soltó su cuello, acercando su cara a la suya. Su respiración era agitada y su aliento se entremezclaba con el de ella. Sus labios estaban muy cerca y ella ansiaba salvar esa distancia y unirlos. Lucas suspiró y cerró los ojos.

—Voy a matarla —dijo.

Ericka frunció el ceño, desconcertada. ¿Había dicho que iba a matarla? ¿A quién? Y entonces llamaron a la puerta. Lucas sonrió de lado y se alejó un poco de ella para que pudiera recuperar la compostura.

—Adelante —dijo.

—Perdón, señorita —dijo Romilda al verlos a ambos—. Creí que estabais sola. No era mi intención interrumpir.

—No pasa nada. Lucas ya se iba.

Miró al vampiro que miraba a la sirvienta como si fuera un gusano. Ericka no pudo evitar sonreír. Estaba enfadado porque Romilda los había interrumpido y estaba segura de que habrían acabado besándose. Por una parte agradecía la llegada de la mujer, pero por otro lado... Ella también deseaba besarlo.

Lucas miró a la híbrida, esbozó una sonrisa y se fue de la habitación. Ericka suspiró y dejó que Romilda le quitara el vestido y el corsé. Ya habían sido dos veces las que se había dejado llevar. ¿Qué habría pasado si Romilda no hubiese llegado? ¿Qué pasaría si volviera a suceder?

Se metió en la cama junto a Karma y trató de relajarse, pero no podía. Seguía sintiendo los colmillos de Lucas en su cuello. Se llevó la mano a la zona inconscientemente y sonrió. Le había gustado, no iba a negarlo. Pero el lobo...

Sacudió la cabeza. Lo buscaría, claro que lo buscaría. Pero mientras tendría que seguir bebiendo de Lucas. Además, Alex ya le había dicho que era altamente improbable que encontrara a su otra pareja, aunque ella no iba a dejar de intentarlo.

Y con estos pensamientos, se durmió.

Romilda la despertó muy tarde a la mañana siguiente por orden del príncipe. Al parecer quería que descansara bien para aquel día tan especial.

—A veces creo que se le olvida que soy una híbrida —comentó Ericka en

voz alta mientras entraba en la ducha.

Casi era mediodía cuando salió de su habitación para desayunar y buscar a su hermano. Fue al comedor, pero no había nadie allí y tampoco en el salón, así que decidió bajar a la sala del trono. Sin embargo, no llegó a poner un pie en las escaleras de caracol.

—¡No, no, no! —gritó la voz de su hermano, que subió corriendo las escaleras—. Quiero que sea una sorpresa.

—Sólo te estaba buscando a ti —rió ella.

—A quien deberías buscar es a Lucas —le aconsejó él.

—¿Por qué? —Frunció el ceño.

—¡Para alimentarte! —exclamó Tabak—. ¿Para qué sino?

—De acuerdo, iré a buscarlo.

—No, ya lo he llamado yo.

Ericka rodó los ojos. Entendía que a su hermano le hiciera mucha ilusión la coronación de aquella noche, pero iba a volverla loca.

—Espéralo aquí, no tardará mucho.

Le dio un beso en la frente y volvió a bajar las escaleras con una gran sonrisa en su rostro. Ericka negó con la cabeza y se dejó caer en uno de los sillones. Lucas apareció pocos minutos después.

—¿Su majestad quiere desayunar? —le preguntó con una sonrisa ladeada.

—Sí, me encantaría. Aunque también querría comer cosas normales y corrientes, pero... —Se encogió de hombros.

—No desesperes —dijo para luego morder su muñeca y acercarla a los labios de la híbrida—. Cinco años no son nada comparados con la eternidad que nos espera.

Ericka bufó, pero cogió la muñeca del vampiro y tomó su sangre hasta saciarse.

—Menos mal que he desayunado esta mañana —rió Lucas—. Sino me habrías dejado seco.

—¿Has matado a alguien?

—Ricka, somos vampiros —le dijo él—. Matamos al 90% de los humanos de los que nos alimentamos.

—Eso es un sí —suspiró.

Lucas le acarició la mejilla con ternura y después desapareció del salón, dejándola sola.

—Rose te estaba buscando —dijo Alex apareciendo por el pasillo—. La

he conducido hasta tu habitación.

Ericka frunció el ceño. ¿Rose?

—¿Para qué ha venido? —le preguntó mientras se levantaba.

—Para probar diferentes maquillajes. Al parecer a ella le hace mucha ilusión ser quien prepare a la princesa de Ákaton y quiere que todo salga perfecto. ¡Como tu hermano!

—Qué bien —rió ella.

Caminó a paso rápido hasta su habitación. No le gustaba hacer esperar a la gente y tampoco que la hicieran esperar a ella. Rose estaba sentada en su cama abriendo un maletín plateado bastante grande mientras Karma gruñía por lo bajo.

—Buenos días, princesa. —Sonrió—. Tengo muchas ideas para el maquillaje de esta noche. ¡Estarás genial!

Así que Ericka se sentó en la cama y dejó que la mujer le aplicara diversos productos en la cara hasta el cansancio.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Rose.

Eran casi las cinco de la tarde y la mujer había insistido en que ninguno de los looks que habían probado era el idóneo. Ericka estaba empezando a perder la paciencia cuando a su estilista se le iluminó la cara.

—Estás sensacional. —Sonrió—. Te lo quitaré en un momento y te meterás en la ducha de inmediato.

—¿Ya? —preguntó la híbrida.— ¿No es un poco pronto?

—No, no, no. —Sacudió la cabeza—. La coronación empieza a las nueve y quiero que todo quede perfecto. Es mejor ir sobradas de tiempo a que nos falte, ¿no?

Y dicho esto, Rose la condujo hasta el baño.

—Quiero verte fuera en media hora —le dijo—. No es necesario que te seques el pelo ni que hagas nada. Yo me ocuparé de todo.

—¿Y por qué me das tanto tiempo si sólo tengo que ducharme? —le preguntó ella.

—Porque supuse que querías darte un baño relajante. ¿Acaso me equivoco?

Ericka sonrió. Rose y ella habían congeniado mucho durante las últimas horas. Había descubierto que era una persona muy activa y nerviosa. Siempre tenía que estar haciendo algo. Le encantaba su trabajo y disfrutaba mucho de

los resultados que obtenía.

Llenó la tina de agua y se desnudó. Disfrutó todo lo que pudo de aquel baño, tal y como Rose le había indicado. Sabía que sería un gran día y quería estar lo más hermosa posible. Se lavó muy bien el cabello y el cuerpo y salió del agua. Después se secó y se colocó una toalla en el pelo para quitar el exceso de agua. Se colocó la ropa interior blanca y salió para que Rose le hiciera el enorme favor de ponerle el corsé blanco.

—Estás muy hermosa y ni siquiera te he colocado adecuadamente la ropa interior —rió la mujer.

Terminó de ajustarle el corsé y después las dos se metieron en el baño. Rose hizo que la híbrida se sentase en una silla para poder moldear mejor su cabello.

—Creo que lo mejor será que primero te maquille mientras tu cabello se seca, ¿no te parece? —le preguntó Rose.

Ericka asintió y la estilista fue a por sus maletines de maquillaje. Fue aplicando diversos productos y moviéndose de un lado a otro.

—Bien. Ahora empecemos a aplicar la base de maquillaje —dijo.

Cogió una base del tono de piel de la híbrida y fue aplicándolo por su cara con una esponja. Tenía una consistencia muy ligera, por lo que parecía que no llevaba nada.

—Ojos.

Los delineó por todos lados con un delineador negro potente. Después aplicó varias capas de rimel y terminó poniendo un poco de iluminador debajo del arco de las cejas y en el lagrimal.

—Labios.

Cogió una barra de un rojo intenso y aplicó una buena cantidad por los labios. Después cogió otra barra transparente y repasó lo que había pintado.

—¿Para qué es eso? —le preguntó Ericka.

—Para que no se quite hasta dentro de veinticuatro horas. —Sonrió orgullosa.

Aplicó un poco de rubor natural y ya estaba lista. Ericka se miró al espejo: estaba realmente hermosa.

—Has hecho un trabajo increíble conmigo —le dijo.

—Esto no es nada, cariño —aseguró—. Tienes una belleza natural. Yo no he hecho nada.

Rose obligó a Ericka a levantarse y a caminar hasta la habitación, donde

la ayudó a colocarse el hermosísimo vestido que había hecho especialmente para ella en esa ocasión tan especial. La falda era muy voluminosa y de color blanco. La parte superior se ajustaba a su pecho y era de color rojo pasión con pequeños detalles en plata. Los zapatos eran del mismo color y con un tacón fino y alto, por lo que sería necesario que caminase con él varias veces hasta acostumbrarse a ellos.

La estilista miró entonces el cabello de la princesa.

—La verdad es que no sé qué hacer con semejante mata de pelo —se sinceró—. Quizás lo más apropiado es que deje tu pelo suelto. No, no. Algo más elaborado, quizás, pero no mucho.

Se quedó casi media hora pensativa, mirando a Ericka y decidiendo qué hacer con su peinado. Finalmente, cogió un cepillo y le desenredó el cabello, aunque apenas hizo falta. Después cogió algunas horquillas negras y le recogió todo el pelo hacia el lado derecho. Luego lo sujetó con las horquillas y sonrió satisfecha al contemplar el resultado.

—Te queda genial —le aseguró.

—¿Y ahora qué? —suspiró Ericka.

—A esperar.

Faltaba casi una hora entera para que la coronación empezase, pero Rose no la dejaba salir de la habitación.

—Razón número uno: nadie debe ver lo hermosa que estás antes del gran momento —decía—. Razón número dos: no voy a arriesgarme a que le pase algo al vestido, a los zapatos, al peinado o al maquillaje antes de la coronación.

—¿Razón número tres? —inquirió Ericka con una sonrisa.

—Porque no quiero —zanjó el tema.

La princesa rió, pero no se le ocurrió desobedecerla. Sabía que Rose quería que todo saliese bien y Tabak también. De modo que aguardó pacientemente.

—¡Es la hora! —exclamó Rose—. ¡Vamos, vamos, vamos!

Por fin. La espera había terminado y ahora venían los nervios. Las dos bajaron las escaleras y caminaron hasta llegar al salón. Ericka inspiró profundamente y la estilista le dio ánimos con una sonrisa. Finalmente, Ericka comenzó a bajar las escaleras.

Todo estaba en silencio, ya que todos esperaban expectantes la aparición

de la princesa de Ákaton. El lugar estaba decorado con muchas mesas que sostenían comida y bebida, rodeadas de sillas de color blanco. Había muchísima gente, por lo que Ericka apenas pudo distinguir el resto de la decoración, aunque le daba igual.

Sus ojos se encontraron con los de su hermano, quien vestía con un traje de chaqueta rojo a juego con la pajarita y una camisa blanca a juego con sus zapatos. Estaba muy guapo, sin duda, aunque el rojo no le sentaba demasiado bien. Le quedaba mejor el negro.

También divisó a Alex y a Lucas en primera fila. El primero llevaba un traje de chaqueta negro sin corbata y con la camisa blanca y el segundo ni siquiera llevaba chaqueta, aunque sí pantalones negros y camisa blanca.

La joven avanzó nerviosa hasta el trono que quedaba junto al de Tabak.

—Estás hermosa —le dijo su hermano cuando pasó por su lado.

—Tú igual. —Sonrió.

Todos los presentes murmuraban, pero Ericka no les hacía caso.

—Bienvenidos —dijo el príncipe—. Os he reunido aquí para que seáis testigos del regreso de vuestra princesa y de la coronación de vuestro rey.

Ericka quiso seguir escuchando, pero sintió algo extraño en su estómago. Fue como un ligero cosquilleo, pero lo achacó a los nervios y trató de volver a coger el hilo del discurso de su hermano. Sin embargo, la sensación volvió a repetirse.

Que la princesa tome la corona que le corresponde —fue lo último que logró escuchar.

Le faltaba el aire, aunque no sabía muy bien por qué. ¿Rose le habría apretado demasiado el corsé? No, no era eso. Era algo mucho más complicado y terriblemente más peligroso. Lo intuía. Y sus sospechas se vieron confirmadas cuando un hombre de mediana edad se acercó a ella con una corona en las manos. Sin embargo, no llegó a tocarla, pues cayó de espaldas al suelo. Quiso ayudarlo, pero se topó con una barrera invisible. Desesperada y asustada, Ericka trató de romperla mientras su hermano, Alex y Lucas corrían hacia ella. Pero supo que era tarde y que no podían hacer nada, pues ella ya no estaba en el castillo, ya no estaba en Ákaton.

La pregunta ahora era: ¿dónde estaba y quién la había secuestrado?

Capítulo XXXVI

Ericka se despertó con un terrible dolor de cabeza. Aquella situación le recordó cuando había despertado por primera vez en la mansión en la que Lucas y Alex la habían retenido para explicarle quién era ella. ¡Tenía una resaca horrible! Sonrió y miró a su alrededor.

No. Otra vez no.

Aquella no era su habitación y tenía la certeza de que tampoco se encontraba en el castillo de su hermano. Se trataba de una habitación muy sencilla con las paredes y el suelo de madera. Estaba tumbada en una cama que estaba situada al fondo de la estancia. Había una mesita de madera a su lado derecho y una alfombra suave de color blanco. Un armario pequeño y sencillo de color blanco estaba situado en la pared que se encontraba enfrente de la cama. No había ventanas, pero sí una puerta de madera oscura al otro lado de la estancia y un conducto de ventilación que, suponía, daba a otra habitación.

Quiso bajar de la cama, pero se dio cuenta de que la habían encadenado y que las cadenas llegaban hasta el suelo, hundiéndose en él.

—Cadenas. —Sonrió—. Si las rompí siendo una simple humana, podré hacerlo siendo un ser sobrenatural.

—No lo creo —escuchó una voz en su habitación.

Ericka miró hacia todos lados, dispuesta a protegerse, pero no había nadie. Su olfato también le decía que no había nadie escondido, aunque sí captó un leve aroma de otra persona que había estado en esa habitación.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Por qué me has traído aquí?

Pero la voz no volvió a escucharse. No habían sido imaginaciones suyas y no había nadie en la habitación. ¿Magia, tal vez? Últimamente había mucha magia en su vida. Quizás, demasiada.

Se olvidó de eso y volvió su atención a las cadenas. No eran normales, de eso estaba segura. Las sacudió con todas sus fuerzas y estas no cedieron. No, definitivamente no estaban hechas con ningún material que pudiera romper. ¿Las cosas podían empeorar? Sí, definitivamente sí.

La garganta comenzó a arderle y ya sabía lo que eso significaba: necesitaba sangre. Y no cualquier tipo de sangre, sino la de Lucas. No se había

alimentado desde la mañana del día anterior, lo que significaba que había pasado un día entero sin sangre. Sólo le quedaban dos.

—¡Tiene que sacarme de aquí! —gritó—. ¡Moriré si no me da sangre!

Pero nadie respondió y supo que no iban a darle ninguna información. ¿Querían matarla? Si era eso, que le arrancaran de una buena vez la cabeza en lugar de hacerle sufrir una muerte agónica.

—Tabak vendrá a por mí —se convenció—. Y Lucas y Alex también. Sí, seguro que sí.

Volvió a tumbarse en la cama y trató de relajarse, ya que iba a estar allí mucho tiempo. ¿Pero y si no la encontraban? ¿Y si no llegaban a tiempo? Entonces recordó que los vampiros podían comunicarse los unos con los otros a pesar de las distancias. Pero a ella nadie le había enseñado a hacerlo.

Bien, tendré que aprender por mi cuenta.

Suspiró y cerró los ojos. Repitió mil veces el nombre de su hermano en su mente pensando en él, pensando en lo mucho que le gustaría estar a su lado. Pero no servía de nada. Nada ocurría.

—¡Maldición! —gritó frustrada.

—¿Hola? —escuchó una voz diferente a la que le había hablado antes—. ¿Quién eres?

—¿Dónde estás?

Volvió a mirar por todos lados, pero no vio a nadie. Parecía una voz de hombre joven. Quizás tuviera su misma edad.

—Estoy en la habitación de al lado —le dijo—. ¿Quién eres?

—Me llamo Ericka —se presentó—. ¿Y tú?

—Adrien.

—¿Y qué haces aquí?

—Me suena tu voz —dijo, en lugar de responder.

—Yo no conozco la tuya. —Frunció el ceño—. Creo que no te conozco. No es posible que reconozcas mi voz. A menos que...

Ericka se quedó pensativa.

—¿A menos que? —Adrien la animó a continuar.

—¿Te suena el nombre de Karintia? —le preguntó.

—Desde luego —rió con suavidad—. Es la princesa desaparecida. La princesa vampírica del reino de Ákaton, el reino de vampiros.

—¿Tú también eres uno?

—No. Soy algo muy diferente.

—Yo también —susurró.

—Eres ella, ¿verdad? —Ericka no respondió.— Reconocería su voz en cualquier parte. Eras una niña muy dulce.

—Ya no soy esa niña —aseguró.

—No —coincidió él—. Ahora has crecido y eres toda una mujer. ¿Has encontrado a los tuyos?

—Sí, pero ahora estoy aquí, alejada de ellos.

Hubo un pequeño silencio en el que Ericka pensó en diferentes preguntas que hacerle, aunque no sabía si formularlas en voz alta. Al final se armó de valor.

—¿Qué eres? —le preguntó.

—Algo extraño. —Silencio—. ¿Y tú?

—Algo muy extraño —rió—. Puede que seamos lo mismo.

—¿Exactamente lo mismo? Lo dudo.

Ericka no pudo decir cómo lo supo, pero sabía que el chico estaba sonriendo.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó—. ¿También te secuestraron?

—Así es.

—¿Y sabes por qué? —Ericka escuchó con atención.

—No lo sé —suspiró—. Lo último que recuerdo es estar volando.

—¿Puedes volar?!

—Claro que puedo —rió—. Es lo que más me gusta en el mundo. Me siento libre y me siento bien. Será lo primero que haga cuando salga de aquí.

—¿Nadie te está buscando?

—No. No pertenezco a ningún lado.

—Yo tampoco pertenezco muy bien a ningún lado, pero una parte de lo que soy me aceptó. —Sonrió—. Los vampiros y algunos lobos son los únicos que me toleran.

—Así que al final te convirtieron en lo que siempre fuiste —comentó—. Me alegro de que seas una híbrida. No serías tú si sólo fueras vampiresa o loba.

—¿De qué me conoces?

—Yo era un niño cuando te vi por primera vez. Fue antes de que todo mi mundo se derrumbara. Quizás por eso te recuerde con tanto cariño —rió—. Mi padre me llevó a conocer el reino de Ákaton. Nuestros padres eran muy amigos, ¿sabes? Tabak y yo no nos llevábamos muy bien, pero tú siempre te

acercabas con una sonrisa. Estabas sumergida en tu propio mundo, ajena a todo lo malo que te rodeaba. Envidiaba eso de ti y cuando estábamos juntos me contagiabas tu locura y tu alegría. Fuiste una parte muy bonita de mi infancia, Karintia. La única parte de mi vida en la que fui feliz.

—¿Por qué la única? —preguntó ella.

—Porque nadie sabía lo que era... y yo tampoco.

La curiosidad estaba matando a Ericka. ¿Qué era Adrien? ¿Tan malo era para que todo el mundo lo alejara?

—Deberías descansar —dijo—. Si vienen a buscarte y te encuentran, es mejor que estés preparada para luchar.

—No necesito dormir, ¿sabes? Soy una híbrida.

Adrien soltó una ligera carcajada y Ericka sonrió. Le gustaba su risa.

—Por lo que tengo entendido, necesitas sangre. Una sangre que nadie va a proporcionarte —dijo.—Yo, si fuera tú, dormiría.

Sabía que tenía razón, así que se acurrucó en la cama como le fue posible y cerró los ojos.

Se despertó por la sed. Una sed incontrolable que hacía que quisiera arrancarse la garganta de un zarpazo. Trató de cerrar los ojos y de respirar profundamente, pero no podía. Quería salir de allí.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Adrien.

—Necesito comer —respondió con voz ronca.

—Tus amigos deberían darse prisa. No aguantarás mucho tiempo así.

—¿Sabes cuánto he dormido?

—Unas cinco horas, aunque puede que más —respondió—. Si quieren matarte, ¿por qué no lo hacen? Podrían venir y arrancarte la cabeza en vez de hacerte sufrir por la falta de sangre.

—Yo también me he preguntado lo mismo. —Suspiró—. ¿Quién nos tiene aquí encerrados, Adrien?

—Un brujo o un grupo de ellos, supongo —dijo—. Las cadenas que tengo por todo el cuerpo no son normales. No puedo romperlas.

—Yo tampoco puedo romper las mías. ¿Has dicho que estás totalmente atado? ¿Todo el cuerpo?

—Así es. ¿Tú no?

—No. —Se miró—. Sólo me tienen atados los pies y las manos.

—De todas formas no vas a escapar —rió sin gracia—. Aunque yo

tampoco. No entiendo la diferencia.

—Puede que porque yo soy más guapa —rió Ericka.

—Tú no me has visto.

—Tienes razón.

Ericka volvió a mirar detenidamente toda la habitación, pero no había nada que pudiera utilizar.

—Pero tienes razón: eres muy guapa —dijo Adrien—. Al menos lo eras cuando te conocí.

—¿Y ahora me vas a decir que te enamoraste de mí? —rió ella.

—No, la verdad es que no —rió él también—. Pero eras una buena amiga.

Mi única amiga.

—Puede que cuando salgamos de aquí podamos volver a ser amigos.

—Entonces espero que nos saquen pronto.

Capítulo XXXVII

Ericka estuvo el resto del día tratando de liberarse de las cadenas. Las sacudió, tiró de ellas, las mordió... Pero no sirvió de nada. Éstas seguían allí, irrompibles y eternas. Abatida y exhausta, la princesa se dejó caer sobre la cama.

—Te dije que no funcionaría —le dijo Adrien desde la habitación contigua.

—¿Y qué querías que hiciera? —Respiraba con dificultad—. ¿Quedarme sin hacer nada mientras muero?

—Lo único que has conseguido es acelerar el proceso —le explicó él—. No hagas más estupideces, Karintia, y descansa. Hazme caso por una vez.

—De acuerdo.

En realidad, Ericka no tenía fuerzas para discutir. El ardor de su garganta empeoraba con cada minuto que pasaba y ella no podía hacer nada. Lo había intentado todo, pero nada funcionaba.

—Tienes que hablar con tu hermano —le dijo Adrien—. Es la única manera de salir de aquí.

—¿Pero cómo lo hago? —le preguntó ella.

—No lo sé.

Ericka cerró los ojos.

—Voy a morir. —Trató de hacerse a la idea—. Voy a morir.

—Sí, pero al menos muere luchando.

Adrien tenía razón, como hasta entonces. Eso era lo que más molestaba a Ericka, aunque sabía que no tenía por qué sentirse así. El joven lo decía por su bien y se preocupaba por ella. Debería estarle agradecida.

Inspiró profundamente e intentó una y otra vez contactar con su hermano mayor, sin resultado.

—Vamos, hermanito —murmuraba—. Sé que me estás buscando. ¿Por qué no me escuchas?

Volvió a intentarlo una y otra vez, pero no lo conseguía y eso sólo la frustraba más.

—¿Por qué con ocho años pude hacerlo y ahora no?

—Porque estabas en peligro —respondió Adrien—. La mente hace cosas

asombrosas en casos extremos.

Ericka ya no podía aguantar más. La sed la estaba matando lentamente y los ojos le pesaban demasiado, pero no quería dormirse. Tenía miedo de que no pudiera volver a despertar. ¿Y si moría? No quería tener que pasar por todo aquello otra vez.

Pero no pudo hacer nada cuando su mente decidió por ella, sumiéndola en un profundo sueño.

Estaba oscuro, muy oscuro. Ericka miraba angustiada a todos lados, pero no veía ninguna salida. Caminó sin rumbo en la oscuridad. ¿Estaba muerta? ¿Todo había acabado? Y si era así, ¿dónde estaba ahora? ¿Se estaba preparando para reencarnarse?

—Ericka —la llamó una voz.

Esa voz... ¡Era la anciana! La que le había hablado en los alrededores del castillo.

—¿Quién eres? —preguntó la princesa—. ¿Dónde estoy?

—No dejes que te engañe. No dejes que te utilice —dijo—. No lo permitas. No puedes.

Hablaba muy deprisa y parecía que algo la preocupaba profundamente.

—¿Que no me deje engañar? —inquirió la híbrida—. ¿Quién va a engañarme? ¿Quién eres tú? ¿Cómo puedo fiarme de ti?

—No puedes. —La voz produjo una especie de eco y las palabras le llegaron de nuevo—. No puedes.

—Ya basta.—habló una voz grave y potente.

—Ya es tarde —dijo la anciana—. Es tarde.

Ericka se despertó, sobresaltada. ¿Qué había sido eso? ¿Sólo había sido un sueño, o era algo más? No, seguro que había algo más.

—¿Qué ocurre, Karintia? —le preguntó Adrien.

Ella iba a responder, pero entonces recordó las palabras de la anciana. ¿Y si era Adrien de quien no debía fiarse?

—No ha pasado nada —mintió—. He tenido una pesadilla.

—Tu peor pesadilla puede convertirse en realidad al final del día —objetó él—. Has gastado mucha energía y no sé cuánto vas a aguantar sin sangre. ¿Dónde están? ¿Cómo pueden no haber dado con esta cabaña todavía?

—No lo sé —suspiró ella—. ¿Sabes? Estoy perdiendo la esperanza de

que vayan a encontrarnos. Puede que este sea nuestro último día en estos cuerpos y viviendo estas vidas.

—Tú volverás a reencarnarte — dijo él—. Yo moriré sin más.

—No sé qué prefiero, la verdad —rió ella.

—Yo prefiero vivir.

Se quedaron en silencio. Ericka trataba de hacer el menor esfuerzo posible. No iba a aguantar mucho más y debía mantenerse con vida hasta que Alex, Tabak y Lucas la encontraran. Quería volver a verlos o al menos poder despedirse. Echaba tanto de menos a Lucas...

Sacudió la cabeza. De nada servía pensar en eso. Ahora debía centrarse en contactar con su hermano. Era su única posibilidad de salir con vida y de salvar la de Adrien. El chico le inspiraba confianza, aunque después de aquel sueño ya no sabía qué pensar.

Llamó a su hermano en su cabeza una y otra vez. Lo intentó de todas las maneras posibles, pero tenía que estar haciendo algo mal. No ocurría nada y su hermano tampoco era capaz de contactar con ella. ¿Por qué? Que ella no pudiera hacerlo era normal, ya que no lo había hecho nunca, ¿pero Tabak? El sí lo había hecho. Y fue entonces cuando se volvió loca.

¿Y si era su propio hermano quien la había engañado? ¿Y si no iba a ir a buscarla porque él mismo había organizado todo eso?

—No —murmuró—. Estoy paranoica. Mi hermano es bueno. Esto es culpa de la sed. Él nunca me dañaría. Mi hermano es bueno. Mi hermano es bueno...

Los ojos se le cerraban sin poder evitarlo y supo que no iba a aguantar mucho más. Ya no tenía sentido luchar. Iba a morir. Así que cerró los ojos y se durmió, esperando a la muerte con los brazos abiertos. Pero el destino es caprichoso.

Ericka ni siquiera llegó a saborear el dulce sabor del sueño. Su oído de híbrida escuchó pasos aproximándose a su habitación, pero ella no quería prestarles atención. Quería dormir. Quería que la dejaran morir en paz. La puerta se abrió y Ericka se negaba a abrir los ojos, pero quería ver el rostro de su asesino. Quería saber quién la había encerrado allí.

La curiosidad ganó y la híbrida abrió los ojos. Un hombre caminaba hacia ella, pero no distinguió su rostro. Tenía un aroma que le resultaba vagamente familiar, aunque no pudo reconocerlo. Sus sentidos estaban muriendo y su vista era borrosa. No acertaba a enfocar la cara del individuo que estaba junto a ella.

—¿Qu-Quién e-eres? —tartamudeó.

Y entonces entró otra persona en la habitación. Ericka no lo reconoció, pero aquel individuo formuló unas palabras en un extraño idioma y las cadenas que la apresaban cayeron al suelo, liberándola. El hombre que se hallaba a su costado la levantó con mucho cuidado. Y el olor inundó sus fosas nasales. Sangre.

Ericka estaba absolutamente segura de que él no tenía ninguna herida y sin embargo podía oler su sangre perfectamente. Olía tan deliciosamente bien...

—Bebe —le dijo.

Su voz era ronca, grave y transmitía serenidad y poder. Le resultaba tan terriblemente familiar... Al principio, Ericka se sintió tentada, pero se apartó un poco.

—No, no puedo —murmuró—. No lo entiendes... Yo no... Yo...

—Bebe —ordenó.

El hombre la apretó más contra él hasta que la boca de la híbrida rozó su cuello. Y la tentación se hizo irresistible.

Ericka sacó los colmillos y mordió la piel del desconocido. Su sangre sabía mucho mejor de lo que olía y la estaba disfrutando demasiado. Quizás en parte era por haber estado tan cerca de la muerte. Bebió hasta saciarse. El hombre tenía la mandíbula apretada, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por contenerse, por no hacer algo... ¿Pero qué?

Al fin, la híbrida soltó su cuello y el hombre la soltó para que pudiera ponerse de pie. Ericka sintió que sus sentidos volvían poco a poco a ser los mismos y que se sentía cada vez mejor, más fuerte. Se volvió hacia el hombre. Era moreno. Tenía el pelo de un castaño oscuro y unos increíbles ojos marrones. Lucía un poco de barba, aunque Ericka intuyó que estaba mejor con ella. Su cuerpo estaba bien definido y sus ojos no se apartaban de ella en ningún momento.

—¿Quién eres? —le preguntó ella.

—Me llamo Lucian —sonrió.

Ericka iba a preguntar de nuevo, pero alguien la empujó hacia atrás, apartándola de aquel hombre. Lucas estaba en la habitación y parecía furioso.

—¿Quién es él? —le preguntó a Ericka.

—No lo sé. —Frunció el ceño, enfadada—. Es lo que estaba a punto de averiguar hasta que irrumpiste en la habitación. Por cierto, gracias, estoy bien.

—Sé que estás bien —aseguró él de mala manera—. Lo que quiero saber

ahora es cómo.

Lucas no despegaba sus ojos del desconocido mientras Lucian parecía divertirse con la situación. Ericka empezó a sentirse mal y aliviada al mismo tiempo. Qué tonta había sido...

—Lucas... —dijo despacio—. Él me dio su sangre. Me dio su sangre y estoy bien, no me muero. Así que...

—Es él.

Capítulo XXXVIII

Había estado tan pendiente de los dos hombres en los últimos minutos que se había olvidado de Adrien. Fue hacia el hombre que la había liberado. Vestía una especie de túnica de color azul oscuro, por lo que supo enseguida que era un mago. ¿Sería el mismo que la había capturado y ahora lo habían obligado a soltarla? Lo dudaba. Su pelo era de color rubio oscuro, casi castaño. Sus ojos eran marrones.

—¿Podrías desatar a mi amigo? —le preguntó Ericka.

El mago hizo un gesto afirmativo con la cabeza a la vez que Lucas se volvía extrañado hacia ella y preguntaba:

—¿Qué amigo?

Ericka simplemente lo ignoró y siguió al mago fuera de la habitación.

—Ya hablaremos de todo esto después —fue lo último que dijo antes de desaparecer tras el brujo.

Se encontraba en un pasillo bastante estrecho. Todo era de madera. Su habitación era la última de la derecha, lo que explicaba por qué sólo había un conducto en el dormitorio: porque sólo había una habitación a sus lados. Se dirigió con decisión a la puerta tras la que se encontraba Adrien. La abrió y se encontró con lo más extraño que habían visto sus ojos.

La habitación era idéntica a la suya y Adrien estaba tumbado en la cama. No podía hacer ni un mísero movimiento, ya que todo su cuerpo estaba recubierto por gruesas cadenas que los envolvían a él y a la cama.

Ericka se apresuró y se acercó a donde estaba, pero se quedó paralizada. El chico que tenía delante era muy extraño. Sacudió la cabeza y le indicó al mago que procediera. El hombre formuló unas palabras y Adrien quedó libre. Se puso en pie y la híbrida pudo observarlo mejor.

Tenía el pelo blanco y corto y los ojos azules como el cielo. Estaba muy bien formado y parecía atlético. Pero lo más notorio no era eso. De su espalda salían unas enormes y bonitas alas blancas que terminaban por debajo de sus rodillas.

—No te fies mucho del aspecto. —Sonrió Adrien—. Cambio con facilidad.

—¿Qué eres? —murmuró fascinada.

—Será mejor que hablemos de esto en otro momento, ¿no te parece?

—¡Karintia!

Ericka no tuvo tiempo de reaccionar y en menos de dos segundos estaba siendo estrujada por los brazos de su hermano. Sonrió con ternura y le devolvió el abrazo.

—No voy a poder despegarme de ti ni un mísero segundo, ¿verdad? —suspiró—. Me alegro tanto de que estés bien...

—No te preocupes, Tabak. —Sonrió—. No me ha pasado nada.

Alex apareció por la puerta y la híbrida corrió a abrazarlo. Lucas y Lucian entraron también en la habitación. Ya estaban todos. Se miraban unos a otros con extrañeza, pero nadie dijo nada.

—Bueno... —Tabak carraspeó—. Será mejor que todos vayamos al castillo y hablemos con tranquilidad.

Todos asintieron, conformes. Salieron de la cabaña y corrieron hacia el castillo a velocidad sobrehumana, excepto Adrien, quien fue volando hasta allí. Subieron en el más absoluto silencio hasta el salón y se fueron acomodando mientras Tabak les pedía a las sirvientas que preparasen algo de comer y trajesen bebidas.

—Bueno, ¿por dónde empezamos? —preguntó Tabak.

Él era el único que se dignaba a hablar. Los demás estaban muy ocupados mirándose unos a otros, evaluando la sala en la que se encontraban o simplemente con la mirada perdida.

—Creo que primero quiero saber quién me secuestró y por qué —dijo la híbrida—. Y creo que Adrien estará de acuerdo conmigo.

El chico sonrió y asintió levemente con la cabeza.

—Muy bien —suspiró su hermano—. Os secuestró un brujo poderoso, un mago. No recuerdo cómo se llama, pero el caso es que siente un profundo desprecio hacia los híbridos. No tolera la mezcla de sangre de distintas especies y es algo que no puede soportar. Es por eso que atrapa a cuantos puede y los mata.

—¿Por qué esperar tanto? —frunció el ceño.

—No lo sé. —Tabak se encogió de hombros—. No estaba en la cabaña cuando llegamos.

Ericka asintió y respiró hondo. Estaba teniendo un día de locos y ya no sabía cuándo iba a explotar.

—Bien. —Miró a Lucian—. ¿Quién eres tú? ¿Cómo me encontraste?

—Nunca te perdí. —Sonrió—. Siempre estuve cuidándote, Ericka, desde el primer momento en que te vi. Supe que habías desaparecido y busqué a un mago amigo mío para que te rastreara. Mi olfato no conseguía llevarme hasta ti y se acababa el tiempo. Si me hubiese retrasado unos minutos más...

—Nosotros la habríamos encontrado —terció Lucas—. No necesitábamos tu ayuda, lobo.

—¡Lucas! —lo reprendió Ericka.

El vampiro chasqueó la lengua, molesto, pero se mantuvo en silencio.

—¿Cuándo me viste? —le preguntó a Lucian.

—Cuando Ángel y Teo te llevaron al campamento. —Sonrió de lado—. Está muy mal hacerse la dormida mientras te hablan, ¿sabes?

Y entonces Ericka unió las piezas. Lucian era aquel hombre que había entrado en su tienda de campaña mientras ella trataba de escapar. Y, para no dar sospechas, había tenido que fingir que estaba dormida.

—¡Sabía que había escuchado tu voz antes! —exclamó ella—. ¿Tú sabías que era yo? ¿Sabías lo que era para ti?

—Lo supe en ese mismo momento, pero no quise decir nada dado que sabía que estabas despierta. No quería asustarte. Además, ¿cómo sino piensas que escapaste de allí? ¿Pura suerte? Cariño, había un lobo en la puerta de tu tienda. Si yo no le hubiera dicho que se tomara un descanso, habría oído cómo rasgabas la tela de la tienda y salías corriendo.

Ericka abrió la boca, asombrada. Lucian la había ayudado a escapar sin que se diera cuenta.

—Sabía que Teo y Ángel te ayudarían —prosiguió—. Los conozco desde que eran cachorros y no permitirían que te pasara nada malo. Además, sabía que Kirash te estaba buscando y ella también te ayudaría.

—Son demasiadas cosas que asimilar —suspiró—. Todo este tiempo... ¿Sabías que estaba buscándote?

—No, eso no lo sabía. —Frunció el ceño—. ¿Lo estabas haciendo?

—Pues claro.

Los dos se miraron a los ojos durante algunos minutos. Los ojos del lobo tenían algo que llamaba la atención de la híbrida, algo que no sabía definir muy bien.

—Creo que deberíais hablar de esto a solas —comentó Alex—. Mi pregunta es: ¿quién es él?

Señaló a Adrien, quien estaba sentado lo más cómodamente posible para

que sus alas no sufrieran ningún daño.

—Mi nombre es Adrien. —se presentó—. Soy un híbrido, igual que Karintia. Ella y yo éramos amigos hace mucho tiempo. Conocí a su padre y también conozco a su hermano.

—¿Un híbrido de qué, exactamente? —inquirió Lucas.

—De ángel y demonio —respondió Lucian con los ojos abiertos por la sorpresa—. ¿Cómo no me di cuenta antes?

—Tienes razón —asintió Adrien—. Eso es lo que soy. La mayor parte del tiempo soy un ángel y tengo este aspecto. Pero cuando no logro contener mi rabia, me convierto en diablo y no soy capaz de controlar mi cuerpo. Podría hacer cualquier cosa y yo no sería consciente de mis actos.

—Como los lobos en Luna llena —entendió Lucian—. Aunque ahora ya no tenemos ese problema. Las dos maldiciones se han roto.

—Esto es demasiado —murmuró Ericka—. Perdonadme, pero creo que voy a retirarme a descansar. No he logrado hacerlo muy bien estos días, así que...

—Por supuesto. —Alex se levantó y la abrazó—. Descansa, ¿de acuerdo? Ericka asintió. Adrien se levantó y se acercó a ella.

—Me gustaría que pasaras la noche aquí —le dijo antes de que el joven pudiera hablar—. ¿Lo harás?

—Por supuesto —sonrió.

—En la habitación en la que se hospeda Lucas hay dos camas —dijo Tabak—. Podrás quedarte allí el tiempo que necesites. Estás en tu casa.

—Gracias.

La híbrida caminó hasta Lucian, que permanecía sentado en un sillón.

—Quédate —le pidió.

—No puedo abandonar a mi manada, Ericka. —Le sonrió dulcemente.

—Sólo un día —suplicó.

Lucian sabía que ella era su debilidad, por lo que no pudo negarse.

—Pondremos una cama en la habitación de Alex. —Tabak estaba encantado por tener invitados.

—De acuerdo. —Sonrió el lobo.

—Bueno, creo que ya está todo solucionado. —dijo Ericka—. Me voy a la cama.

Se despidió de ellos con la mano y caminó hasta su habitación. Aquella vez, Karma no estaba en su cama, sino mirando por la ventana. Cuando vio a

la híbrida pareció aliviada. Corrió hacia ella y le dio la bienvenida con muchas caricias y lametones. La había echado de menos y Ericka también a ella.

Romilda apareció minutos después. Le quitó el vestido de la coronación y se fue mientras la joven se ponía el camisón. Estaba muy cansada y no dejaba de pensar en Lucas y Lucian. ¿Habría problemas esa noche? ¿Y a la mañana siguiente? ¿Tratarían de matarse el uno al otro?

Capítulo XXXIX

Era de madrugada. Hacía un poco de frío, aunque la habitación de Ericka estaba a buena temperatura. La joven se despertó y lo primero que vio fue a Karma dormida a su lado. Se levantó con mucho cuidado y fue hasta el armario. Buscó hasta encontrar una manta grande de color marrón, se enrolló en ella y caminó hasta su ventana, donde se encontraba el rincón de lectura. Se sentó con los pies en alto y miró hacia fuera.

El invierno estaba muy cerca. Los árboles ya estaban empezando a quedarse sin hojas y el frío aumentaba con cada noche que pasaba. Pronto las temperaturas descenderían drásticamente y el suelo empezaría a cubrirse de nieve. A Ericka le encantaba el invierno incluso más que el verano.

Miró su dormitorio. Karma seguía sin despertarse. Reinaba un silencio bastante inquietante, cosa que no le gustaba demasiado. Suspiró, se puso de pie y salió de su habitación. Quería comprobar que todo estuviese en orden antes de volver a intentar dormir.

Bajó las escaleras con la manta sobre los hombros y descalza. No era muy buena combinación, pero no había pensado en ponerse algún tipo de calzado antes de salir. De modo que caminó deprisa para volver cuanto antes pero sin dejar de ser sigilosa en su avance.

Primero se dirigió a la habitación de Alex, donde vio al vampiro y a Lucian en sus respectivas camas. Ambos parecían estar dormidos, así que cerró la puerta con cuidado y se dirigió a la habitación de Lucas. En ella estaban Adrien y el vampiro. Se internó un poco más en la habitación, asegurándose de que Lucas estaba de verdad en su cama. No quería que fuera en busca de Lucian ni al contrario. Después miró hacia Adrien, quien también parecía estar dormido. Sonrió y se alejó un poco.

—No pensarás en serio que está dormido, ¿verdad? —dijo la voz de Adrien a su espalda.

Se giró. El chico estaba detrás suya con una sonrisa. Vestía un pijama de color marrón, igual que el de su manta.

—¿No lo está? —preguntó ella desviando la mirada hacia Lucas.

—Ni tampoco Lucian. —Amplió su sonrisa—. No hay quien duerma hoy. Todos tenemos motivos para estar despiertos, ¿no? Incluso Tabak y tú.

—¿Te apetece dar un paseo? Quizás podríamos ir al salón y hablar.

—Me parece bien. De todas formas no voy a dormir. Pero, ¿estás segura de que has descansado? ¿No quieres dormir más?

Ericka negó con la cabeza y los dos salieron de la habitación. Caminaron hasta llegar al salón, donde tomaron asiento uno frente al otro.

—¿Por qué no te recuerdo? —preguntó ella al cabo de unos minutos—. Debería recordarlo todo de mi otra vida, ¿no?

—Eras muy pequeña. —Rió él—. Es normal que no te acuerdes.

—¿Cuántos años tienes?

—No sabría decirte —suspiró—. Perdí la cuenta. Pero sí sé que soy un año mayor que tu hermano.

—Entonces eres unos cuantos años mayor que yo —rió ella—. ¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

—Quieres que te cuente mi historia, ¿cierto? —La híbrida asintió—. No es una historia bonita ni tiene un final feliz.

—Quiero saberla de todos modos —insistió ella.

—Muy bien. Empezaré diciéndote que mis padres son las personas que tenían menos probabilidad de enamorarse de todo el Universo. Mi padre es el mismísimo Diablo, el único verdadero. Los demás son demonios y secuaces suyos. Y después está mi madre, la reina de los ángeles. Criaturas bellas, puras y buenas que luchan por la justicia. Al final resultó ser cierto que los polos opuestos se atraen.

—¿Entonces es cierto que existen el Cielo y el Infierno? —preguntó atónita.

—No es exactamente así, pero sí. Y también existen los ángeles y los demonios. Todo existe, o casi todo. Bueno, el caso es que se enamoraron y me tuvieron a mí en secreto. Todo el mundo creía que había sido un ángel quien había embarazado a mi madre, pero no era verdad. Cuando nací, era un niño normal y corriente. A nadie le asustó eso, por supuesto. Cuando los ángeles y los demonios nacen, no tienen nada en su cuerpo que los caracterice como tal. A los dieciocho años se van transformando muy lentamente. Primero aparecieron mis alas y todo el mundo creyó que yo era un ángel, uno normal y corriente. Hasta que un día, mi madre me hizo enfadar. Estábamos discutiendo por algo absurdo y me descontrolé. —Fruunció el ceño—. Mis alas blancas llenas de plumas se transformaron en unas alas negras con un tejido parecido al de los murciélagos. Unos cuernos negros crecieron en mi cabeza y mi

cabello se volvió rojo como el fuego. Lo último fue la cola roja típica de los demonios. Los ángeles se escandalizaron y me volvieron la espalda. Mi madre fue obligada a echarme de su reino. Entonces mi padre me acogió. Quiso convertirme en su príncipe, en un diablo cruel y despiadado como lo era él, pero no lo consiguió. Yo no quería ser un asesino, así que abandoné su reino. Al principio me sentí terriblemente solo y abandonado. No tenía familia y todo el mundo me odiaba por ser lo que soy. Ya no sabía qué hacer. Pero conseguí apañármelas. Me construí una casa y comencé una nueva vida en soledad. Ya no necesitaba de nadie. Y así ha sido hasta el día de hoy.

—¿No volviste a ver a tus padres?

—No, nunca.

Ericka se quedó pensativa. ¿Cómo podían unos padres abandonar a su hijo? Era antinatural, aunque nada en aquel mundo era normal.

—Lo que tus padres hicieron no estuvo bien —dijo—. Si te hubieran querido, habrían luchado por ti, pero no lo hicieron. Así que creo que hiciste bien en marcharte y vivir tu propia vida. Pero, ¿sabes? Ya no tendrás porqué estar solo. Nos tienes a mi hermano y a mí y estoy segura de que le encantará que te quedes. Le gustan mucho las visitas y más si se quedan por tiempo indefinido. Lucas y Alex llevan aquí desde que me trajeron.—rió.

—Me encantaría, pero no quiero ser una molestia.

—Y no lo serás —lo interrumpió—. Nos encantará tenerte con nosotros y sé que a Lucas y a Alex también. No eres Lucian, así que...

—Hablando del lobo. ¿Qué piensas hacer?

Adrien se acomodó más en el sillón mientras esperaba la respuesta de la híbrida.

—No lo sé —suspiró—. Esto es algo que me supera, Adrien. Nadie me dice lo que debería hacer. Yo no quiero que nadie muera, pero no puedo estar en una relación sentimental con los dos. No me sentiría bien conmigo misma. Podría establecer vínculos de sangre con los dos y alimentarme de ellos y ellos de mí sin establecer ninguna relación más allá de esa, pero sé que no sería capaz. No he pasado ni dos meses con Lucas y ya he empezado a sentir cosas. Cosas muy extrañas...

—Es tu compañero —le dijo él—. Es normal que sientas esas cosas. Pero lo peor aún no ha llegado.

—¿Puede ser peor?

—Lo será cuando empieces a pasar más tiempo con Lucian...y descubras

que sientes por él las mismas cosas que por Lucas.

Capítulo XL

Ericka no supo contestar a eso. Se quedaron en silencio sin saber qué decir.

—Creo que deberías dormir las pocas horas que te quedan.—dijo Adrien mientras se incorporaba.— No te preocupes por ellos. Estaré vigilando y te avisaré si pasa algo.

—¿Y tú no duermes?

—Soy un híbrido. —sonrió—. No me hace falta dormir.

—Yo también lo soy. —Se defendió ella.

—Sí, pero has pasado por mucho y tu transformación es demasiado reciente. Ni siquiera puedes establecer un enlace telepático.

Ericka bajó la mirada, avergonzada. Sabía que él tenía razón, así que era una tontería discutir o tratar de llevarle la contraria. Le dio un fuerte abrazo, le sonrió y se fue a su habitación aún con la manta sobre los hombros. Karma estaba despierta, pero parecía tranquila. Ella sabía que su dueña no había salido del castillo.

La híbrida se tumbó en la cama junto a ella y la pantera colocó la cabeza sobre sus piernas. De esa manera se despertaría en cuanto se moviese. No pensaba volver a perderla.

Y así, las dos se sumieron en un profundo sueño.

Ericka se despertó temprano aquella mañana. No aguantaba en la cama sabiendo que había dos personas en el castillo que podían matarse mutuamente. Y seguro que ganas no les faltaban...

—Buenos días, Karma —la saludó.

Ni siquiera esperó a que Romilda apareciera, sino que se metió directamente en el baño para darse una ducha. Estaba animada, aunque no sabía por qué. Simplemente era feliz.

Salió de la ducha, se secó y salió fuera, a su habitación, donde Romilda ya la esperaba.

—Hoy se ha despertado temprano, majestad. —Sonrió e hizo una reverencia—. Le he sacado dos trajes para hoy para que elija el que más le guste.

—Gracias, Romilda.

Ericka se acercó a la cama y mientras la mujer le apretaba el corsé, ella iba observando con detalle los dos vestidos. Escogió uno de color azul claro y blanco que tenía una capucha añadida. Tal y como estaba el tiempo, era mejor prevenir.

Cuando estuvo lista, le dio las gracias a la mujer y salió casi corriendo escaleras abajo. Caminó hasta el comedor y respiró hondo.

Allí estaban todos a excepción de Lucian, lo que decepcionó bastante a Ericka. Se le debió notar en la cara por lo que Lucas le dijo después.

—Tranquila, tu amor está perfectamente —dijo con burla—. Ha salido un rato.

Ella lo fulminó con la mirada y se sentó entre Tabak y Adrien.

—¿Cómo has dormido? —le preguntó el último con una sonrisa.

—Bien, aunque un poco inquieta. ¿Y tú?

—No he pegado ojo. —Sonrió con orgullo.

Ericka estalló en una gran carcajada, lo que aligeró un poco el ambiente. Siguieron comiendo mientras Ericka pensaba en la mejor forma de pedirle sangre a Lucas. Estaba muy borde y no quería que pagara sus problemas con ella. Aunque, en realidad, sus problemas también eran los suyos.

Suspiró. No se le ocurría nada y el vampiro parecía no estar dispuesto a ofrecerle su muñeca como los días anteriores. ¿De verdad la habría echado de menos? ¿La quería de verdad? Y si era así, ¿por qué se comportaba de aquella forma con ella? ¿Había hecho algo malo?

—Creo que debería comer algo —comentó en voz alta.

—Sí, yo también lo creo —dijo Lucas mientras se cruzaba de brazos.

Aquella actitud cabreó aún más a Ericka y no estaba dispuesta a que nadie le arruinara el día. De modo que se puso de pie y se alejó de la mesa.

—Seguro que Lucian estará encantado de darme lo que necesito —dijo con dureza antes de salir del salón.

Ella sabía que a Lucas le había hervido la sangre con sólo pronunciar el nombre del lobo, pero era demasiado orgulloso para ir tras ella y ofrecerle su sangre. Una lástima, pero ya se estaba hartando de su actitud. No lo entendía. ¿Por qué era tan complicado?

Ensimismada en sus pensamientos, Ericka había salido del castillo y estaba caminando hacia el bosque. Aquel parecía ser su refugio, el lugar al que siempre iba cuando estaba mal, aunque también cuando estaba de maravilla. Le gustaban mucho los árboles, las hojas de estos bajo sus pies, el

tacto de sus troncos, las ramas caídas... Se colocó la capucha y siguió avanzando. El cielo estaba nublado, pero no parecía que fuese a llover. Era el día perfecto para Ericka.

Una gran mancha marrón se movió a su derecha. Fue un movimiento rápido, pero Ericka había podido distinguir unas orejas y un rabo muy peludo, lo que fue suficiente. Sonrió, agarró la falda del vestido y echó a correr detrás del lobo. Era enorme y con mucho pelo de colores marrones. Parecía feroz, peligroso, agresivo y dominante, pero a la vez tierno, amable y protector. Ericka no sabía muy bien cómo definirlo. Sólo se dejó llevar, disfrutando aquel momento mientras trataba de alcanzarlo. Pero entonces el lobo se dio la vuelta y saltó por encima de ella. Para cuando quiso dar media vuelta, el lobo había desaparecido.

—Se nota que eres un perro —rió ella—. Os gusta jugar.

Un soplo de aire caliente llegó hasta su nuca segundos antes de que un enorme hocico le acariciara suavemente el cuello. Ella cerró los ojos y sonrió, disfrutando cada caricia.

—Por supuesto que nos gusta jugar —escuchó la voz de Lucian en su cabeza.

La híbrida abrió los ojos por la sorpresa y se giró para mirarlo. El lobo sonrió y se alejó trotando hacia un árbol cercano. Ella esperó pacientemente y unos minutos después, Lucian caminaba hacia ella con una sonrisa en sus carnosos labios.

—Parecías sorprendida —dijo.

—¿Cómo has hecho eso? —le preguntó ella—. Ha sido increíble. Jamás había podido escuchar a nadie así.

—Porque tenemos un vínculo. —Se detuvo junto a ella—. Es más fuerte que el de cualquiera, a excepción de Lucas. Establecer un enlace telepático conmigo sería mucho más fácil que hacerlo con tu hermano. Nuestras mentes ya están conectadas desde que nacimos. Pero para que ese vínculo sea más fuerte, debemos tener un lazo de sangre y fortalecerlo día a día.

—Entiendo —asintió Ericka—. ¿Y por qué con Lucas no puedo hacerlo?

—Porque Lucas no quiere sentir. —Se encogió de hombros—. No es mi culpa que quiera cerrarse. Lo que no pienso tolerar es que te dañe de ninguna forma.

Ericka sonrió y asintió con la cabeza, indicando que le parecía bien. Lucian la miró fijamente con el ceño fruncido. Después sonrió y se mordió la

muñeca.

—Toma. Veo que Lucas no se ha tomado muy bien mi presencia aquí.

—No lo sabes bien —suspiró Ericka.

Tomó el brazo del lobo y con mucho cuidado introdujo sus colmillos en la piel de su muñeca. Lucian apretó la mandíbula y cerró los ojos, inspirando profundamente. Ericka cerró los ojos también y disfrutó de la sangre del lobo. A comparación con la de Lucas, la de Lucian era mucho más dulce, aunque no por eso quería decir que fuese mejor. Simplemente que el sabor no era el mismo...

Estaba muy nerviosa. Era la primera vez que bebía de él estando consciente y de forma voluntaria. La primera vez casi la había obligado. Sonrió y dejó de beber. Lamió la herida y se limpió la boca. Lucian abrió los ojos y le dedicó una gran sonrisa. Después acercó su mano a la comisura del labio de la híbrida y le retiró unas gotas de sangre que habían quedado por allí perdidas.

—Gracias. —Ericka sabía que en cualquier momento se ruborizaría.

—No hay de qué.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Ya la estás haciendo —rió él—. Pero adelante.

Empezaron a caminar hacia el castillo.

—¿Qué sientes cuando te muerdo? —le preguntó.

— Aún no estoy seguro. —Frunció el ceño—. ¿Sabes? Todo esto también es nuevo para mí. Claro que he tenido otras mujeres, no voy a mentirte, pero jamás había sentido nada igual. Soy un novato en esto y aún no sé cómo explicarlo. ¿A ti te pasa lo mismo?

—Aún no estoy seguro...

—Exactamente igual —asintió.

—No te preocupes. Pasaremos por esto juntos.

Aquel hombre destilaba poder por cada poro de su piel. Ericka se sentía segura y protegida a su lado, aunque ella fuera una híbrida. No podía estar tranquila cuando él estaba cerca porque la ponía muy nerviosa. Su corazón se aceleraba con tan sólo olerlo. Ese aroma tan peculiar que Ericka ya había aprendido a identificar: menta mezclado con madera. Sí, un aroma muy peculiar.

Capítulo XLI

Llegaron al castillo, pero no entraron, sino que se quedaron en los alrededores. Ericka no podía creer su buena suerte. Había encontrado a sus dos compañeros y los tres podrían tener una vida feliz y eterna. Pero, ¿qué hacía ahora? Estaba claro que Lucas no le era indiferente ni mucho menos. La atraía de una forma que no era capaz de explicar. Era como si su cuerpo lo necesitase, pero su mente se negaba a creerlo. Cuando bebía su sangre, no se creía capaz de parar. Era adictiva y con un toque amargo que, en lugar de asquearla, le gustaba.

Pero a pesar de todos aquellos sentimientos hacia el vampiro, había algo de Lucian que también la atraía, aunque en menor medida. Era misterioso, protector, poderoso y a veces un poco mandón (como cuando la obligó a beber su sangre, aunque fue por su bien), pero también era cariñoso, bueno y amable. Tenía cosas buenas y otras no tan buenas, pero no parecía tener nada que realmente disgustara a la híbrida. Y Lucas tampoco. Aunque quizás una cosa que la molestaba sobremanera era su forma bipolar de ser y que fuera tan posesivo.

—Mira dónde estaba —dijo una voz a su derecha.

Se encontraban muy cerca del bosque, dado que habían seguido caminando. Teo apareció por su derecha con una gran sonrisa, la cual se borró de su rostro al percatarse de la presencia de Lucian.

—Señor —dijo sorprendido—. Nosotros no... ¿Qué hace aquí?

—¿Nosotros? —inquirió él con una sonrisa que daba a entender que la situación le divertía—. Yo sólo te veo a ti.

—¿Papá? —preguntó Ángel saliendo del bosque—. ¿Qué haces aquí?

¿Papá? Ericka miró desconcertada a Lucian. ¿Él era el padre de Ángel y no se lo había dicho? Y sin saberlo, lo que más le afectaba era la idea de que su lobo hubiese intimado tanto con una mujer hasta llegar a formar una familia. ¿Qué pintaba ella allí entonces? Espera. ¿Había vuelto a referirse a él como “su” lobo? Sí, lo había hecho.

—Si me permites, te lo explicaré —sonó su voz en la cabeza de la híbrida.

Ella respiró profundamente mientras Ángel llegaba al lado de Teo y

miraba a Lucian con curiosidad. Después asintió y esperó a que el lobo comenzara con sus explicaciones.

—En realidad, Ángel no es mi hijo biológico —dijo—. Lo adopté cuando era un cachorro. Sus padres murieron muy jóvenes y nadie quería hacerse cargo de él porque eran tiempos de necesidad. Apenas teníamos comida y no había animales que cazar. Fue el invierno más duro que recuerdo. Así que lo acogí como si fuera mi propio hijo y lo crié para que algún día ocupara mi lugar. —Miró a Ángel y sonrió—. Y creo que he hecho un buen trabajo, ¿no te parece?

—Yo creo que sí. —Ericka sonrió.

Había sacado conclusiones precipitadas y, como siempre ocurre, se había equivocado. Tenía que dejar de ser tan impulsiva y aprender a dejar que las personas se expliquen más a menudo. La había aliviado enormemente saber que Lucian no tenía hijos.

—¿Y bien? —inquirió Teo—. ¿Qué hacéis aquí? ¿Os conocíais?

—En realidad, Teo, yo ayudé a Ericka a salir de nuestro campamento sin que ella se diera cuenta —le contó—. Es mi compañera.

Las caras de los dos lobos no tenían precio. Se habían quedado mudos y quietos como estatuas. La híbrida ni siquiera estaba segura de si respiraban o no.

—Espero que esto no sea una broma del mal gusto —habló Teo al final—. ¿Es cierto?

Los ojos oscuros del lobo se clavaron en los de ella. Ericka asintió y miró a Lucian, quien había quitado la sonrisa de su cara. No estaba muy serio, pero tampoco estaba muy contento.

—Bueno... Es una buena noticia que hayas encontrado a tu pareja —dijo Ángel—. Ya iba siendo hora.

Teo no habló más y Ángel estaba empezando a sentirse incómodo, igual que Ericka.

—Creo que deberíamos volver al castillo —opinó Lucian—. Los demás querrán saber que estás bien. Se preocupan por ti.

—Vendré a verte luego —le dijo Ángel a la híbrida—. Sólo quería saber que estabas bien y que te habían encontrado. Hemos estado buscándote como locos.

—Gracias. —Sonrió ella.

Caminó hasta él y lo abrazó con fuerza.

—Gracias por preocuparos por mí. Estoy bien, gracias a Lucian. —Miró al lobo—. Si no hubiera llegado a tiempo, estaría muerta.

—Bueno, no exageres. —Sonrió él mientras se rascaba la nuca—. Seguro que Lucas y tu hermano te hubieran encontrado. También lo eres todo para ellos.

—Sí, lo sé.

Teo estaba tan ensimismado en sus pensamientos que ni siquiera se despidió de Ericka, lo que la apenó un poco. Los dos lobos caminaron hasta perderse entre los árboles.

—Teo. —Lucian rió y sacudió la cabeza—. Le gustas mucho, ¿sabes?

—¿Mucho? —inquirió ella—. ¿Cuánto es mucho?

—Tanto como para pensar que quizás podrías haber estado con él aunque no fuera tu compañero.

—¿Eso es posible? —preguntó ella.

—No es imposible —le aclaró—. Está claro que lo que sientes hacia tu compañero (o compañeros, en este caso) no lo sientes por ninguna otra persona. Pero eso no significa que no puedas verte atraído por otro vampiro, otro licántropo o alguien de otra especie totalmente distinta.

—No lo entiendo del todo bien. —Frunció el ceño.

Lucian levantó suavemente su cara hasta que sus ojos se encontraron con los de ella.

—No tienes que entenderlo —le dijo—. Tienes que sentirlo.

El lobo le dedicó una pequeña sonrisa y Ericka se vio incapaz de no corresponder al gesto. Comenzaron a caminar hacia el castillo mientras Ericka pensaba en Lucas. ¿Seguiría de mal humor? No, estaría aún peor. Sabía que había bebido de Lucian, pero él no le había dejado otra opción.

—¿Sabes? Alguien debería hacerle entender a Lucas lo que está pasando —dijo—. No creo que se esté percatando de las consecuencias de sus actos. Prácticamente, te está echando a mis brazos. Está haciendo que te alejes de él. Y por mucho que a mí pueda beneficiarme eso, sé que no es lo correcto. Esto no es un juego y no debería serlo para él. Si Lucas sigue comportándose de ese modo, te hará daño. Y eso es algo que jamás voy a permitir. ¿Lo entiendes?

Ericka asintió lentamente a la vez que bajaba su mirada hacia el suelo.

—No. —Lucian volvió a hacer que subiera la mirada hacia sus ojos y después subió las comisuras de los labios de la joven con sus dedos hasta hacerla sonreír—. Así está mucho mejor, ¿no crees? Eres hermosa, pero aún

más cuando te vistes con esa preciosa sonrisa.

Sus mejillas ardían a más no poder. Estuvo a punto de volver a bajar la mirada, pero aquellos ojos la tenían hipnotizada. Para cualquier otra persona, podrían parecer unos ojos castaños normales y corrientes, pero no lo eran. Algo brillaba en el fondo de ellos. Una luz que se había instalado allí permanentemente desde que Lucian supo que Ericka era real. Era la luz de la esperanza, la luz de un amor que todavía nadie le había enseñado a conocer. Pero la híbrida sería su maestra a la vez que su aprendiz. Lo único malo era Lucas. Sabía que tendría que compartirla con él, pero no quería. Lucian siempre había sido muy posesivo y aquella cualidad se había incrementado con Ericka. Sin embargo, estaba dispuesto a cambiar. Estaba dispuesto a ceder por ella. Lo haría todo por ella.

Llegaron al castillo y subieron al salón. Tabak estaba allí sentado con un vaso de whisky con hielo en su mano derecha.

—¿Bebiendo tan temprano? —inquirió su hermana.

—Créeme, lo necesitaba —Sonrió.

—¿Y Lucas? ¿Ya se le ha pasado el mal humor?

Ericka se sentó junto a Tabak mientras Lucian permanecía de pie.

—Empeoró cuando tú te marchaste —se sinceró.

—Él hizo que me fuera —se defendió ella.

—Lo sé. —Movié el vaso, haciendo sonar los hielos—. Tu forma de actuar fue la correcta, Karintia. Lucas no tenía por qué portarse así contigo y ha pagado el precio. Y de verdad admiro que seas capaz de ponerte firme cuando se trata de tu compañero. No quiero que nadie te haga daño.

—Sí, ya me han dicho algo parecido. —Sonrió—. Tranquilo, sé cuidarme sola. Pero sé que Lucas no va a ponerme una mano encima.

—No estaba hablando de daño físico, precisamente.

—De forma psicológica ya lo ha hecho. —Se encogió de hombros—. No voy a decir que no me importa, porque no sería cierto, pero yo no tengo la culpa. Mis actos siempre han tenido un motivo. No he hecho nada de lo que me arrepienta.

Tabak asintió, conforme. Mientras su hermanita pequeña no sufriera, él sería feliz.

Capítulo XLII

—¿Y dónde está ahora? —le preguntó Ericka a su hermano.

—Ni idea. —Se encogió de hombros—. Salió del castillo hace un rato y nadie sabe a dónde fue.

—No entiendo por qué lo hace —suspiró Ericka.

—Quizás deberías hablar con él y tratar de entenderlo.

Ella asintió levemente, pero no se movió.

—Vamos —la animó Lucian—. Te ayudaré a encontrarlo.

Comenzaron a caminar y la princesa miró a Lucian de reojo. ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué ayudaba a Lucas? Él se beneficiaría si el vampiro seguía con ese comportamiento.

—Di lo que te ronda por la cabeza antes de que te explote —rió.

Habían salido del castillo y Lucian se había parado frente a ella. Ericka lo miró a los ojos.

—Estás ayudando a Lucas —afirmó—. ¿Por qué?

—Creo que lo estás viendo de una manera que no es. —Sonrió—. Esto no es un capricho, Ericka. Los compañeros son algo más que una simple pareja. Perder a tu compañera es lo peor que puede pasarte en la vida y no le deseo ese destino ni al peor de mis enemigos. Por eso ayudo a Lucas, además de por ti. Si él permanece así por más tiempo, tú sufrirás, y ya te he dicho que no voy a permitir que nadie te haga daño. Espero que Lucas obre de la misma manera conmigo.

—¿Quieres que Lucas te pare los pies si llegas a hacerme daño?

—Espero que no llegue jamás ese día, pero sí. Ya te lo he dicho: no eres un capricho. Eres mi compañera. Y por nada del mundo me arriesgaría a perderte.

Ericka sonrió y sin pensarlo se puso de puntillas y depositó un beso en la mejilla de Lucian. Después se ruborizó y el corazón se le aceleró. Frunció el ceño, desconcertada.

—No sabes por qué lo has hecho, ¿cierto? —rió el lobo.

El rubor de la híbrida se intensificó.

—Supongo que algún día lo entenderás. —Sonrió—. Ahora vamos a buscar a Lucas.

Lucian le indicó que esperase allí y él caminó hasta el bosque, donde se quitó la ropa y se transformó. Ericka lo vio llegar y no pudo evitar la tentación de acercarse más al enorme lobo. Sus ojos seguían siendo marrones, pero parecían más salvajes. Alzó una mano y acarició suavemente a Lucian mientras este cerraba los ojos y la dejaba hacer. La princesa pasó su mano por las orejas, el hocico, el torso... Después se detuvo bruscamente. Ni siquiera sabía lo que había estado haciendo. Se sentía bastante bien, pero una punzada en su corazón no la dejaba disfrutar tranquila... Y ella sabía que era por Lucas.

—Pongámonos manos a la obra —suspiró.

Lucian abrió los ojos y le sonrió con dulzura para después acariciar su cuello con el hocico. Aquel gesto hizo sonreír a Ericka.

El lobo pegó el hocico al suelo y empezó a rastrear al vampiro. Sin embargo, a los pocos minutos gruñó, echó a correr y volvió convertido en humano, vestido sólo con sus pantalones y con la camiseta en la mano.

Ericka lo observó detenidamente. Sus brazos eran fuertes y musculosos, su espalda ancha y sus abdominales y pectorales definidos. Fue entonces cuando se preguntó si habría algún ser sobrenatural que no tuviera un cuerpo de infarto.

—Puedes hacerme una foto, si quieres. —Lucian sonrió de lado.

—¿Lo has encontrado? —cambió de tema.

—El muy cabrón está en tu habitación —rió—. Si te das prisa y eres sigilosa, podrás sorprenderlo.

—¿Y tú qué vas a hacer?

No entendía por qué se preocupaba tanto por el lobo, pero intuía que se debía a que eran compañeros.

—Tengo que ver cómo están mi manada y mi hijo. Me da que Teo está un poco dolido conmigo y quiero hablar con él, así que posiblemente me retrase un poco. Pero volveré antes de que se ponga el sol.

—Suerte. —Sonrió Ericka.

—No soy yo quien va a hablar con un loco vampiro bipolar.

Ericka abrió tanto los ojos que Lucian creyó que se saldrían de sus órbitas.

—¿Me lees la mente?

—No, pero me alegra saber que tú también piensas lo mismo —rió.

Lucian echó a correr mientras se ponía la camiseta. Ericka suspiró y se dirigió hacia el castillo. Corrió con sigilo hasta su habitación y entró sin hacer

ruido. Todo parecía normal, aunque Karma parecía enojada. Sonrió y acarició a su mascota.

—No me merezco que me perdones —habló Lucas a su espalda.

La princesa se sobresaltó y se giró para mirarlo a los ojos. Parecía terriblemente arrepentido, pero molesto a la vez.

—Ni siquiera merezco todo lo que ese lobo ha hecho por mí — prosiguió—. Os he estado escuchando. No te merezco, Ericka. Pero eres mi compañera y te necesito, igual que tú me necesitas a mí o a Lucian.

—Lucas...

—Déjame decirlo, Ericka —le pidió—. Posiblemente no pueda volver a hablar de este modo.

Inspiró profundamente y la miró a los ojos.

—Desterré mis sentimientos humanos y me centré únicamente en mi puesto de soldado. Fui escalando puestos con sangre fría hasta llegar a ser la mano derecha de tu hermano y le prometí que te buscaría. Por eso, Alex y yo abandonamos el reino de Ákaton. Cuando te encontré, te odié los primeros minutos. Pero no por ti, sino por lo que habías conseguido despertar en mi interior. Había estado tanto tiempo sin sentir nada por nadie que lo había olvidado. Y cuando descubrí quién eras, tanto para el reino como para mí, no supe cómo actuar. Resultaste ser una chica difícil para mí, fuerte y decidida. Tu carácter me enamoró desde el primer momento. Sentía unas ganas terribles de convertirte todo el rato, pero me decía a mí mismo una y otra vez que no surtiría efecto. Y ahora que has encontrado a Lucian...No sé qué hacer. Ni siquiera entiendo muy bien por qué ese lobo me ayuda.

—Te ayuda porque sabe que es lo correcto —le dijo ella—. Pero si dejaras de encerrarte en ti mismo, todo sería más fácil. ¿Por qué no quieres sentir? ¿Es porque te hicieron daño?

—Nunca me he enamorado de nadie —confesó—. Lo hice porque los sentimientos me parecían algo inútil y no quería sufrir por no encontrar a mi compañera. Hubo otras mujeres, claro, pero ninguna me hizo sentir nada. Me convencí a mí mismo hasta creer firmemente que no iba a encontrar nunca a mi alma gemela y así todo sería más fácil. Pero cuando te encontré, supe que te haría daño porque yo ya no sabía sentir. Decidí cambiar, aunque sin muchos resultados, me temo.

Ericka permaneció en silencio unos minutos. No sabía muy bien qué decir, pero tampoco podía quedarse callada.

—Cuando veía cómo esos lobos trataban de ligar contigo... —contó—. Se me ponía la piel de gallina. Era insoportable.

—Por eso te fuiste del bar —entendió ella—. Porque no soportabas verme con Teo y Ángel.

Lucas no dijo nada, pero su silencio habló por él. Dio media vuelta, pero al hacerlo, sus ojos verdes resplandecieron. Fue entonces cuando Ericka recordó lo último que había visto antes de perder su libertad, lo último que había visto en aquel bar: un destello verde. Aquel destello que la separó de los labios de Mateo.

—No tenías pensado llevarme contigo todavía —murmuró—. Por eso Alex y tú discutisteis la noche antes. Él quería esperar y tú no. Y cuando Teo me besó, no lo soportaste y aceleraste todo el proceso.

—Alex quería esperar a que tu hermano llegase a la ciudad, pero no pude —se sinceró—. Cuando te besó, yo... No pude. Me sentí rabioso y me dolía el pecho. Era algo que nunca había sentido y no quería volver a hacerlo. Así que, sin el consentimiento de Alex, te llevé conmigo aquella noche.

—Y Alex apareció después en mi celda cuando ya supo la verdad de todo lo que había pasado.

Las cosas ya empezaban a tomar más sentido.

—Vuestra coronación se ha pospuesto —dijo él, volviendo a su tono frío—. Tabak ha decidido que antes quiere que aprendas a defenderte, que aprendas a ser un vampiro. Alex te impartirá clases a partir de mañana, ya que yo no me veo en condiciones de enseñarte.

Ericka se decepcionó al escuchar eso. Pensó en Lucian. Él sí le daría clases para enseñarla a ser una loba. Entonces entendió que debía hacerle comprender a Lucas lo que implicaba aquella decisión.

—Lucian se ofrecerá a enseñarme —dijo antes de que se fuera, deteniendo así su avance—. Él me enseñará cómo ser una buena loba.

—Lo sé.

Lucas siguió avanzando hacia la puerta.

—Me estás echando a sus brazos, Lucas —dijo ella recordando las palabras del lobo.

—También lo sé.

Capítulo XLIII

Ericka estaba triste. Aquella noche se cambió deprisa con la ayuda de Romilda y después se metió en la cama con Karma. No tenía ánimos para nada más, pero quería esperar a que Lucian llegara al castillo. Le había dicho que llegaría antes de que se pusiera el sol y éste ya estaba oculto en el momento en el que el lobo llamó a su habitación. Y después, sin esperar a que la joven contestase, entró.

—¿Cómo te ha ido? —le preguntó con una sonrisa.

—Seguro que peor que a ti —dijo ella—. ¿Cómo se lo ha tomado Teo?

—Él sabe que su compañera llegará. —Se sentó en la cama, a su lado—.

Y entiende que yo encontré a la mía y que tengo mucha suerte por eso.

Ericka asintió, pero Lucian le notaba la tristeza en su cara.

—¿Qué ha pasado con Lucas, Ericka? —le preguntó.

—Ha dejado bien claro que prefiere que esté contigo —dijo con dureza—. No quiere enseñarme, así que Alex se encargará de ello. Le dije que me estaba echando a tus brazos, tal y como tú me dijiste, pero parece que su intención es esa.

—Se le pasará, Ricka —la consoló.

Se tumbó a su lado en la cama y pasó un brazo por sus hombros. Ericka se acomodó junto a él y trató de retener las lágrimas.

—Me ha contado muchas cosas sobre él —dijo—. La razón por la que siempre es tan frío, pero no lo entiendo. Si me quiere, ¿por qué no lo demuestra? ¿Por qué no hace algo para tenerme, Lucian?

—Porque cree que te tiene de segura. —La híbrida frunció el ceño—. Cree que pase lo que pase, tú seguirás estando ahí, esperándolo, y espero que así sea. Pero él no debe saber eso. Tiene que tener miedo de perderte, cariño. Porque sino, no luchará por ti.

—Sí, lo entiendo —asintió—. Algo parecido pasa en las relaciones humanas.

—Los compañeros van más allá de las relaciones amorosas, ya te lo expliqué. —Sonrió—. Pero ahora, duerme. Necesitas descansar.

—¿Por qué? —inquirió molesta—. No lo entiendo. ¿No se supone que soy una híbrida? Los vampiros pueden dormir muy poco tiempo, ¿no? ¿Por qué yo

no?

—Porque los lobos sí que duermen —le explicó él—. Y tú tienes mezcla de los dos. Estoy seguro de que si necesitas mantenerte una noche entera despierta, podrás hacerlo y te encontrarás en perfectas condiciones. Pero por ahora no.

—Entiendo.

Ericka cerró los ojos. Lucian creyó conveniente dejarla descansar, así que le dio un beso en la frente e intentó salir de la cama, pero Ericka le agarró la muñeca.

—Duerme conmigo —le pidió sin abrir los ojos.

Lucian sonrió con ternura y acarició el cabello de su compañera.

—Créeme que me encantaría —aseguró—, pero no creo que sea justo para Lucas.

Se puso de pie y caminó hacia la puerta.

—No deberías ser tan bueno con él —escuchó la voz adormilada de Ericka—. Él nunca haría estas cosas por ti. Eres un lobo.

Y precisamente por estar medio dormida, Lucian supo que decía la verdad.

—Lo sé —esbozó una triste sonrisa.

Ericka se despertó de mejor humor la mañana siguiente. Se levantó de la cama y se dirigió al armario para decidir qué quería ponerse.

—No, alteza —le dijo Romilda haciendo una reverencia—. Hoy empieza su entrenamiento y el príncipe ha encargado que le hicieran algo especial.

Cogió una funda de color negra y la colocó encima de la cama.

—Podéis daros una ducha si queréis mientras yo preparo vuestra ropa —le dijo la mujer.

Ericka se metió en el baño, llenó la bañera y se desnudó. No quería ir con prisa, pero tampoco quería hacer esperar a los demás, así que no se entretuvo demasiado. Se secó y salió del baño pensando que Romilda le ajustaría el corsé, pero no fue así. En lugar de eso, la mujer le mostró un sostén negro de los que ella usaba antes.

—Hoy vestirá como un soldado, me temo —dijo la sirvienta.

—Creo que hasta lo había echado de menos —sonrió Ericka.

Se puso el sujetador y después echó un vistazo a la ropa. Asintió y se fue colocando cada prenda en su lugar con la ayuda de Romilda. Cuando se miró

al espejo se sintió extraña.

Llevaba unos pantalones de talle medio de color gris bastante ajustados; una camiseta del mismo color de cuello alto, cuya manga derecha estaba completa hasta la muñeca y la manga izquierda le llegaba por debajo del hombro. Para finalizar, como calzado llevaba unas cómodas botas bajas de color negro. Se había dejado el pelo suelto, pero se había colocado un coletero en la muñeca derecha. Estaba lista.

Bajó hasta el comedor, donde se encontraban Adrien y Alex.

—Buenos días, princesa. —Sonrió el vampiro—. Tu hermano me ha pedido que te diga que ha tenido que salir un rato, pero cree que llegará para la hora de comer.

—De acuerdo —asintió ella—. ¿Qué tal, Adrien? Ayer no te vi casi nada.

—Estoy bien. —Se encogió de hombros—. Por cierto, Lucian también ha tenido que marcharse. Dijo que tenía que reunirse con su manada, pero que estaría de vuelta a tiempo para darte la primera dosis de sangre. No bebiste anoche, ¿verdad?

—No me acordé —suspiró—. Pero ahora me quema la garganta. Espero que no tarde mucho...

Ericka se sentó y esperó a que terminaran de desayunar.

—¿Te apetece empezar tu primera clase? —le preguntó Alex después.

—Estoy impaciente, profesor. —Sonrió.

Se despidieron de Adrien y salieron del castillo.

—¿Qué es lo primero que tengo que aprender? —le preguntó.

—Lo primero sería aprender a cazar, pero en tu caso eso no será necesario —dijo—. Tú no necesitas alimentarte de otros que no sean tus compañeros, y ellos te dan su sangre de forma voluntaria.

—Bueno, tampoco me vendría mal aprender a cazar a Lucas. —Hizo una mueca.

—Tendrás que tener paciencia con él —rió el vampiro.

—Entonces, ¿qué es lo primero?

—Controlar tu fuerza y tu velocidad.

—¿Cómo lo hago?

—Practicando conmigo.

Alex se puso delante de ella y sonrió de lado.

—Empecemos con la velocidad —dijo, y desapareció.

Ericka sonrió y corrió detrás suya, pero no consiguió alcanzarlo. Veía los

árboles pasar a mucha velocidad por su lado y se sentía excitada, llena de adrenalina. Siguió corriendo más y más deprisa habiendo perdido de vista a Alex, pero no le importó. Varios minutos después, unos fuertes brazos la sujetaron por la cintura desde atrás y la pegaron contra un cuerpo duro y musculoso.

—¿A dónde crees que vas? —Sonrió Alex en su oído—. Unos metros más y hubieses salido de Transilvania. Estás muy lejos de Ákaton.

—¿En serio? —Ericka parecía sorprendida.

—Los vampiros podemos viajar a una velocidad increíble —le explicó—. Pero puedes hacerlo incluso mejor. Al contrario de lo que piensan los humanos, la velocidad puede mejorarse. Es como correr más o correr menos cuando eres humana. ¿Qué haces para mejorar?

—Correr todos los días hasta que tu cuerpo se acostumbra, ¿no? —respondió ella.

—Entrenas —asintió el vampiro—. Pues los vampiros tenemos que hacer lo mismo. Y tengo entendido que con los lobos ocurre igual, así que te servirá para los dos.

—Entiendo.

—¿Quieres probar tu fuerza? —le preguntó Alex con una sonrisa.

Ericka asintió y el vampiro se acercó a un árbol. Agarró el tronco y tiró de él hasta sacarlo del suelo con raíces incluidas, lo que asombró a la híbrida. Alex esbozó una sonrisa.

—Toma —le dijo a la vez que le tiraba el árbol para que lo cogiera.

Ericka no sabía muy bien cómo hacerlo. ¡Ni siquiera sabía por dónde agarrarlo! A pesar de ello, lo hizo bastante bien. El tronco golpeó su pecho, haciéndola tambalear, pero guardó bien el equilibrio a la vez que agarraba con firmeza el árbol. Pesaba un poco, pero podía soportarlo.

— Ahora mismo podrías cargar fácilmente un objeto de tres veces tu peso —le informó el vampiro—. Un árbol es bastante más pesado, así que ya es un logro bastante importante. Tendrás que utilizar el gimnasio del castillo.

—¿Gimnasio? —Ericka se sorprendió—. Yo nunca he visto ningún gimnasio.

—Porque está bajo tierra —rió Alex—. Es un sótano al que se accede por el jardín trasero, cerca del sitio por el que os escapasteis los dos lobos y tú cuando nos atacó su manada.

—¿Y qué hacemos ahora? —le preguntó al vampiro.

—Tabak me ha pedido que intente establecer un vínculo telepático contigo.—le dijo.— Lamentablemente, no es tan fácil. Es algo que debe salir sólo. No puedo enseñarte a hacerlo, ¿entiendes? Sería más fácil si lo hicieras con tu compañero, pero Lucas se niega a...

—Ya lo hice —lo interrumpió Ericka—. Lucian me habló y su voz sonó dentro de mi cabeza. Pero yo no podía hacer lo mismo...

—¿Lo intentaste? —inquirió él.

Ella frunció el ceño y después negó con la cabeza. Era verdad, ni siquiera lo había intentado. No sabía ni cómo intentarlo, así que...

—Me voy a arrepentir de decir esto —suspiró—, pero creo que deberías intentar que Lucian te enseñe. Trataré de que Lucas entre en razón y cambie de parecer, pero es muy tozudo.

—No lo hará. —Su rostro se ensombreció—. Me miró a los ojos y me lo dijo, Alex. No va a luchar por mí.

—Eso es imposible —murmuró él.

Ericka no dijo nada más. Se mantuvo en silencio mientras el vampiro se perdía en sus pensamientos. Después, sin previo aviso, Alex comenzó a caminar.

—Estamos muy lejos —le dijo ella—. Llegaríamos antes si corriéramos.

—¿Qué? —La miró—. Ah, sí, por supuesto. Se me había olvidado nuestra carrera.

Los dos se pusieron a correr, pero Ericka ya no prestaba atención a nada a su alrededor. Sólo estaba pendiente de Alex, pues parecía que en aquel estado podía darse de bruces contra un árbol, y no estaba segura de si eso podía dañarlo de alguna manera. ¿Por qué estaba así? ¿Tanto le sorprendía el comportamiento de su amigo?

Tenía hambre. Ojalá Lucian hubiera llegado ya.

Capítulo XLIV

El lobo la estaba esperando a las afueras del castillo y le dedicó su mejor sonrisa cuando la vio llegar. Estaba hermosa vestida de aquella forma, mucho mejor que con aquellos trajes anticuados. Aunque a ella todo le quedaba bien.

—Estarás hambrienta —le dijo.

—Mucho. —Sonrió—. Me decepcionó que no estuvieras cuando fui a desayunar.

—Tuvo que ser duro despertar y ver que tu comida se había ido.—rió él.

Ericka también se echó a reír y asintió.

—Bueno, yo os dejo solos —dijo Alex mientras caminaba hacia el castillo.

Lucian volvió a sonreír y le ofreció su muñeca a la híbrida. Ella la tomó e inyectó sus colmillos en la piel del lobo. Su sangre era exquisita y su cuerpo le pedía más, le pedía no soltar su muñeca nunca. Pero no podía. Aún no sabía cuánta sangre podía tomar. Debía ser cautelosa.

Soltó su muñeca, lamiendo la sangre que había quedado fuera de la herida y limpiándose los restos de la boca con el dorso de la mano.

—¿Estás segura de que has tomado suficiente? —le preguntó el lobo.

—Nunca es suficiente.—confesó.— Pero con esto voy bien y me mantiene fuerte.

Lucian sonrió y la acercó más a él, poniendo sus brazos alrededor de su cintura.

—Puedes beber todo lo que quieras, cariño. —Sonrió—. Los lobos tenemos más sangre en nuestro organismo que los humanos, por lo que puedes tomar más cantidad. Cuando note que me debilito, te lo diré. Mientras, puedes beber todo lo que quieras, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Sonrió.

—¿Qué has hecho hoy? —le preguntó el lobo mientras se ponían a caminar.

—Alex y yo hemos corrido hasta casi la frontera de Transilvania —le contó—. Y me ha dicho que necesito entrenar y que tendré que usar el gimnasio del castillo.

—Eso está muy bien —asintió—. También te servirá para tu lado lobuno.

—Quiero hacerte una pregunta —dijo—. No lo considero muy importante, pero me da curiosidad. Cuando no retenía la sangre en mi organismo y vomitaba, cuando me miraba al espejo mis ojos cambiaban de grises a amarillos y viceversa sin control. ¿Por qué? ¿Qué significa?

Lucian sonrió con dulzura.

—Son tus ojos de lobo —le explicó—. Todos tenemos la capacidad de cambiar nuestros ojos a amarillos, pero sólo cuando estamos pasando por un momento de ira, dolor, estrés... Sucede cuando estamos a punto de perder el control sobre nosotros mismos y eso no puede pasar jamás, ¿entiendes?

—¿Por qué? ¿Qué pasaría?

—Que el lobo que llevas dentro se apoderaría de tu cuerpo y la ira invadiría todo tu ser. Actuarías por instinto, no por razón. Podrías matar al causante de tus preocupaciones mientras dura este estado.

—Entonces será mejor que me ayudes a controlarlo cuanto antes —decidió ella.

—Para eso debes transformarte.

—¿Duele?

Lucian la miró a los ojos fijamente.

—Olvida todo lo que has oído de los lobos, Ricka —le pidió—. No son más que historias. Se supone que tiene que doler la transformación a lobo porque es cambiar la morfología del cuerpo humano, ¿cierto? —Ericka asintió—. Pues no. Somos seres mágicos, cariño. Nadie discute sobre si le duele a un príncipe ser convertido en rana por una maldición. Los humanos son tan tontos...

—Entonces no duele —concluyó la princesa.

—No, no duele. Es magia, al fin y al cabo.

—Mejor.

—¿Te gustaría probar ahora? —Sonrió de lado.

—¿Qué tengo que hacer?

—Eso es lo más divertido: no lo sé.

Ericka se sorprendió por su respuesta.

—¿Qué clase de profesor eres si ni siquiera sabes cómo enseñarme? —le preguntó entre risas.

—Es diferente para cada lobo. —Se encogió de hombros—. Yo, por ejemplo, sólo tengo que desearlo y ocurre. Pero mi hijo, Ángel, sólo se convierte corriendo. Es decir, corre como humano y a los pocos metros se

convierte en lobo.

—¿Y cómo sé cuál es la mía?

—Nosotros tuvimos que hacer un poco el ridículo para conseguirlo —rió—. Tienes que intentar cualquier cosa. Todo lo que se te ocurra. Al final te saldrá, ya lo verás.

—Esto es muy complicado. —Suspiró.

—Nadie dijo que sería fácil. —Sonrió.

—Voy a ver si ha llegado ya mi hermano —dijo ella—. Quiero que llame a Rose para hablar de ropa.

Lucian asintió y caminaron hacia el castillo. Tabak aún no había llegado, pero Alex pudo ayudar a Ericka.

—Ya he hablado con ella —le dijo a la princesa—. Viene para acá. Ha dicho que todo lo que sea ropa es prioridad.

Ericka rió. Rose no pensaba en otra cosa que en estética. Podría pasarse horas y horas hablando de colores, texturas y demás. Subió a su habitación y esperó a la vampiresa, que llegó a los pocos minutos.

—¿De qué querías hablar? —le preguntó con una sonrisa—. ¿Qué necesitas?

—Necesito ropa deportiva —le dijo—. Mucha ropa deportiva.

—Así que el príncipe quiere entrenarte como es debido... —Se quedó pensativa—. Increíble.

—¿El qué? —Se interesó la híbrida.

—Te está tratando como una adulta, como una vampiresa adulta que puede protegerse sola en vez de como su hermanita pequeña. Es curioso, sólo eso.

—De acuerdo. —Hubo un pequeño silencio—. Entonces, ¿puedes ayudarme?

—¡Es ropa! —exclamó ella con una sonrisa—. Soy tu chica.

Ericka rió por su comentario y Rose sacó un cuaderno de dibujo y un lápiz.

—Empecemos.

Terminaron casi a las tres de la tarde. Rose siempre se las arreglaba para desviar a Ericka del tema principal y acababan hablando sin parar. La híbrida no recordaba cuántos diseños habían realizado, pero creía que serían suficientes.

Se despidió de ella y se dirigió al comedor. Tabak ya se encontraba allí

junto con Adrien, Lucas, Alex y Lucian. El vampiro de ojos verdes era el único que parecía realmente incómodo.

—Hola, hermanita —la saludó Tabak—. He estado pensando en reformar el castillo y hacer más habitaciones. Me gustaría que Adrien se quedara a vivir con nosotros y quiero tener más habitaciones para Lucian y los otros dos lobos. Así podrán estar cerca de ti.

Ericka sonrió. Le encantaba la actitud de su hermano y lo amaba con todo su corazón. Asintió y se sentó a su lado, frente a Lucian.

—¿Necesitas comer? —le preguntó a la princesa.

—Ericka, quiero hablar contigo —dijo Lucas—. Ya.

Y dicho esto, se levantó de su asiento y desapareció por la puerta del comedor.

—Ve —la animó el lobo—. Puede que quiera arreglar las cosas. Estaré aquí si me necesitas. ¿Quieres que mantenga el vínculo contigo?

—¿Vínculo? —inquirió ella.

—Ya sabes que puedo hablar contigo mentalmente, aunque tú aún no hayas logrado hablar conmigo. —Sonrió—. Puedo sentir lo que tú sientes cuando los sentimientos te sobrepasan. Si ocurre algo, lo sabré.

—Mantente en contacto —decidió ella.

Después se levantó, le dedicó una sonrisa tranquilizadora a los presentes, que estaban con el ceño fruncido, y salió por la puerta. Intuía que Lucas querría hablar lejos de oídos curiosos, así que salió del castillo. Lo encontró muy cerca del bosque apoyando su espalda en un tronco. Caminó hacia él.

—Necesito tu sangre —le dijo con su habitual voz fría.

—¿Perdona? —Frunció el ceño—. ¿Por qué?

—Porque cuando un vampiro prueba la sangre de su compañera, la necesita. Necesita beber de ella cada cierto tiempo para mantenerse fuerte.

—Creí que querías arreglar las cosas. —Se enojó—. Pensé que quizás querías pedirme perdón, pero no. Lo único que quieres es mi sangre.

—Te has hecho una idea errónea de mí —Le dijo—. Piensas que soy bueno, pero la verdad es que no lo soy. Somos asesinos fríos y despiadados, Ericka. Yo prefiero ser así. Siempre he sido así y me ha ido bien.

—Eres un estúpido. Si quieres mi sangre, gánatela.

Dio media vuelta, dispuesta a salir de allí inmediatamente. No quería seguir escuchándolo. Estaba harta. Sin embargo, Lucas la agarró del brazo con fuerza, impidiendo que se marchara.

—Eres mi compañera...

—¡No! —gritó ella mientras daba media vuelta para encararlo.

No supo cómo pasó, ni tampoco por qué, pero los ojos del vampiro se clavaron en los de ella, sorprendidos, y acto seguido un rayo cayó en el árbol sobre el que momentos antes estaba apoyado Lucas. El árbol comenzó a arder y Ericka se asustó. Lucas se había echado al suelo para cubrirse. Miró a la híbrida, quien tenía sus ojos de un profundo color amarillo dorado.

—Nunca vas a dejar de sorprenderme, ¿verdad?

Capítulo XLV

Estaban todos en el salón, sentados en los sillones, esperando a que alguien comenzara a contar qué era lo que había pasado.

Lucian había llegado a donde estaban Lucas y Ericka justo después de lo sucedido.

—No vuelvas a tocarla en contra de su voluntad —le había dicho al vampiro—. Estás avisado.

Después había refugiado a Ericka en sus brazos, quien estaba muy asustada y desconcertada por lo que había pasado. ¿Ella había hecho eso? ¿Cómo? ¿Por qué Tabak nunca se lo había dicho?

Adrien, Alex y su hermano habían llegado segundos después y habían contemplado el árbol, sorprendidos.

—¿Qué demonios ha pasado? —había preguntado el príncipe.

—Ericka casi hace que me caiga un rayo encima —había dicho Lucas.

—Habría sido gracioso. —Adrien había sonreído de lado.

Alex trató de contener la risa mientras Lucian esbozaba la misma sonrisa que el híbrido. Tabak simplemente negó con la cabeza, pero en el fondo deseaba sonreír también. Su hermana era toda una guerrera.

Había conseguido que ella entrara en el castillo y se sentara con la promesa de que le contaría todo lo que quería saber. Y allí estaban todos, esperando a que él comenzara a explicar los hechos.

—La familia real es la única que ha tenido ciertos poderes desde el comienzo de los tiempos —empezó—. Cada miembro poseía un don: invisibilidad, traspasar paredes, hipnosis, mutaciones en su cuerpo... Así controlaban a los demás vampiros y quedaba claro quién mandaba. Pero aquello terminó. Poco a poco fueron descubriendo que los nuevos individuos de la familia nacían sin dones extraordinarios. Eran vampiros comunes, pero seguían siendo de la familia real. Los pocos que tenían dones murieron y aquellos valiosos poderes se perdieron para siempre. Pero, al parecer, casi cinco mil años después, tú has conseguido traerlos de vuelta. El porqué escapa a mi comprensión. No tengo ni la más remota idea de cuál ha podido ser la causa, pero es maravilloso.

—¿Qué don tengo? —le preguntó a su hermano.

—Creo que puedes controlar el clima, el tiempo meteorológico —le dijo—. Es un gran don, pero debes aprender a controlarlo, no que él te controle a ti.

—No permitas que te controle —recordó las palabras de aquella voz. ¿Se referiría a eso? No, tenía que ser una persona. Una persona de la que no debía fiarse. Sacudió la cabeza.

—¿Cómo lo hago?

—No lo sé —suspiró Tabak—. Lo siento, Karintia. No puedo ayudarte.

—Tranquilo. —Sonrió—. Lo averiguaré por mí misma.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Alex.

—Mañana comenzaré mis entrenamientos —decidió Ericka—. Rose me traerá la ropa que necesito al amanecer. Alex, necesito que me ayudes a entrenar en el gimnasio indicándome los ejercicios que debo hacer y el peso adecuado. —Se volvió hacia el lobo—. Me gustaría entrenar contigo los enlaces telepáticos. Yo misma entrenaré la velocidad, la transformación y mi don por mi cuenta.

—Espera, espera, espera —la detuvo Tabak—. ¿Enlace telepático? ¿Los lobos también pueden hacerlo?

—Entre nosotros sí —respondió Lucian—. No podemos leerles la mente a los humanos ni nada por el estilo, pero las mentes de una manada están conectadas. Podemos comunicarnos mentalmente.

—De acuerdo —asintió el príncipe—. Creo que tenemos mucho trabajo por delante.

Ericka asintió. Se despidió de todos y fue a la biblioteca. Quería estar un rato sola y además necesitaba buscar información sobre aquellos extraños dones.

—¿Te hizo daño? —preguntó la voz de Lucian a su espalda.

Ella detuvo su avance y permitió que la alcanzara hasta quedar a su lado. A Ericka le pareció muy tierna la mirada de preocupación del lobo.

—Estoy bien —aseguró—. No te preocupes.

—Ha perdido la cabeza. —Continuaron caminando—. Seguro que es por no beber tu sangre, pero tampoco se la merece.

—¿Puede perder la cabeza por no beber de mí? —se sorprendió la princesa.

—No exactamente. Puede desear tanto tu sangre que haga cosas que no haría estando en plenas facultades. Es por eso que creo que deberías darle un

poco.

—Ni hablar —se negó en rotundo—. Como tú bien has dicho antes, no se la merece. Se ha comportado fatal conmigo y ni siquiera me ha pedido perdón.

—Me da a mí que Lucas no es de los que se disculpan. —Sonrió—. A tu hermano no le va a servir de nada que sea su mano derecha si no puede ni tenerse en pie. Además, Tabak ya está bastante furioso con él.

—Se lo merece.

—No digo que no —suspiró—. Sólo quiero que te pongas en su lugar.

Ericka se detuvo al pie de las escaleras que conducían a la biblioteca privada y miró a Lucian.

—Lo he hecho muchas veces —le dijo—. Le he dado muchas oportunidades. Tuve paciencia, tal y como me pidió, pero esto es demasiado. Habría tomado mi sangre por la fuerza allá abajo si mi don no hubiera salido a flote. ¿Quieres conocer mi teoría? Mi cuerpo y mi mente sabían que estaba en peligro, por eso pude desarrollar mi don justo en ese instante y no en cualquier otro. Todo es supervivencia, Lucian, y tú mejor que nadie, como depredador, deberías saberlo. O comes o te comen, y las evoluciones son necesarias para sobrevivir.

Y dicho esto, subió las escaleras. No sabía de dónde se había sacado aquel discurso, pero no le importaba. Era verdad, todo era verdad. Pero tampoco quería que Lucas muriese por su culpa. Después iría a darle un poco de sangre, pero en aquel momento tenía algo más importante entre manos.

Se paseó por los estantes, revisó miles y miles de títulos y al final lo encontró. Un libro que hablaba sobre los diversos dones de la familia real a lo largo de las generaciones.

Se sentó en una mesa, puso el libro sobre ella y buscó su poder entre las páginas polvorientas del voluminoso libro. Cuando lo encontró, vio la imagen de una chica. Era un dibujo en blanco y negro y la joven se encontraba de perfil. Parecía triste, aunque era muy guapa. Ericka leyó:

Skilena Neisser, de la familia real. Hija de Alina y Nikolai Neisser y hermana de Raisa Neisser. Primogénita y futura heredera de la corona. Comprometida con el primogénito de la familia Boissieu, Alaric.

Su don consiste en controlar el tiempo o clima meteorológico según sus estados de ánimo. Al principio, nuestra princesa no podía controlarse, pero después logró canalizar sus emociones y controlar su don. “Simplemente debes controlar tus emociones y hacer que el clima se adapte a ti. No te dejes

llevar por él, sino que debes ser tú quien lo controle.”

No ponía mucho más, de modo que tampoco le sirvió de mucho. Le causaba curiosidad por qué la joven parecía tan triste, tan...condenada. Sacudió la cabeza y se levantó para dejar el libro donde lo había encontrado. Después se fue de la biblioteca.

Por el camino, iba pensando qué sería lo correcto. ¿Debería ir a la habitación de Lucas y darle su sangre? ¿O quizás sería mejor verter un poco en una botella y entregársela sin más? No, no estaría bien. Iría a su habitación y esperaba que Adrien estuviera presente para no estar los dos solos en su habitación. Sin embargo, la suerte no estaba de su parte aquella noche.

Llamó a la puerta y Lucas pronunció un “Adelante”. Inspiró profundamente y abrió la puerta. Estaba oscuro, pero podía distinguir la silueta del vampiro a unos metros de ella. Adrien no estaba en la habitación.

—¿Por qué no hay luz? —preguntó ella.

—¿Por qué tendría que haberla? —inquirió.

Erica frunció el ceño. No iba a dejarse intimidar. Avanzó con seguridad hasta llegar frente a él y le tendió su muñeca.

—Bebe —le ordenó.

—Eres mi princesa y tengo que acatar tus deseos. —Esbozó una sonrisa burlona.

La híbrida no se inmutó y subió un poco más el brazo. Lucas borró su sonrisa, sacó sus colmillos con aire teatral y los hundió en la carne de la joven, quien experimentó un profundo deseo de él... Pero estaba preparada. Sabía el efecto que producían en ella las mordidas de Lucas y no iba a dejar que eso la controlara. Se mantuvo lo más fría que pudo respirando profundamente. Cuando consideró que Lucas había ingerido suficiente, quitó su mano con un rápido movimiento.

Lucas se sorprendió, pero él quería más. La sangre de Erica era adictiva para él. Como una droga... sin la que, lamentablemente, ya no podía vivir. Pero lo que más le dolía era saber que no era su sangre lo que necesitaba, sino a ella.

Así que, sin previo aviso, empujó a Erica hasta hacer que su espalda chocara contra la pared más cercana. La joven se había quedado sin respiración momentánea, más por el susto que por el golpe. Lucas puso sus manos a cada lado de la cabeza de la princesa y pegó su cuerpo todo lo que pudo al de ella, dejándola sin escapatoria.

—¿Quieres que lo diga? —Le gritó, aunque más bien gruñó—. Bien. Te necesito. No quiero vivir sin ti, no puedo vivir sin tu olor, sin sentirte cerca de mí. No soporto cuando Lucian se te acerca y me encantaría matarlo a golpes, pero me contengo a duras penas por ti, porque sé que él también es tu compañero. Odio cuando me miras asqueada o con decepción en tus ojos porque por primera vez en mucho tiempo me siento como si fuera el peor de los monstruos. Así que, por favor, quédate conmigo. Quédate conmigo... —acabó susurrando.

Bajó la cabeza, rendido. Lo había hecho. Había dejado caer todas sus barreras aquella noche. Ericka podía hacer con él todo lo que quisiera. Él ya no tenía fuerzas para oponerse.

La híbrida levantó suavemente la cabeza del vampiro y se perdió en sus ojos, en aquellos increíbles ojos verdes. Estaba tan cerca que su nariz casi rozaba con la de él. Lucas se acercó un poco más a ella, tentado, pero no quería presionarla. Quería que Ericka diera el paso definitivo.

La respiración de ella era entrecortada y se sentía profundamente acalorada. Sintió cómo Lucas se acercó más a ella, pero se detuvo, y ella sabía que era su turno. Así que cerró los ojos y rompió la distancia que los separaba... O casi. Porque justo cuando sus labios ya se rozaban, unos golpes en la puerta hicieron que se sobresaltara y retrocediera al punto donde había estado. La magia se había roto.

Lucas suspiró, irritado. Todo podría haber cambiado aquella noche, pero una vez más, tendría que esperar.

Capítulo XLVI

Ericka se marchó de la habitación mientras intentaba recuperar la compostura. Abrió la puerta y se encontró a Adrien, quien la miraba desconcertado.

—Lucian me convenció para que le diera mi sangre —respondió a la muda pregunta.

—¿Estás bien? —le preguntó él—. Pareces cansada.

—Lo estoy. —Sonrió—. Mañana me espera un día muy largo, así que me iré a dormir ya. Buenas noches.

—Buenas noches, Karintia.

Ella le dedicó una dulce sonrisa y después caminó hasta su cuarto. Por fin pudo quitarse la ropa ella misma sin necesidad de llamar a Romilda. Se colocó su camión y se recostó al lado de Karma.

No podía evitar sentirse culpable. Lucas, Lucian... Se iba a volver loca. Así que decidió que se olvidaría de eso. Le daría su sangre a los dos. Mañana se encargaría de establecer un vínculo de sangre con Lucian y listo. Ninguno de los tres moriría y ella se centraría en su formación como híbrida. Eso era lo más importante: que supiera defenderse sola.

A la mañana siguiente se despertó con mucha energía. Quería desayunar e irse a entrenar. No le vendría mal después de todo.

Se levantó y se acercó a su armario mientras Karma se desperezaba en la cama. Dentro había una percha con un conjunto de ropa deportiva. Sonrió y lo sacó del armario. Se trataba de unas mayas negras bastante ajustadas, una camiseta de tirantes del mismo color, una chaqueta de color azul y unas zapatillas del mismo color.

Se metió en el baño, se dio una ducha rápida y se vistió. Le dio un beso a Karma entre las orejas y salió de la habitación.

Bajó al comedor, donde los demás ya estaban desayunando. Se sentía incapaz de mirar a Lucas a los ojos porque sabía que se encontraría con la misma mirada fría. No quería sufrir más de lo necesario, así que mantuvo la vista en su hermano y esbozó una sonrisa.

—Buenos días —Saludó con voz cantarina mientras tomaba asiento.

—Hoy te has levantado feliz —se percató Tabak—. ¿Puedo saber a qué se

debe?

—Por fin voy a hacer algo útil —dijo—. Voy a entrenar y a saber cómo ser lo que soy.

—Me alegro por ti.

Buscó a Lucian con la mirada, pero no lo encontró allí. Había estado tan centrada en no mirar a Lucas que no se había percatado de la ausencia del lobo. Frunció el ceño.

—Ha salido un momento.

Lucas se levantó de su silla y caminó lentamente hacia Ericka, sintiendo con deleite cómo el corazón de la híbrida se aceleraba con cada paso que daba. Pero no sonrió, sino que se limitó a colocarse bien la camisa y a posicionarse justo detrás de ella. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo alta, por lo que su cuello quedaba al descubierto, tentándolo. Suspiró. Todas las miradas estaban fijas en él. Se levantó la manga de la camisa, se agachó, pegando su cara al cuello de Ericka y puso su muñeca cerca de la boca de la híbrida.

—Bebe —susurró en su oído.

Ella se giró, confusa, y sus rostros quedaron muy cerca el uno del otro.

—Hazlo —le pidió—. No hay truco. Además, no sé cuándo volverá Lucian. Él sólo me dijo que saldría. ¿No tienes hambre?

Ericka no se lo pensó mucho. Cogió la muñeca del vampiro e inyectó los colmillos en su carne. Hacía tanto que no probaba la sangre de Lucas que casi se volvió loca cuando su lengua entró en contacto con la primera gota. Fue como un frenesí y no quería parar, pero debía hacerlo. Así que con todas sus fuerzas sacó los colmillos y lamió la herida.

—Gracias —murmuró.

Lucas sonrió de lado y se bajó la manga.

—No te mereces todo lo que hace Lucian por ti. —Ericka se había levantado un poco, haciendo que sus labios rozaran suavemente la oreja del vampiro—. Sabes que esto lo ha hecho a propósito.

Pero el vampiro ni siquiera la había escuchado. Inconscientemente había cerrado los ojos, tratando de que la voz, el olor y la cercanía de la híbrida no le afectasen, pero no había servido de nada. Ella sabía perfectamente cómo hacerlo, cómo volverlo loco. Tenía que salir de allí cuanto antes, así que, sin despedirse, desapareció del salón.

—Creo que es hora de que vayamos a entrenar, Alex —dijo Ericka en voz

alta—. ¿Me guías?

—Será un placer. —Sonrió.

Se despidieron de Tabak y Adrien, quienes seguían algo confundidos por lo que acababa de pasar, y caminaron hasta salir del castillo. Después lo rodearon hasta llegar a una de sus lisas paredes.

—Por ahí salisteis —le indicó el vampiro mientras la señalaba—. Sólo puede abrirse desde dentro y con un código que sólo poseemos el príncipe, Lucas y yo. Debería dártela a ti también para casos de emergencia.

—Bien, ¿y dónde está el gimnasio?

Ericka se giró hacia todos lados, pero no fue capaz de divisar nada.

—Tenemos que avanzar un poco más para verlo —respondió Alex.

—¿Por qué no está dentro del castillo? —inquirió la híbrida.

—Porque el castillo es bastante pequeño y no quedó más remedio que usar las salas de interrogatorios —respondió—. Gracias al cielo, ahora no existen.

Alex se detuvo y le señaló una trampilla de metal muy bien escondida entre la hierba. Tiró de ella y le hizo un gesto con el brazo a Ericka para que ella bajara primero.

—Abajo está todo bien iluminado, pero las escaleras son un poco oscuras —le advirtió.

Fueron bajando poco a poco y al final se encontraron en una sala de paredes blancas. Estaba iluminada por tubos de luz. No era muy grande, pero había varias máquinas de pesas, una cinta para correr, una bicicleta estática y algunas cosas más. Pese a ser un sótano, no se respiraba mal. El aire estaba asombrosamente limpio.

—Todo el sitio está perfectamente ventilado —le explicó el vampiro—. Aunque te recomiendo que corras fuera. Es más sano.

—De acuerdo —suspiró—. ¿Cuánto peso tengo que poner en cada máquina y cómo lo hago?

Alex fue indicándole cómo se usaba cada una de ellas y haciéndole saber el peso que tendría que poner. Decidió dejarla a su aire y que hiciera tantas series y repeticiones de los ejercicios como creyera oportuno. Era adulta, después de todo. Ericka le pidió que se marchara, asegurándole que estaría bien, y se puso manos a la obra. No quería permanecer allí toda la mañana, puesto que también había otras cosas que necesitaba realizar.

Cuando acabó, dio gracias al cielo por ser una híbrida y no poder

cansarse. Aunque había sudado muchísimo, a pesa de todo. Era la primera vez que pisaba un gimnasio y la experiencia no le había encantado demasiado, pero no estaba mal. Le venía bien hacer ejercicio porque se olvidaba de sus problemas, así que lo haría más a menudo.

Subió las escaleras mientras se retiraba las gotas de sudor con un toalla y salió a la superficie. El sol la deslumbró por un momento, ya que abajo sólo había luz artificial, pero se recuperó en unos segundos. Suspiró, dejó la toalla en el suelo y comenzó a correr, pero luego se detuvo. No conocía el terreno y sabía que los vampiros y los lobos corrían muy deprisa, por lo que se perdería si comenzaba a correr sin rumbo. Tendría que pedirle a alguien que corriera con ella los primeros días.

De modo que dejó de lado su idea de correr. Caminó un poco hasta los árboles más cercanos y miró a un lado y a otro, comprobando que no hubiese nadie cerca. Quería intentar convertirse en loba y no le apetecía que nadie se burlara de ella. ¿Pero cómo lo hacía? Lucian le había dicho que iba a tener que hacer el ridículo un poco, pero aún así...

—Podría empezar por desearlo y después iré probando otras cosas —dijo en voz alta.

Suspiró, cerró los ojos y...

Capítulo XLVII

Nada. Absolutamente nada. Lo intentó de todas las maneras posibles. Alzó una pierna, pegó un salto, corrió, dio una vuelta sobre sí misma, gruñó, maldijo... Pero nada servía.

—Tiene que haber algo que pueda ayudarme —dijo—. ¿Un libro? O puede que Ángel y Teo puedan darme alguna idea.

Sin embargo, la idea de volver a ver a Teo tras lo que había pasado no le entusiasmaba lo más mínimo. Pensó que podría intentar hacer algo con su poder, pero no le apetecía. Estaba mentalmente exhausta y lo que menos necesitaba era más quebraderos de cabeza. Así que decidió que por la tarde intentaría practicar.

—¿Algún progreso? —le preguntó Lucian.

El lobo la estaba esperando a las puertas del castillo con su habitual sonrisa. Ericka se dirigió hacia él y suspiró.

—Nada de nada —dijo—. Necesito que alguien venga a correr conmigo para evitar perderme. Y no he conseguido averiguar cómo transformarme. Creo que lo único que me ha salido un poco mejor es el tiempo empleado en el gimnasio. He realizado todos los ejercicios que Alex me explicó y con varias series y repeticiones.

—No te preocupes, ¿quieres? —la consoló Lucian—. Sólo has probado un día y con eso no será suficiente. Ya verás como todo sale bien. ¿Te gustaría practicar esta tarde conmigo el enlace telepático?

—Sí, estoy segura de que al menos con eso podrás ayudarme —sonrió esperanzada.

—Eso espero. —Le devolvió la sonrisa—. Deberías comer. ¿Has desayunado?

Ericka le dirigió una mirada divertida y después carraspeó.

—Sé que lo hiciste a propósito, Lucian —le dijo—. Él me dio su sangre porque tú no estabas y aproveché la ocasión... Aunque ya estuvimos ayer en la misma situación y él no quiso alimentarme. ¿Tienes alguna idea de su repentino cambio de humor?

—Puede que se deba a lo que pasó anoche entre vosotros dos —sonrió

de lado.

Ella bajó la mirada, avergonzada. No sabía qué decir... Sentía que le había fallado a Lucian y esa idea la destrozaba por dentro. Se sentía mal, muy mal.

—Vamos, no te preocupes, Ricka. —Con dos dedos le alzó suavemente la barbilla—. Sois compañeros y no podéis evitarlo. Entiendo que con Lucas sea así porque has estado con él más tiempo. Sólo espero que me des una oportunidad a mí también.

—Ya lo tengo decidido —le aseguró la híbrida—. Quiero establecer un vínculo de sangre contigo, Lucian. Supongo que cuanto antes mejor.

—No. —Sacudió la cabeza.

Ericka frunció el ceño y lo miró extrañada. ¿No quería? Lucian entendió su desconcierto y le sonrió con ternura. Después rozó su mejilla con la yema de sus dedos.

—No quiero que sea así —le explicó—. Quiero que pase cuando tenga que pasar, ¿de acuerdo?

Ella asintió con la cabeza y cerró los ojos para disfrutar más del contacto del lobo.

—¿Sabes? —siguió hablando él—. Antes solía ser un tipo muy agresivo, tosco y posesivo. Pero cuando te conocí, algo cambió dentro de mí. Tengo la necesidad de protegerte de cualquier cosa y de saber que eres sólo mía... Pero con Lucas puedo soportarlo. Antes la sola idea de que mi compañera tuviera dos almas gemelas me desgarraba por dentro, y ahora soy incapaz de separarte de él. He entendido que nos necesitas a los dos, Ericka, igual que nosotros te necesitamos a ti. Tú me has enseñado muchas cosas y sé que aún me queda mucho por aprender.

—También tú tienes mucho que enseñarme —dijo abriendo los ojos.

—Lo sé.

Lucian se alejó un poco de ella y le tendió su muñeca. Ericka la tomó y la mordió con sus colmillos para alimentarse. Aquella vez decidió probar a beber un poco más. Era algo extraño. Se sentía bien cuando bebía de Lucian. Era como si le transmitiese una paz infinita, como si a su lado todo lo malo desapareciera, como si el tiempo dejase de correr. Y ella quería seguir bebiendo porque amaba esa sensación y amaba el dulce sabor de la sangre de su compañero.

Mientras tanto, Lucian luchaba por contenerse. Era cierto que aún no sabía

definir muy bien qué sentía cuando la híbrida lo mordía, pero era puro placer. Le costaba horrores mantenerse quieto y evitar morderla de vuelta. Pero no sólo quería morderla... Quería besarla. Deseaba que Ericka fuera suya siempre y que aquel placer no acabara nunca. Pero se estaba debilitando y ella tenía que parar, aunque Lucian no quisiera.

—Calma, lobita. —Sonrió mientras le acariciaba el pelo—. Ya has tomado mucho.

Ericka abrió los ojos y quitó la boca de la muñeca del lobo. Le dirigió a éste una mirada de disculpa, pero Lucian negó con la cabeza.

—Estoy bien —le aseguró—. Comeré en el castillo y si veo que me encuentro débil, saldré a cazar.

—De acuerdo.

De modo que los dos entraron en el castillo y subieron hasta el comedor, donde ya todos estaban reunidos.

—¿Qué tal tu primer día de entrenamiento? —le preguntó Alex con una sonrisa.

—Horrible —suspiró ella mientras se sentaba—. Pero aún no ha acabado. Esta tarde entrenaré con Lucian. Ah, y necesito que alguien venga a correr conmigo durante un par de días hasta que conozca la ruta para no perderme.

Alex miró de reojo a Lucas, rogando que se ofreciera voluntario, pero no lo hizo.

—Yo puedo ir contigo —dijo Adrien—. Y me gustaría entrenar también porque siento que estoy más débil.

—Entonces vendrás conmigo —asintió ella—. Pero, ¿conoces el terreno?

—No, por eso había pensado que Lucas podría acompañarnos los primeros días —miró al vampiro—. ¿Qué te parece?

Alex sonrió. Empezaba a caerle muy bien el híbrido. Ahora sólo faltaba que su amigo no fuera tan idiota de desaprovechar la ocasión. Dirigió una mirada amenazante a Lucas, quien captó el mensaje y suspiró.

—Claro —fue lo único que dijo en respuesta.

—Bien —dijo Ericka.

Alex y Adrien sonrieron satisfechos, Tabak observó a Lucas con una mirada difícil de descifrar y Lucian asintió. Sabía que aquello era lo mejor.

El resto de la comida transcurrió con normalidad, aunque Lucas seguía tenso. Anoche maldijo una y otra vez a Adrien por haberlos interrumpido. El joven había contenido la risa y se había disculpado. Pero el daño estaba

hecho: él no había podido besarla.

Ericka abandonó la mesa junto a Adrien. Habían decidido que el híbrido la acompañaría fuera para que ella pudiera practicar su don, aunque a una prudente distancia. Además, Tabak no dejaba de insistir en que quería que su hermana tuviera protección las veinticuatro horas.

—Casi te matan más veces de las que puedo recordar —había dicho.

De modo que ahora estaban los dos híbridos muy cerca del bosque, junto al castillo.

—¿Tienes idea de cómo hacerlo? —le preguntó Adrien.

—No —suspiró—. Últimamente no tengo ni idea de nada.

—Tranquila. Seguro que pronto sabrás qué hacer.

Ericka lo intentó una y otra vez, sin resultados. Era como si su don la hubiese abandonado, como si fuera una vampiresa normal. Pero ella sabía que no era así y que debía seguir intentándolo, aunque no aquella tarde.

—No te desanimes, ¿de acuerdo? —le pidió Adrien—. A mí aún me cuesta controlar mi transformación.

—Al menos tú te transformas —suspiró ella—. Yo ni siquiera he conseguido ser una loba.

—Pero lo harás, estoy seguro.

Adrien observó a la princesa. Estaba muy desanimada y sin ganas de seguir practicando algo que parecía no tener.

—Te llevaré con Lucian —decidió él—. Seguramente el enlace telepático no os salga tan mal como lo demás.

—Espero que no —murmuró no muy convencida.

Caminaron tranquilamente hacia el castillo y subieron hasta la habitación de Lucian y Alex. Por suerte, el vampiro no estaba allí.

—De acuerdo. —Se frotó las manos—. Veamos si puedes comunicarte conmigo. Debería resultarte sencillo.

Ericka asintió y se sentó en la cama del lobo. Él hizo lo mismo situándose frente a ella, cara a cara.

—Bien. Sabes que yo sí soy capaz de hablarte dentro de tu cabeza, pero lo que quiero es que tú también puedas hacerlo. —La miró a los ojos—. ¿Estás preparada?

—No te hagas ilusiones. —Esbozó una pequeña sonrisa.

—Vamos, cierra los ojos.

La híbrida hizo lo que le pedía y respiró profundamente.

—Me resulta demasiado fácil hablarte así, ¿sabes? —dijo él—. Eres mi compañera, lo que significa que eres mía y yo soy tuyo. Háblame.

Lo intentó con todas sus fuerzas, pero no sabía cómo hacerlo.

—No, no lo estás haciendo bien. —Ella abrió un ojo—. Déjate llevar, Ericka. Por una vez, déjate llevar.

Suspiró. Tenía miedo, mucho miedo. Nunca había tenido que enfrentarse a tantas cosas. Sin duda prefería enfrentarse a las clases de la universidad o a los problemas amorosos humanos. Pero no. Ella estaba allí y era una híbrida. Y tenía que hacerlo.

—Espero que puedas oírme —le dijo por fin.

Pero Lucian no le dio señales de haberla escuchado. Sonrió, pero ella mantenía los ojos cerrados. Dejó que continuara, haciéndola creer que hablaba para sí misma.

—Necesito que me escuches, por favor —seguía diciendo—. ¡Maldito lobo! ¿Sabes? Al principio me dabas un poco de miedo. Eras un mandón y un posesivo y un...

Se sentía frustrada y por eso se calló. No soportaba aquello.

—¿Me dejarás con la duda? —inquirió él.

Ella abrió los ojos y los clavó en los del lobo.

—Vamos, ¿qué es lo que soy? —Sonrió—. Aparte de un hombre increíblemente irresistible.

—¡Eres un maldito asqueroso! —chilló mientras se abalanzaba sobre él y comenzaba a pegarle con la almohada—. ¡Pensé que no me escuchabas, pensé que no estaba sirviendo para nada!

—Calma, calma —rió él—. Tranquila, mujer.

Pero como Ericka no paraba, Lucian la sujetó de las muñecas y a los pocos segundos era él quien estaba encima de ella.

—Mi venganza será mucho peor. —Sonrió de lado.

Ni siquiera la híbrida lo vio venir: cosquillas.

—¡Para! —gritaba entre risas—. ¡Para, por favor, para!

—¡Ericka!

Lucas entró rápidamente en la habitación seguido de Tabak, quien negó con la cabeza.

—Te lo dije —replicó el príncipe—. No le estaba haciendo nada. Sólo eran risas.

Lucas frunció el ceño y parecía que iba a pedir disculpas, pero no lo hizo.

Se fue de la habitación y dejó a los tres allí.

—Y entonces... Él creía... ¿Qué, exactamente? —dijo Ericka a punto de echarse a reír otra vez.

—Creo que su idea era que te estaba violando, sí —respondió su hermano.

Ninguno aguantó más y los tres comenzaron a reír a carcajadas.

—Vale, confirmado: está paranoico —dijo ella riendo.

—Yo le dije que él no te haría daño. —Tabak se encogió de hombros—. Nunca te lo ha hecho.

—Cierto. —Ericka miró al lobo con ternura—. Jamás.

Capítulo XLVIII

La princesa le contó sus avances a Tabak, quien se alegró mucho de que el lobo la hubiera ayudado a establecer un simple enlace telepático.

—Creo que deberías intentarlo ahora con él —dijo Lucian.

—¿Quieres?—le preguntó el príncipe a la híbrida.

—Puedo intentarlo.

Tabak trató de concentrarse por encontrar a Ericka y viceversa. No resultó tan complicado.

—Eso es porque ya lo has hecho con una persona y sabes lo que tienes que hacer —le explicó Lucian.

—Pero no sé qué he hecho —protestó ella.

—Pero tu mente sí.

—Entonces, ¿cuándo podría usar mi poder mental con los humanos? —preguntó entusiasmada.

—Cuando practiques para no provocar desastres —rió su hermano.

Ericka sonrió y se tumbó por completo en la cama.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Son casi las cinco y media —respondió Lucian.

—Creo que voy a salir un rato con Karma.

—Está bien, pero alguien tendrá que acompañarte —dijo Tabak—. La última vez que saliste con tu mascota ya sabemos cómo acabó el paseo.

—Sería un tanto espeluznante que volviera a suceder con Karma de nuevo, ¿no crees? —reprimió un escalofrío.

—Ya, pero yo no quiero arriesgarme —insistió él—. No quiero que estés sola en ningún momento.

—Eso no es bueno —intervino Lucian—. Los lobos somos parte de una manada, sí, pero también somos muy solitarios, independientes. Estar todo el tiempo vigilada no le haría ningún bien a su parte lobuna y creo que tampoco a la vampírica, ¿me equivoco? Vosotros sois incluso más independientes que nosotros.

—Sí, es cierto —suspiró—. Pero entiende que he estado a punto de perderla demasiadas veces. ¡No puedo dejarla sola ni un solo segundo sin que se meta en líos!

—Pero ahora puede hablar con nosotros aunque estemos lejos. —Sonrió el lobo—. No le pasará nada. Además, Lucas y yo nos mantendremos cerca. Todo nuestro mundo gira a su alrededor, aunque el vampiro aún no quiera aceptarlo.

Ericka se sentía demasiado abrumada, así que aprovechó que Lucian estaba convenciendo a su hermano y salió de aquella habitación para dirigirse a la suya.

—¡Nos vamos de paseo! —anunció feliz al abrir la puerta.

Karma se abalanzó sobre ella y comenzó a lamerle la cara. Le encantaba pasar tiempo con su dueña, aunque sabía que ésta tenía muchos problemas encima.

Las dos salieron del castillo a paso tranquilo y caminaron por los alrededores del castillo sin alejarse mucho. Entonces a Ericka se le ocurrió una gran idea y esbozó una sonrisa al tiempo que cerraba los ojos.

—Creo que deberíais pasaros por aquí de vez en cuando, ¿sabéis? Me vendría bien teneros cerca y así poder compartir momentos, novedades, risas... ¿Aceptáis mi invitación?

Después de mandar aquel corto mensaje, abrió los ojos y siguió caminando con normalidad, aunque no dejaba de imaginar la reacción de ellos al escuchar la voz de ella en sus mentes. Volvió a sonreír.

Llegaron a donde ella estaba pocos minutos después, pisándose los talones el uno al otro, ambos convertidos en lobos. Teo tropezó e hizo caer a Ángel, quien gruñó y sacudió su enorme cabeza. Ericka se echó a reír y los dos llegaron por fin hasta ella con los ojos desorbitados.

—¿Cómo lo hiciste? —le preguntó Teo.

—Lucian me ayudó. Ya iba siendo hora —respondió ella—. Han pasado muchas cosas. ¿Por qué ya no venís a verme? ¿Ya no os importo?

Fingió un sollozo y su vista se dirigió a su mascota. Karma se estaba acercando a los lobos con la clara intención de olerlos.

—Más que un felino, parece un perro, — comentó Teo siguiendo los movimientos de la pantera.

—Claro que nos importas —aclaró Ángel—. Sólo es que nosotros aún estamos formándonos y mi padre quiere nos centremos en eso.

—Ya hablaré yo con Lucian. —Sonrió.

—¿Sabes? Sería muy extraño que te convirtieras en mi mamá adoptiva —rió.

—No, no, no. De niños nada. —Sacudió la cabeza.

Teo se había quedado callado sin saber qué decir. Ericka entendía por lo que estaba pasando y quería hablar con él. Así que aisló su conversación y habló por separado a ambos lobos.

—Necesito hablar contigo —le dijo a Teo.

—Claro —respondió el lobo.

Entonces se giró hacia Ángel.

—¿Te importaría que hable con Mateo a solas? —le preguntó.

—Claro que no. Sé que tenéis cosas de qué hablar. —Le guiñó un ojo.

Ángel salió corriendo hacia el bosque y Mateo y ella se quedaron solos con Karma, quien seguía empeñada en olisquear al lobo.

—Me imagino que no habrás dejado la ropa por aquí cerca —comentó Ericka.

Él negó con la cabeza.

—Bueno, iré a pedirle algo de ropa a Lucian, porque imagino que no querrás la de Lucas o la de Alex.

—Alex me da igual. Él no me cae tan mal, no es tan estúpido —respondió.

Ericka asintió y salió corriendo con Karma hacia el castillo. Después buscó a Alex, pero no lo encontró.

—Toma —dijo una voz a su espalda.

Se giró a tiempo para coger la ropa que Lucian le tiraba. La miró y sonrió.

—¿Cómo sabías que venía a por ropa? —Alzó una ceja, divertida.

—Sabes que no te dejo sola ni un momento. —Bajó la mirada al tiempo que se mordía el labio y se despeinaba el cabello—. Simplemente no puedo.

Y sin darse cuenta, ella avanzó hacia él, le subió la barbilla con suavidad y depositó un beso en la mejilla.

—Gracias.

—Ten en cuenta que Lucas también lo está haciendo, solo que él estará ahí fuera. Te aviso porque sé que vas a hablar con Teo y sé el tema de vuestra conversación. Recuerda que Lucas está un poco descontrolado en estos momentos.

—Explícate —le pidió ella.

—No sabe lo que siente y no entiende por qué tiene que sentir todo eso hacia ti. Te quiere, Ericka, pero no sabe qué hacer. Está confundido y se deja llevar fácilmente por sus sentimientos en situaciones que tengan relación contigo.

—Pero sólo le pasa a él. ¿Por qué a ti no?

—Porque yo ya he aceptado que te quiero —confesó—. Sé que te quiero y que ya no puedo sacarte de mi vida. Eres parte de ella... No. Tú eres mi vida. Y no pienso luchar contra eso porque sería como luchar contra lo que soy, contra mi propia existencia. ¿Lo entiendes?

—No lo sé. —Frunció el ceño.

Lucian sonrió con ternura y le besó la frente, haciendo que ella se relajara.

—No importa —dijo—. Sólo ten cuidado.

—Siempre. —Sonrió—. Y gracias por la ropa.

Ericka bajó y salió del castillo. Encontró al lobo entre los primeros árboles del bosque y corrió hacia allí. A los tres segundos estaba a su lado.

—Vamos, te la dejaré donde puedas cambiarte —le dijo.

Comenzaron a correr bosque adentro y se detuvieron a unos cincuenta metros. Ericka dejó la ropa en el suelo, entre dos árboles de tronco grueso, y se retiró para que él pudiera cambiarse.

A los pocos minutos, Teo la cogió en brazos y empezó a dar vueltas con ella encima.

—Te he echado de menos —rió el lobo.

—Yo también a ti.

La depositó con cuidado en el suelo y le dedicó una linda sonrisa.

—Bueno, ¿de qué querías hablar? —le preguntó.

—Lucian me lo contó todo.

—Bocazas —rió—. Aunque tú ya debías de haberte dado cuenta. Después de todo, yo te robé tu primer beso, ¿cierto?

—Cierto. —Bajó la cabeza a la vez que sonreía—. Pero no creía que fuera amor, sino algo... un poco más...no sé...

—Algo menos fuerte —suspiró—. Pues lo cierto es que no. Perdona por lo del beso. Puede que algo tan especial quisieras compartirlo con alguno de tus compañeros. Pero en aquel momento no me detuve a pensar en...

—En cierto modo —lo interrumpió ella—, me alegro de que lo hicieras, de que fueras tú.

Mateo la miró desconcertado.

—Sí —asintió ella—. Tú no te veías obligado a quererme, no eras mi compañero. Y, aún así, te enamoraste de mí. Pero no por lo que soy ni por lo que fueras tú, sino por mí. ¿Entiendes? Nada te ataba a mí como están atados Lucian y Lucas.

—Entiendo. —Sonrió—. Me alegro de que pienses eso.

—Pero el caso es que no quiero verte mal. No quiero que estés triste ni que sufras y no sé qué puedo hacer.

—Ricka, no te preocupes. Yo estoy bien y sé que Lucian va a cuidarte. Se le ve muy enamorado, ¿sabes? Toda la manada lo nota. Al principio no sabíamos qué era lo que le pasaba y ahora... —rió y negó con la cabeza.

—¿Por qué lo notasteis? —inquirió la híbrida.

—Porque sonreía, se le veía increíblemente feliz. Él no era así, tú lo has hecho cambiar. Era serio y siempre se estaba preocupando por los vampiros, por entrenar a los más pequeños, por entrenar a Ángel... Por todo. Y ahora se lo toma con más calma y a menudo comparte risas con nosotros. Es extraño verlo así, pero nos encanta. Y es todo gracias a ti.

Ericka se quedó pensando en lo que Mateo había dicho. No lo entendía. No le había dado ni la mitad de cosas que le había dado a Lucas y él se sentía afortunado. Tanto que hasta su manada había notado el cambio. Y ella se sentía horrible en aquellos momentos. Lucian la quería y había veces que hasta la ponía a ella por encima de su manada. ¿Y ella qué hacía? Darle su sangre al vampiro pero no a él.

—¿Puedo pedirte un favor? —le preguntó Mateo cuando ya se iba—. Bueno, en realidad son dos favores.

—Tú dirás. —Sonrió ella.

—El primero es que no me trates diferente por saber lo que sabes.

—Nunca —prometió—. ¿Y la otra?

Teo se rascó la nuca un poco nervioso.

— No le rompas el corazón a Lucian —soltó al fin—. No te haces a la idea de lo feliz que lo haces y de lo enamorado que está de ti. Te lo digo yo, que lo noto y además soy el mejor amigo de su hijo. Ese lobo... Ya no puede vivir sin ti.

Y sin esperar una respuesta, Mateo echó a correr, saltó y se transformó.

—Ángel corre para transformarse y Mateo tiene que saltar —comentó la princesa mientras volvía al castillo—. Hay muchas cosas que probar.

Capítulo XLIX

Cuando llegó la hora de la cena, Ericka no sabía qué se iba a encontrar. Todo se iba volviendo más difícil y estaba terriblemente confundida. ¿Quién se encargaría de alimentarla aquella noche? De lo único de lo que estaba segura era de que iba a ser una velada incómoda.

Suspiró y bajó al comedor. Tras su charla con Mateo se había ido a su habitación y se había dado un buen baño relajante. Después se había vestido y había pasado el resto del tiempo calmando sus nervios.

Sólo faltaba Lucas en el comedor y aún así se podía notar la tensión. Lucian tenía una sonrisa divertida ya que sabía por qué todos estaban así, pero a él no parecía afectarle mucho. Ericka se sentó al lado de Lucian y de Tabak, teniendo enfrente a Adrien. Quería acabar con todo aquello de una vez, así que tuvo que contener las ganas de pedirle la sangre a Lucian y echar a correr hacia su cuarto. Era adulta y se comportaría como tal... más o menos.

—Tabak me ha contado tus progresos —le dijo Adrien mientras Lucas entraba por la puerta—. Enhorabuena.

—Gracias. —Sonrió ella.

—¿Ves? Te dije que algo bueno tenía que suceder hoy. ¿Estás de mejor ánimo?

—Sí, eso creo —suspiró.

Lucas tomó asiento.

— Me alegra oír eso porque mañana entrenaré contigo. —El híbrido le guiñó un ojo a su amiga—. Y Lucas tendrá que acompañarnos.

—Claro, como sea —dijo el vampiro.

—Bien. ¿Empezamos a comer? —preguntó Tabak.

Su hermano contenía la risa a duras penas. La situación era muy graciosa para quienes la contemplaban desde fuera, pero para los tres protagonistas era demasiado incómoda. Aunque Lucian lo llevaba bastante bien. Sin duda, la que peor estaba era Ericka. La pobre ni siquiera podía distraerse comiendo como hacían los demás porque ella debía beber sangre. Así que respiró hondo y esperó pacientemente.

Siendo sincera, si se lo tenía que pedir a alguien se lo pediría a Lucian. Su comportamiento con ella era mucho mejor que el de Lucas. Pero no iba a negar

que el vampiro la ponía nerviosa y hacía que su corazón latiera a mil por hora con una mirada.

—¿Incómoda? —resonó la voz del lobo en su cabeza.

La híbrida lo miró y sus ojos se encontraron. Lucian sonrió de lado.

—De los nervios, más bien —respondió ella—. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—Porque sé que Lucas es un vampiro bipolar —contestó a la vez que esbozaba una sonrisa orgullosa.

Ericka no lo pudo evitar y se echó a reír a carcajadas. Enseguida se tapó la boca y se ruborizó.

—Lo siento —sonrió.

—Nos tendremos que ir acostumbrando —rió Tabak—. Ahora sabes cómo hacerlo.

—Lucian, esta noche te toca a ti —dijo Lucas de repente.

Todas las miradas se posaron en él. Alex y Adrien parecían sorprendidos, Tabak tranquilo y Lucian inquieto. Ericka no sabía qué pensar, así que sólo asintió y el vampiro se levantó de la mesa.

—Aunque espero que no te acostumbres —dijo mientras se dirigía a la puerta—. Esto es para saldar la cuenta del desayuno.

—Lo tendré presente —dijo el lobo.

Ericka no sabía cómo tomárselo ni sabía qué sentía en aquellos instantes. ¿Decepción porque Lucas volviera a echarla a los brazos del lobo? ¿Alivio porque fuera Lucian quien la alimentara y no tuviera que lidiar con el vampiro bipolar? ¿Esperanza por lo último que había dicho Lucas que invitaba a pensar que a partir del día siguiente lucharía por ella? Estaba muy confusa, pero no tenía tiempo para eso. Debía comer. Se sentía muy hambrienta.

—Vamos —le dijo Lucian—. Te mereces una buena recompensa por el esfuerzo de hoy, ¿no crees?

—Estoy de acuerdo contigo —sonrió ella.

De modo que los dos se levantaron, se despidieron de los demás y subieron a la habitación de la híbrida. Por el camino, ella iba pensando qué hacer. Quería darle su sangre a Lucian, aunque no se atrevía a preguntarse la razón. Simplemente necesitaba hacerlo. Era como un deseo escondido en alguna parte de su cuerpo o de su mente que no la dejaba tranquila. Pero el lobo no quería. Bueno, en realidad no quería que ella lo hiciera por obligación, pero es que ella ya no quería hacerlo por eso.

Pensó entonces en todas las cosas inexplicables que había hecho sin darse cuenta, como besar a Lucian. Habían sido inocentes roces en la mejilla, pero a Lucas nunca había sido capaz de dárselos. Fue entonces cuando reconoció que el vampiro le daba algo de miedo. Nunca sabía lo que iba a hacer ni con qué se iba a encontrar y eso la estresaba profundamente.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Lucian justo antes de entrar en la habitación de la princesa.

—Sí, sólo estaba pensando.

—¿Puedo saber en qué? —sonrió.

Ericka suspiró y se sentó en la cama.

—Quiero darte mi sangre, Lucian, pero no por lo que piensas. Es que es tan complicado... No vas a creerme. —Bajó la mirada.

El lobo se agachó frente a ella y la hizo mirarle a los ojos. Sonrió con ternura.

—Confío en ti más de lo que puedas imaginarte —le aseguró—. Cuéntamelo, Ricka. ¿Qué ocurre?

—Es que no lo sé —susurró—. Todo mi cuerpo me pide a gritos que haga ciertas cosas, pero mi mente es reacia a algunas de ellas. Y yo ya no sé a quién hacerle caso.

—Yo siempre le hago caso a mi corazón, por si te sirve de algo —le dijo él—. También a mi instinto, pues sé que nunca va a fallarme como puede hacerlo el corazón. Mira, Ericka, nunca vamos a saber la verdad absoluta de nada. Simplemente haz lo que creas correcto y espera a ver los resultados y las consecuencias. Elige según tus criterios y no te preocupes tanto, ¿de acuerdo?

Hubo un pequeño silencio.

—Necesito darte mi sangre —dijo al final.

—¿Por qué? —preguntó con dulzura mientras extendía una mano para acariciarle el cabello.

—No lo sé —dijo aterrada—. Es que no lo sé, Lucian. Por favor... Por favor, sólo sé que... lo necesito. Te necesito...

Lo último lo dijo tan bajo que Lucian creyó habérselo imaginado. ¿De verdad ella le estaba diciendo aquellas palabras? ¿A él? Casi se echó a reír del alivio. Ella lo necesitaba, su cuerpo lo reconocía como su compañero... pero ella tenía miedo. Así que él tendría que enseñarle a no tenerlo, a dejarse llevar.

Se levantó e hizo que Ericka también se pusiera en pie. La miró a los ojos, buscando quizás algún tipo de negación que le impidiera seguir, pero sólo encontró curiosidad. Acarició su mejilla con suavidad, como si un mayor roce fuera a hacerla desaparecer. Ericka cerró los ojos y disfrutó de las caricias. De la mejilla pasó a su barbilla y de su barbilla al cuello. Sin cesar en sus caricias, el lobo se acercó a ella y besó su frente, sus párpados cerrados, su nariz... Y después se detuvo a escasos centímetros de su boca, pero la híbrida no abrió los ojos. Él bajó hasta su cuello, acariciándolo con los labios. El pulso de ella se aceleró, lo que hizo sonreír a Lucian.

Llevó la boca de la princesa a su cuello y la animó a morderlo, a beber de él, a tomar lo que necesitaba. Y ella lo hizo casi al instante. Mordió con suavidad, pero con decisión y Lucian dejó escapar un gruñido. Ericka se separó un poco de él y lo miró a los ojos, preocupada.

—No es lo que crees —susurró él continuando con sus caricias en el cuello de ella—. No me haces daño, Ricka. Continúa con lo que estabas haciendo. No te preocupes.

Ella volvió a morder. No, claro que su princesa no le hacía daño. Lo estaba excitando y él debía aceptarlo. Sus mordidas eran algo maravilloso y placentero que hacía que se sintiera en el cielo. Curioso, ya que le estaban drenando la sangre de su organismo, pero se sentía excelente.

Ericka estaba disfrutando y mucho. No quería pensar, no quería preocuparse. Su única duda era si Lucian lo estaría pasando tan bien. Pero no sabía cómo hacer que el lobo bebiera su sangre, cómo establecer un vínculo del que apenas sabía nada.

Se separó de él y el lobo la miró con ojos interrogantes. Pero ella ignoró aquella mirada y comenzó a acariciar la cara y el cuello de su compañero como él había hecho antes con ella, esperando que funcionara lo que tenía en mente porque sino, tendría que pensar algo nuevo. Sin embargo, Lucian cerró los ojos y ella sonrió. Sólo le faltaba armarse de valor, pero mientras más lo pensara peor sería, así que simplemente lo hizo.

Se acercó al lobo y unió sus labios con los de él. Y cuando Lucian ya despegaba los suyos para permitir que la lengua de ella entrara en su boca, Ericka se mordió con furia el labio, haciendo que su sangre cayera directamente en la boca de Lucian. En cuanto pudo saborear la primera gota, trató desesperadamente de apartarla, pero ella era una híbrida, mucho más fuerte y poderosa que un lobo, aunque fuera el líder de los suyos. Ericka lo

sujetó con firmeza, profundizando aún más el beso. Se sentía increíble, lo que era extraño porque era ella quien estaba perdiendo sangre.

Lucian no pudo controlarse mucho más y, vencido, pegó más el cuerpo de su compañera al suyo y mordió más su labio, bebiendo de ella, uniéndolos. La puso contra la pared y le apartó la chaqueta. Ella le dio un mejor acceso a su cuello y el lobo la mordió, haciéndola estremecer de placer. No lo entendía y nunca lo entendería. ¿Cómo podía sentirse tan bien perdiendo sangre? Pero aquel no era momento para pensar. Disfrutó todo lo que pudo hasta que él se separó, cerrando la herida de su cuello.

—Creo que ya has hecho bastante por hoy, ¿no te parece? —preguntó en su oído con voz ronca.

Ericka sonrió de manera traviesa y asintió. Lucian se alejó de ella, y besó su frente.

—Sólo espero que mañana no amanezcas arrepentida por lo que acaba de pasar —dijo.

—Eso no pasará. —Lo miró fijamente—. Yo escogí esto y me siento tranquila con mi decisión, Lucian. No intentes confundirme.

—No lo hago. —Sonrió—. Descansa, princesa.

—Buenas noches, Lucian.

Capítulo L

Ericka no lograba conciliar el sueño. Daba vueltas y más vueltas en la cama sin saber qué hacer. ¿Estaba haciendo lo correcto? ¿Qué era lo que esperaba su pueblo de ella? ¿Qué pasaría cuando la coronaran princesa? ¿Verían ellos de buena forma lo que estaba haciendo con sus compañeros?

—No puedo tenerlos a los dos sin destruirme a mí —murmuró al borde del llanto—. Pero no puedo elegir a uno de ellos y ver morir al otro. No lo soportaría.

Se estaba volviendo loca y se estaba haciendo daño a ella misma. ¿Pero qué podía hacer?

—Esto es injusto —declaró—. No tengo porqué soportar esto. Ya no puedo más. Tengo que tener en mente mis prioridades.

Y muy convencida de lo que iba a hacer por fin, se durmió.

—¡Arriba, princesa durmiente!

Adrien había entrado en el dormitorio de Ericka y la había desarropado. La joven gruñó y dio media vuelta en la cama al tiempo que se encogía sobre sí misma para tratar de guardar el calor.

—¡Vamos, Ericka! —la animó—. No me obligues a desnudarte y a vestirme yo mismo.

—No te atreverías —murmuró medio dormida.

—No. —Sonrió de medio lado—. Pero hay otras cosas que sí puedo hacer.

Y en un abrir y cerrar de ojos, el híbrido había tomado en brazos a su amiga, había caminado hacia el baño y la había tirado a la bañera llena de agua. Ella gritó y maldijo a Adrien a voz en grito mientras él trataba de no reírse.

—¡Estás loco! —gritaba—. ¡Está helada!

—Hace diez minutos estaba tibia, pero como has tardado tanto en levantarte, se ha enfriado.

—¡Idiota!

Adrien no pudo contenerse y se echó a reír. A los pocos minutos carraspeó y se rascó la nuca.

—Oye, verás... esto... ¿Sabes? Creo que será mejor que me vaya.

Ericka lo miró interrogante.

—Verás es que... Bueno, t-tu camisón es blanco y no llevas nada debajo, entonces...

La híbrida miró su cuerpo justo cuando Adrien daba media vuelta para marcharse conteniendo la risa. El camisón estaba totalmente empapado y pegado a su cuerpo sin dejar paso a la imaginación.

—¡Adrien!

—Daos prisa, alteza. —Salió del baño—. No me hagáis venir de nuevo.

Y dicho esto, cerró la puerta y dejó a Ericka sola en el baño. Tuvo que admitir que el plan de Adrien había dado resultado, pero si no fuera un ser inmortal, estaría bien acatarrada. Suspiró y le dio al agua caliente mientras se despojaba del camisón.

Después de un relajante baño, Ericka se enrolló en la toalla y salió. Tras comprobar que Adrien no estaba en sus aposentos, la joven cogió un conjunto de ropa deportiva como el del día anterior, se calzó sus deportivas y salió del dormitorio, no sin antes despedirse de Karma. Aquella mañana todo iba a cambiar.

—Tengo que hablar contigo con urgencia —le dijo su hermano nada más entrar.

—De acuerdo. —Frunció el ceño—. Pero antes tengo que aclarar algo con Lucas y Lucian.

Tabak asintió y el vampiro y el lobo siguieron a Ericka hasta el salón. Ella tomó aire y se armó de valor. Tenía que hacerlo.

—No puedo seguir así —les dijo—. No puedo seguir haciendo esto y fingir que todo es normal. Ahora mismo tengo muchas cosas de las que ocuparme y tengo que establecer mis prioridades. Lo siento, pero no quiero pasarlo mal ni que vosotros sufráis por mi culpa, por mis decisiones. A partir de ahora quiero que os pongáis de acuerdo para alimentarme y yo cada tres días os alimentaré a vosotros. No estoy dispuesta a negociar ni a discutir. Espero que cuando todo esté resuelto podamos arreglar nuestros problemas. Pero entendedme... Aún no he logrado hacer nada bien. No soy una vampiresa y mucho menos una loba. No estoy cerca de ser una de las criaturas más fuertes del Universo y eso me preocupa.

—Lo entiendo —dijo Lucian.

—Será como dices —aseguró el vampiro.

—Bien.—suspiró.

—Ericka, mejor hablamos de esto en otro momento —le dijo Lucas—. Ve con tu hermano. No mentía cuando dijo que era urgente.

—¿De qué se trata?

Ericka comenzaba a preocuparse. Cuando Tabak le había dicho que era urgente no se había imaginado nada malo ni peligroso, pero ahora empezaba a dudar. Y más al ver la cara del vampiro.

—Hay cosas que debes saber —fue lo único que dijo.

Aquellas palabras bastaron para hacer que el corazón de Ericka se pusiera a bombear sangre como loco y ella corrió hacia el comedor. Su hermano se encontraba sentado en la mesa con gesto serio y mirada ausente.

—¿Qué es lo que pasa, Tabak? —preguntó con miedo.

—Nada bueno, Karintia. —La miró a los ojos—. Nada bueno.

Fue entonces cuando ella comprendió que era peor de lo que se imaginaba. Su hermano jamás la asustaría de aquella forma a no ser que de verdad tuviera un buen motivo.

—Verás, hermanita, hay ciertas cosas que aún no te he explicado —dijo su hermano—. Siéntate, por favor.

Y mientras Ericka hacía lo que le pedía, Tabak inspiró profundamente y buscó las palabras adecuadas.

—Como bien sabes, nuestra especie está gobernada por la familia real, que somos nosotros —comenzó—. Desde siempre, el primogénito es quien hereda la corona. Al principio sólo podían gobernar los hombres, pero en el siglo XVIII se decidió que las mujeres también tenían derecho a gobernar. Sin embargo, éramos muy numerosos y una sola persona no podía encargarse de todo y en todas las partes del mundo. Así que los reyes repartieron su reinado y mandaron a cada continente a un grupo de vampiros de su más absoluta confianza junto a una persona que debía reinar en él siguiendo las órdenes de la familia real. Se estableció una base en cada continente donde ese grupo se establecería y no podría abandonarla jamás. Así ha sido siempre y así sigue siendo.

—Está bien, lo entiendo —asintió ella—. En este continente, la base es el reino de Ákaton, es este castillo. Por eso tú no debes ausentarte o al menos no durante mucho tiempo. ¿Pero cuál es el problema?

—El problema es que hace más o menos un siglo se propagó el rumor de que la familia real había sido despojada de sus dones.

Ericka frunció el ceño.

—No lo comprendo —musitó—. Tú me dijiste que la familia real perdió esos dones hace milenios. ¿Por qué corrió ese rumor hace tan poco tiempo?

—Porque nuestra familia siempre lo mantuvo en secreto —le explicó Tabak—. Verás, nuestra familia corría el terrible riesgo de que, al enterarse de la noticia, los gobernadores de los otros continentes se unieran contra la familia real.

—¿Lo han hecho? —preguntó ella alarmada—. ¿Estamos en guerra?

—No, pero han exigido que uno de los dos desmienta ese rumor. —Tomó aire—. Han pedido una demostración, Karintia.

—Lo que significa que tengo que controlar mi don como sea —murmuró—. No puedo hacerlo.

—Por nuestro bien, espero que sí. Si no lo consigues, nos declararán traidores.

—¿¡Traidores!?! ¿Pero qué desbordante imaginación! —gritó ella.

—Traidores a nuestra especie por haber ocultado una verdad así.

Estaban entre la espada y la pared. Sólo había una solución posible y no estaba segura de poder conseguirlo.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —inquirió.

—De menos de un mes.

Imposible. Era completa y absolutamente imposible. No estaba preparada. ¡Ni siquiera era una híbrida! Era un desastre, un desastre andante. Quería correr lo más lejos posible y echarse a llorar. Todo aquello estaba empezando a sobrepasarla.

—Karintia, no sólo debes aprender a controlar tu don —dijo Tabak suavemente—. Sé que no es un buen momento para decirte esto, pero será mejor que pases por todo de golpe. Para cuando ellos lleguen, tú debes ser una vampiresa. Da igual que no sepas transformarte en loba o cualquiera de esas cosas de lobos, pero las cualidades de los vampiros debes tenerlas asimiladas. Dejarás de trabajar en tu parte lobuna y te centrarás plenamente en tu lado vampírico, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —prometió con un hilo de voz.

—Si necesitas un incentivo... ¿Sabes cuál es la pena para los traidores, Karintia?

No quería oírlo, pero ella ya se lo imaginaba. No podía ser otra la sentencia.

—La muerte.

Capítulo LI

¿Asesinarían a su propio rey?

Ericka estaba consternada. De pronto sentía que todo se le venía abajo y que la sala era demasiado pequeña. No podía respirar. Así que salió corriendo del castillo y se internó en el bosque. Sabía que su hermano la dejaría tranquila, que le permitiría tener unos momentos a solas.

Se tiró en el suelo y se echó a llorar. Era una niña, se mirase por donde se mirase. Una joven con apenas dieciocho años y ya envuelta en semejante lío. ¿Cuántas veces había estado al borde de la muerte? No quería ni recordarlas. Era demasiado. Incluso para alguien tan experimentado como su hermano lo era.

—Pero si no lo hago, moriremos —sollozó—. Moriremos.

Se recostó sobre el tronco de un árbol y dejó que las lágrimas corrieran libres por sus mejillas, pues aquella sería la última vez que se atrevería a llorar. Debía ser fuerte y afrontar los problemas como una adulta.

Fue entonces cuando el cielo empezó a llenarse de nubes oscuras, ocultando el sol y haciendo caer pequeñas gotas de agua que pronto comenzaron a caer como si de una cascada se tratase. Resultaba irónico que su don pareciese tener vida propia.

—Seré una princesa ejemplar —se prometió a sí misma—. No lloraré, no mostraré debilidad ni sentimientos. Seré fría y calculadora, al menos con ellos. Aprenderé cómo ser una vampiresa, aprenderé a controlar mi don y después... Después seré una híbrida. No pienso rendirme.

Así que se secó las lágrimas, respiró profundamente y emprendió el regreso al castillo mientras las nubes comenzaban a desaparecer. Subió con la cabeza bien alta las escaleras y se encontró con su hermano sentado en uno de los sillones del salón con un vaso de whisky en la mano derecha.

—¿Qué tengo que hacer? —le preguntó decidida.

—Esa es mi hermana, damas y caballeros: Karintia Neisser.

Era la primera vez que escuchaba su apellido y la verdad es que no le disgustaba. Le hacía recordar a dónde pertenecía y quién era su familia. Y ahora más que nunca debía recordarlo.

—Alex y yo te ayudaremos en esto, ¿de acuerdo? —decidió su hermano

—. Lucas tiene capacidad suficiente para dirigir el asunto de las Cortes.

—¿Las Cortes? —inquirió ella.

—Así se llaman hoy en día aquellos grupos encargados de organizar el territorio y gobernar a los vampiros de los otros continentes —le explicó—. Me comunicaré hoy con ellos para hacerles saber que aceptamos hacer la demostración, pero que necesitamos tiempo para prepararlo todo. Con un poco de suerte tendremos un mes para enseñarte.

—Pero no pueden dejar el continente sin protección, ¿no?

—Dejarán a una persona y a un grupo de guardias en la base y los demás vendrán aquí, a Ákaton.

—Será mejor que empecemos ya.

—Sí, pero antes debes comer.

Casi se había olvidado del ardor de su garganta que exigía tomar aquel dulce líquido rojo. Maldijo interiormente, asintió y fue en busca de las dos únicas personas capaces de alimentarla.

—Necesito que uno de los dos me alimente ahora —dijo cuando los encontró a ambos en el comedor—. ¿Habéis pensando ya cómo lo vais a hacer?

—Creo que sí —respondió Lucian—. Lucas te dará por las mañanas para que él pueda dedicar el resto del día al asunto de las Cortes y yo pueda estar con mi manada durante la mañana. Yo te alimentaré a mediodía y nos turnaremos por las noches. Hoy le toca a Lucas.

—De acuerdo, me parece justo.

Lucas no había dicho nada y ni siquiera la había mirado. Era obvio que estaba dolido, molesto... Pero ella ya no podía hacer más. Eso era lo mejor, por el momento. Tenía muchas cosas de las que ocuparse.

El vampiro se decidió por fin a mirarla, se levantó de donde estaba y extendió el brazo para que ella pudiera tomar su sangre. Ericka suspiró y bebió de él hasta saciarse. No soportaba que se cerrara de aquella manera y su comportamiento la hacía sentir culpable por la decisión que había tomado. ¿Pero qué hacía? De una forma u otra, alguno sufriría. Y no tenía tiempo para encontrar una solución porque había cosas de mayor importancia que requerían toda su atención.

Lucas sabía que ella estaba mal. Podía verlo en sus ojos, en aquellos preciosos e increíbles ojos de color plata que no brillaban como era habitual. No podía enfadarse con ella. Ericka no tenía la culpa. Lo estaba intentando

hacer lo mejor posible, pero parecía que todo le salía mal. Así que decidió dejar de castigarla por algo que no había hecho.

Se acercó a ella y le subió la barbilla suavemente con los dedos. Su princesa parecía sorprendida.

—Nos vemos esta noche —le dijo con voz dulce.

Ericka esbozó una pequeña sonrisa y asintió. Y Lucas, sin poder evitarlo, le besó la frente con sumo cuidado, disfrutando de la sensación que su piel le transmitía. Después se fue, dejándola sola con Lucian.

—¿Te arrepentiste al final? —le preguntó él.

—No. —Se giró para mirarlo—. No me arrepiento, puedes estar seguro. Pero es que nada de lo que hago me parece justo y ya... ya no sé qué hacer. Por eso pienso que es mejor ir quitándome cosas de encima y ahora mismo es más urgente el asunto de las Cortes. Después, ya veremos...

—Lo veo bien. —Sonrió—. Vamos. Tabak y Alex deben estar esperándote.

Los dos salieron del comedor y del castillo. Lucian se despidió de ella de la misma forma que Lucas y corrió hacia el bosque para reunirse con su manada. Tabak y Alex estaban a unos metros de las puertas del castillo.

—Está bien. —Suspiró—. ¿Qué tengo que hacer primero?

—Olvida todo lo que te dije de aprender a controlar tu velocidad y tu fuerza. Un vampiro tarda mucho tiempo en manejar su cuerpo de la forma adecuada y no te lo tendrán en cuenta.—le dijo Alex.— Por ahora, ya puedes establecer un enlace telepático con otra persona y eso está muy bien, ¿de acuerdo? Pero hay muchas otras cosas que debes saber hacer. Practicarás con Romilda e intentarás controlarla con tus poderes vampíricos. Cosas simples e inofensivas como obligarla a ir a un sitio, que coja cualquier objeto, que se duerma... Lo que sea.

—¿Y cómo lo hago? —preguntó.

—Para poder hacerlo, necesitas creértelo —le explicó Tabak—. Necesitas tener confianza y hacerte creer a ti misma que quieres que lo haga, que es lo que más deseas en el mundo. Deberás hacerlo mirándola directamente a los ojos, ya que así es más fácil porque mantienes el contacto visual. Después dejarás de necesitarlo.

—Eso es fácil —aseguró ella—. Vosotros podéis enseñarme y lo haré bien. ¿Pero qué hago con mi don? ¿Cómo lo controlo?

—No necesito que lo controles, exactamente. —Tabak se rascó la nuca—.

Verás, lo único que necesitamos es que demuestres que tienes ese don, ¿entiendes? Será comprensible que aún no hayas logrado manejarlo porque requiere tiempo y tú sólo eres una novicia.

—De acuerdo —inspiró profundamente—. Entonces, ¿qué es lo que hago?

—Por las mañanas, Alex quedará contigo y con Romilda y te enseñará cómo utilizar tus poderes de vampiro. Por la tarde, tú y yo iremos al bosque y encontraremos la manera de que tu don salga de ti.

—Sentimientos —murmuró ella.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Alex.

—Sentimientos —casi gritó ella con alivio—. ¡Son los sentimientos, las emociones! Si logro controlarlas... ¡No! Si logro descontrolarme, enfadarme, sentirme triste... Lo habremos conseguido, hermanito.

—No lo entiendo muy bien. —Frunció el ceño—. Pero no te preocupes, tendrás tiempo de explicarme. Ahora será mejor que no perdamos el tiempo y que Alex y tú subáis a tus aposentos con Romilda. No hay tiempo que perder.

Capítulo LII

Alex y ella hicieron lo que el príncipe les ordenó y subieron a la habitación de la híbrida con Romilda. Las dos se sentaron en la cama mientras Alex permanecía de pie junto a ellas.

—Bien. Ya sabes lo que tienes que hacer —le dijo el vampiro—. Tu hermano ya te explicó cómo hacerlo, ¿no es cierto?

—Sí, tendré que intentarlo. ¿Qué le pido hacer primero?

—Que se levante.

Lo intentó muchas veces y con distintos tonos de voz, pero no lo conseguía. Se sentía frustrada y mentalmente cansada. ¿Por qué nada podía salirle a la primera? Todo eran complicaciones.

—Oye, ya te saldrá, ¿de acuerdo? —trató de animarla Alex—. No te rindas y sigue intentándolo.

—Sí, eso haré.

Cuando bajaron al comedor, todos estaban esperándolos salvo Lucas. Según le dijo Tabak, se encontraba ocupado con todo el asunto de las Cortes. Era un tema delicado.

Lucian le dio su sangre y la comida transcurrió sin percances. Ericka habló con Adrien y le aconsejó que él también tratara de controlar su transformación. El joven le prometió que se lo pensaría.

No tenía ganas de ir con su hermano y decepcionarse nuevamente, pero tuvo que hacerlo.

—Antes dijiste algo sobre tus sentimientos —le dijo mientras caminaban hacia el bosque—. ¿A qué te refieres?

—Cuando me fui corriendo, cuando me lo contaste todo, me refugié en el bosque y empecé a llorar.—le contó ella.— El cielo se oscureció y empezó a llover, primero de manera suave y más fuerte después. Y el rayo que le lancé a Lucas fue porque me sacó de mis casillas y... ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo —asintió con seriedad—. Pero eso sólo complica las cosas.

—¿En qué estás pensando?

—En que los únicos sentimientos que hacen salir a tu don son malos, Karintia. Para conseguir sacarlo, tengo que hacerte daño. Y me niego

rotundamente así que...

—Pero tienes que hacerlo, Tabak. Prefiero sufrir durante un mes antes que ver cómo matan a mi hermano.

—No lo entiendes. —Sacudió la cabeza—. Te estoy hablando de daño físico y psicológico.

—Pues adelante.

—No sabes lo que dices...

—Sí, Tabak, sí que lo sé —aseguró ella—. Pero tenemos que hacerlo, ¿entiendes?

Su hermano no respondió, pero sabía que ella llevaba razón.

—¿Cuánto tardáis los vampiros en sanar vuestras heridas? —le preguntó.

—Depende de la gravedad —dijo a regañadientes—. Las más leves se curan en cuestión de minutos mientras que las más graves suelen tardar algunas horas. Menos las causadas por el mercurio, por supuesto.

—Entonces yo podré sanar mucho más deprisa, así que no te preocupes. Aunque no sé cómo vamos a hacerlo... Nadie del castillo querría hacerme ese favor.

—Nadie del castillo querría darle una paliza a su princesa, a su amiga —le corrigió él—. ¿Qué crees que pensarán Lucian y Lucas de todo esto?

—Nada porque no lo van a saber.

Tabak la miró con los ojos desorbitados.

—¿¡Estás loca!? ¡Son tus compañeros! Sabrán que algo te pasa. Además, Lucian está conectado contigo, ¿recuerdas?

—No tengo elección, hermanito. Tengo que hacerlo de este modo.

—Lo siento, pero entonces tendrás que prescindir de mi ayuda.

—No te preocupes. Tengo a la persona perfecta... Pero debes prometerme que pase lo que pase, no le dirás nada a Lucian y a Lucas.

Tabak bufó y miró para otro lado, pero ella cogió su barbilla para que volviera a mirarla a los ojos.

—Prométemelo —le pidió.

—¿Y qué les digo cuando me pregunten por ti?

—Que estoy practicando sola y que no deben preocuparse.

Su hermano inspiró profundamente. Le parecía un pésimo plan, pero conocía a Karintia: lo llevaría a cabo con o sin su ayuda.

—De acuerdo.

Ericka sonrió y le dio un beso en la punta de la nariz a su hermano con una

gran sonrisa. Sabía que podía contar con él.

—¿Y cuál es tu gran plan? —le preguntó Tabak—. ¿Que te hagan daño hasta que tus poderes se manifiesten?

—Más o menos. —Sonrió—. Quizás incluso pueda aprender a controlarlos.

—¿Y se puede saber quién es esa misteriosa persona que va a ofrecerte su ayuda?

Como era normal, Tabak no se imaginaba que alguien pudiera ofrecerse a hacer algo así. Es más, ningún lobo o vampiro aceptaría aquello por miedo a las represalias que se tomaran contra él después. ¡Menuda idea! Torturar a un miembro de la familia real de los vampiros y a la compañera del alfa de los lobos. Era un suicidio.

Sin embargo, Ericka sonreía.

—Kirash: la bruja principal.

Había sido un duro golpe para el príncipe escuchar aquellas palabras. Una bruja, al fin y al cabo, sí podría querer ayudarla. Su hermana era más lista de lo que había previsto.

—¿Karma te ha comido la lengua? —se burló ella—. Ahora ya no estoy tan loca, ¿verdad, hermanito?

—Kar, lo único que quiero es que no te hagan daño —le dijo—. Ten mucho cuidado y procura que no se pase de la raya, porque sino, no dudaré en salir a buscarla.

—Gracias, hermanito.

Ericka lo abrazó con todas sus fuerzas y agradeció tenerlo como hermano. Lo único que le faltaba era contactar con Kirash, ¿pero cómo podía hacerlo?

—Necesito salir a buscarla —suspiró y se separó de Tabak.

—Aunque la busques no vas a encontrarla. —Sonrió él con ternura—. Ella te encontrará a ti. Sólo tienes que esperar.

Entonces recordó que todas las veces que la había necesitado, Kirash había aparecido sola, como si todo el tiempo estuviese velando por ella.

—Es mi bruja madrina. —Sonrió.

Tabak asintió, no muy convencido. Los dos volvieron al castillo y Ericka decidió darse un baño antes de cenar y tener que lidiar con Lucas.

Cuando vio a Karma tumbada en la cama no pudo evitarlo. Hizo que su mascota la siguiera hasta el baño, cerró la puerta, se desnudó y metió a la pantera en la bañera para después meterse ella. Pensó que Karma se resistiría,

pero al parecer le gustaba el agua y estaba muy cómoda. No podía tumbarse porque la bañera era bastante grande y su cabeza quedaría sumergida, así que se sentó y empezó a jugar con el agua. Ericka la observaba con ternura mientras trataba en vano de capturar las pequeñas ondas de la superficie.

Después de aquel momento de relajación y diversión, las dos salieron del agua y Ericka secó a su mascota después de enrollarse una toalla alrededor del cuerpo. Después se colocó la ropa interior, pero dejó su sostén sobre el lavabo y llamó a Romilda desde la puerta del baño. La mujer apareció al cabo de unos minutos.

—¿Queríais algo, alteza? —le preguntó mientras realizaba una reverencia.

—Me gustaría que me pusieras el corsé, si no hay inconveniente.

—Por supuesto.

Se acercó al armario, cogió la prenda y se la colocó a Ericka en la posición correcta para después ir apretando los cordones.

—¿Puedo saber el motivo por el que deseáis usar corsé en este momento, princesa? —le preguntó.

—Me gustaría vestir formal en las ocasiones en las que pueda hacerlo, como esta noche —le explicó.— No tengo que usar ropa deportiva porque no voy a entrenar, así que usaré vestido.

—¿Quiere algún color en especial, señorita?

—No, elige el que quieras.

Romilda sacó un vestido rojo sin vuelo y de manga larga y se lo puso. Ericka seguía sin entender cómo es que jamás había repetido vestido en todo el tiempo que llevaba allí.

—¿Necesitáis algo más, señorita?

—No, puedes retirarte.

Y con una última reverencia, Romilda salió de los aposentos de la princesa. Ericka estaba lista, pero su corazón latía a mil por hora. ¿Se debía a Lucas? Sin duda alguna. Aquel vampiro la ponía de los nervios y su corazón se aceleraba cada vez que lo tenía cerca. Pero tenía que ser fuerte y resistir.

Inspiró profundamente y caminó hasta el comedor, pero con cada paso que daba, su corazón latía más y más rápido y más fuerte. Sentía que se saldría del pecho. Respiró algunas veces para tratar de calmarse y poder entrar de una vez, pero una voz la detuvo.

—No puedes hacerte a la idea de lo mucho que me satisface saber que tu corazón sólo late así por mí —murmuró Lucas en su oído.

Inconscientemente, ella había cerrado los ojos, pero los abrió de inmediato y entró en el comedor como alma que lleva el diablo. Esbozó su mejor sonrisa y se sentó al lado de su hermano. Cuando vio entrar a Lucas con aquella petulante sonrisa dirigida a ella supo que aquella noche nada iba a pasar como lo había planeado. Lucas la haría tropezar, la confundiría... Aquella sonrisa y aquellos ojos podrían engañar al mismísimo diablo. Y aquella noche, Ericka iba a enfrentarse a él.

Capítulo LIII

Ericka trató de relajarse todo lo que pudo contándole a Adrien cómo habían ido sus entrenamientos.

—No te preocupes, yo también era un desastre. —Sonrió—. Y creo que aún lo sigo siendo.

Lucian parecía ser el único que se daba cuenta de los alocados latidos de su corazón y de la sonrisa divertida que mostraba Lucas al percatarse de ellos. Tabak y Alex estaban demasiado preocupados como para prestar atención y Adrien estaba hablando con Ericka, centrándose en las palabras de la híbrida y no en su órgano vital.

—Vamos —dijo Lucas limpiándose con una servilleta—. Tienes que beber.

Ericka quiso decirle que podían hacerlo allí mismo, pero sabía que Lucas pondría cualquier excusa y su hermano ya tenía bastantes problemas. Así que asintió y los dos salieron del comedor.

—¿Por qué no me has alimentado allí mismo? —preguntó cuando estaban llegando a su habitación.

—Porque sé que no quieres. —Sonrió de lado, aunque Ericka no pudo verlo—. Los latidos de tu corazón durante la cena hablaban por sí solos, ¿no crees? ¿Por qué estabas tan nerviosa, Ericka? ¿Acaso veías venir esta situación?

—Puede ser —murmuró.

Entraron en los aposentos de la joven y Lucas cerró la puerta tras ellos. Ericka se giró y lo miró a los ojos.

—¿Me das tu muñeca?

—El cuello es mejor. —Sonrió.

—Prefiero la muñeca.

Ambos sabían que el cuello era una zona muy íntima, demasiado tentadora...

—No, no la prefieres. —Se acercó a ella—. Sacas menos sangre de la muñeca, los dos lo sabemos. En el cuello hay más.

Ericka se mordió el labio y empezó a preguntarse si tendría el suficiente autocontrol para poder hacerlo y que no pasara nada.

—¿De qué tienes miedo?

La voz del vampiro sonó ronca y muy cerca de su oreja, aunque él no se había movido.

—De nada —respondió rápidamente.

—Bien.

Lucas se desabrochó los primeros botones de la camisa y le mostró el cuello.

—¿No tienes hambre? —inquirió.

Ericka suspiró. Tendría que hacerlo así. Lucas sonrió cuando se dio cuenta de que ella iba a ceder y un brillo iluminó sus ojos.

—No disfrutes demasiado —le dijo ella al oído.

—No prometo nada.

La híbrida mordió su cuello con suavidad y trató de beber poco a poco, ya que mientras más sangre entrara en su boca, mayor sería la tentación. Sin embargo, Lucas tenía otros planes. Ya habían sido interrumpidos en dos ocasiones y aquel estúpido lobo la había besado a la primera... aunque, en realidad, ella lo había besado a él. Eso era lo que lo ponía más furioso.

Pegó el cuerpo de la híbrida al suyo y besó su cuello, haciéndola estremecer. Pero cuando ella intentó separarse, sujetó su nuca con una mano y la obligó a seguir bebiendo mientras sus besos bajaban por su clavícula. Ericka dejó de resistirse y disfrutó de los besos y las caricias al tiempo que también disfrutaba su sangre. Después cerró la herida y lamió la sangre que había quedado en el cuello del vampiro mientras él volvía a besar su cuello cada vez más arriba. Ericka trataba de no hacer ningún sonido, pero era imposible. Su corazón latía desbocado y sentía que le faltaba el aire. Los dedos del vampiro recorrieron su espalda, provocando pequeñas descargas de electricidad que viajaban por el cuerpo de la joven. Ella cerró los ojos y trató de respirar mientras Lucas continuaba con sus caricias. Y en un abrir y cerrar de ojos, ella estaba contra la pared, aprisionada entre ella y el cuerpo del vampiro. Sus ojos verdes estaban clavados en los de ella mientras sus manos acariciaban su cintura. Sus labios estaban muy cerca y ella sabía lo que iba a pasar... y quería que sucediera. De modo que sus manos abandonaron el pecho del vampiro y se unieron tras su nuca, haciendo que su cuerpo se pegara más al de él y sus labios se rozaran. No había vuelta atrás.

—Ya no puedes huir de mí —murmuró Lucas rozando sus labios con los de ella.

—Nunca he dicho que quisiera hacerlo.

Se puso de puntillas y unió sus labios con los de él, suaves y tiernos. Lucas la apoyó más contra la pared y profundizó el beso sintiéndose completamente feliz. Pero quería más... y no podía controlarse. El beso se tornó más urgente, más rápido y más posesivo. Lucas la necesitaba como jamás había necesitado a otra mujer, y eso lo asustaba. Ni siquiera se dio cuenta de que sus colmillos habían salido hasta que mordió el labio inferior de su compañera.

Se alejó lo más rápido que pudo de ella y trató de normalizar su respiración. Su corazón estaba acelerado y él no entendía nada. Trató de esconder sus colmillos, pero no podía... y él sabía por qué.

—Lucas... —susurró Ericka mientras se acercaba a él.

—No, aléjate de mí —le pidió con voz ronca.

—Sé qué hacer. Ya lo hice una vez, ¿recuerdas?

—No, Ricka. —Cerró los ojos—. Ahora mismo tu contacto, el solo roce de tu piel contra la mía, causaría estragos en mí. No puedo estar aquí.

Pero Ericka no le hizo caso y alzó su mano para acariciar su mejilla. Lucas apretó la mandíbula, pero una sensación de bienestar lo inundó, haciendo que se relajara. Fue entonces cuando lo entendió, cuando abrió los ojos y se encontró con los grises de ella. Ericka era su compañera y podía desearla desesperadamente, pero sólo ella sabía cómo calmarlo, cómo hacer que sus problemas dejaran de serlo mientras estuviera a su lado. Y cuando se quiso dar cuenta, sus colmillos habían desaparecido.

—Gracias. —Le sonrió con ternura.

Ericka también sonrió y no dejó de acariciarle la mejilla, aunque sabía que ya no era necesario. Lucas no se quejó. Le gustaba que ella se preocupase por él y fuera tan atenta.

—Tengo que irme y tú tienes que descansar —susurró—. Le diré a Romilda que venga para ayudarte.

Ella asintió y Lucas dio media vuelta para marcharse.

—Antes de que me vaya, quiero que sepas que si de verdad quieres seguir con los horarios y esperar, yo te apoyaré —le dijo—. Tómame este beso como la promesa de que siempre estaré aquí, como una disculpa por todo lo que te he hecho pasar y por una recompensa para mí por besar a Lucian.

Ericka iba a disculparse, pero Lucas llegó antes y le puso el dedo índice sobre los labios.

—Soy un idiota que no merece tus disculpas. —Sonrió—. Está bien, Ricka, no pasa nada. Él también es tu compañero y lo entiendo. Además, me he comportado fatal contigo y te prometo que voy a compensarte, cueste lo que cueste.

Besó por última vez sus labios y desapareció de la habitación, dejando a Ericka sola y con un montón de dudas.

Capítulo LIV

A pesar de lo que había ocurrido aquella noche, Ericka decidió que nada debía cambiar. Tenía que centrarse en otras cosas y el triángulo amoroso que tenían formado no era una prioridad. Lo más importante era salvar la vida de su hermano y la suya propia.

Así que a la mañana siguiente se presentó en el comedor totalmente decidida a seguir con lo que había dicho. Lucas la miró y asintió levemente, indicando que le parecía bien. Ericka sonrió y se sentó al lado de Adrien y su hermano.

—¿Dónde está Lucian? —preguntó.

—Con su manada —respondió el híbrido—. ¿Tú estás mejor que ayer?

—Creo que estoy un poco más animada —asintió—. Seguro que hoy lograré hacerlo mejor.

Sin embargo, pese a su optimismo, aquel día Ericka no hizo ningún progreso, lo que la decepcionó bastante. Pensó que tal vez en un par de días más lo habría conseguido, pero los días pasaban y ella no avanzaba. Los demás no lo entendían. Se suponía que para una híbrida debería resultar más fácil, pero Ericka era una caja de sorpresas. Aunque sus poderes de vampiro no eran lo único con lo que no conseguían avanzar. Kirash tampoco parecía tener ganas de ir a verla y no sabían cómo dar con ella. La híbrida estaba desquiciada, nerviosa y apenas dormía.

Hasta que nueve días después de haber hablado con su hermano sobre las Cortes, Kirash se coló en su dormitorio.

Ericka acababa de ponerse el camisón y se estaba preparando para pasar una noche más en vela. Su hermano había insistido en que debían sedarla o tratar de hacerla descansar de cualquier forma, pero ella se negaba. No le inspiraba confianza ninguno de los métodos que Tabak le proponía. De modo que se acercó al pequeño rincón de lectura de su habitación, se sentó y agarró el libro que llevaba algunos días leyendo.

—Ericka —la llamó una voz a su espalda.

La joven casi se echa a llorar del profundo alivio que le causó ver a la bruja detrás de ella con una pequeña sonrisa. Tuvo que contenerse mucho para no ir a su encuentro y estrujarla entre sus brazos.

—¡Kirash! —exclamó poniéndose en pie—. ¿Dónde te habías metido? Estaba esperándote y pensé...

— Lo estaba preparando todo —le explicó ella—. No puedo torturar a la princesa de los vampiros y a la compañera del alfa de los lobos en cualquier lugar, ¿sabes? Además, tendremos que hacerlo de noche, lo que significa que no podrás dormir mucho y estarás terriblemente cansada psicológicamente. Una tortura no es precisamente un paseo por el bosque.

—Estoy preparada —aseguró.

—Bien, pero hoy no.

—¿Qué? ¿Por qué? —Frunció el ceño, decepcionada—. Estamos perdiendo tiempo, Kirash, y no disponemos de mucho. Ya han puesto una fecha. Las Cortes estarán aquí dentro de tres semanas justas.

—Por eso estoy aquí exactamente tres semanas antes. —Sonrió—. Sé lo que hago, mi querida Ericka. Necesitas dormir si quieres servir de algo, ¿de acuerdo? Vendré a buscarte mañana a medianoche. En cuanto hayas cenado quiero que te duermas. Yo misma te despertaré y cuando acabemos nuestro trabajo, volverás a dormir. Tendrás que aprovechar las pocas horas libres para descansar.

—De acuerdo.

—Túmbate —le pidió—. Te ayudaré a entrar en un sueño profundo.

No muy convencida, Ericka dejó el libro en su sitio y se tumbó en su cama. Después cerró los ojos y dejó que Kirash obrara su magia. Confiaba ciegamente en ella.

La bruja dijo algunas palabras en el lenguaje que sólo los de su especie conocían y la joven perdió la conciencia en cuestión de segundos.

Al día siguiente, Ericka se despertó con energías renovadas. Ver a Kirash la había animado bastante y se sentía capaz de todo... aunque los entrenamientos no tardaron en demostrarle que se equivocaba.

—No te pongas nerviosa —le dijo Alex—. Lo conseguirás, estoy seguro de que lo harás.

Pero la híbrida no estaba tan segura. ¿Qué clase de vampiresa era si ni siquiera era capaz de obligar a un mortal, a un simple humano? Sin embargo, estaba segura de que con la ayuda de la bruja, aquella noche conseguiría progresar. Desgraciadamente, también se equivocaba.

Las horas pasaron lentamente, pero al final llegó la hora de la cena. Ericka corrió hacia el comedor, deseosa de que Lucian la alimentara y pudiera irse a dormir.

—Te veo demasiado entusiasmada, hermanita —se percató Tabak—. ¿Puedo saber a qué se debe?

—A que hoy no ha sido un día muy bueno, pero estoy segura de que mañana será diferente —mintió—. Seguro que lo consigo.

—¡Vaya! —Alex alzó una ceja, incrédulo—. Hace unas horas estabas un tanto deprimida. ¿Qué ha hecho que te sientas así?

—La esperanza. Si la pierdo... Es lo único que me queda. Debo tener confianza en mí misma. Necesito que esto salga bien, Alex. Sino, mi hermano morirá. Y yo también.

—Lo entiendo.

La cena transcurrió tranquila a partir de ahí. Lucian acompañó a Ericka a su habitación y le ofreció su muñeca para que bebiera.

—¿Estás segura de que estás bien? —le preguntó cuando apartó los colmillos de su piel.

—Ahora mismo estoy cansada, la verdad —suspiró.

—¿De verdad estás así porque piensas que mañana será otro día?

—Si no pienso eso, ¿qué me queda? ¿Prefieres que piense que el entrenamiento de mañana no servirá de nada y que nos condenaré a mi hermano y a mí? No puedo hacer eso. Lo único que me queda es creer que de verdad puedo hacerlo.

—No te preocupes. —Besó su frente—. Lo conseguirás. Sé de lo que eres capaz. Tengo fe ciega en ti, ¿vale? No lo olvides nunca.

—Gracias, Lucian. —Sonrió—. Sé que puedo contar contigo. Ahora, si me disculpas, me voy a dormir. Necesito descansar.

El lobo asintió y abandonó el dormitorio de la híbrida. Ella se tumbó en la cama, pero lo cierto era que no tenía sueño. Estaba muy nerviosa y tenía un poco de miedo. ¿Podría superar la tortura de Kirash? Esa mujer parecía saber muy bien qué y cómo hacerlo. Pero ya no podía echarse atrás.

Karma subió a la cama y se acurrucó junto a su dueña, tratando de darle ánimos. Ericka sonrió y la acarició. Tenía que dormir. Si la bruja se lo había pedido, tenía que ser importante. Quizás la tortura la matara o no funcionase si ella no dormía suficiente. Así que se arropó y cerró los ojos hasta quedarse profundamente dormida.

La voz y el zarandeo de Kirash la despertaron a medianoche. Bostezó y abrió los ojos, dispuesta a levantarse de la cama, pero entonces se percató de que no estaba en su habitación ni tampoco tumbada en su cama.

Aquella sala era muy parecida a donde habían estado las dos, junto con Teo y Ángel mientras planeaban su conversión a híbrida, pero con algunas modificaciones. La habitación era muy oscura y se divisaban los ladrillos de las paredes. Ella ocupaba el centro de la sala y estaba sentada en una silla atada de pies a cabeza con unas fuertes cadenas que desprendían una luz blanquecina casi invisible. Kirash estaba frente a ella con una expresión seria.

—No quise despertarte —dijo—. Era mejor transportarte aquí y atarte mientras aún estabas profundamente dormida. Claro que he tenido que hechizarte para que no despertaras. ¿Empezamos?

—¿Qué es lo que quieres hacerme primero?

Ericka ya estaba mucho más despierta y podía ver la sala con más claridad. Detrás de la bruja había una mesa con toda clase de extraños objetos sobre ella. No le gustaba nada aquella situación y estaba empezando a arrepentirse.

—No sé cuánto puedes aguantar y desconozco a cuánto está tu umbral del dolor, así que tendré que empezar por lo básico e ir avanzando —explicó.

—¿Y lo primero es...?

—Golpearte. O dicho burdamente, darte una buena paliza.

A Ericka casi le entran ganas de echarse a reír. No conocía mucho a Kirash, pero la joven no parecía haber pegado a nadie en su vida y no parecía capaz de hacerlo tampoco.

—¿Estás segura de que vas a poder...?

Pero un fuerte puñetazo en la mandíbula la interrumpió. Aquella noche Ericka descubrió dos cosas: que Kirash era mucho más fuerte de lo que pensaba y que su umbral del dolor estaba mucho más alto de lo que la bruja suponía. ¿Conclusión? Las palizas y las heridas superficiales quedaban descartadas. Lo cual significaba que iban a tener que utilizar métodos más agresivos.

—Métodos que harían que un humano se retorciera en el suelo del dolor —había dicho Kirash.

Pero ella no era humana. Y tampoco era una vampiresa o una loba. Era una híbrida y aguantaría todo lo que le echaran encima. O al menos, eso fue lo

que pensó.

Capítulo LV

Ericka pensó que aquella primera noche Kirash la dejaría irse y la noche siguiente probarían otros métodos, pero la bruja quería hacer una pequeña prueba antes de transportarla de nuevo al castillo de su hermano.

De modo que pronunció un hechizo y en apenas unos segundos la híbrida estuvo empapada por el agua que había caído sobre ella.

—¿Qué haces? —le preguntó.

Pero Kirash no respondió, sino que se limitó a mostrarle unas varillas de metal electrificadas.

—Ay, madre... Esto sí va a dolerme...

Y en un rápido movimiento, la bruja puso las dos varillas en los brazos de Ericka. Al contrario de lo que pensó, ella no gritó, sino que se limitó a apretar los puños y la mandíbula. Ericka no supo describir muy bien la sensación, pero no le gustaba demasiado, aunque tampoco era para echarse a llorar. Era algo extraño...

Kirash frunció el ceño, un poco decepcionada. Esperaba haberle arrancado al menos un grito pequeño, pero nada. Ericka era más fuerte de lo que todos se imaginaban... incluso ella.

—Está bien —suspiró—. Seguiremos mañana, y será peor. Bastante peor. Así que mentalízate, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

La bruja murmuró unas palabras y las cadenas cayeron al suelo, liberando a la híbrida. Ésta se puso de pie y descubrió que estaba perfectamente bien.

—Dame las manos —le pidió Kirash.

Ella lo hizo y unos segundos después estaban en sus aposentos del castillo.

—Deberías descansar —le aconsejó la bruja.

—Eso haré. Buenas noches, Kirash, y muchas gracias por todo.

—No soy yo quien va a sufrir con esto —rió ella—. Buenas noches, princesa.

Ericka se cambió el camisón por otro nuevo y se durmió después de que Kirash se marchara. Pero justo antes de sumirse en sus sueños, escuchó una voz en su cabeza.

—¿Ericka? —le preguntaba Tabak, y continuó sin esperar respuesta—. Cuando te pregunten, diles que esta noche saliste a pasear por lo de tu insomnio. Buenas noches.

¿Eso significaba que Lucas y Lucian habían notado su ausencia? ¿Y si el lobo había sentido su dolor? Su tapadera no duraría ni una semana y seguro que alguno de los dos se ofrecía a acompañarla. Sólo esperaba que su hermano y ella hubieran encontrado una buena excusa para entonces.

Algo la despertó a la mañana siguiente. Gruñó, pero no quiso abrir los ojos, ya que supuso que había sido Karma. Pero había algo raro que no cuadraba: aire. Era como si alguien hubiese abierto la ventana y el aire le diese directamente a ella. Además se escuchaba algo extraño que no sabía explicar...

—¿Vas a contarme dónde estuviste anoche o tendré que seguir mirándote?

Ericka abrió los ojos de golpe y se encontró con la cara de Adrien a un palmo de la suya, lo que la hizo abrirlos más de lo normal. El híbrido había desplegado sus enormes alas blancas que quedaban muy justas en la habitación y las estaba batiendo para mantenerse en suspensión. De ahí venían el ruido y el aire.

—¡Adrien! —exclamó ella—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Comprobar que no vas a volver a escaparte. Además, es divertido. — Se encogió de hombros al tiempo que sonreía—. ¿Quieres que te saque por la ventana hoy? Podríamos entrar por la del comedor.

La joven lo miró con diversión.

—¿Podrías? —inquirió.

—Soy un híbrido, guapa. —Le guiñó un ojo y bajó al suelo—. Vamos, vístete. Hoy tengo ganas de divertirme, para variar.

—¡Dame diez minutos! —dijo ella mientras se levantaba de la cama, cogía algunas prendas de ropa y se metía en el baño.

—¡Te doy cinco! —le gritó él.

La híbrida estaba entusiasmada. ¡Iba a volar! ¿Qué se sentiría? ¿Le daría miedo? No importaba.

Se duchó rápidamente y se puso unos pantalones de chándal negros, una camiseta de tirantes de color rosa pastel, unas zapatillas a juego y una chaqueta deportiva de color negro. Se recogió el pelo en una cola de caballo alta y salió del baño.

—¡Ya estoy lista! —canturreó.

—Genial. —Sonrió él—. Abriremos las dos puertas de la ventana. Ah, y no te asustes, pero primero tengo que saltar antes de desplegar las alas, ya que casi no hay espacio.

Ella asintió, aunque tenía un poco de miedo.

—Vamos, ven aquí —le dijo él.

Ericka se acercó y Adrien la tomó en brazos, como si de una novia recién casada se tratase, y se colocó frente a la ventana. Ella se agarró fuertemente a su cuello y se pegó más a él.

—¿Sabes? Creo que es un buen momento para decirte que jamás he hecho esto. Tú serás la primera.

Y antes de darle tiempo a la híbrida para ponerse histérica, saltó de la ventana. Ericka chilló al darse cuenta de que estaba cayendo y tuvo miedo de que Adrien no pudiera hacerlo, pero se calmó al sentir que se elevaban y al escuchar el batir de alas de su amigo. Fue entonces cuando se atrevió a abrir los ojos, y no se arrepintió.

Estaban ganando cada vez más altura y las vistas eran increíbles. Se veía todo verde, mirase a donde mirase. Adrien la observaba con una gran sonrisa.

—Lo conseguimos.

—Lo conseguimos —rió ella—. ¡Es increíble! ¡Estoy volando!

—Técnicamente, soy yo quien vuela —rió él.

Hicieron algunas piruetas, dieron una vuelta completa al castillo y después se dirigieron a la ventana del comedor.

—¡Dile a tu hermano que abra la ventana todo lo posible! —le gritó por encima del zumbido del aire y de las alas.

Ericka asintió e hizo lo que le pedía, pero descubrió que Adrien se estaba alejando del castillo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—No puedo hacer un aterrizaje normal en la ventana —le explicó—. No hay espacio y mis alas no caben, así que tendremos que hacerlo de otra forma. Da gracias a que no eres humana y no vas a resultar herida en lo más mínimo.

Ericka no sabía si debía o no preocuparse, pero confiaba en Adrien y lo estaba pasando genial, así que le dejó hacer. Él dio media vuelta y fijó la vista en la ventana abierta que se encontraba a unos cincuenta metros.

—¿Preparada? —le preguntó.

La híbrida inspiró profundamente, se agarró más fuertemente a Adrien y

asintió. Él también la agarró mejor y comenzó a batir las alas con rapidez, cada vez más y más deprisa mientras se acercaban peligrosamente a la ventana. Ella cerró los ojos y ahogó un grito justo cuando vio que el híbrido replegó sus alas a un metro escaso de la ventana. El golpe no se hizo esperar. Los dos chocaron contra el suelo, pero Adrien se aseguró de llevarse la peor parte y mantener a Ericka encima suya.

Cuando estuvo segura de que todo había terminado, Ericka abrió los ojos y descubrió que había escondido la cara en el cuello del híbrido. Sonrió y lo miró, para después los dos echarse a reír como locos mientras los demás los miraban sorprendidos.

—Cuando me dijiste que abriera la ventana, no me imaginaba que era para algo así —le dijo su hermano.

—¿Sabes? Deberías probarlo. Es muy divertido —respondió ella sonriendo.

—Creo que ahora es más urgente saber por qué no estabas en el castillo anoche —fue Lucas quien habló.

Ericka suspiró. Sabía que no podía reírse con los demás y simplemente olvidar el tema. Lucas no era así. Y cuando Lucian regresara de estar con su manada, sería aún peor.

Capítulo LVI

Todos se sentaron en la mesa después de que Lucas interrumpiera aquel alegre momento. Ericka estaba un poco nerviosa, pero sabía lo que tenía que decir. Por si acaso, ella y Tabak se miraron con complicidad.

—No te preocupes, Lucas —le dijo—. Ya sabes que estos días no lo estoy pasando muy bien y ya no aguantaba más en mi habitación. Así que salí del castillo y me fui al bosque para caminar un poco. Necesitaba distraerme y no pensar siempre en lo mismo.

Lucas asintió, aunque no estaba del todo convencido, y le tendió su muñeca para que bebiera.

—Sólo no te agobies demasiado, ¿vale? —le dijo mientras ella tomaba su sangre—. Estaba preocupado por ti y no me gusta que salgas sola y de noche. Aún no hemos dado con el brujo que te secuestró y nada le impide hacerlo de nuevo. Además, Lucian tenía un extraño presentimiento ayer, y lo quiera o no, es un lobo: su instinto rara vez falla.

—Pues esta vez se ha equivocado. —Se limpió los labios—. Estoy bien, Lucas. No he demostrado aún lo contrario.

Ericka sabía que no estaba conforme y que seguía dudando, pero no podía hacer más. Sin embargo, sí que debía hablar más seriamente con Lucian. No le diría lo que hacía por las noches, pero tendría que contarle más de lo que le gustaría.

Alex y ella fueron con Romilda a la habitación de la princesa para practicar como todas las mañanas, aunque Ericka ya había perdido la esperanza. Sin embargo, aquel día todo iba a cambiar.

—¡Me rindo! —suspiró.

Era cerca de la una de la tarde y ya estaba harta. No podía seguir intentándolo, nunca lo conseguiría. Sin embargo, si no lo hacía, su hermano y ella morirían. Y no estaba dispuesta a permitir que eso sucediera.

Alex se masajeó las sienes. Él también estaba frustrado y ya no sabía qué más podía hacer.

—Lo he intentado todo...

—Ya, ya lo sé —lo consoló ella—. No puedes hacer nada más, Alex.

El vampiro alzó la mirada muy sorprendido y clavó sus ojos en los de ella.

—Yo no he dicho... Yo no he dicho nada.

—Pero me has hablado por telepatía. —Frunció el ceño—. Yo te he oído.

—Ericka, te juro que yo no... Yo solo lo he pensado, no he abierto ningún enlace de comunicación contigo, yo no... no he hecho nada.

—Pero yo te he oído... —murmuró.

—Tengo que contárselo a Tabak.

Y dicho esto, desapareció.

¿Era posible que le hubiese leído el pensamiento a su amigo? ¿No se podía hacer sólo con humanos? Ericka miró a Romilda como buscando respuestas, pero la criada estaba más sorprendida que ella.

—No os preocupéis, majestad —trató de tranquilizarla—. Ya veréis como todo se resuelve pronto.

Pero Ericka ni siquiera la escuchaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó una voz desde la puerta.

La joven se giró y le dedicó una sonrisa al lobo.

—¿Tiene que ver con lo que ha pasado esta noche? —siguió preguntando mientras se acercaba a ella.— ¿Estás bien?

—Sí, sí. —Le restó importancia con un gesto de la mano—. Pero tengo que hablar contigo.

Lucian asintió. Se despidieron de Romilda y los dos salieron del castillo, aunque no se alejaron de la puerta.

—¿Qué es lo que sentiste anoche? —le preguntó ella.

—Sentí que no estabas, que te habías ido —respondió—. Me levanté muy alterado y tuve que ir a tu habitación para asegurarme de que estabas bien, pero no estabas. ¡Ni siquiera estabas dentro del castillo! Cuando pasé por la habitación de Lucas, él salió y los dos supimos que estabas en peligro o que te había pasado algo. Tenía un mal presentimiento, pero Tabak nos tranquilizó y nos dijo que te habías ido a dar una vuelta. Naturalmente, no me lo creí demasiado. Y entonces, cuando estaba tumbado en la cama, sentí un dolor agudo en el pecho. ¿Qué pasó anoche, Ricka? Porque estoy seguro de que te hirieron de alguna forma... Estoy vinculado a ti. Siento lo que tú sientes.

Ella se mantuvo en silencio, asimilando la información del lobo. Y ahora debía pensar cuidadosamente lo que iba a decirle.

—Lucian, necesito que confíes en mí. —Lo miró directamente a los ojos

—. Sé lo que tengo que hacer y puede que no os agrade a ninguno, pero voy a estar bien. Además, siempre puedo echarme atrás si veo que ha sido un error.

—Ericka, no te entiendo. No entiendo nada, yo...Estoy hecho un lío — confesó.

—No puedo contarte más, Lucian, no por ahora. Cuando todo esto haya acabado, os lo explicaré a todos. Pero mientras tanto necesito que me ayudes y que no incites a Lucas a pensar que pasa algo más, ¿de acuerdo? —el lobo asintió—. Tú y mi hermano tenéis que ayudarme. Sólo decid que salgo a pasear por las noches y que mi hermano quiere darme ese tiempo para estar sola o algo así. Inventad lo que haga falta y yo me atenderé a ello.

—Está bien.

—Necesito otra cosa.

Por el tono que ella había empleado al decir aquellas palabras, Lucian sabía que no le iba a gustar. No obstante, ella era su compañera y haría lo que fuera por su híbrida... aunque no dudaría en romper ciertas promesas si con ello se aseguraba de que ella estaba a salvo.

—Dime.

—Puede que por las noches sientas que estoy sufriendo, que estoy malherida o que me han pasado cosas terribles, pero aún así no debes intervenir —le pidió—. Es sumamente importante, Lucian. ¿Podrás confiar en mí y hacer lo que te pido sin más explicaciones?

Era una pregunta complicada, sin duda. Confiaba en ella, eso estaba claro, pero no le gustaba que le ocultara cosas. Y, por supuesto, no le había tranquilizado nada escuchar que por las noches ella sufriría mientras él dormía plácidamente en una cama. Aunque, en realidad, él no dormiría. No hasta que comprobara por sí mismo que ella volvía a su habitación sana y salva.

—De acuerdo —aceptó—. Pero cuando todo esto acabe, tendrás que contármelo.

—Lo haré. —Sonrió.

Ericka estaba muy agradecida y se sentía afortunada por poder contar con el lobo. Sin embargo, si Lucas se enteraba de que había confiado más en Lucian que en él se metería en un grave problema. Pero no quería pensar en eso. Por una vez en la vida, Ericka quería ser positiva.

Pero ahora había ligo más que la atormentaba. ¿Acaso había podido oír los pensamientos de Alex? ¿Le había leído antes a él sus pensamientos que a Romilda? ¿Cómo era eso posible si se suponía que sólo funcionaba con

humanos?

—Ericka —la llamó Tabak desde la entrada.

Al fin iba a poder saber. Se despidió de Lucian y entró a la sala del trono con su hermano. Los dos se sentaron en los tronos y Alex permaneció frente a ellos.

—Exactamente, ¿cómo escuchaste la voz de Alex? —le preguntó su hermano—. ¿De qué forma?

—Como si se hubiera comunicado mentalmente conmigo —respondió ella muy segura—. Aunque nunca lo había hecho antes, pero supongo que no debe de ser difícil.

—No es por dificultad —intervino el vampiro—, sino que yo sé muy bien lo que hice y no te hablé por esa vía de comunicación. Estoy seguro. Así que la única posibilidad que queda es...

—... que hayas sido capaz de leer la mente de un vampiro —terminó la frase el príncipe.

Alex frunció el ceño y miró a Tabak.

—¿Por qué no? —inquirió—. Nos estamos olvidando de que esto no sirve sólo para humanos.

—¿Ah, no? —Tabak alzó una ceja—. ¿Qué es lo que me he perdido?

—Quiero decir que para nosotros siempre ha sido para los humanos porque no existía otra raza inferior a la nuestra —se explicó—. La mayoría de las otras especies no pueden compararse con otras, ni siquiera con los vampiros, así que no podíamos controlar sus mentes. Pero Ericka es una híbrida y es claramente superior a un vampiro y a un lobo.

—Lo que significa que puede hacer lo mismo que nosotros hacemos con los humanos pero también con vampiros y hombres-lobo, ¿no es así?

—Exacto.

Ericka no podía creerlo. Por fin empezaba a creer que de verdad era una híbrida y no una simple humana asustada de sí misma. Su poder comenzaba a mostrarse ya.

—Puede ser debido a la sangre —aventuró su hermano—. Los vampiros la necesitan para desarrollar su potencial y es posible que tú aún no tuvieras la cantidad suficiente. Quizás ahora las cosas vayan mejor.

Y Tabak no se equivocaba, aunque tampoco tenía demasiada razón.

Ericka no volvió a practicar más. Lucian se encargó de alimentarla

aquella tarde y después decidió salir con Karma a dar un paseo y pensar. Tenía muchas cosas en la cabeza y todo el mundo parecía tener unas expectativas muy altas puestas en ella. Si aquello era lo que le esperaba cuando fuera coronada oficialmente como princesa de Ákaton, no lo quería. Su vida había pasado de ser estresante a ser insoportablemente estresante.

Después de su pequeño paseo, decidió darse un buen baño, que duró hora y media. Se vistió tranquilamente y dejó secar su pelo. Mientras esperaba, alguien llamó a su puerta.

— Adelante.

Tabak entró en su habitación con una sonrisa y cerró la puerta detrás de él.

—He estado pensando, Karintia, que es posible que tu don no salga a la luz por necesidad de sangre —dijo mientras avanzaba hacia ella.

—Pero yo ya lo he visto —replicó ella—. He visto sus efectos y sé lo que tengo que hacer para que salga de una vez por todas.

—Pero, ¿y si cuando lleguen las Cortes necesitas la tortura para poder darles la demostración que piden? ¿Y si te haces dependiente de esa tortura para hacer aparecer tu don?

Su hermano lucía muy preocupado y Ericka no sabía muy bien qué decirle para tranquilizarlo.

—Sé lo que hago, hermanito —le aseguró—. Y Kirash también sabe lo que hace. La única forma es por medio de mis sentimientos y la forma más rápida de llegar a ellos es haciéndome daño.

—Puede que no sea la única. —Frunció el ceño—. Si dentro de una semana no habéis avanzado, ¿me dejarías probar un experimento?

—Por supuesto. —Sonrió—. Toda ayuda es bienvenida.

Tabak sonrió y abrazó a su hermana pequeña.

—Vamos abajo —le dijo—. La cena está casi preparada y tú necesitas beber.

De modo que los dos bajaron al comedor, donde se sentaron con Adrien a esperar pacientemente que llegaran los demás. Pero Ericka no dejaba de darle vueltas a una cosa: ¿qué se le había ocurrido a su hermano en los últimos minutos que creía que pudiera funcionar?

Capítulo LVII

Lucas fue el último en llegar aquella noche. Al parecer, las Cortes habían pedido que después de la demostración se cumpliera el protocolo.

—Entienden que hiciste una promesa y que no querías acceder al trono hasta que no hubieses encontrado a tu hermana, pero ahora no tienes ninguna excusa para no hacerlo —contaba Lucas—. Al parecer están muy molestos porque no te hayas convertido ya en rey.

—¿Les has contado lo que pasó la última vez que intentamos celebrar la coronación? —inquirió Tabak alzando una ceja—. Secuestraron a mi hermana delante de mis narices.

—Sí, y opinan que tú deberías haberla protegido mejor, pero entienden también que contra un brujo y en un ataque por sorpresa, poco se puede hacer. Sobretudo si el agresor ni siquiera está presente.

—Entonces, ¿qué es exactamente lo que piden?

Se notaba que el príncipe estaba muy molesto con las Cortes. Si por él fuera ya las habría eliminado hacía tiempo, pero eran las costumbres de su especie y no podía ir contra eso.

—Quieren que se celebre la coronación el día de su llegada, después de que Karintia, como la llamáis vosotros, demuestre que es digna de ser la princesa de Ákaton y que los rumores no son ciertos.

—Ya, sobre el nombre... —Tabak parecía incómodo—. No debéis volver a llamarla Ericka, ¿de acuerdo?

A la joven le sorprendió aquella orden, dado que su hermano jamás había dicho nada parecido.

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Qué es lo que ocurre?

—Verás, para un vampiro convertido, utilizar su nombre de humano es lo más...bueno, lo más deshonesto que puede hacer —le explicó su hermano—. Karintia siempre ha sido tu nombre y nadie debe llamarte Ericka en presencia de las Cortes o de vampiros nobles, ¿entiendes?

—Sí, lo entiendo —asintió—. No pasa nada. Siendo sincera, me gusta mucho más mi nombre vampírico. Aunque se me hace un poco extraño...

—Ya te acostumbrarás.

Ellos terminaron de cenar mientras Ericka esperaba pacientemente. Había

dejado de estar nerviosa cuando Lucas tenía que alimentarla ya que había comprobado que el vampiro no volvería a tocarla a menos que ella se lo pidiera. Y, a pesar de que había sido su decisión, algunas veces ansiaba su contacto, al igual que añoraba el de Lucian. Pero eran roces diferentes. La piel de Lucas sobre la suya la ponía nerviosa, su corazón se aceleraba por momentos y sentía que se le iba a salir del pecho. Cuando Lucian la tocaba se sentía tranquila, relajada, como si nada pudiera hacerle daño. Se sentía protegida.

Al fin Lucas terminó de cenar y le indicó con la cabeza que salieran del comedor. Ericka frunció el ceño y miró hacia la salida sin entender por qué no la alimentaba allí mismo como aquella última semana. Sin embargo, decidió hacerle caso. Se despidió de los demás y salieron juntos. Caminaron hasta la habitación de la joven en un inquietante silencio mientras ella se iba poniendo nerviosa y sentía cómo el ritmo de su corazón incrementaba.

Entraron en el dormitorio y el vampiro cerró la puerta tras ellos.

—¿Qué pasa? —le preguntó cruzándose de brazos.

—Me gustaría proponerte algo —dijo—. Pero sentémonos y te explicaré mientras bebes, ¿de acuerdo?

A ella le pareció justo. Se sentaron al borde de la cama y Lucas le tendió el brazo a Ericka, quien comenzó a beber de su muñeca.

— Ya sé que no quieres pensar en nuestro problema ahora mismo y que tienes más cosas en la cabeza, más preocupaciones... Pero creo que deberías dejar de fingir. —Ericka volvió a fruncir el ceño, pero no dejó de beber—. Sé que te ha costado mucho separarte de Lucian y que has reprimido muchas veces tus impulsos cariñosos, tal como darle un beso en la mejilla o abrazarlo. Incluso has dejado de ponerte nerviosa cuando me toca alimentarte y no creo que eso sea demasiado bueno. Quiero que hagas lo que quieras y cuando quieras. Si quieres besar a Lucian o abrazarlo, hazlo. Y si quieres hacer lo mismo conmigo, pues adelante. Nadie te lo impide. Somos tus compañeros, Eri..Karintia —corrigió—. Necesitamos tu contacto y te necesitamos a ti. Creo que no entiendes totalmente mis palabras, pero apostararía todo lo que tengo a que nos echas de menos y añoras nuestros roces, nuestras caricias... todo.

Ericka dejó de beber y se limpió los labios.

—No puedo hacerlo —dijo tras un breve silencio—. No puedo besar a uno y dos horas después besar al otro. Me siento sucia, Lucas. Es como si jugara a dos bandos y me niego a que creáis eso.

—No somos humanos, Karintia. —Sonrió de lado—. Nosotros no tenemos esa clase de prejuicios. No insultamos ni miramos mal a nadie por besar a dos personas, y mucho menos por tener dos compañeros. Nadie te verá como a una zorra, te lo aseguro. No es nuestra culpa que hayamos nacido para esto, con este destino. Que deje de importarte la opinión de los demás, Kar, porque a nadie le importa tu vida. Sólo les importas tú y que estés a salvo porque eres su princesa, pero nada más. ¿Lo entiendes?

—Es difícil para mí —suspiró—. Me inculcaron ciertos valores desde muy pequeña y he vivido como una humana toda mi vida.

—Pero también tienes recuerdos de tu otra vida como híbrida —le recordó él—. Intenta recordar los valores que trataron de inculcarte tus padres, tus verdaderos padres... no unos humanos.

Ericka asintió, prometiendo en silencio que intentaría hacerlo. Pero no iba a ser fácil... aunque, pensándolo bien, ¿qué era fácil en su vida? Nada.

—¿Saldrás esta noche? —cambió de tema Lucas.

—Si no soy capaz de dormir puede que lo haga —respondió ella—. No te preocupes por mí, Lucas. Estaré bien.

—Me he dado cuenta de ciertas cosas respecto a mi vida muy recientemente —sonrió—, y no puedo dejar de preocuparme. Lo quieras o no, me importas, y no sé si eso es bueno o es malo.

Se levantó y caminó hacia la puerta.

—¿Por qué no lo sabes? —le preguntó ella.

—Es bueno porque tú estarás más protegida, pero siempre es malo que el diablo esté demasiado pendiente de ti.

Y dicho esto, se marchó de la habitación. Ericka no lo entendía. ¿Por qué siempre que Lucas se iba la dejaba en ascuas?

Sacudió la cabeza. Se desvistió, se puso el pijama y se acostó con Karma en la cama, quedándose dormida al instante.

Dos horas después se despertó en la misma silla y en la misma habitación que la noche anterior.

—Buenas noches, Kirash —la saludó—. ¿Qué has pensado hacer?

—¿Te dolió lo de ayer? Ya sabes, la electricidad recorriendo tu cuerpo —dijo—. Y necesito que seas sincera.

—Espero que me creas porque no sé si me dolió o fue placentero.

—Ya lo suponía —suspiró.

Pero Ericka no sabía a qué se debía aquella respuesta.

—¿Insinúas que sabías que eso podría gustarme? —inquirió—. No soy masoquista y ni siquiera yo lo sabía.

—Tu don es controlar el tiempo, el clima —le dijo ella—. ¿Qué clase de don sería si pudieras herirte con tu propio rayo?

—Por eso soy inmune a los ataques eléctricos —entendió ella.

—Así es —asintió—. De modo que he tenido que recurrir a otras formas de tortura que, básicamente, consistirán en hacerte cortes muy profundos en todas las partes de tu cuerpo. Te curarás rápido, por supuesto, pero yo no voy a parar de hacer cortes y el dolor es casi insoportable. Normalmente me funciona con los vampiros. Espero que los lobos también sientan dolor.

—Hazlo.

Aquella noche los gritos de Ericka casi atravesaron las paredes insonorizadas. Kirash era experta en tortura y mientras uno de los cortes comenzaba a sanar, ella hacía otro más profundo y más largo en otra parte de su cuerpo, haciendo que chillara de dolor y su sangre se mezclara con el camisón. Pero Ericka no se atrevió a pedir que parara ni a soltar una sola palabra. Simplemente gritaba, y ni siquiera sabía muy bien por qué se abstenía de rogarle a la bruja que se detuviera. Quiso pensar que era porque sabía que no se detendría, ya que la otra opción era aún peor, pero se engañaba a sí misma.

—Tienes una fortaleza increíble. ¿Estás segura de que no te han entrenado? —preguntó Kirash—. Eres fuerte pero aún no hemos terminado, princesa.

Aquellas últimas palabras de Kirash retumbaron en su cabeza, haciendo que cerrara los ojos y tratara de ubicarlas en sus recuerdos. Exactamente las mismas palabras muchos siglos atrás...

Estaba en lo que parecía ser lo alto de una torre. Las paredes eran de un color claro y ella estaba inmovilizada en una camilla. Una única ventana daba al exterior, por donde se filtraba la luz del sol por la tarde. Sus ropas estaban manchadas de sangre y estaba cansada de llorar. Sólo podía pensar en su hermanito, su hermanito mayor que había luchado para que no le hicieran aquello a ella, a su hermanita Karintia. Pero sus padres habían insistido en que era necesario.

Las ropas de la niña estaban cubiertas de sudor, lágrimas y sangre, pero

ella no se había quejado en ningún momento. Sólo chillaba y lloraba, pero nunca salió una palabra de su boca. El hombre que se encargaba de enseñarla y torturarla estaba a su lado, limpiando el cuchillo con el que le había hecho numerosos cortes. Era alto, fuerte, musculoso y moreno.

—Eres fuerte —dijo con su voz grave y potente—. Pero aún no hemos terminado, princesa.

Acto seguido se colocó unos guantes especiales y cogió una soga. Con un rápido movimiento enrolló la cuerda en la pierna de la niña, haciendo que el ácido quemara su carne. Ella comenzó a gritar otra vez, pero no dijo ni una palabra. Las lágrimas volvieron a salir, pero ella no iba a decepcionar a sus padres. Sería fuerte, muy fuerte... como su hermano.

Kirash le dio una bofetada y volvió al mundo real. La bruja parecía extrañada.

—¿Qué ocurre? —le preguntó con calma.

—Dímelo tú. —Alzó una ceja—. Estaba tan contenta quitando tiras de piel de tu pierna y tú ni te inmutabas. ¿Qué estabas haciendo?

—Sólo estaba recordando...

—Pues no lo hagas —la cortó la bruja—. Si haces eso te evadirás y la tortura no servirá para nada.

Ericka asintió, pero aún no se centraba en lo que estaba pasando. Sólo pensaba en sus recuerdos, en aquella pobre niña que había sido y todo lo que había tenido que sufrir.

—Sí me entrenaron —murmuró—. Cuando era pequeña me enseñaron a no hablar bajo ninguna tortura. Era muy pequeña... ya no lo recordaba.

Kirash asintió.

—No servirá —suspiró Ericka—. El ácido tampoco me hizo abrir la boca cuando tenía unos seis años, diría yo, así que creo que tampoco lo hará ahora. ¿Tienes algo más?

—Ya pensaré en algo. No podemos rendirnos. Además, yo no quiero que abras la boca, no quiero que confieses nada. Quiero hacerte enfadar.

Fue Ericka la que asintió en aquel momento. La bruja la desató y dejó que se duchara en una tina que había y que se pusiera otro camisón que ella le dio. Después la hizo aparecer en su habitación del castillo.

Suspiró y se tumbó en la cama. Sentía el cuerpo un poco dolorido, pero se levantaría como nueva. Cerró los ojos y trató de dormir un poco, pero su

nuevo recuerdo se repetía una y otra vez en su mente.

El lado izquierdo de la cama se hundió y Ericka sintió unos fuertes brazos aferrándose a ella.

—No creo que pueda aguantar más esta tortura —dijo Lucian con voz ronca.

Ella se acurrucó junto a él y cerró los ojos de nuevo.

—Yo tampoco —susurró.

Capítulo LVIII

Ericka se despertó a la mañana siguiente. Tenía la cabeza apoyada sobre el pecho de Lucian y el brazo del lobo le rodeaba los hombros, reteniéndola a su lado. Se sentía bien despertar con él y le gustó ver que seguía dormido. Suponía que ya se habría ido con su manada, pero no.

—¿Tengo algo en la cara? —preguntó él con una sonrisa.

Ericka no pudo evitar copiar el gesto y estuvo tentada de besarle la mejilla, pero se contuvo. Recordó entonces la conversación que habían tenido Lucas y ella la noche anterior y deseó con todas sus fuerzas poder hacer lo que él le había propuesto, pero no se veía capaz. Aún no.

—No, creo que no tienes nada —respondió ella incorporándose un poco.

El lobo abrió los ojos y los clavó en los de ella, sonriéndole con ternura.

—Ha sido la peor y la mejor noche de mi vida, ¿sabes? Curiosa mezcla.

—Sentiste mi dolor, ¿verdad? —preguntó apenada.

—Sea lo que sea lo que estás haciendo, déjalo —le pidió él—. No soporto saber que estás sufriendo y yo no puedo hacer nada. Lo siento como si me estuvieran arrancando el corazón del pecho... y es insoportable. No quiero ni imaginar lo que pasas por las noches.

—Pues aún no he conseguido nada. —Sonrió tristemente—. Tengo que seguir, Lucian, por el bien de mi hermano y el mío propio. No me queda mucho tiempo y tengo que hacer todo lo posible.

Lucian lo entendía, pero no podía seguir de brazos cruzados mientras su compañera sufría.

—¿Seguro que no hay otra forma? —insistió.

—Esta es la única que encuentro —respondió—. Mi hermano tiene algo que cree que puede funcionar, pero sólo lo probaremos cuando decidamos que lo que yo estoy haciendo es inútil... y no me extrañaría que ocurriera pronto.

Lucian asintió. Besó la frente de Ericka y salió de la cama.

—Es hora de que me vista y me vaya —dijo.

—¿No deberías haberte ido ya? —preguntó ella mientras se tumbaba de costado para mirarlo.

—No quería irme sin verte despertar —confesó con una sonrisa.

Ericka se ruborizó y asintió levemente. Lucian sonrió y se fue de la

habitación para que ella pudiera cambiarse.

Esa mañana Ericka quería hacer muchas cosas. Primero quería hablar con su hermano y preguntarle por su adiestramiento cuando era pequeña. Quién sabe cuántas cosas le habían hecho y ella no se acordaba. Después quedaría con Alex y esa vez trataría de volver a leerle la mente a él. Si funcionaba, intentaría ordenarle algo.

Con mucha energía, salió de la cama, cogió su ropa y se metió en el baño para darse una ducha. Estaba contenta, aunque no tenía muchos motivos para estarlo. Pero haber descubierto que podía soportar mucho dolor y haber dormido con Lucian la había alegrado bastante. Aunque, sin duda, Lucas no sería de la misma opinión. Tendría que recompensarle durmiendo una noche con él. Pero, ¿a quién iba a engañar? Ella lo deseaba más que nadie. Aunque no estaba segura de que Lucas comprendiera el término “dormir” con una chica, y eso la frenaba un poco.

Cuando estuvo preparada, bajó las escaleras y entró en el comedor. Allí estaban Tabak y Lucas.

—¿Dónde está Adrien? —preguntó ella—. Nunca se pierde el desayuno.

—Quiso salir a volar un rato —le dijo su hermano—. Lo echaba de menos y me dijo que puedes ir cuando quisieras a verlo. Sin duda le gustó volar contigo en brazos.

—Y a mí me encantó la experiencia. —Sonrió.

Lucas la miró y frunció el ceño.

—Hueles a lobo —comentó—. Más bien a Lucian.

—Vino a verme anoche para comprobar que estaba bien.

En realidad, no estaba mintiendo. Tan sólo estaba ocultando una parte de la verdad, pero eso no era malo. Al menos, de eso trató de concienciarse.

—Me gustaría hablar contigo —dijo dirigiéndose a Tabak—. Ayer recordé algo que no vi cuando me transformé.

—Está bien —asintió.

—Yo ya tengo que irme, así que le daré de comer a Karintia y saldré para dejaros a solas.

Se acercó a ella, extendió el brazo y Ericka bebió hasta saciarse. Después Lucas se fue, como había dicho, y cerró la puerta para que nadie los interrumpiera.

—¿Qué fue lo que recordaste? —le preguntó su hermano.

—Me torturaban —dijo yendo al grano—. Un hombre estaba torturándome

cuando tenía seis años. Mis padres querían que no hablara, que no los traicionara ni aunque me torturaran.

—Es cierto. Intenté detenerlos, pero...

—Lo sé —dijo casi con lágrimas en los ojos—. Lo sé todo. Pero al no haber recordado eso cuando debía, me pregunto si hay más cosas que mi mente haya olvidado.

—Tu mente nunca olvidó nada —le aseguró él—. Pero algunos recuerdos son demasiado traumáticos y tu mente se niega a recordarlos otra vez. Algo tuvo que recordártelo, Karintia. ¿Qué fue?

—Una frase que dijo Kirash anoche —respondió—. Tabak, ¿hay algo más que deba saber?

El príncipe suspiró y se acomodó en su silla.

—Verás, nuestros padres querían que supieras valerte por ti misma y que pudieras aguantar todo lo que te hicieran. Intenté detenerlos, pero no me escucharon. Dijeron que era necesario y me recordaron que yo ya había pasado por eso y que te tocaba a ti. Me aseguraron que sólo serían un par de tardes o tres, pero al ver que tú aguantabas la tortura incluso mejor que sus soldados... —Hizo un paso para respirar profundamente—. Se les ocurrió la brillante idea de entrenarte como a un arma, como a una guerrera más. A mí me encantaba que pudieras defenderte sola, pero no aún. Eras sólo una niña asustada que haría lo que fuera por sus padres, todo lo que le pidieran... Lo darías todo por mí también, y eso me abrumaba. No sé si tu padre verdadero, el lobo, sabría lo que estaban haciendo contigo, pero dudo mucho que lo aprobara. Ellos tenían futuros planes para ti, pero entonces todos descubrieron que eras una híbrida y los lobos, junto con Kirash, realizaron el hechizo, matándote a ti y a tus padres. Juré encontrarte y alejarte de ellos, Kar. Juré que jamás volverían a hacerte lo mismo, ¡y mírame ahora! Estoy permitiendo que una bruja torture a mi hermana como ellos lo hicieron. Me doy asco...

—Es la única solución —trató de hacerle comprender—. Mis padres tenían razón. Kirash también me lo dijo. Aguanto bien el dolor, no soy fácil de quebrar.

—Eres el orgullo de esta familia, Karintia. —Sonrió su hermano—. Sin ti, estaríamos perdidos. Soy tu hermano mayor, y aún así tú eres quien va a salvarme. Eres una Neisser en toda regla.

—Me alegra oír eso.

Después de aquella conversación, Ericka salió a buscar a Alex. Lo

encontró con Adrien en el bosque. El híbrido estaba volando por encima de las copas de los árboles y parecía feliz, realmente feliz.

—¡Eh, Kar! —gritó—. ¿Te apetece dar una vuelta?

—Quizás después de entrenar —respondió—. Ni siquiera te di las gracias por el paseo.

—No me las des. Me gustó tener compañía por una vez.

Alex y ella se alejaron un poco y se sentaron en el suelo uno frente al otro. Había llegado la hora de practicar, aunque Ericka aún no sabía muy bien cómo hacerlo. El día anterior había tenido mucha suerte y no estaba segura de que ésta volviera a sonreírle de nuevo.

— Está bien, sólo debes concentrarte, ¿de acuerdo?

Ella asintió y trató de entrar en la mente del vampiro, pero no lo lograba. Se frustraba cada vez más y no alcanzaba a comprender por qué era tan difícil. Pero no iba a rendirse.

Y en un impulso que ni ella logró entender, cogió la mano de Alex... y pudo escucharlo todo.

—¿Qué coño...?

Alex estaba mirando su mano que se encontraba sujeta a la de ella. Era extraño.

—¿Por qué lo hace?

—Porque así puedo oírte y de la otra forma no —respondió sonriente.

Al principio el vampiro se quedó paralizado como la primera vez que le había leído la mente, pero luego reaccionó y se abalanzó sobre ella. La abrazó tan fuerte que Ericka pensó que se asfixiaba.

—¡Lo has conseguido, lo has conseguido! —gritaba emocionado—. No soy tan mal profesor.

—Eres el mejor —rió ella.

—Lo que no entiendo es por qué tienes que cogerme la mano —dijo mientras se incorporaba.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Supongo que yo soy diferente y tendré que empezar así. Iré mejorando, te lo aseguro. Y pronto ya podré hacerlo como los vampiros normales.

Alex se quedó pensativo.

—Intenta ordenarme que haga algo —le pidió mientras le tendía la mano.

Ella, insegura, le cogió la mano y se concentró. Lo único que le ordenaba con la mente era que se pusiera de pie, algo muy sencillo. Pero nada ocurrió.

—Supongo que no se puede tener todo —suspiró—. Creo que ya va siendo hora de comer. ¿No tienes hambre?

—Mucha —respondió Adrien aterrizando a su lado—. ¿Te llevo?

—¡Por supuesto!

—Esta vez aterrizaré frente a las puertas del castillo —dijo mientras la cogía en brazos—. Así podrás sentir un aterrizaje bien hecho.

—De acuerdo —rió ella.

Se agarró fuertemente a su cuello y el híbrido comenzó a batir las alas, haciendo que sus pies se despegaran del suelo y ganando cada vez más altura y velocidad. Ericka se sentía libre y podía entender por qué le gustaba a Adrien volar. Era una sensación maravillosa.

Abandonaron los árboles y volaron por encima de ellos. La híbrida miraba todo a su alrededor como si fuera lo más increíble del mundo, como si cada planta fuera algo nunca visto.

Aquella vez, Adrien aterrizó de pie y muy suavemente. No quería que Ericka sufriera ningún golpe además de que quería impresionarla con el dominio de sus alas.

—¿Sabes? Creo que me estás consintiendo demasiado —dijo mientras bajaba de sus brazos, aunque manteniéndose muy cerca—. Cada día quiero más.

—Tranquila. No será realmente malo a menos que no pueda darte lo que pides. —Sonrió—. Y por ahora creo que mis alas siguen intactas, así que, cuando quieras, puedes volar conmigo.

Ericka se echó a reír. Vio a Lucian salir de entre los árboles a unos sesenta metros y decidió esperarlo mientras Alex (que había llegado corriendo) y Adrien entraban en el castillo.

—¿Cómo te ha ido hoy? —le preguntó Lucian cuando estuvo más cerca.

—Lo he conseguido. —Esbozó una enorme sonrisa—. Le he leído la mente a Alex.

—¡Eso es genial!

Lucian cogió a su compañera por la cintura y comenzó a dar vueltas con ella en brazos.

—Pronto habrás conseguido todos tus propósitos —le dijo cuando la hubo dejado en el suelo.

—Eso espero. Ahora lo único que quiero es comer.

—Acabo de venir de cazar, así que puedo darte todo lo que necesitas. —

Sonrió.

Los dos entraron al castillo y se dirigieron al comedor, donde todos estaban reunidos. Miró a Lucas y enseguida recordó a Lucian en su cama. Eso la hizo sentir culpable, así que se sentó y decidió que lo compensaría. Incluso intentaría hacer una cosa... si es que podía.

Se concentró mucho en él, en su mente. Respiró profundamente, sentándose al lado de su hermano, como siempre. Lucas era el que estaba más alejado de la híbrida, pero no le importaba. Estaba segura de que iba a conseguirlo.

—Espero que no te hayas preocupado por mí esta noche.

Observó la reacción de Lucas y valió la pena. El vampiro dejó caer su cuchara en el plato y por poco no se le sale la sopa por la nariz. Tuvo que contener las ganas de echarse a reír, aunque no lo hizo muy bien. Lucas le dirigió una mirada sorprendida y de reproche.

—Casi haces que me ahogue, se quejó.

—¿No te alegras de tenerme en tu cabeza? inquirió ella con una sonrisa.

Lucas esbozó una retorcida sonrisa.

— Me gustaría más tenerte en...

Pero Ericka cerró el enlace de comunicación antes de que pudiera oír nada más. No quería saberlo y Lucas no podía decirle aquellas cosas. Aunque había hecho su efecto, ya que estaba acalorada y completamente roja.

—Me encanta cuando te sonrojas... y más cuando es por mi causa.

Había vuelto a abrir la vía de comunicación sin darse cuenta. Decidió no responder y hacer como si nada hubiera pasado, pero todos eran conscientes de que ambos habían tenido una pequeña charla telepática.

Capítulo LIX

Ericka esperó hasta que Lucian terminó de comer para que pudiera darle su sangre. Fueron al salón, se sentaron en los cómodos sillones y Ericka comenzó a beber de su muñeca. Como siempre, ella no podía resistir la tentación de beber más y más. Era como si jamás pudiera saciarse completamente.

—Hoy os daré mi sangre antes de dormir —dijo ella cuando paró.

Lucian asintió y se bajó la manga de la camiseta mientras ella se limpiaba los labios.

—¿Estás bien? —le preguntó el lobo.

—Un poco cansada, creo. Pero se me pasará, no te preocupes —lo tranquilizó—. Ahora sólo quiero tumbarme en la cama un rato y estar con Karma. Siento que la he abandonado un poco estos días. Puede que salga a dar un paseo con ella.

—No sería una mala idea, pero deberías descansar primero.

—Tienes razón.

Así que Ericka se marchó a sus aposentos y se tiró en la cama sin siquiera cambiarse de ropa. Su mascota se acomodó junto a ella y eso la ayudó a dormir un poco.

Despertó dos horas después cubierta de sudor y con la respiración agitada. Había tenido una horrible pesadilla, pero no se acordaba de ella. Karma la miraba muy preocupada y Ericka la acarició para calmarla. Iba a volverse loca. Ya ni siquiera podía dormir un poco sin que sus problemas nublaran sus sueños.

Sacudió la cabeza, se levantó, cogió ropa nueva y entró en el baño, pero aquella vez, Karma entró con ella. Ericka se sentía reconfortada con la presencia del animal y la pantera estaba más tranquila si no perdía de vista a su dueña.

Llenó la tina mientras se desvestía y después entró en ella. El baño la ayudó a relajarse, pero su cabeza no dejaba de pensar en muchas cosas, quizás demasiadas.

Después de prepararse, Karma y ella salieron del castillo. No sabía muy bien en qué emplear las tardes y se sentía tentada de volver a ir al gimnasio.

Necesitaba desahogarse y gastar toda la energía de su interior, pero la tortura la dejaba exhausta mentalmente. A menudo se le venían imágenes de su hermano siendo asesinado frente a ella y eso era algo que no podía permitir que se cumpliera. Haría lo que fuera necesario.

Aquella tarde fue especialmente larga para Ericka, ya que no sabía qué hacer. Fue a la biblioteca, habló un rato con Alex, pasó algún tiempo con Lucian... Y por fin sólo quedaba una hora para la cena. Entonces llamó a sus dos compañeros mentalmente desde el salón y se sentó a esperarlos. Los dos llegaron al mismo tiempo.

—Me temo que no podré daros mucha cantidad —dijo ella—. Últimamente estoy más sedienta y vuestra sangre no sirve para saciarme. Necesito más.

—No beberemos mucho —prometió el lobo.

Primero bebió Lucian, quien sólo tomó uno o dos tragos y después se detuvo. Después fue el turno de Lucas, quien tomó casi la misma cantidad.

—Voy a salir a cazar —anunció el lobo—. Así podré darte la sangre que necesitas esta noche.

—Yo también tengo que salir —comentó el vampiro y miró a Ericka—. Dile a tu hermano que a lo mejor no llego para la cena.

Ella asintió y los dos se marcharon.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó su hermano desde el pasillo.

—No mucho —se sinceró—. Aunque me alegra haber hecho algún progreso con Alex. Mañana lo seguiremos intentando y puede que utilicemos también las tardes para entrenar.

—Me alegra oír eso. —Sonrió—. ¿Qué tal con Kirash?

—Seguimos intentándolo pero... —Frunció el ceño—. Si la última semana antes de que las Cortes lleguen aún no hemos conseguido nada, será tu turno. ¿Aún tienes esa idea que me dijiste?

—Sí, y creo que podría funcionar.

—¿Me la cuentas? —inquirió.

—No, prefiero mantener el misterio —rió.

Ericka se encogió de hombros y siguió a su hermano hasta el comedor.

—Creo que deberías irte a dormir —le dijo—. Cuando llegue Lucian, él te despertará para alimentarte. Sabe que tienes que beber, no te preocupes. No se le olvidará.

—De acuerdo.

Abrazó fuertemente a su hermano y después subió a su cuarto. Se desvistió y se colocó el camisón que Kirash le había dado como reemplazo del suyo que había quedado cubierto de sangre. Después se tumbó en la cama y cerró los ojos hasta quedarse profundamente dormida.

Como Tabak dijo, Lucian la despertó en cuanto llegó para que la híbrida pudiera beber.

—Al principio no quería despertarte, pero tu hermano insistió en que lo necesitabas —explicó.

—Y tiene razón.

Ericka bebió de él todo lo que pudo y después, con un suspiro, lamió la herida.

—¿Piensas salir hoy otra vez? —le preguntó él.

—Puede. —No quería responder que sí—. No te preocupes, Lucian. Sé que esto es lo mejor.

—Lo sé, Karintia, pero no soporto que sufras.

—Rompe el vínculo por unas horas —le pidió ella—. Me dijiste que podías hacerlo.

—No estoy seguro de querer hacer eso —titubeó—. Prefiero saber lo que pasa antes de enterarme tarde de que te ha pasado algo demasiado grave.

—Lo entiendo.

Lucian le sonrió tiernamente y besó la frente de la híbrida antes de irse de su habitación. Ericka suspiró y volvió a tumbarse. Sabía que no le quedaba mucho tiempo para dormir, pero no quiso desperdiciarlo.

Aquella noche la tortura fue más larga y dolorosa, pero Ericka seguía sin progresar. Era fuerte, sin duda, lo que complicaba las cosas. Kirash estaba convencida de que al final lo lograría, pero esa noche acabó derrotada. No soportaba tener que hacerle semejante daño a la pobre chica, pero la calmaba que ella hiciera todo lo posible por no gritar de dolor. A menudo apretaba los dientes y cerraba sus manos en puños, pero otras veces eso no era suficiente y su garganta se abría para chillar. Se consideraba una bruja buena y justa, pero momentos como aquel le hacían replanteárselo.

Sin embargo, una cosa sí que tenía bien clara: no iba a abandonar a Ericka ni a defraudarla. La princesa había recurrido a ella en busca de ayuda, y Kirash iba a hacer todo lo posible por dársela.

—Mañana seguiremos intentándolo —dijo—. No pienso dejar de

ayudarte, Ericka.

Esas fueron las últimas palabras de la bruja antes de hacerla aparecer en su habitación. El camisón que la bruja le había prestado la noche anterior estaba cubierto de sudor y sangre. Se sentía asqueada y muy decepcionada consigo misma. Estaba rota, completamente destrozada. Cogió ropa limpia, se dio una ducha rápida y se vistió. Aquella noche no quería estar sola y recordó que aún debía recompensar a Lucas, así que bajó hasta la habitación del vampiro y abrió sigilosamente la puerta. Adrien y él parecían estar profundamente dormidos, así que procuró no hacer ruido al acercarse a la cama de Lucas. El vampiro tenía los ojos cerrados y una expresión de calma. Estaba bocarriba y con las manos en el abdomen. Su respiración pausada hacía que éstas ascendieran y descendieran siempre al mismo ritmo, lo que indicaba que estaba profundamente dormido.

Con cuidado, Ericka se tumbó a su lado y apoyó la cabeza en su hombro. Aquel contacto fue suficiente para despertar de un sobresalto al vampiro.

—¡Karintia! —exclamó en voz baja—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—No puedo dormir —susurró ella—. Quiero estar contigo.

Lucas no esperaba escuchar aquello, pero sus palabras consiguieron hacerle sonreír. Estaba confundida y no quería estar sola en su habitación, así que él se encargaría de que no se sintiera sola. La atrajo hacia sí y la abrazó por la cintura, pegándola más a su cuerpo.

—Duérmete, Karintia. —Le besó la frente con dulzura—. Cuidaré de ti con mi vida.

—¿Siempre?

—Siempre —prometió.

Ericka sonrió. Sabía que Lucas no lo había dicho por decir y que realmente él iba a protegerla, así que se sintió segura, protegida. Cerró los ojos y se acurrucó más a él. No estaba sola.

Capítulo LX

Alguien la despertó muy temprano a la mañana siguiente, pero cuando abrió los ojos se dio cuenta de que Lucas ya se había ido y ella estaba sola en su cama. Aquello la decepcionó bastante, pero Adrien no le dio tiempo a reaccionar.

—¿Quieres ver una cosa? —le preguntó en un susurro.

—¿Qué clase de cosa? —le preguntó ella en el mismo tono de voz.

—Algo hermoso. —Sonrió—. Vamos, date prisa. No nos queda mucho tiempo.

Adrien desapareció de su vista y se puso una camisa. ¿Cómo no se había dado cuenta de que estaba desnudo de cintura para arriba? Se frotó los ojos y se incorporó.

—¿Qué? —inquirió un poco más despejada—. ¿Por qué nos queda poco tiempo?

—Algunas de las maravillas de la naturaleza sólo se ven en ciertos momentos —dijo el híbrido, enigmático—. Vamos, levanta, deprisa.

Ericka simplemente le hizo caso. Adrien la cogió de la mano y tiró de ella hasta la puerta. Salieron de la habitación y recorrieron el castillo hasta llegar a las escaleras. Cuando salieron del castillo, Ericka observó que ni siquiera había amanecido.

—¿A dónde vamos? —preguntó cuando el híbrido comenzó a correr, arrastrándola a ella detrás.

—Lejos de los árboles —fue lo único que dijo.

Ella le siguió el ritmo con cuidado, ya que todavía no controlaba su velocidad. Pero entonces él miró al cielo y maldijo por lo bajo. Le soltó la mano y con gran rapidez la cogió en brazos. Ericka no tuvo tiempo de sorprenderse porque enseguida Adrien pegó un salto y comenzó a batir sus alas, alejándolos del suelo. La princesa se agarró como pudo a su cuello mientras él le sonreía tiernamente.

—Es mejor así —dijo—. Sino, nos lo perderemos.

—¿Perdernos qué?

Pero él no respondió. Habían sobrevolado los árboles y Adrien batía las alas sólo para mantenerse en el aire, pero sin avanzar. Con los ojos le indicó a

su amiga hacia dónde debía mirar. Entonces lo comprendió.

El sol estaba saliendo y ofrecía un espectáculo maravilloso. Las nubes tomaban muchas formas y colores que iban desde el rosa al naranja. Estos se iban intensificando a medida que el sol avanzaba hacia el cielo. Hasta que su luz bañó toda la tierra a su paso, dando la sensación de que era oro líquido inundándolo todo.

—Es precioso... —susurró ella.

—Merecía la pena venir, ¿a que sí? —Sonrió él mientras la miraba a los ojos.

—Sí, es cierto.

Se quedaron unos minutos más y después bajaron a tierra firme.

—Me está gustando demasiado esto de volar —comentó la híbrida.

—Tú no vuelas. —Sonrió Adrien—. Yo te hago volar.

Ericka lo miró con una sonrisa ladeada y entonces el chico cayó en la cuenta de que eso había sonado cursi y romántico.

—No... es decir, yo... no es eso, es que...

Se rascó la nuca con nerviosismo y Ericka no pudo evitar echarse a reír. Después lo abrazó con ternura y, después de unos segundos, Adrien reaccionó y la estrechó con fuerza.

—Sé lo que has querido decir —le aseguró ella—. No te preocupes.

Se separaron y caminaron juntos hasta el castillo. Lucas ya los estaba esperando en el comedor.

—Habéis madrugado. —Observó—. Extraño... Pero mejor, así podré ponerme a trabajar cuanto antes.

Ericka frunció el ceño. No podía creer que Lucas volviera a usar aquel tono tan frío con ella. No lo soportaba.

El vampiro se subió la camisa y le tendió su muñeca. Ella la tomó y bebió con cuidado.

—Ahora debo irme —dijo antes de desaparecer.

—¿Sabes? No sé cómo lo aguantas si es así siempre —comentó el híbrido.

—Ya, yo tampoco —murmuró más para ella que para él.

Tabak entró en ese mismo instante acompañado por Alex, pero se quedó parado en la puerta con las cejas alzadas.

—No puedo creerme que hayas madrugado —dijo su hermano.

—¿Por qué todos decís lo mismo? —preguntó ella.

Tabak se encogió de hombros y tomó asiento en la mesa. Alex lo imitó y Ericka se sentó frente a ellos acompañada de Adrien.

—¿Estás lista para volver a practicar? —le preguntó Alex.

—Pues claro. —Sonrió—. Estoy segura de que hoy lo haré mejor que ayer.

Y tenía razón. Aquel día consiguió leer la mente del vampiro a la primera, aunque tuvo que tocarlo para lograrlo. Alex estaba muy orgulloso de ella, pero para Ericka no era suficiente. Necesitaba aprender más deprisa, pero no sabía cómo hacerlo. Así que le pidió permiso a su hermano para entrenar con Alex también por la tarde. No podía desperdiciar las horas así como así.

Tabak accedió a que el vampiro de ojos grises la entrenara también por las tardes, pero sólo si Ericka resistía bien el esfuerzo. No quería que su hermana agotara sus fuerzas antes de ir con Kirash. La tortura no la mataría, pero necesitaría descansar varios días y no podían permitirselo.

Los días pasaban muy deprisa. Ericka había logrado muchos progresos y su hermano estaba muy orgulloso de ella. Sabía que lo estaba haciendo por él y eso lo enternecía. Pero su don se negaba a salir a la luz. Su hermana volvía al castillo de madrugada cada vez con más sangre en la ropa y más agotada mentalmente. Kirash estaba preocupada y estaba apunto de tirar la toalla, pero no quería decepcionar a Ericka. Le había cogido mucho cariño a esa híbrida y tenía razón cuando la princesa decía que la bruja se había convertido en su bruja madrina. No dejaría que nada malo le pasara, pero necesitaba pensar en otros métodos para poder ayudarla.

Ericka estaba triste, deprimida y muy frustrada. Había conseguido leer la mente de diversos vampiros a la perfección y también la de Romilda y algunos sirvientes más. También había logrado que ellos hicieran lo que ella les pedía, pero no era suficiente. Tenía que hacer lo que fuera para lograr controlar el clima o estarían perdidos.

A menudo, Lucian y Adrien trataban de hacerla reír y de sacarla un poco del castillo para que se relajara y respirara aire puro, pero la princesa no mejoraba. Lucas seguía un poco frío con ella, pero entendía por todo lo que estaba pasando y sabía que no era justo reprocharle nada. Ni siquiera sabía por qué se había enfadado aquella vez.

Sólo quedaban dos días para que las Cortes llegaran al reino de Ákaton. Ericka se había encerrado en su cuarto porque ya no aguantaba más las lágrimas. Le había fallado a su pueblo y le había fallado a su hermano. Ya no

sabía qué más hacer. Lo había intentado todo.

Mientras tanto, Tabak se paseaba intranquilo por sus aposentos. Le daba igual morir, pero no arrastraría a Karintia con él. Eso nunca. Pero tampoco encontraba un buen plan para sacarla de Ákaton o para ocultarla donde nadie pudiera encontrarla.

—Podría pedirle ayuda a Lucian —habló para él—. Teo y Ángel la ayudarán. Harían lo que fuera por ella.

Y cuando ya estaba decidido, alguien apareció en su dormitorio. Se trataba de la bruja principal: Kirash. Parecía agotada y en sus ojos se podían ver todas las horas de sueño que llevaba atrasadas. Vestía con una sencilla túnica azul oscuro, símbolo de los brujos, y sus rizos negros y largos caían desordenados por sus hombros y espalda.

—Príncipe Tabak —lo saludó.

—Bruja Kirash —asintió—. ¿A qué debo el placer de tu visita?

—Me temo que ya no sé qué más hacer.

Tabak le indicó con un gesto de la mano que se sentara en su cama y se pusiera cómoda. Kirash lo hizo y suspiró para luego llenar sus pulmones de aire todo lo que le fue posible.

—He torturado a vuestra hermana hasta la saciedad —contó—. Le he cortado la piel a tiras, la he bañado en ácido, le he pasado cuchillas por todo su cuerpo... He utilizado las torturas más crueles que jamás imaginé que podría usar, y aún así vuestra hermana ha resistido. Es demasiado fuerte y parece que no le importa el dolor, no le importa sufrir. Lo aguanta demasiado bien. Me temo que voy a tener que rendirme.

Tabak suspiró y se dejó caer en la cama, a su lado. Pero entonces recordó algo. Algo que le hizo volver a tener una pizca de esperanza.

—No. No, aún no.

Capítulo LXI

Lucian fue a su habitación después de comer. Ericka no se había movido de allí.

—Adrien estaba preocupado por ti —dijo al entrar—. Le dijiste que volarías con él hoy.

—Lo siento —murmuró—. No tenía ganas, la verdad.

El lobo se acercó y se sentó al borde de la cama. Ella estaba tumbada boca abajo y su largo cabello negro estaba suelto en todas direcciones. Su cara quedaba oculta por la almohada.

—Ericka, no te preocupes, ¿de acuerdo? —trató de calmarla—. Has hecho todo lo que has podido. Es muy difícil ser un vampiro, pero ser un híbrido es aún peor. Debes aprender muchas cosas y, además, tú eres especial.

—Pues no quiero serlo.

—Pero lo eres, y no puedes cambiar eso.

Sobrevino un pequeño silencio en el que Lucian acercó su mano a la larga cabellera de su compañera y la acarició suavemente.

—Ya no sé qué más hacer —suspiró ella.

—No te rindas —le pidió él sin dejar de acariciarla—. Sé que sólo te queda un día y medio, pero sigue intentándolo, ¿de acuerdo?

—Lo haré —prometió.

Después de que Lucian le diera una gran cantidad de su sangre, Ericka decidió salir a pasear con Karma. Últimamente se sentía muy débil por la pérdida masiva de sangre durante las torturas de Kirash, pero no tenía intención de quejarse. La joven bruja había sido muy amable y aún seguía ayudándola.

Karma y ella bajaron hasta el bosque, el refugio de ambas. Ericka se sentía bien cuando el aire le tocaba la cara y cuando sus zapatos se hundían en la tierra. Karma estaba encantada. Le gustaba pasar tiempo con su dueña, pero odiaba verla tan triste.

Y entonces, de repente, Ericka chocó con algo que la hizo retroceder. Frunció el ceño y miró a su alrededor, pero no pudo ver nada. Cuando dio un paso al frente, volvió a chocar, pero aquella vez estaba preparada. Colocó las manos delante suya y acarició la superficie invisible que le impedía el paso.

Pronto se dio cuenta de que aquella barrera las rodeaba a Karma y a ella y que ya había estado allí antes. Y sabía lo que venía después...

Así que lo último que hizo antes de desmayarse fue enviar un mensaje de auxilio a su hermano. Aunque aquella vez no sabía si viviría para contarlo. El brujo no cometería el mismo error dos veces.

La oscuridad se apoderó de ella. ¿Estaba muerta? Sí, posiblemente lo estaba.

Se despertó un tanto desorientada y sin saber lo que había pasado. Cuando su mente se fue despejando, miró aterrada a su alrededor.

—No —murmuró al ver dónde se encontraba.

Estaba de nuevo en aquella habitación amarrada a la cama con cadenas mágicas, solo que en ese momento estaba segura de que Adrien no se encontraría en la habitación de al lado. Pero, ¿cómo había sido tan imprudente el mago de volver a llevarla al mismo lugar?

—¿Vas a intentar que me muera de hambre de nuevo o dejarás de ser un cobarde y me matarás de una buena vez? —preguntó irritada.

Ya estaba harta de que aquel individuo jugara con ella a su antojo. Le gustaría ver cómo se las arreglaba en una pelea justa contra ella. Sin duda sería interesante, muy interesante.

Ericka estaba segura de que el mago no daría la cara, pero parecía tener la cualidad de sorprenderla pues comenzó a escuchar pasos que se acercaban a su habitación por el pasillo y el picaporte de la puerta comenzó a girar. La puerta se abrió y dejó ver a un hombre encapuchado con la misma túnica que solía vestir Kirash: era la vestimenta oficial de todos los magos.

—Ni siquiera creo que merezcas llevar eso —se burló la princesa—. ¿Has venido a matarme?

El brujo no contestó y metió la mano en su túnica para después sacar un cuchillo con una hoja afilada. Increíblemente, Ericka se relajó.

—Adelante —lo animó—. Pierdes el tiempo.

Él, sin embargo, inclinó la cabeza a un lado y se quedó donde estaba. Ericka estaba empezando a impacientarse. ¿Acaso era sordo? ¿Mudo? ¿Tonto, quizás? Si pudiera soltarse de aquellas cadenas...

—Hermanito, me vendría bien tu ayuda —mandó un mensaje telepático.

Pero no obtuvo respuesta ni certeza de que su hermano la hubiese escuchado. Nunca había mandado un mensaje desde tanta distancia, así que no

se sorprendía. De modo que volvía a estar sola.

Al fin, el brujo reaccionó y chasqueó los dedos. Acto seguido apareció una jaula a sus pies. Ericka tuvo que hacer un considerable esfuerzo para poder ver lo que había en su interior y se arrepintió de haber mirado: era Karma, y parecía estar inconsciente.

—¿¡Qué le has hecho!?! —gritó furiosa—. Cuando salga de aquí me las vas a pagar. Mi hermano vendrá y...

Pero el brujo puso el dedo sobre sus labios y le indicó silencio. Después abrió la puerta de la habitación, murmuró unas palabras y volvió a entrar... pero algo flotaba tras él. Era una silla y en ella estaba sentada una persona, un hombre: Tabak.

—Cielo santo... —murmuró.

Entonces supo por qué su hermano no había respondido a su llamada de auxilio. Tenía los ojos cerrados, pero respiraba. Su cara estaba cubierta de sangre y algunas gotas ya le habían resbalado hasta el cuello. Estaba atado de manos y pies y no parecía haber sufrido más daño que lo que fuera que le había hecho aquel brujo en la cabeza.

La silla dejó de levitar y se depositó en el suelo con cuidado al lado de la cama de Ericka. Ella trataba de no echarse a llorar.

—Perdóname, hermanito —le pidió en un susurro—. No he sido capaz de protegerte. Espero que no despiertes, no aún.

—No despertará —habló por primera vez el mago, pero siguió sin quitarse la capucha—. Por eso he tenido que buscarme otros juguetes con los que entretenerme.

A la joven se le erizó el vello de la nuca y supo que aquello no iba a gustarle. Pero no se imaginaba encontrarse a Lucian y a Lucas frente a ella, atados con cadenas a la pared de enfrente. Palideció rápidamente y negó lentamente con la cabeza. Ambos estaban amordazados y trataban de librarse de las cadenas, pero era imposible. Lucian clavó sus ojos en ella.

—Mantén la calma, tranquila —le dijo—. Todo estará bien.

—Si escuchas los latidos de mi corazón sabrás que no estoy nerviosa, Lucian, pero no quiero que estéis aquí. Ahora mismo tengo que encontrar la forma de sacaros vivos.

El lobo asintió y no volvió a hablar con ella. Lucas había cerrado los ojos y parecía concentrado.

Ericka miró al brujo.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó desafiante.

—Verte sufrir. Por eso los mataré y después te mataré a ti.

Ella tragó saliva y respiró profundamente. Tenía que pensar algo y rápido. No estaba dispuesta a ver morirlos a ambos... y a su hermano. Pero todo sucedió muy deprisa.

El brujo se acercó a Lucas, quien seguía manteniendo los ojos cerrados, y le clavó el puñal en el pecho. El vampiro abrió los ojos, sorprendido, y soltó un grito de dolor. El brujo sacó el cuchillo y volvió a clavárselo, pero aquella vez en el muslo. Lucas apretó los dientes.

Después se dirigió a Lucian y deslizó la hoja del cuchillo desde su pecho hasta su abdomen lentamente. El lobo no gritó, pero apretó la mandíbula y los puños. Ericka vio la sangre salir a raudales y manchar su ropa y no pudo seguir mirando. No podía hacer nada por él y de nada le servía quedarse a mirar. Tenía que pensar algo.

Pero el brujo se dio cuenta de que ella ya no miraba y formuló las palabras de un hechizo que la obligaban a abrir los ojos y a dirigir la vista hacia donde el brujo quisiera. En aquel caso, era el turno de Lucas de nuevo.

El vampiro seguía sangrando aunque la herida había comenzado a sanar. Pero era profunda, muy profunda y le llevaría tiempo. El brujo alzó el puñal, pero pareció replanteárselo porque lo bajó a los pocos segundos. Tiró el cuchillo al suelo y chasqueó los dedos. En su mano apareció un pequeño frasco con una jeringuilla y Ericka lo entendió: era mercurio.

—¡No! —gritó—. ¡Para! ¡Hazme daño a mí, no a ellos! ¡Es a mí a quien quieres muerta!

Pero el brujo la ignoró. Cogió la jeringuilla, la llenó del líquido plateado y se la inyectó a Lucas a la altura del corazón. El vampiro resistió al principio, pero después cayó al suelo de rodillas.

—Lucas... —susurró Ericka.

Las lágrimas no tardaron en resbalar por sus mejillas mientras observaba cómo el mago se dirigía a Lucian con un cuchillo hecho de plata. No aguantaría, no podría soportar ver cómo le hacían daño, cómo lo mataban lentamente.

—¿Sabías que las heridas hechas con plata son las más difíciles de curar? —inquirió el brujo—. Necesitan semanas de sanación. Aunque si le apuñalo el corazón...morirá.

—No —rogó ella—. Mátame y acabemos con esto.

El brujo alzó la cabeza y Ericka alcanzó a ver una sonrisa siniestra en sus labios.

—Yo creo que no.

Y justo cuando ya alzaba el cuchillo, Ericka enfureció y rompió las cadenas con un fuerte tirón de los brazos. Después se ocupó de las cadenas de sus pies y llegó a tiempo para impedir que el brujo clavara el puñal en el pecho del lobo. Lo lanzó por los aires hasta chocar contra la pared y después se acercó a él. Lucas y Lucian habían quedado en el olvido, como Karma y Tabak. Ahora sólo estaba él, el brujo que casi acaba con todo lo que más amaba.

—Imposible —dijo él mientras trataba de incorporarse.

Pero Ericka no le dejó. No supo cómo lo hizo, pero un rayo atravesó el techo y se dirigió hacia el mago. Lamentablemente, este tenía a su alrededor un campo de fuerza, pero el rayo consiguió romperlo.

—¡Tú no puedes hacer eso! —gritó histérico.

Ericka lo agarró del cuello y lo levantó del suelo.

—Pues mira cómo lo hago.

—Ya basta, Karintia —le pidió su hermano que ya estaba consciente—. La matarás.

La princesa parpadeó y frunció el ceño. ¿La? ¿Su hermano había dicho “la”?

—Sabía que podías conseguirlo —dijo una voz femenina procedente del cuerpo del brujo.

Ericka lo bajó al suelo y le quitó la capa de un tirón. Sus rizos negros no tardaron en sobresalir de su túnica.

—Kirash.

Capítulo LXII

Ericka estaba realmente sorprendida. Si hubiese sido humana, habría quedado en una especie de colapso mental. Había soltado a Kirash, pero la bruja no se había movido. Miraba a la princesa un poco nerviosa pues no había olvidado que Ericka le había lanzado un rayo.

La princesa se giró hacia su hermano.

—Todo ha sido idea tuya —afirmó mirándolo—. Eso era lo que pensaste hace tiempo. ¡Podría haber matado a Kirash! ¡O a alguno de vosotros! Aún no lo controlo.

Ericka estaba alterada. Tabak había sido muy imprudente.

—No te enfades con él, Karintia —le pidió la bruja—. Yo accedí a hacerlo y lo ayudé a llevarlo a cabo. Creí que sólo así lo lograrías.

—Pero os habéis puesto en peligro...

—Pero queríamos ayudarte —la cortó ella.

Ericka suspiró y miró a Lucas y a Lucian. El primero estaba inconsciente en el suelo mientras el lobo la miraba con cara de no entender nada.

—¿No lo sabían? —preguntó ella caminando hacia sus compañeros.

—No podían saberlo porque sino, no los creerías cuando el brujo, es decir, yo, los atacara —le explicó Kirash—. Pero tranquila, no era mercurio ni plata auténtica.

—¿Entonces por qué les ha dolido tanto? ¿Por qué Lucas está inconsciente? —inquirió mientras sujetaba con dulzura la cabeza del vampiro.

—Porque yo lo hice dormir, y el dolor era normal. Los he apuñalado, al fin y al cabo.

La joven volvió a suspirar y se sentó junto a Lucian, quien le dedicó una pequeña sonrisa.

—Lo habría hecho. Los dos lo habríamos hecho si nos hubiesen pedido permiso.

—Lo sé.

Kirash los transportó a todos al castillo y tumbaron a Lucas en su cama para despertarlo. Cuando el vampiro abrió los ojos hizo una mueca de dolor.

—¿Dónde está? —preguntó con un quejido.

—Era Kirash disfrazada. Te torturaron por un estúpido plan de mi

hermano.

—Será mejor que os dejemos solos y tú se lo expliques —le dijo Lucian.

Los demás apoyaron la idea del lobo y abandonaron la sala. Ericka se lo contó todo, o al menos las cosas de las que tenía constancia. Lucas escuchaba con atención y maldecía por lo bajo.

—Tu hermano está completamente loco —dijo cuando Ericka hubo terminado—. Aunque entiendo que no pudiera decírmelo. Lo habría hecho de todos modos y al parecer ha valido la pena.

—Sí, lo conseguí. —Sonrió ella—. Pero lo pasé francamente mal. Pensé que os perdía, que ya no os volvería a ver más...

—No te vas a librar de mí tan fácilmente. —Sonrió él—. No con el tiempo que he malgastado siendo un imbécil contigo, no cuando ya me he dado cuenta de lo importante que eres para mí.

Ericka se tumbó a su lado con cuidado y puso la cabeza en su pecho, acurrucándose junto a él.

—No quiero que te hagan daño.

—No debes preocuparte por mí. —Lucas comenzó a acariciarle el pelo—. Soy un vampiro, al fin y al cabo. Sé defenderme, Karintia. Pero si a ti llegara a pasarte algo...

No pudo seguir hablando porque la herida del pecho aún le dolía demasiado. Ericka lo notó y le indicó silencio poniendo el dedo índice sobre los labios del vampiro.

—Está bien, vampiro grande y fuerte. —Se burló con una sonrisa—. Ahora tienes que descansar.

—Sólo si te quedas conmigo. —La miró fijamente a los ojos—. No pienso quitarte los ojos de encima. Puede que lo de hoy no haya sido un peligro real, pero la sola idea de que te pase algo...

—Está bien —lo interrumpió ella—. Me quedaré contigo.

Lucas no puso evitar sonreír. Sentía que había estado a punto de perderla otra vez. Aquella chica tenía un don especial para atraer los problemas hacia su persona. Pero era esa misma chica la que lo traía loco, la que había hecho que un vampiro solitario, frío, calculador y sin sentimientos cayera enamorado. La observó: sus pestañas largas, sus labios carnosos, sus pómulos... Sólo cerró los ojos cuando supo que ella estaba profundamente dormida.

—Karintia.

La princesa abrió los ojos. Estaba en la habitación de Lucas y al levantar la mirada vio que él seguía durmiendo. Decidió no despertarlo y salió de la cama con cuidado.

—Karintia. —volvió a llamarla.

Pero ella no sabía cómo responder. Así que simplemente caminó con cuidado hacia la puerta y salió al pasillo. Una mano le tapó la boca al tiempo que la acorralaba contra la pared. Los ojos marrones de Kirash la calmaron y la bruja apartó la mano.

—¡Casi me matas del susto! —se quejó la híbrida.

—Exageras. —Sonrió—. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor ahora que sé que en ningún momento corrieron peligro —respondió ella—. Y bueno, por fin lo he conseguido. Aunque tengo la sensación de que no ha servido para nada. No podré volver a hacerlo.

—Sólo tienes que recordar esa sensación, lo que sentiste en el momento de lanzar ese rayo —le dijo la joven bruja—. Pero no he venido a hablar de eso, Karintia. ¿Me acompañas?

Ericka asintió y las dos salieron del castillo. Fuera estaba Tabak, esperándolas.

—Buenos días, hermanita. —Sonrió—. Espero que no sigas enfadada conmigo.

—No podría aunque quisiera —contestó ella—. ¿Qué haces aquí?

—Estaba esperando al consejo, pero allí dentro me faltaba el aire. No tardarán en llegar.

—Entonces mejor nos vamos —dijo la híbrida—. Luego nos vemos.

Ericka miró hacia el cielo. El sol hacía menos de dos horas que había salido por el horizonte. Era muy temprano.

Kirash y ella caminaron durante algunos minutos antes de que la bruja se atreviera a hablar.

—¿Cómo lo hiciste? —le preguntó.

—No lo sé. —Frunció el ceño—. Fue sin querer. Estaba tan enfadada que no sabía lo que hacía... Podría haberte hecho mucho daño si no llegas a tener la barrera a tu alrededor.

La bruja se paró en seco y la miró a los ojos con gesto serio.

—No me estoy refiriendo a eso —dijo—. Estabas atada de manos y pies, no podías moverte. No eran cadenas normales, Karintia. Esas cadenas son

mágicas y es el mejor hechizo que sé hacer para retener a una persona. Incluso las barreras mágicas son más fáciles de romper.

—No lo entiendo... Es cierto que las rompí y me liberé, pero después pensé que había sido cosa tuya.

Kirash negó con la cabeza y reanudó la marcha. Ericka la siguió.

—Esas cadenas estaban ahí para que tú sólo pudieras actuar mediante tu don —le explicó—. Era fundamental que permanecieras atada y esas cadenas las hechicé a conciencia. Utilicé gran parte de mi magia para ello y no hay ninguna persona que haya podido romperlas. Ni siquiera otro brujo.

—¿Qué estás insinuando? —inquirió la princesa.

La bruja volvió a clavar sus ojos en los de ella.

—Que ni siquiera eres una híbrida normal, Karintia —dijo—. Ya es extraño que seas lo que eres y aún más extraño que seas la única heredera de los dones de tu familia después de más de cinco milenios. Pero esto... Esto es algo que no puedo comprender. Hay algo que se me escapa...

—Vale, prefiero abordar mis problemas uno por uno —decidió Ericka—. Lo primero es lo primero: impedir que las Cortes nos maten a mi hermano y a mí. Después encontraremos una explicación perfectamente racional para que las cadenas se rompieran justo en aquel momento. Tiene que haber sido una coincidencia.

—Tantas veces confundimos las coincidencias con el destino... —murmuró más para ella que para Ericka.

No volvieron a hablar más del tema, pero Ericka no podía apartarlo de su cabeza. ¿A dónde quería ir a parar Kirash exactamente? Pero no tuvo tiempo de averiguarlo porque su hermano fue a buscarla enseguida.

—Vamos, tenemos que hacer muchas cosas —le dijo.

—¿El qué? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—Nuestra coronación. —Sonrió su hermano—. Y esta vez procuraremos que nadie te secuestre. Kirash se ha ofrecido a venir para protegerte. No queremos más sorpresas.

—Por lo visto estoy llena de ellas —comentó en un murmullo.

Capítulo LXIII

Si Ericka había pensado por un segundo que iba a llevar el mismo vestido que en su coronación anterior, estaba equivocada. Rose la esperaba muy emocionada en su habitación para probarle distintos trajes, maquillajes, zapatos...

—¿No es maravilloso? —preguntaba—. Podrás lucir un vestido nuevo, lujoso, bonito, elegante...

Pero Ericka pensaba que aquello era una pérdida de tiempo. Tenía cosas más importantes de las que preocuparse. Como, por ejemplo, ver a Lucas y preguntarle cómo se encontraba. Pero Rose no le permitió salir de la habitación hasta que no hubo finalizado su trabajo.

—Mañana estaré aquí a primera hora de la mañana para arreglarte —le dijo antes de salir por la puerta.

Ericka suspiró y se dejó caer en la cama, abatida, para después darse cuenta de que estaba hambrienta. ¿Qué hora sería? No había desayunado y tampoco podía comer. Iría a ver si Lucian se había recuperado ya.

—¡Karintia!

Sintió que la cogían por la cintura desde atrás y la giraban para después verse atrapada en un caluroso abrazo. Sus alas eran inconfundibles, así que sonrió y le devolvió el abrazo.

—Siento mucho haberte preocupado, Adrien —se disculpó—. Me habría gustado ir a volar contigo, pero no estaba de humor.

—¿Ahora ya sí? —preguntó con una sonrisa.

—Eso creo —rió la híbrida—. Tengo que ir a ver a Lucian. Hoy no he bebido nada de sangre y estoy empezando a sentirme muy débil. Espero que él pueda hacer algo.

—Entonces mejor no tardes.

Se despidieron y Ericka siguió su camino. No sabía dónde estaba el lobo, así que decidió llamarlo mentalmente. Lucian llegó al salón en cuestión de segundos.

—Lo siento muchísimo, Karintia —empezó a decir—. Se me había olvidado que Lucas no podía darte sangre y me fui y... Lo siento, lo siento mucho, de verdad, yo...

—No pasa nada —lo cortó ella con una sonrisa—. Está bien, Lucian. Ni siquiera yo me había percatado de que no había bebido. Además, no sabía si te habías recuperado ya.

—Los dos estamos bien ya —aclaró—. Lucas ha salido a cazar. ¿Estás bien?

—Lo estaré cuando beba un poco —Rió.

—Claro.

El lobo le tendió el brazo y ella tomó su sangre casi con desesperación, pero tuvo que moderarse. No quería dejar al lobo seco, al fin y al cabo.

—Estarás nerviosa, imagino —comentó cuando ella dejó de beber.

—Mucho —suspiró—. ¿Y si no puedo hacerlo? ¿Y si cuando lleguen las Cortes creen que miento? ¿Y si le piden a mi hermano que haga él la prueba? Se supone que él también debe tener un don, ¿no?

—Eh, tranquila, ¿vale? —Lucian la agarró por los brazos—. No voy a dejar que te pase nada malo.

— No temo por mí, sino por mi hermano. Es que... hay tantas cosas que podrían salir mal...

—Pero nada va a salir mal —le aseguró—. Podrás hacerlo, yo sé que sí.

Ericka asintió, no muy convencida, pero no quiso seguir discutiendo.

—Tengo que saberlo —dijo Lucian—. ¿Qué era lo que hacías por las noches, Kar?

Ella suspiró. Ya sabía que se lo preguntaría, pero esperaba que se olvidara del tema por unos días. Aunque no había sido así. Realmente el lobo estaba preocupado por ella.

—Dejaba que Kirash me torturara.

Creyó que yendo al grano sería mejor, pero al ver la cara de su compañero vio que se había equivocado.

—Es una broma, ¿no?

—No —aseguró ella—. Es real, muy real. Kirash y yo estábamos seguras de que no había otra manera, pero descubrimos que soy demasiado fuerte. Las torturas no me asustan. El daño físico no es nada para mí.

—Por eso a Tabak se le ocurrió que podría funcionar si nosotros éramos los torturados —entendió Lucian.

—Así es. Solo que se le olvidó pedirnos permiso antes. —Sonrió.

—Ya te dije que eso no me importa. —Negó con la cabeza—. Estás bien y pude ayudarte.

Todos fueron a comer, pero Ericka ya había tomado lo que necesitaba y no le apetecía estar con los demás. Hacía mucho tiempo que no veía a Ángel y a Teo y los echaba mucho de menos, así que se puso en contacto con ellos para que le hicieran una visita. Cuando confirmaron que estaban de camino, Ericka bajó los escalones a toda prisa, muy emocionada. Corrió hacia el bosque y los esperó en el límite de éste. Los dos chicos no tardaron mucho en aparecer.

El primero en abalanzarse sobre ella fue Teo, pero en forma humana, lo que sorprendió bastante a la joven.

—Entiendo que un lobo tenga ganas de abalanzarse sobre otras personas, pero un hombre... —rió ella.

—Nunca dejo de ser un lobo, Ricka —Rió con ella y se levantó un poco.

La híbrida salió de debajo de él y se incorporó justo a tiempo para ver aparecer a Ángel. Se levantó deprisa y se tiró a sus brazos, aunque casi hace que el lobo pierda el equilibrio.

—Veo que seguimos sin medir nuestra fuerza. —Sonrió él—. Te he echado de menos, pero Lucian me dijo que estabas muy ocupada y que tenías que centrarte en muchos problemas... ¿Ya estás mejor?

—Bueno, se podría decir que sí —respondió ella deshaciendo su abrazo—. Pero no hablemos de mí. Lucian me dijo que estáis apunto de terminar vuestra formación como lobos. ¿Qué tal os va?

Los tres se sentaron en el suelo formando un círculo.

—Bueno... ya sabes. —Ángel se rascó la nuca—. Mucho trabajo, esfuerzo físico...

—Todo se resume a correr y otras pruebas físicas. —Sonrió Teo.

—¿Sólo? —inquirió ella, sorprendida.

—Nosotros ya dominábamos nuestra transformación y el enlace telepático con los de nuestra especie, así que no quedaba nada más por hacer —le explicó Mateo—. Pronto seremos adultos.

—¿No lo sois ya?

—Aún no —aclaró Ángel—. Seguimos siendo unos cachorros para nuestra manada hasta que se nos reconoce como guerreros.

—Entiendo —asintió Ericka.

Estuvieron hablando un rato más de diversos temas. Hacía mucho que Ericka no se sentía tan tranquila y relajada. Sabía que siempre podía contar con ellos y realmente los había echado mucho de menos. Añoraba sus risas y sus gestos graciosos y cariñosos.

Lamentó tener que despedirse de ambos, pero ellos debían regresar con su manada y Ericka tenía que ir a cenar. Tenía la sensación de que aquella noche no podría dormir.

Entró en el castillo con una gran sonrisa en su rostro y casi cantando de alegría.

—Veo que Teo y Ángel han sabido hacer que te olvides de todo por un rato —comentó Lucian sonriendo—. Espero aprender cómo hacerlo yo también.

—Ya lo haces. —Sonrió ella.

Se acercó a él y depositó un suave beso en su mejilla. Lucian le acarició el cabello y después entraron en el comedor. Todos estaban allí menos Tabak.

—Está hablando con las Cortes —respondió Alex a su muda pregunta—. No tardará mucho.

—No importa. —Sonrió ella—. Sólo me ha parecido extraño.

—Lucian, ¿te importaría alimentar tú a Karintia esta noche? —le preguntó Lucas—. No he podido alimentarme bien hoy.

—Claro, yo lo haré.

Después de aquella aclaración, todos empezaron a comer mientras Ericka miraba por la ventana. Estaba demasiado nerviosa y la tranquilizaba ver la Luna salir por el horizonte. Le encantaba la luz blanco-azulada con la que bañaba el paisaje. Todo era más misterioso, más prohibido.

Lucian le dio su sangre en cuanto terminó de cenar, justo cuando Tabak aparecía por la puerta.

—Perdonad el retraso —dijo—. Las Cortes me han informado de que llegarán a las diez de la mañana. La sala del trono está casi lista para la coronación y Rose vendrá a preparar a Karintia a las ocho. No importa si las Cortes tienen que esperarla un poco mientras se arregla, lo entenderán.

Ericka no respondió, dado que tenía la boca llena y no podía dejar de tragar ese líquido rojo tan delicioso, pero su hermano se conformó con que lo hubiese escuchado.

Después de alimentarse, la híbrida se despidió de todos y subió a su habitación. Tal y como había sospechado, no tenía sueño. Lo intentó de todas las formas posibles, pero estaba tan nerviosa, tan impaciente, tan inquieta... que sus ojos no podían permanecer cerrados más de dos minutos seguidos. La incertidumbre, la duda sobre si sería capaz de hacerlo o no era una pesadilla. Hasta que no pudo resistirlo más.

Se dirigió a la puerta de la habitación y Karma la siguió. La híbrida entendió que no iba a dejar que fuera a ningún sitio sin ella, así que la dejó acompañarla. Las dos caminaron con sigilo hasta salir del castillo y después se adentraron unos metros en el bosque.

La Luna brillaba sobre sus cabezas y su luz bañaba todo lo que había a su alrededor. Ericka se sentó en la tierra fría y húmeda y cerró los ojos. Sabía que podía hacerlo, pero no sabía qué hacer para lograrlo. Entonces se le ocurrió una idea. ¿Y si su don se desataba igual que la transformación en loba? ¿Y si debía hacer un gesto específico?

—¿¡Cómo no se me ocurrió antes!?! —exclamó.

Pero no era fácil. Ella misma había intentado transformarse en loba muchas veces y nunca lo había conseguido. Probó con mil gestos distintos concentrándose todo lo posible, pero nada ocurría y el avance de la Luna le indicaba que no le quedaba mucho tiempo. Quedaban pocas horas para que acabara la noche y ella debía volver a su habitación.

—Solo un último intento —murmuró.

Entonces recordó el día anterior cuando había lanzado el rayo y su mente se dirigió a sus manos: las palmas estaban hacia arriba.

—Eso es. —Sonrió.

Cerró los ojos y colocó sus manos a la altura de su barriga con las palmas hacia arriba. Sintió un ligero cosquilleo en la yema de los dedos, pero no abrió los ojos. Sólo cuando pequeñas gotas cayeron sobre su rostro se atrevió a abrirlos. La lluvia era fina y pequeña al principio, pero después comenzó a llover con fuerza. Ericka estaba tan feliz, tan emocionada, que no le importó calarse hasta los huesos. Lo había conseguido, ¡por fin lo había conseguido!

—Voy a salvarle la vida a mi hermano.

Karma la miraba con aprobación, sintiéndose orgullosa de su dueña. Parecía que por fin todo iba a ir bien, que ya no estarían en peligro nunca más, que Karintia podría protegerlos a todos de cualquier cosa... Pero se equivocaban. Muchos peligros acechaban allí fuera y a Karintia aún le quedaba un largo camino por recorrer. ¿Encontraría las respuestas a todas sus preguntas?